ACANTILADO



Fulgencio Argüelles

El desván de las musas dormidas

FULGENCIO ARGÜELLES

EL DESVÁN DE LAS MUSAS DORMIDAS

BARCELONA 2025 ACANTILADO

Publicado por
ACANTILADO
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2025 by Fulgencio Argüelles Tuñón
© de esta edición, 2025 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S. A.

ISBN : 978-84-19958-72-3

PRIMERA EDICIÓN DIGITAL
junio de 2025

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro– incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet–, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

PARTE PRIMERA
EL DESVÁN, LA ESCUELA Y LA GENTE

PARTE SEGUNDA
PREGUNTAS, EL MAR, METAMORFOSIS Y PRIMER INTERNADO

PARTE TERCERA
INTERNADO EN LA CIUDAD, UMBRALES Y LIRIOS

PARTE CUARTA
LUNA, SECRETOS Y PUNTO FINAL

A mi padre, cuyo espíritu de hombre equivocado alcanzó
al personaje principal de esta historia (sin embargo)
imaginada. Llevo muchos años sin su voz, primero
contundente y sabia, después derrotada y trémula,
demasiado tiempo sin sus verdades inventadas.

A mi madre, cuya voz aún me acaricia, por
sujetarme los pies en el suelo.

A mis hijas y a mi hijo, a mis nietas y nietos, a mi hermana
y a Micaela Ana, mi manantial de luz inagotable.

Al principio, cuando el mundo era joven, había una enorme cantidad de ideas, pero no eso que llamamos una verdad. Fue el hombre quien hizo las verdades y cada una de ellas consistía en una mezcla de varios pensamientos más o menos vagos. Las verdades se extendieron por todo el mundo y todas eran hermosas.

SHERWOOD ANDERSON,
Winesburg, Ohio

PARTE PRIMERA

EL DESVÁN, LA ESCUELA Y LA GENTE

El Desván estaba inundado por ese aroma de ruina y rapiña que destila lo que está dejando de existir, lo que se encamina a la desaparición por la vía de la incuria, aquello que ya no pertenece a nada ni a nadie.

La infancia no es una edad, sino un estado de inocencia y sabiduría ciega que alimenta el sufrimiento más benigno de la memoria.

LUIS MATEO DÍEZ, *Días del Desván*

No hay más realidad que la que tenemos dentro. Yo hice como todos. Llevé la doble vida del niño que ya no es un niño.

HERMANN HESSE, *Demian*

En la primera casa que recuerdo había una estantería con libros colgando de la pared de la escalera que subía a la sala, y había un corredor de barandas torneadas con geranios floridos, y también unas cortinas oscuras que separaban, en la planta baja, la cocina del cuarto trastero. Escondido detrás de esas cortinas escuché cómo un forastero venía a solicitar los servicios de mi abuela para que se ocupara, en calidad de interna, del cuidado de su casa y de sus hijos. Era un viudo reciente que necesitaba asistencia inmediata. Mi abuela hacía muchos años que estaba viuda. Cuando mataron a mi abuelo ella sólo tenía veinticinco años. Odié a aquel hombre y deseé su muerte, porque había venido a secuestrar a mi abuela, y durante días estallé en rabietas inexplicables que forzaron a mis padres a llevarme al pediatra, quien diagnosticó insuficiencias de calcio, hierro y algunas vitaminas principales. El calcio era un líquido blanco y espeso que sabía al barro de los charcos, y el hierro venía en ampollas y tenía el mismo olor que el agua que salía de la mina del monte. Para suplir la carencia de vitaminas mi madre me preparaba cada día un zumo de manzana, zanahoria y naranja, aunque no siempre había naranjas, y fue entonces cuando probé el aceite de hígado de bacalao y me sentí tan desgraciado con aquel sabor en la boca que le prometí a mi madre comer todo lo que me pusiera en el plato, incluso las asquerosas habas de mayo, a cambio de no volver a probar aquel líquido del infierno.

En la escena más antigua de mi vida que conserva mi cerebro me veo acompañando a mi abuela hasta la cuadra con un tanque en la mano. A la cuadra se podía acceder por una puerta diminuta desde la cocina. Ella se sentaba en el taburete debajo de la vaca, limpiaba la ubre con un paño húmedo y ordeñaba para mí la primera leche en el tanque de porcelana, y yo la bebía allí mismo con ansia y la cara se me quedaba pintada de espuma. No tendría más de dos años. La vaca era negra y negro era también el mandil de mi abuela, y la leche era blanca y también el tanque de porcelana.

Mi abuela había vendido aquella vaca y había abandonado su pueblo, que también era en el que yo había nacido, para venirse a vivir con nosotros al nuevo pueblo que había descubierto mi padre. A mí me

gustaba quedarme dormido en el regazo de mi abuela con la cabeza apoyada en sus pechos gigantes mientras me hundía los dedos en el pelo como si sus manos fueran un peine y me susurraba cantares de princesas cautivas y caballeros errantes.

A las pocas semanas del secuestro mi abuela me llevó a conocer su nueva casa y a mí me pareció un lugar agradable. La vi feliz y dueña de aquella mansión enorme que enseguida llenó de flores, así que desaparecieron las rabietas y mis padres comentaron satisfechos los beneficios del tratamiento pediátrico, aunque continuaría tomando por un tiempo aquellos líquidos asquerosos que me sabían al polvo de las piedras.

Poco más recuerdo de aquella casa diminuta en la que vivimos un par de años, salvo que pasé en ella un sarampión y una hepatitis. En la convalecencia mi padre me hizo creer que los pájaros venían a interesarse por mí. Yo estaba convencido de que él hablaba con los pájaros. Me sentaba frente a la puerta acristalada del corredor y allí estaban los gorriones, las golondrinas negras que tenían la barriga blanca, las cerricas, los petirrojos y los jilgueros. Iban y venían, se paseaban por las tablas del suelo o se subían a la baranda y al tendal de la ropa o picoteaban la tierra de los geranios. Años después, mi padre me confesaría que, antes de que yo me pusiera frente al cristal, él esparcía granos de cebada y migas de pan para atraer a aquellos pájaros de colores para que yo pensara que se interesaban por mí.

Hasta el corredor diminuto de aquella casa primera había llegado un día por los aires una cigüeña para traerme un hermano y, a consecuencia de aquella novedad insoportable, en uno de mis ataques de celos, me golpeé la cabeza contra la puerta del balcón y varios cristales se me clavaron como puñales, y sangré tanto y tanto palidecí que algunos de los que se acercaron para socorrerme, al ver mi palidez y aquel río de sangre, perdieron el conocimiento y cayeron desplomados hasta que llegó la ambulancia.

A las pocas semanas de la visita de aquella cigüeña de los demonios, y de aquel accidente que me dejó en la cabeza una cicatriz para siempre en forma de herradura, nos trasladamos a la casa que habría de ser mi hogar para el resto de mi infancia y toda mi juventud.

La nueva vivienda tenía un corredor largo y soleado, dos habitaciones luminosas y un desván enorme lleno de ruidos y sombras, y también tenía una trastera oscura pero saneada de la que partían las escaleras hacia el desván. En el corredor había flores y ropa tendida y avellanas o castañas o nueces, según la época del año, extendidas en el suelo sobre tela de saco. Mi madre tenía buena mano para las flores, así que, cuando se iniciaba la primavera, incendiaba el corredor y los alféizares con dalias, alegrías y geranios, y junto a las paredes de la casa crecían rosales de tres colores. Hasta el corredor llegaban las ramas de una higuera gigante que producía unos higos muy dulces de piel reluciente. Era vieja, pero sana y recia. De los higos, cuando estaban verdes, salía una sustancia blanca que curaba las verrugas y que las abuelas utilizaban para coagular la leche. Mi padre decía que las higueras eran símbolos de sabiduría y de fe y que tenían mucho que ver con el principio de todas las cosas.

En la trastera estaban la ropa de trabajo de mi padre, el garrafón del vinagre de sidra y el pellejo hinchado del vino.

En el desván había muchas cosas por descubrir.

Cuando subía por la escalera del desván crujían las tablas de los peldaños y tenía la sensación de que cualquier cosa podía suceder.

En aquel desván de las ruinas y de los secretos, abarrotado de cosas sin fundamento, me sentía desprotegido y pequeño. Sin embargo, en el corredor me crecía todo por dentro y hasta me entraban las ganas de volar. Durante años soñé que volaba sobre los tejados del pueblo y siempre comenzaba mis vuelos lanzándome al vacío desde la baranda de aquel corredor.

Mi padre habilitó una parte del desván para impartir clases particulares. Construyó unos tabiques de tabla para aislar las zonas más bajas y oscuras y en ellas arrinconó las cosas inútiles. Las cosas que ni siquiera llegaban a ser inútiles fueron quemadas o arrojadas al río aprovechando las crecidas de la primavera. También abrió una claraboya en el tejado y entonces el desván dejó de ser una penumbra inquietante y pasó a ser una escuela. En una de las paredes colgó el encerado y fijó los mapas.

Yo no iba a la escuela pública como los demás niños, porque la tenía en casa y porque mi padre decía que el maestro gallego que nos había enviado el ministerio, en lugar de enseñar, confundía, y en lugar de animar a los escolares a buscar la sabiduría, los hacía aborrecer las letras y las

ciencias y, en general, todas las disciplinas. A mí me entregaba unas láminas encuadernadas con dibujos simples de barcos, puentes, árboles, animales, aviones, payasos y todo lo que podía existir en el mundo, expresado con trazos negros, para que yo le proporcionara el color y la vida, así que tomaba los lápices y me esforzaba en no sobrepasar los contornos que perfilaban cada dibujo, y aquel ejercicio de precisión y paciencia me provocaba congoja, porque el deseo de la perfección se peleaba con el miedo a perder el control de los lápices, así que cuando completaba con éxito el coloreado de una figura me revolcaba alborozado por el suelo para liberar la tensión y celebrar aquel triunfo de mi voluntad. Yo era muy pequeño y aún no sabía leer ni podía escribir, pero recuerdo bien aquella emoción que me embargaba al completar a mi modo el paisaje de aquel universo de papel. Mi padre me felicitaba y un día me entregó las tijeras de la costura de mi madre y me dijo, ahora recorta esos dibujos con la misma precisión con la que los coloreaste, y seguía sintiendo congoja, y miedo, y la emoción era aún más grande, porque las figuras se iban separando unas de otras y su vida se multiplicaba al liberarse del papel y alcanzar la independencia, y podía colocar al caballo sobre el puente y al jardinero frente a la casa y al perro debajo del árbol, y de aquella manera sentía que estaba configurando el mundo.

En el chigre decían que el maestro gallego padecía de insomnio, porque tenía miedo a dormirse y no despertar jamás, y que por eso se despedía cada noche de su mujer y de sus hijos como si fuera a morirse, porque al acostarse le venía a la cabeza la idea de la muerte y esa idea no lo dejaba dormir.

Mi padre, cuando hablaba del maestro gallego, terminaba siempre insultando al ministro de las escuelas, al que llamaba incompetente, picapleitos y camisa vieja. Él daba mucha importancia a la procedencia, casi siempre griega o latina, de las palabras, y a los verbos irregulares, y también a las reglas de urbanidad. Tenía una expresión de resignada dulzura en el rostro, conformada entre las cejas pobladas y los labios calientes, como si esperara la llegada de algo irremediable. Cuando terminaba las explicaciones componía una media sonrisa y decía que aquello no lo enseñaba el gallego. Poco a poco hubo muchos niños que dejaron de acudir a la escuela estatal y sólo asistían a las clases clandestinas de mi padre. En los primeros años de la escuela del desván no había niñas, porque ellas tenían una maestra que no era gallega, sino

humanista ilustrada y enseñaba con respeto hacia las educandas y devoción hacia la sabiduría, al menos eso decía mi padre.

En la escuela del gallego todos los días parecían lunes, menos los jueves por la tarde, que había leche en polvo y queso de bola, por gentileza de los americanos. Los americanos eran seres superiores que habitaban un continente que habíamos descubierto nosotros y que había sido nuestro hasta que unos reyes incompetentes lo habían perdido jugando a guerras sin fundamento. Así lo explicaba mi padre. En la escuela de mi casa todos los días parecían viernes y, a veces, mi padre repartía entre sus alumnos tanques de leche recién ordeñada.

El gallego denunció a mi padre por quitarle los alumnos y por no tener licencia para enseñar, pero los vecinos lo obligaron a retirar la denuncia con la amenaza de hacerle la vida imposible. Mi padre lo retó a que ambos se sometieran a un examen de cultura general a la vista de todo el pueblo y con un examinador culto y neutral, pero el gallego se negó y calificó a mi padre de ventajista, porque sabía que mi padre había estudiado once años en un seminario metropolitano y que hablaba el latín como el castellano, y eso daba ventaja. Además, el gallego tenía muchos hijos que alimentar y no quiso exponerse a una afrenta pública cuyas consecuencias serían difíciles de pronosticar. El cura, que conocía a mi padre del seminario, terció en la disputa y decretó desde el púlpito que el saber no ocupaba lugar y que cuantos más maestros hubiera en el pueblo mejor para la sociedad en general y para nosotros en particular.

Lo primero que se aprendía en la escuela, tanto en la estatal como en la clandestina, era que en el mundo había buenos y malos. Los buenos eran los héroes, los santos, los primeros cristianos y los que dedicaban su vida a Dios, y también los reyes católicos de todos los países, los descubridores de nuevas tierras, los salvadores de la patria, y los que daban limosna a los pobres y a los tullidos. Los malos eran los árabes, que habían ocupado nuestras tierras durante siglos, y los judíos, que habían asesinado a Cristo, y los comunistas, que se comían crudos a los niños que acababan de nacer.

Mi padre estaba de acuerdo en lo de los buenos, pero no tanto en lo de los malos, porque decía que tanto Cristo como sus apóstoles habían sido judíos, así que había judíos buenos, y también decía que los árabes habían traído a nuestra nación muchos inventos beneficiosos, como el café, el ajedrez, los hospitales, la cirugía, los molinos de viento, las plumas de escribir o el álgebra, que era una matemática compleja que sólo

estudiaban quienes querían ingresar en la universidad. Al parecer, también los árabes habían inventado la universidad. De los comunistas mi padre prefería no hablar. Eso decía, prefiero no hablar, y, algo enfadado, añadía, pero lo que de ninguna manera debéis creer es esa tontería de que los comunistas son unos caníbales. Los romanos no eran buenos ni malos. Los portugueses tampoco eran buenos ni malos, pero eran muy pobres, porque andaban por el mundo con sus carromatos viviendo a la intemperie, y su pobreza extrema era una especie de involuntaria maldad.

No tardaría yo mucho en aprender que cualquier ser humano podía albergar en su interior, si no a la vez, sí en un breve espacio de tiempo, tanto sentimientos nobles como instintos que podían acercarse a la perversidad. Lo aprendí incluso antes de ingresar en el internado, así que todos podíamos ser buenos o malos, y preguntaba qué tenía yo que hacer para alcanzar la bondad, y mi abuela me decía que tenía que ser obediente y trabajador, y el cura me decía que tenía que rezar, y mi padre aseguraba que para ser cada día mejor tenía que estudiar mucho y leer montones de libros, y mi madre repetía que me dejara de tonterías y que la ayudara a cascar las nueces.

En la cocina, que era el lugar más importante de la casa, había un fogón de carbón que siempre estaba prendido. A veces la chapa de hierro se ponía al rojo vivo. Allí reinaba mi madre, con sus paños y sus mandiles, con sus tarros para las legumbres y sus mezclas de achicoria y de café. Siempre había dos o más ollas humeando sobre la chapa, y la radio, que había construido mi padre con piezas recibidas por correspondencia, solía estar encendida. En la radio ponían canciones y, entre canción y canción, anunciaban chocolates, bebidas reconstituyentes o productos para limpiar. Mi abuela decía de la radio lo que más tarde también diría de la televisión, que nos estaba metiendo en casa opiniones ajenas y costumbres de otros países.

Me gustaba que se fuera la luz.

En el pasillo, sobre unas repisas, había tres candelabros de tres brazos cada uno que le había regalado a mi padre una tía suya que vivía en la ciudad y que había sido enfermera de guerra. Eran de bronce con las figuras de las musas griegas sosteniendo la base de las velas. Mi padre me

fue dando cuenta de aquellas diosas, hijas de Zeus, que era el jefe de los dioses, y de Mnemosina, que era la diosa de la memoria, y me hablaba de ellas como si las hubiera conocido en sus tiempos como alférez en la milicia por los montes pirenaicos, y me explicaba con emoción que eran jóvenes ociosas y de muy buen ver que no tenían la responsabilidad de los dioses principales y que llenaban el tiempo en el Olimpo escribiendo, cantando y enamorándose, y me comentaba cada detalle, esta que lleva la corona de laurel se llama Calíope y se ocupa de la belleza, y esta de la trompeta y del libro bajo el brazo es Clío, mi favorita, y es la musa de la historia, y la tercera de este candelabro es Erató, que, como ves, lleva rosas y una cítara, que es un instrumento musical de cuerda, como la lira, y aquella de la flauta es Euterpe y se ocupa de la música, y la de la máscara es Melpómene, la musa de la tragedia, y esta del vestido largo es la más espiritual de todas y se llama Polimnia, y en este otro candelabro está Talía, parece la más joven y graciosa, se ocupa de la comedia, y esta otra es Terpsícore, la musa de la danza y madre de las sirenas, otro día te hablaré de las sirenas, y la última es Urania, lleva un globo terráqueo en las manos como el que yo tengo en la escuela, porque es profesora de físicas y astronomías. Tantas veces me lo contaba que no tardé en memorizar sus nombres y ocupaciones. Los candelabros siempre estaban preparados, llenos de velas, para cuando se fuera la luz eléctrica, que se iba con frecuencia. Él encendía la primera vela con una cerilla larga y después me dejaba a mí que encendiera las demás. Qué bien alumbran las musas, decía él, y me explicaba otra vez quiénes eran cada una de aquellas hijas de Zeus que él conocía tan bien. Observaba yo embelesado cómo caían los hilos de cera caliente y era como un misterio, como si aquellas nueve musas estuvieran llorando de pena, y por eso me gustaba que se fuera la luz eléctrica.

A veces, a mi padre le dolía mucho la cabeza.

Por eso los médicos psiquiatras le habían prohibido dedicarse a actividades que le hicieran pensar, y tuvo que dejar el seminario, porque el esfuerzo del estudio perjudicaba su salud.

Mi madre le ponía paños mojados en la frente, y él gemía, y yo pensaba que la vida de los mayores era muy difícil, porque eran fuertes, pero

sufrían dolores insoportables, porque eran sabios, pero tenían muchos secretos, porque eran poderosos, pero no estaban libres de las dudas ni de la inquietud.

A la admiración que yo sentía por mi padre se añadieron, a consecuencia de aquel sufrimiento suyo, otros sentimientos como la ternura y la compasión.

Cuando a mi padre le prohibieron estudiar se fue a hacer el servicio militar a unas montañas nevadas, muy cerca de Francia, y cuando volvió obtuvo trabajo en los ferrocarriles, aunque pronto cambió los trenes por las minas de carbón.

En la casa anterior, aquella a la que un día había acudido un hombre para secuestrar a mi abuela, presencié por primera vez uno de los terribles ataques que sufría mi padre. Varios hombres lo sujetaron para que las convulsiones violentas no acabaran lastimándolo. Recuerdo que entre aquellos hombres que ayudaron estaba el tendero, que era el mejor amigo de mi padre. Los ojos se le encendían y se le quedaban las pupilas inmóviles y el cuello retorcido, y le salía de la boca una saliva espumosa y blanca parecida a la que escupen los caballos cuando están cansados o las vacas cuando comen las manzanas con prisa. Es como si me hundieran en la cabeza varios clavos a la vez, decía mi padre.

Mi madre me empujó hacia la cocina y me explicó que aquello que le pasaba a mi padre era consecuencia de haber estudiado tanto, pero que no me preocupara, porque ya nunca más le volvería a pasar.

El rostro de mi madre siempre reflejaba su estado de ánimo.

Mi abuela dijo que a mi padre se le ponía a menudo una idea en la cabeza y que tan grande era esa idea y tanto la pensaba que la idea se convertía en una garrapata. Algunas ideas son como las garrapatas, decía ella, cuanto más las piensas más se incrustan y te chupan la sangre del cerebro y crecen y crecen hasta que te dan ataques o cosas peores. Mi madre se enfadó mucho con la abuela y la amenazó con devolverla de nuevo a su pueblo, y le dijo que si no le daba vergüenza asustar a un niño tan pequeño de aquella manera, y mi abuela rompió a llorar y prometió que al día siguiente se marcharía, porque ya veía ella que estaba estorbando, y yo abrazaba a mi abuela para que no se fuera, y no me parecía tan grave lo que había dicho sobre las ideas y las garrapatas.

Unos meses después de llegar a la nueva casa le volvería a dar otro ataque a mi padre. A los pocos días de las convulsiones entré en la sala y él

dormía sentado en el sofá con la cabeza apoyada en el respaldo, la cara hacia el techo y la boca abierta. Sentí su respiración como algo que se arrastra con dificultad. Le palpitaba la camisa, que le subía y le bajaba sobre el pecho. De pronto pensé que podría dejar de respirar en cualquier momento, y entonces no despertaría, se moriría de un paro respiratorio y yo no volvería a escuchar su voz. Los ojos se me llenaron de lágrimas y salí al corredor a llorar.

Por la tarde le pregunté a mi padre si un día dejaríamos de respirar, y él se sorprendió y quiso saber por qué le hacía aquella pregunta. Sólo dije, porque sí. Él, mirando a la calle, me explicó que lo que contaba era la vida, que lo demás se vería o no se vería, y que había cosas que no pertenecían a la realidad, y también me advirtió que yo era muy niño para entender algunas cosas. Me cabreaba que los mayores aplazaran las explicaciones para cuando fuera mayor. Un día me hice mayor y nadie vino a explicarme nada de aquello que había quedado pendiente. Un día me hice mayor y mi padre dejó de respirar.

Mi abuela fue la primera que me contó lo de aquella guerra horrible que no hacía tanto que había ocurrido. Utilizó los colores, para que yo lo entendiera mejor y me habló de los rojos y de los azules, y me dijo que los azules habían peleado en el ejército de Dios y que los rojos habían luchado sin éxito para matar a Dios. Luego estuve pensando cómo se podía matar a Dios, y le pregunté a mi padre, y él me explicó que sí, que se podía matar a Dios, pero en el interior de uno mismo, en una especie de asesinato íntimo. Le pregunté sobre la guerra y él me dijo que era pronto para que me hablara de aquella tragedia, así la llamó, tragedia, y que no hiciera mucho caso de la abuela, porque su opinión estaba muy condicionada por su historia personal.

No entendí lo que mi padre quiso decirme hasta unos años después, cuando supe cómo habían matado a mi abuelo. Mi abuela decía que vivir era cavar y cavar y volver a cavar para enterrar todas las cosas malas, pero que a veces no había tierra suficiente.

Un verano, cuando ya estaba yo en el internado de la ciudad, leía en el corredor, pegado a las ramas de la higuera, y mi abuela me preguntó, qué lees, y le dije, un libro de Cervantes que me dejó mi padre, y me preguntó

de qué trataba y le expliqué que hablaba de un casamiento engañoso, y ella comenzó a pasear por el corredor, iba y venía, y me dijo, yo me casé de verdad con tu abuelo, me quería casar con él y sólo con él y para siempre, no había otro para mí, te parecerá de lo más normal, pero no lo es, las novias no quieren a los novios, sólo quieren casarse, y los novios ni por asomo las quieren a ellas de verdad, únicamente buscan a alguien que los atienda, que les cosa la ropa y les dé de comer, la suerte es que con el tiempo muchos se acaban encariñando, tu madre y tu padre fueron de los que se encariñaron antes de casarse, igual que nos pasó a tu abuelo y a mí. Mi abuela, cuando rememoraba aquel tiempo breve con mi abuelo, siempre terminaba llorando. No dejaba de pasear por el corredor. Era una mujer viuda desde la juventud. Aún era joven, pero era una abuela y por eso su piel comenzaba a ponerse triste. Sin embargo, yo sentía su cuerpo ágil y vivo. Se secó las lágrimas con el pico del mandil. Le pregunté por qué me contaba aquello de los novios y las novias, y se detuvo y me miró pensativa y me dijo, no lo sé, puede que por ese libro sobre bodas que dices que estás leyendo. No es un libro sobre bodas, protesté. Es igual, continuó ella, una cosa es la vida y otra cosa son los libros, eso es lo que te digo, para saber no hace falta leer tantos libros, espero que no acabes como tu padre, mucho libro y mucha sabiduría para terminar trabajando en el carbón. Me preguntó si había muchos libros sobre la guerra, y le dije, hay muchos libros sobre muchas guerras, porque la historia está llena de guerras. Se quedó pensativa y me dijo, en la guerra de aquí no se mataron unos a otros por tesoros o por tierras, se mataron por las ideas, figúrate tú, unas ideas que no se comen ni se labran, unas ideas que se pierden y se cambian o que se meten en la cabeza como las garrapatas, así que se mataron por muy poca cosa. Cuando mi abuela se ponía triste le entraba la risa, pero si la tristeza avanzaba demasiado entonces terminaba llorando. Me habló apoyada en la baranda y sin volver la cabeza, mirando hacia los hórreos, y me dijo, durante demasiados años se me fueron las fuerzas en odiar y despreciar, y me lo guardaba todo, me inflaba de tanto que retenía, pero un día comencé a soltarlo para que no se me pudriera dentro, y al poco dejó de comerme la congoja. El cura que enterró a tu abuelo, me explicó ella aquel día en el corredor, me dijo que Dios me estaba poniendo a prueba y me enfadé mucho por aquello que me dijo, porque Dios no se ocupa de nosotros, a saber qué ocupaciones tendrá, el

mundo es muy grande para que Dios ande haciendo pruebas conmigo, así se lo dije al cura, y él se santiguó y no dijo nada.

Pero esto ocurriría unos años después.

Al pueblo llegaba a veces un madreñero cojo que nos hablaba de la guerra. Iba de pueblo en pueblo arrastrando un cajón con ruedas en el que llevaba sus herramientas. En cada pueblo se quedaba un tiempo hasta resolver los encargos. Mientras hacía las madreñas nos hablaba de la guerra. También hacía yugos y garabatos. A veces levantaba la azuela por encima de su cabeza y la dejaba suspendida en el aire hasta terminar la frase, y entonces suspiraba y la azuela caía con fuerza y se incrustaba en la madera. La guerra, nos decía, es como una bestia cruel e inmisericorde, una bestia horrenda que escupe fuego por la boca, una fiera carnicera que a cada paso que da provoca huracanes infernales y tormentas violentas, y los padres, nuestros padres, vuestros padres, todos los padres, observan el paso de la bestia desde los corredores de los geranios, y se lamentan de haber engendrado hijos para alimento de la bestia, y lloran por la desaparición de los hijos mientras a su lado se pudren de tristeza los geranios, y las madres, nuestras madres, vuestras madres, todas las madres, gritan de dolor y rezan en las cocinas sin luz para que al menos alguno de sus hijos se libre del fuego de la bestia. El madreñero siempre nos hablaba de la guerra como de una bestia. No paraba de hablar ni tampoco de mover las gubias y de manejar la azuela. Cuando nos íbamos, él continuaba hablando de la guerra. La bestia, decía, se alimenta de nuestros hijos y también de las entrañas de nuestra patria, a la que reduce, mancilla y corrompe.

Le pregunté a mi padre si todavía estábamos en guerra y él me dijo, de qué me hablas, eso me dijo extrañado, y le hablé de lo que nos contaba el madreñero, y me explicó que aquel hombre era el mejor haciendo madreñas, pero que tenía el cerebro trastornado porque había perdido a sus tres hijos en la guerra.

A mi padre no le gustaba hablar de la guerra reciente. Él prefería hablar de las guerras antiguas que habían enfrentado a los aqueos con los troyanos, a los griegos con los macedonios, a los cartagineses con los romanos o a los árabes con los cristianos.

Mi padre, cuando explicaba el latín o cuando hablaba de religión, parecía que estuviera predicando desde un púlpito, y miraba al cielo y abría los brazos y chasqueaba la lengua y remataba cada explicación o

cada discurso diciendo, en fin, eso decía, en fin, y yo sabía que cuando dejaba los brazos colgando y decía en fin, yo no podía seguir preguntando, pero me sentía bien cuando él chasqueaba la lengua y decía, en fin, porque era como si todo estuviera en su sitio, como si el mundo entero, gracias a él, hubiera alcanzado el orden definitivo.

Más allá de mi casa, con su desván escuela y su corredor de la higuera y de los geranios, y más allá de la seguridad y de la sabiduría que me transmitía mi padre, más allá de eso, el mundo era peligroso y hostil, porque en él había guerras, ladrones, montañas que se desplomaban, bestias como aquellas de las que hablaba el madreñero cojo y gente que pretendía asesinar a Dios.

En el pueblo había un rojo que cuando se emborrachaba blasfemaba contra Dios y contra el Caudillo. El Caudillo era un jefe supremo, era el dueño de todas las cosas, de la guerra y de la paz, del silencio y de las palabras, era el dueño incluso de la memoria y de la fe. En la guerra, el rojo había sido capitán de los perdedores. Como los guardias ya lo conocían, solían dejarlo en paz. A veces estaba tan borracho que se quedaba a dormir en el pajar que había frente a la higuera gigante. Salía del pajar con la botella en la mano y alzaba los brazos y brindaba por la luna y gritaba, viva el libre albedrío. En una ocasión se incendió el pajar y faltó poco para que muriera calcinado. Mi madre dijo que aquello había sido una respuesta de Dios por tanta blasfemia. Lo cierto, dijo mi padre, es que se durmió con un cigarro encendido. Y mi madre apuntilló, uno no quita lo otro. El incendio ocurrió después de que el rojo pasara unos días en el calabozo del cuartelillo. Estuvo preso por culpa de un chiste que contó muchas veces y a viva voz durante la subasta de los panes de escanda en las fiestas pascuales. Lo denunció el dueño de la mina del monte. En qué se parecen una mierda y la hostia consagrada, preguntaba, y se carcajeaba antes de desvelar él mismo la respuesta. En que no nos atrevemos a tocarlas, decía, y sus risas contagiaban a cuantos lo escuchaban. Los guardias se lo llevaron con las manos atadas a la espalda acusado de blasfemia y de escándalo público. Aquella vez no se libró de la paliza. Él odiaba la vida y por eso bebía. Odiaba la vida de todo corazón, porque, según él, en la vida sólo había vencedores y vencidos, y los vencedores eran unos criminales usurpadores y farsantes, y los vencidos unos desgraciados que se rebozaban cada día en la mierda de la cobardía y la resignación, así que odiaba a toda la gente, y un día, más pronto que

tarde, acabaría prendiéndole fuego al mundo. Lo proclamaba desde lo alto del pajar con los ojos encendidos por el alcohol y la voz temblándole de fiebre. También odiaba a las mujeres, todas putas según él, porque no sabían distinguir a los criminales de los cobardes, les daba igual ocho que ochenta, lo mismo se arrimaban a un asesino fascista que a un revolucionario medroso con tal de sobrevivir. Y odiaba sobremanera a los curas, porque bendecían a los usurpadores, y también odiaba a los maestros, porque no enseñaban la verdadera revolución. Nunca se había casado, pero había tenido una novia muy guapa, reina permanente de la fiesta de su pueblo y bordadora de manteles, pero cuando la confusión de la guerra ella se fue con un alférez provisional del bando sublevado. Para él todas las mujeres eran aquella bordadora traidora que le había entregado el cuerpo y la vida a un puto fascista. Así que el capitán de los rojos había perdido la novia y la guerra en particular y la vida en general.

El capitán de los rojos era cuñado del falangista.

El falangista tenía un cargo de secretario político y era facultativo de minas de profesión. Sufría mucho con los discursos y las andanzas de su cuñado, a quien, si por él fuera, habría encerrado en la cárcel de por vida, pero no tenía más remedio que morderse la lengua o, como diría mi padre, transigir, que era palabra nueva que significaba consentir, pero sólo a regañadientes o a medias. Así que el falangista transigía porque su mujer, hermana del capitán de los rojos, lo amenazaba con retirarle la palabra por siempre y con suspender de inmediato los derechos matrimoniales si molestaba a su hermano, enfermo de la cabeza y por lo tanto digno de compasión. De esta intercesión nada sabía el capitán, así que andaba en la creencia de que el falangista le tenía miedo, y se envalentonaba ante él, lo insultaba públicamente y lo llamaba fascista cabrón, filisteo, gusano de cementerio, adulador de tiranos y beatón de mierda.

El falangista facultativo a veces llevaba una camisa azul con insignia de flechas rojas y era un hombre apocado y triste. Para la misa de los domingos se ponía unas botas altas y unos correajes brillantes encima de la camisa. Mi abuela decía de él que tenía la carne floja. Corría el rumor de que su mujer lo trataba con desconsideración y se reía de sus flojedades. Pero, aun flojo y de catadura cobarde, con aquella camisa azul y el cargo de capataz de minas y su posición de secretario político comarcal, su presencia intimidaba, ya que todos, salvo su cuñado y su mujer, le atribuían mucha autoridad. Mandaba poco por cobardía y

pereza, pero su poder siempre estaba presente, como una amenaza irremediable. Decían que tenía audiencia y buena mano con el gobernador. El gobernador era el delegado del orden público y el que nombraba a los alcaldes. Un día al gobernador, por sugerencia del falangista, se le ocurrió nombrar alcalde al médico pediatra que nos miraba los oídos y nos metía un palo en la boca para buscarnos las anginas. El nuevo alcalde, cuando no auscultaba a los niños, escribía bandos, pregonaba fiestas, inauguraba edificios y vigilaba a los camineros. El ayuntamiento estaba en la villa principal. En los pueblos pequeños había alcaldes pedáneos, que no eran alcaldes verdaderos.

A los falangistas, fuera de su casa, no se los podía asustar. Decía el tendero rojo amigo de mi padre que en eso se parecían a las golondrinas. Las golondrinas le habían arrancado a Cristo de la frente las espinas del dolor y los falangistas le limpiaban cada día al Caudillo Dictador los aguijones de la conciencia ocupándose con alevosía y sin encomienda del trabajo sucio de la gobernación. El sastre de los retales, que también era un rojo clandestino y de consideración, añadió, y por eso tanto a los falangistas como a las golondrinas habría que incendiarlos con gasolina. El sastre era cojo de la pierna izquierda. Mi padre le preguntó, qué tienes tú contra las golondrinas, y él le respondió, pues que son muy presumidas, pero lo cagan todo.

Cuando el sastre y el tendero hablaban de política sus voces se volvían graves y solemnes, igual que le ocurría al cura cuando recitaba las invocaciones de la consagración.

El capitán de los rojos decía que el pueblo estaba abarrotado de burgueses. Mucho presumir de rojerío, le decía al sastre, pero sois todos unos burgueses, tú el primero, y tu amigo el tendero, y el carnicero, el guarda forestal, el oficinista, y no digamos mi cuñado el falangista, todos unos burgueses de mierda, y el cura también es un burgués de tres pares de cojones.

El molinero, las horas que no había molienda, se las pasaba leyendo. Le gustaba anunciar la llegada del capitán. Mirad, nos decía, ahí viene el bolchevique componiendo jeribeques. O también decía, por ahí se acerca el falso capitán trastabillando. El molinero leía mucho y por eso le gustaba presumir de palabras difíciles.

El tendero, que era el mejor amigo de mi padre, también era rojo, aunque nunca presumía de ello. Cuando cerraba el comercio, encendía su

pipa y se sentaba con mi padre a conversar debajo de la higuera. Su comercio era el más importante, porque tenía de todo, desde las cosas de siempre, como legumbres a granel, herramientas de labranza, ropa interior, madejas de lana, madreñas de abedul, escobas de brezo, aceites de freír, mercancías en conserva o bacalao en sal hasta las últimas novedades, como colonias de oler bien, medias de seda, navajas de muelle, sombreros con pluma, botas de goma o automáticos, que eran unos cierres metálicos que venían a sustituir a los botones. Tenía embutidos, chocolates, bolígrafos, zapatos de tacón y gabardinas. Tenía libretas, pasta de limpiar los dientes, mantas, canicas de cristal, galletas de coco y caramelos de menta.

El tendero era viudo. Su mujer había sufrido todas las enfermedades del mundo. En cuanto descubría en las revistas una nueva enfermedad le decía a su marido, al fin sé lo que me pasa, y él, cansado de tanta queja sin fundamento, le respondía, lo que tú tienes lo sé yo desde hace tiempo. Ella entonces lloraba y se quejaba amargamente y se lamentaba por haberse casado con un hombre insensible que, además, no creía en Dios. Murió sin diagnóstico, simplemente una noche se quedó dormida para siempre. Tenían una hija, alta y espigada, que cuando murió su madre acababa de cumplir catorce años. No derramó ni una lágrima y tomó desde el día siguiente las riendas de la casa. Después se fue a estudiar para maestra, pero antes cerró un acuerdo con la hija del entibador para que se ocupara de ayudar a su padre en la tienda y en las tareas domésticas.

Como digo, mi padre y el tendero conversaban a menudo debajo de la higuera. El tendero colocaba la pipa en la boca, aspiraba y tosía. Mi padre lo recriminaba por estar siempre fumando, a pesar de padecer de silicosis, pues antes de abrir el comercio había trabajado en la mina. El pueblo duerme, solía decir, y lo decía con tristeza. Mi padre hablaba de colchones de zarzas y ortigas, y él insistía, pero duerme, se levantará arañado y sangrando, pero seguirá dormido. Mi padre y el tendero hablaban a menudo de la guerra, pero pocas veces era yo capaz de entender el sentido de sus conversaciones.

Aquello que estaba cerca de mí, la higuera, el corredor, los dos hórreos, el mandil de mi madre, la cocina de carbón o los libros de mi padre me ofrecía seguridad, pero lo que estaba lejos era angustioso y amenazante.

El mar estaba lejos, pero yo entonces nada sabía del mar.

Corríamos y saltábamos consumiendo las horas luminosas de aquel universo diminuto que, sin embargo, nos parecía inmenso, desde las escaleras de piedra de la escuela oficial hasta el remanso del río de los baños del verano, desde los corredores de los geranios vivos hasta los embarrados y empinados caminos del monte, desde las ramas temblonas de las frutas robadas hasta los pupitres de los tinteros y los dictados al vuelo. Nosotros sólo saltábamos en círculo sin alcanzar las márgenes, sin preocuparnos de que el tiempo corriera veloz, escuchando cada día las mismas melodías, desde el ruido de castañuelas que hacían las cigüeñas perdidas que traían a los niños sin avisar hasta el sonido de la garlopa de mi padre deslizándose sobre las tablas, desde el crepitar de la hojarasca en el otoño hasta el alboroto de los torrentes en primavera. Ignorábamos el ruido estridente del girar opresivo de los ejes del mundo.

En el mapa de la escuela clandestina de mi padre estaba señalada la ciudad de París con un alfiler de cabeza roja. Había unos cuantos alfileres de colores diferentes. Mi madre protestaba, porque mi padre le quitaba los alfileres del acerico para señalar en el mapa los lugares de consideración. Él explicaba los mapas como si fueran los patios interiores de las casas, lugares alcanzables, cercanos, reconocibles. El maestro gallego se mofaba de mi padre porque nos hablaba de lugares que nunca visitaríamos. Para mi padre, en aquella escuela paralela al desván, los lugares señalados en el mapa con alfileres eran impresionantes, así lo decía él, impresionantes, porque tenían paisajes paradisíacos, costumbres asombrosas o edificios increíbles, o porque en ellos habían ocurrido revoluciones sangrientas o batallas memorables.

A pesar de que mi padre tenía dos trabajos, el de empleado en los lavaderos del carbón y el de profesor clandestino en la escuela alternativa del desván, seguíamos siendo pobres, y por eso mi madre agradecía sobremanera lo que a veces nos traían las madres de algunos alumnos cuando éstos superaban con éxito los exámenes oficiales, que si un conejo o una gallina para los caldos, que si un litro de leche o una manteca o una docena de huevos frescos, que si unos fréjoles en el tiempo de la huerta, que si la prueba del picadillo los días del sanmartín, así que un día mi madre decidió que había que comprar una vaca para tener siempre leche y

mantequilla y queso, y que había que criar unos conejos y unas gallinas para la carne y los huevos, y que había que buscar un terreno para sembrar verduras y legumbres y patatas, y así se hizo, y seguíamos siendo pobres, pero menos, pues ya no había que acudir tan a menudo a visitar los comercios. También comenzamos a criar un cerdo cada año, pero a veces se nos moría de peste repentina, porque los cerdos comían de todo y por eso se ponían enfermos con facilidad, se comían incluso a los niños vivos, si les atacaba el hambre. Mi abuela decía que en eso se parecían a los comunistas, pero luego se reía, así que yo sabía que bromeaba.

Cuando se nos moría el cerdo mi madre se enfadaba con san Antonio Abad, que era el patrono de los animales, porque según contaba el cura había sido capaz de hablar con los leones y con los jabalíes y con los tigres y con los cuervos, incluso estos animales lo habían ayudado en una ocasión a enterrar a uno de sus compañeros eremitas. En la cocina había un calendario con la imagen de san Antonio, y mi madre se enfadaba con él y le retiraba la vela que le tenía encendida, y la ponía junto a una imagen diminuta de san Pancracio que estaba encima de la zapatera. San Pancracio era el patrono de la buena suerte, y eso que lo habían asesinado con quince años, y para que hicieran efecto sus influencias, además de la vela, había que ponerle una rama de perejil. Él se ocupaba de la suerte en las rifas y las loterías. Mi madre estaba suscrita a la rifa de un joyero ambulante. La rifa, además de servir para participar en un sorteo de premios brillantes, se aprovechaba como cupón de ahorro y así mi madre podía adquirir cada año una pulsera de plata, una sortija con piedras o unos pendientes de fantasía. Le dijeron a mi madre que para la suerte de las rifas era más seguro el patrocinio de san Macario, pero ella no se fiaba de los santos desconocidos.

Una caja de madera con una cruz y dos puertas viajaba todo el año de casa en casa. La caja contenía una imagen de santa Gema, que había sido una joven que acumuló enfermedades y desgracias y que a base de devoción fue milagrosamente curada y le fue concedido el don de los estigmas. No entendía yo cómo podía ser un don el que de repente te salieran heridas sangrantes en el costado, en las manos y en los pies. La mente es muy poderosa, me decía mi padre. A mí eso me parecía imposible y quizá por eso santa Gema, que cada dos días cambiaba de casa, era la patrona de los imposibles. La imagen estaba detrás de un

cristal y la caja contenía una pequeña hucha para los donativos y una peana desplegable para poner la vela.

Así que, a base de rezos a san Pancracio y a santa Gema, la economía doméstica fue mejorando. Al menos eso pensaba mi madre. Mi padre compró una bicicleta nueva para ir a trabajar y mi madre una máquina de coser.

Mi madre era muy guapa, pero a mí no me gustaba cuando se ponía los rulos para dormir. Parecía de otro planeta. Mi padre se reía de ella, pero a mí me asustaba mucho cuando venía a despertarme por las mañanas con la cabeza llena de rulos. Con madreñas, con zapatos planos o con zapatillas, y tanto dentro de casa como en la calle o en la huerta, mi madre caminaba con premura, dejando bríos al paso, porque siempre tenía algo que hacer, porque vivía como si fuera a partir hacia otra parte o estuvieran a punto de agotársele los días.

Si tuviera que elegir un objeto que representara aquellos primeros años, sin duda elegiría el aro y la gancheta. Eran de hierro y me los había hecho mi padre en el taller de la mina. Me gustaba deambular por los callejones del pueblo con mi aro y mi gancheta, incluso bajaba las escaleras del hórreo o cruzaba el río o circulaba por encima de los muros del edificio en ruinas que poco después acabaría siendo la iglesia, porque en el pueblo no había iglesia, sólo había una capilla, pero era de propiedad privada, pertenecía al palacio, así que había que ir a la iglesia de otro pueblo que estaba más cerca del monte, y que era el mismo pueblo al que se habían llevado secuestrada a mi abuela. El aro era como la rueda del mundo, que también decía mi padre que era así de redondo, algo muy difícil de creer, pero muy cierto, porque lo aseguraba mi padre, y era el aro, a la vez, un objeto obediente y atrevido, y no tenía principio ni tenía fin, algo que también decía mi padre del mundo y de Dios, aunque con alguna que otra reserva, y yo dominaba aquel mundo redondo con una simple gancheta de hierro.

Con el tiempo le encontré muchas referencias a la gancheta, y volví a verla en la vara que utilizaban los labradores para gobernar a los bueyes uncidos, o en los dibujos de las hadas madrinas de los bosques, o en la batuta que usaban los directores de orquesta. Cuando en el internado estudié la mitología griega, también volví a encontrar la gancheta en el ovillo del hilo de Ariadna, tal vez porque con aquel aro y aquella gancheta anduviera yo, sin saberlo, intentando salir de una infancia que en

ocasiones se parecía demasiado al laberinto del Minotauro. Pero, sobre todo, me gustaba aquel juego porque era un juego de aventura y de destreza, y a la vez un juego silencioso y solitario.

También están vivos en mi memoria los objetos de la mesa de mi padre, un cartapacio con hojas de calco, la regla de madera con el borde blanco, el afilador de lápices con su manivela, el lápiz de los subrayados medio azul y medio colorado, los plumines y el tintero, la estilográfica negra y brillante, el balancín con el papel secante, el sello de caucho con sus iniciales y la almohadilla de tinta para mojarlo, un frasco de cola transparente que llevaba un pincel en el envés del tapón, el compás en su estuche de terciopelo, la barra de lacre y el sello de metal, el abrecartas de alpaca, la lupa y la grapadora con forma de caballo. Pero lo más significativo de aquel escritorio habría de ser la máquina de escribir Remington, regalo de un ingeniero belga del que hablaré más adelante. Aquellos objetos tenían para mi padre el significado de un santuario.

Cuando las águilas volaban en círculo nos escondíamos detrás de los abedules y esperábamos sentados para ver cómo descendían en vertical con las alas plegadas y las garras dispuestas para capturar a las ratas del río. Sólo de vez en cuando conseguíamos contemplar aquel espectáculo emocionante, pero merecían la pena tantas horas de espera y la sonrisa nos llenaba toda la cara y nos abrazábamos mientras el águila escalaba el aire con las alas inmensas y la presa en las garras.

Como dije, la nueva casa a la que nos mudamos tenía un desván. Antes de que la parte central del desván se convirtiera en escuela era un lugar de oscuridades y telarañas, un espacio en el que habitaba el miedo, y el miedo era algo físico que tenía autoridad y tenía presencia, por eso yo protestaba cuando por las noches mi madre me entregaba la cesta y me obligaba a subir al desván a por las patatas para la cena. Subía la escalera temblando y cantaba a gritos, porque pensaba que era el silencio quien contenía la amenaza mayor del miedo. Mi propia voz venía a socorrerme. Sentía en el rostro un aire arenoso y frío, y temblaba con los crujidos espantosos de aquella escalera interminable. Durante el día el miedo abandonaba el desván y sólo quedaban el desorden de los secretos y el vapor de la soledad. Como el techo de la casa era de tejavana se colaban

los rayos del sol en haces afilados y brillantes que se clavaban en las tablas como cristales y conformaban un laberinto espectral de luces y de sombras. Subir al desván era como extraviarse en el mundo de lo que había dejado de existir.

Tiempo después de que el desván se convirtiera en escuela, y antes de que yo ingresara en el internado, buscando un viejo tamiz que mi madre aseguraba haber guardado en los rincones aislados por los tabiques de tablas, encontré, enrolladas y atadas con un cordel, treinta y dos matrículas de honor. Eran las que había merecido mi padre en sus once años de estudiante. Había matrículas en historias del mundo y de la Iglesia, en filosofías de las ciencias, en geografías físicas, en lenguas clásicas, en álgebras elementales, en francés o en arameo. Había matrículas en materias para mí entonces desconocidas. Cuando le pregunté a mi padre por qué aquellos diplomas estaban en el desván, él me miró con gesto doliente y me dijo, en dónde si no, eso me dijo, e insistí en aquel descubrimiento y le pregunté por aquellas sabidurías de nombres desconocidos, y me dijo, antes lo estudiábamos todo.

Aquel día en el que descubrí las treinta y dos matrículas de honor de mi padre pensé que las cabezas de los mayores estaban llenas de rincones oscuros. Con el tiempo me convencería de que cada existencia tiene su propio desván.

En ocasiones, y siempre de día, subía a rebuscar en los baúles y en los cajones y cuando entendía que se había producido un hallazgo extraordinario bajaba orgulloso a la cocina con aquel objeto rescatado y teñido con polvo de años, y mi abuela siempre me decía, devuelve eso al desván, y yo negaba sorprendido, y ella sentenciaba, lo que está allá arriba está muerto y no conviene incomodar a los muertos. Ella era así de ceremonial. Un día le pregunté por qué aquellas cosas del desván, ya que no era posible su rescate, no se habían arrojado al río. Entonces no había contenedores para la basura, porque apenas había basura. Los residuos orgánicos eran para los animales y lo que no servía se quemaba o se tiraba al río o se guardaba en el desván. Ella me respondió que cada uno tenía que hacerse cargo de su propia ruina.

Antes, a la basura la llamaban ruina.

Mi abuela tenía en la memoria un desván abarrotado de desgracias, privaciones y cosas sin terminar.

Lo cierto es que en aquel tiempo los desvanes eran enormes y las infancias duraban una eternidad. Aquellos desvanes y aquellos pueblos aún estaban llenos de desamparo y de derrota, de ignominia y de tormento.

Había mucha guerra por contar acorralada en los desvanes sin luz.

En los rincones secretos y tristes del desván también había guardadas muchas palabras, demasiadas palabras, porque la confianza estaba prohibida.

Cuando nevaba, el mundo me parecía un desván que hubiera perdido la tejavana, porque las cosas se volvían inservibles y todo quedaba cubierto con el polvo triste y blanco del descuido.

Un día el desván de mi casa empezó a dejar de ser un desván, porque mi padre construyó tabiques de tabla y creó un cuarto grande en la parte que tenía el techo más alto, justo al lado de la escalera, y en el espacio restante acumuló los secretos del polvo y los objetos del olvido. La parte salvada la dividió en dos estancias, un espacio grande y con claraboya que sería para la escuela, y otro diminuto en el que abrió un pequeño ventano al exterior. Qué vas a hacer con este rincón pequeño, le preguntó mi madre, y él dijo, voy a construir una bañera. Hacía poco que el agua había llegado a las casas. La mayoría de los baños se construyeron en los corredores, porque era el lugar que exigía menos obra de albañilería. En nuestra casa había un servicio al final del pasillo, pero no tenía bañera. Fui muy feliz la primera vez que estrené aquella bañera de ladrillos, porque mi padre había conseguido que yo pudiera nadar y bucear en el desván. Era como si a partir de entonces el río pasara por el desván. Para mi madre supuso un alivio. Muchas tardes yo llegaba a casa como un eccehomo, así lo decía mi abuela, un eccehomo. Volvía sucio por el polvo de los pajares y por el barro de los charcos, con heridas en las rodillas y con los dedos negros y pegajosos por el azúcar de los higos y el caldo de las moras. Mi madre ponía los brazos en jarra y le entraban ganas de llorar, pero cuando tuvimos la bañera me decía, sube al desván, quítate la ropa y métete en la bañera. Luego se le olvidaba el enfado y cuando me enjabonaba y me frotaba la espalda se sonreía y me decía, eres igual de guapo y de gandul que tu padre.

Mi padre empezó a cantar en el desván. Lo hacía mientras cubría de tablas el techo de la tejavana. Aquellas canciones de mi padre, aunque tuvieran ritmos y motivaciones alegres, siempre sonaban tristes, porque las

cantaba desde el lugar en el que a uno le parecía que el mundo se quedaba quieto, así que a mí se me antojaban canciones atadas con un cordel, igual que sus treinta y dos matrículas de honor. Había una canción que repetía mucho, y gesticulaba y se emocionaba, y decía, la Lirio, la Lirio tiene, tiene una pena la Lirio, y se le han puesto las sienes moraditas de martirio, se dice si es por un hombre, se dice si es por dos, pero la verdad del cuento, ay, Señor de los Tormentos, la saben, la Lirio y Dios.

Cuando mi padre abrió en el tejado la claraboya me explicó que lo hacía para que por ella se colara la luna en el desván, y añadió, así ya no tendrás miedo cuando subas a buscar las patatas. Lo cierto es que con los tabiques de tabla, la claraboya, la escuela y la bañera el desván dejó de asustarme. Ya, más que un desván, parecía una ciudad. Aunque detrás de las tablas, eso sí, más encogido y acorralado, seguía existiendo un desván.

Cuando volví por primera vez del internado vi a mi padre trabajando con la paleta y la pasta de cemento en el desván. Qué haces, le pregunté, y él me explicó, esta noche soñé que en este rincón había una chimenea, así que voy a construirla. Cuando se encendió aquella chimenea, que había nacido de un sueño, el desván dejó definitivamente de ser un desván.

Con mi padre todo parecía ocurrir por primera vez, sus inventos, sus ideas y sus palabras nuevas.

El humo de la chimenea reciente se apoderó del polvo del desván.

Mi padre rescató las matrículas de honor, desató el cordel y me fue contando la historia de cada asignatura en la que había sido galardonado, y me habló de la extravagancia de algunos profesores, y de los sueños que duermen en los baúles, y de los niños perdidos en la guerra, y de una hermana muy hermosa que él había tenido y que con diecisiete años se había muerto de pulmonía, y me habló, sobre todo, de la fascinación de lo extraordinario y de la sabiduría. Decía que un hombre sabio es aquel que consigue entender a los demás, a todos los demás sin excepción alguna. También me habló mi padre, repasando sus matrículas de honor, de las cosas que no te atreves a tirar, porque tienes miedo a perder algo de ti, miedo a que algo se desprenda de lo poco que ya eres, cosas que, cuando las agarras con la intención de liquidarlas, te miran y te intimidan y te obligan a dejarlas de nuevo en los cajones del desván. Le pregunté si las

treinta y dos matrículas de honor estaban entre aquellas cosas, pero él chasqueó la lengua y acarició los diplomas y dijo, en fin, eso dijo, en fin. También hay cosas, añadió, que se quejan tanto que crean un vacío a su alrededor, un círculo en el que procuras no entrar. A mí me gustaba mucho escucharlo, aunque no siempre entendía lo que intentaba explicarme.

A veces, me dijo, las musas se quedan dormidas en los desvanes.

Pero la construcción de la chimenea y estas explicaciones de mi padre ocurrirían algunos años después.

En una de aquellas pascuas floridas el cura dejó que mi padre leyera durante los oficios, y leyó algunos salmos. También le permitió que hiciera unas breves observaciones a los textos, pero mi padre, con una voz suave y evocadora, convirtió aquel preámbulo en una prédica en toda regla, una disertación emotiva sobre la Naturaleza y sobre la maravillosa obra de Dios, y aquella homilía de mi padre provocó la perplejidad y la admiración de los feligreses. Tenías que haber sido cura, le dijo a mi padre la mujer beata que tenía la piel transparente. El maestro gallego, que había asistido a la misa, discutió abiertamente y dijo, a quien quiso escucharlo, que aquello era inconcebible, que aquel hombre no tenía límites, que primero suplantaba al maestro y que ahora pretendía reemplazar al cura, y que qué pasaría el día de mañana si alguien no le paraba los pies. El falangista miró al maestro y le dijo, hablar de Dios nunca está de más, y el gallego guardó silencio y no volvió a protestar contra mi padre.

Nunca se fue de mí aquel aroma de la tierra de la infancia.

Me gustaba especialmente sentarme en las rodillas de mi madre y recostarme en sus pechos para hacerme el dormido. Ella me acariciaba suave, me hundía despacio los dedos en el pelo y yo, sin abrir los ojos, la besaba en el cuello. Ella olía a la lejía de fregar los suelos y al jabón de lavar la ropa, y olía a la corteza de los limones que rallaba cuando hacía los bizcochos y a la canela de la crema dulce de arroz, y también al humo de la cocina de carbón y al cuajo de la leche, y a mí me gustaban todos aquellos olores que desprendía mi madre, porque eran los olores de la ternura que me hacía crecer.

Las tropas rebeldes, después de meses de bombardeos y combates encarnizados, habían ocupado la región y los republicanos que se resistieron a la derrota vagaron por los montes en cuadrillas ocultándose de las nuevas autoridades y aspirando a una guerra de guerrillas. Mi abuelo materno pertenecía a una familia con once hijos, conservadora y católica. Él había apoyado abiertamente la necesidad de un golpe militar contra el gobierno de las izquierdas salido de las urnas. Cuando se hizo pública la rebelión y temiendo las represalias se exilió voluntariamente en casa de unos parientes en un pueblo más allá de la cordillera. Cuando los rebeldes tomaron la región él volvió y recuperó su trabajo en la mina. Tenía dos hijos, de seis y tres años. La mayor era mi madre. Mi abuela estaba embarazada. En el tiempo en que mi abuelo estuvo escondido, mi abuela mantuvo a la familia cuidando una huerta, una vaca y unas gallinas. Era el mes de julio y anochecía y estaban todos en una pradera del monte. Recogían la hierba para el invierno. Mi abuelo, después de llegar de su trabajo en la mina, había estado segando toda la tarde. Había una cabaña y en ella pasarían la noche. Mi abuela, en un fuego que ardía en la antojana, terminaba de cocinar una tortilla. Mi madre y su hermano jugaban con la perra. Mi abuelo se lavaba en el manantial cuando llegó un grupo de varios hombres armados. Llevaron a mi abuelo detrás de la cabaña y allí discutieron un tiempo. Cuando ya parecía que se iban, uno de ellos se volvió, apuntó con su fusil y le disparó a mi abuelo, que cayó desplomado. La perra fue quien bajó al pueblo con el aviso. Arañó desesperadamente las puertas de los conocidos y así supieron que algo había sucedido. Siguieron al animal hasta el monte y, cuando llegaron, mi abuelo ya había muerto. Tenía veintinueve años y no pudo conocer a su tercera hija.

Supe, muchos años después, por uno de los que estuvieron en aquel grupo de milicianos, que el asesinato de mi abuelo provocó discusiones entre ellos, porque mi abuelo, aunque colaboraba con los guardias rebeldes en la búsqueda de los que andaban por el monte, siempre advertía antes de las batidas a las familias de los fugados para que tuvieran tiempo de pasarles el aviso. Sólo les ponía una condición, que huyeran y se escondieran y que no entraran en combate con los guardias. Quien esto me contó también me dijo que aquel que le había disparado a mi abuelo contra la voluntad del resto del grupo había aparecido muerto a los pocos días, apuñalado mientras dormía. Tardé años en decírselo a mi abuela,

pero cuando lo hice descubrí que ella ya lo sabía. El que sangre derrama, me dijo, en sangre se empantana, así que a tu abuelo fue como si lo hubiera matado un muerto.

La perra supo que un fusil había matado a su amo. Los días siguientes a la muerte de mi abuelo una pareja de guardias vigilaba día y noche la casa, a pesar de la oposición de mi abuela. Ella les gritaba que se marcharan, que el mal ya estaba hecho. La perra se ponía nerviosa al ver los fusiles, pero los guardias conseguían calmarla. Un día acudió un guardia joven que hacía aquel servicio por primera vez y, al ver cómo la perra ladraba e intentaba morderle el fusil, se separó de ella y le disparó un tiro en la cabeza. Mi abuela, al ver a su perra muerta, saltó hacia el guardia, lo tiró al suelo y lo agarró por el cuello con la intención de estrangularlo. Los guardias se fueron y no volvieron a vigilar la casa. Mi abuela me contó que aquella perra parecía una loba y que tenía los ojos azules y grandes y llenos de tristeza. Tu abuelo era muy guapo y muy fuerte, me decía ella, y le gustaba mucho la política, era como un vicio para él, un vicio que había heredado de un tío que tenía en la capital y le enviaba libros y revistas por correspondencia, y en ese vicio decía él que estaba la ilusión de cambiar las cosas, para que fueran mejores, y bien me la jugó con eso de la política, con lo bien que podíamos haber vivido, mira que pasaron años y me acuesto todas las noches enfadada con él, y también con Dios, lo mataron sin beneficio y murió sin ni siquiera saber si tenía razón, y yo lo único que sabía de política era que había que trabajar fuerte para sobrevivir, y lo cierto es que todos lo respetaban, porque no era un loco fanático y tenía buen corazón. Es inútil, me dijo en otra ocasión, gastar las fuerzas en pelear por cambiar lo que ya pasó, hace mucho que no lo hago, pero el dolor no se va, aunque se aprende a vivir con él. Cuando hablaba de lo que su vida hubiera podido ser y no fue sus palabras tenían un brillo de lágrimas.

Al escuchar aquel día a mi abuela caí en la cuenta de que mi padre era cuatro años más viejo que mi abuelo, pues tenía entonces treinta y tres años y el abuelo se había muerto con veintinueve. Sentí desconcierto, como si el orden del mundo, de mi mundo, reducido y virgen, se hubiera roto, y le pregunté a mi abuela si los muertos seguían cumpliendo años, y ella me dijo que no, que se quedaban para siempre con la edad con la que habían muerto. Me pusieron su nombre, porque fui su primer nieto. A mí no me gustaba aquel nombre, porque era un nombre antiguo y nadie se

llamaba de aquella manera. Me avergoncé de mi nombre muchas veces, pero un día comprendí que yo no podría llamarme de otra manera, porque no tenía un nombre, sino que era el nombre el que me tenía a mí. Cuando vino el arzobispo para las confirmaciones quise cambiarme el nombre, porque la confirmación era como un segundo bautismo. Mi abuela se llevó un disgusto grande y mi padre me preguntó cuál era mi nombre preferido, pero mi madre, al ver a mi abuela llorar, organizó tal alboroto que ni siquiera pude responder. Así que el arzobispo me untó la frente con aceite sagrado y me puso las manos en la cabeza y me quedé para siempre con el nombre de mi abuelo.

Mi madre tardaría años en hablarme de aquel momento trágico de su vida. Con seis años había visto cómo mataban a su padre. Durante mucho tiempo anduvo muda y sin lágrimas y recordando el estruendo del disparo, el cuerpo de su padre cayendo de espaldas sobre la hierba, la sangre empapando la camisa, el grito de su madre y los ladridos rabiosos de la perra.

Le pregunté a mi abuela por qué había personas tan malas. Por influencia del diablo, me dijo, y añadió, te encontrarás con ellas, son despreciables, unas son quejosas, lloran por todo y son cobardes, te traicionarán en cuanto les des la espalda, viven en la ruindad, y otras son malintencionadas y crueles, quieren siempre lo que no es suyo, vociferan, engañan e incluso matan, unas y otras son hijas del diablo. Cómo puedo reconocer a esas personas, le pregunté, y ella me respondió, estudia, reza y escucha, eso me dijo, y añadió, el que mató a tu abuelo pertenecía al grupo de los cobardes. Otro día me advirtió, no pienses que cada uno siempre es como es, a veces las cosas se tuercen y se termina siendo de otra manera. Ella conservaba una especie de certeza natural sobre todas las cosas que la hacía mirar al mundo con cordial resignación y al futuro con una incertidumbre serena. La viudedad prematura le había dejado en el carácter una arruga en forma de resentimiento. Su constante interpretación sobrenatural de la realidad producía en mí un efecto balsámico. Estaba lo imprevisible, lo que no se podía ver, lo que nadie sabía explicar. Estaba aquello que era imposible controlar. Ella sufría breves arrebatos de cólera sin motivo, como pinchazos que le herían la memoria. Continuamente se enzarzaba con mi madre en disputas domésticas de escasa entidad y se encaraban con reproches amables y en broncas tiernas. Las discusiones con mi padre eran más espaciadas, pero

de mayor enjundia. Cuando suspendía su trabajo de ama de otra casa y madre de otros hijos y bajaba a vernos, siempre traía la ocurrencia de algún reproche para ofrecerle a mi padre. Ella le dedicaba frases contundentes y resentidas, y le decía, tienes ideas de cura renegado, o también, mucho sabes, pero poco haces, e incluso le reprochaba, en lugar de lavar carbón te podrías lavar la conciencia. Mi padre sólo sonreía y nunca le replicaba, pero cuando se iba le decía a mi madre, cuando acabe ese trabajo de dueña de una casa que no es la suya habrá que buscarle un acomodo, porque aquí con nosotros no quiero que se quede. Mi madre no decía nada. Ella sabía que mi padre le tenía a mi abuela una simpatía reservada y que mi abuela, fuera de aquellos ataques pasajeros, le mostraba a él un cariño discreto.

Mi abuelo paterno también era minero y murió en el hospital en el que había ingresado enfermo de silicosis. Tenía los pulmones agujereados y murió escupiendo carbón, justo cuando los rebeldes bombardeaban la ciudad. Aún no había cumplido los cuarenta años. Había entrado a trabajar en la mina siendo un niño. Mi abuela y sus hijos se desplazaron a la ciudad en un camión de los republicanos. Metieron a mi abuelo en una caja de tablas sin cepillar que subieron a un carro tirado por una mula. Detrás caminaban mi abuela, mi padre, que tenía nueve años, y otras hermanas y hermanos de diferentes edades. Cuando llegaron a la colina del cementerio, el cielo se llenó de aviones rugiendo y comenzó el bombardeo y un trozo de metralla le atravesó a mi padre el muslo derecho. Tanta era la tensión que él no se enteró y fueron sus hermanas quienes advirtieron cómo le brotaba la sangre de la pierna. Vivió siempre con aquella cicatriz en el cuerpo y en el alma como la prueba irrefutable de la terrible pérdida de su padre. Sólo recuerdo que el cielo era de color naranja, me dijo el día que me habló de aquello.

Mi abuela paterna era silenciosa y tímida.

Las pocas veces que venía a casa se sentaba en un rincón y no hablaba por no molestar y, si hablaba, lo hacía con monosílabos, sin apenas despegar los labios. Por no pedir la cuchara se quedaba sin comer la sopa, decía mi madre de ella. Sus gestos eran afligidos y escasos. Sufría un miedo congénito a molestar y se sentaba en el borde de la silla y con las manos en el regazo, como esperando una orden. Había sufrido demasiado y pasado muchas necesidades al quedar viuda muy pronto y con seis hijos, tres varones y tres hembras. Una de las hijas había muerto por una

pulmonía en la adolescencia. En aquel tiempo la pulmonía era una enfermedad trágica. Habían pasado muchos años y, sin embargo, mi abuela lloraba al recordar a aquella hija perdida.

Apenas tengo recuerdos de mi abuela paterna. Recuerdo que me tomaba la cara, con sus dos manos diminutas y pálidas, y con una sonrisa triste y una voz apagada me decía, eres la viva imagen de tu padre cuando marchó al seminario, la misma cara, los mismos gestos, como dos gotas de agua, y me besaba en la frente y se le escapaban las lágrimas.

Por qué casi nunca vemos a la abuela, le pregunté a mi padre, y él me explicó que vivía lejos, con su hija más pequeña, en una aldea gallega. Allí murió. Nos enviaron el aviso al teléfono del bar, que era entonces el único teléfono que había en el pueblo. Mi padre lloraba sin consuelo como un niño pequeño. Quisieron traerla en una especie de furgón ambulancia, pero se les murió sin haber salido del concejo, así que decidieron hacer el viaje por la noche para que se muriera otra vez aquí, y atravesaron los pueblos de manera clandestina, porque los muertos declarados debían pagar un tributo por cada pueblo que pasaban, así que a mi pobre abuela la sentaron como si estuviera viva y así la trajeron, porque no había dinero para pagar tantos tributos.

Recuerdo su rostro dulce y pálido enmarcado en una cabellera gris cuidadosamente recogida en un moño. Tenía la mirada azul y a menudo parecía distraída, como si se hubiera quedado sin memoria. En una ocasión me había quejado de que ella nunca me contaba historias y mi padre me dijo, dile que te las cuente, nunca te contará nada si no se lo pides. Entonces se lo pedí y me habló de la enfermedad de la hija que se le había muerto y fue tanta la pena que observé en sus ojos que nunca más le pedí que me contara historias.

Mis dos abuelas fueron mujeres de luto, por temperamento y por la aflicción eterna de la viudez temprana.

Cuando los viejos se sentaban en las carboneras o en las piedras de la fuente a recibir el sol parecían menos viejos. La mayoría de ellos padecían de silicosis y, con la boca muy abierta, respiraban con silbidos graves. Cuando se iban a casa arrastrando los pies volvían a envejecer. A los abuelos les sobraba el tiempo y se sentaban a esperar el sol. Unos

enfermos de silicosis por haber respirado tantos años el polvo del carbón y otros reumáticos por gastar su vida cortando y arrastrando madera bajo la lluvia, y todos quebrantados por el trabajo, movían sus huesos siguiendo el rastro del sol y esperaban sin ansia y sin miedo la hora de la muerte. Ellos sabían mucho de la guerra reciente y de todas las guerras, y sabían de la mina, y recitaban de memoria refranes y cantares que habían aprendido de niños, y sus cantares parecían rezos, y sus refranes parecían cantares, y como les sobraba el tiempo enseñaban a sus nietos a atarse los cordones de los zapatos y a silbar y a grabar nombres con la navaja en los troncos de los árboles.

Suspiraban a menudo porque el mundo les daba lástima.

Nunca aprendí a silbar.

Algunas mujeres ancianas mascaban tabaco sentadas junto a las hortensias para adormecer la memoria. Movían las mandíbulas sin dientes arriba y abajo con la mirada en el cielo y, si nos acercábamos, hacían aspavientos para espantarnos como si fuéramos gorriones. La baba de las mujeres que mascaban tabaco era corrosiva y agujereaba los mandiles. Las mujeres iban y venían enredadas en el remolino de las faenas eternas. Ellas únicamente se sentaban para zurcir la ropa o para batir la nata de la leche, así que vivían de pie y recordaban en voz baja y sin detenerse.

La vida pasada, al removerla, olía a huevos podridos y a vinagre, así olían los abandonos y las desgracias, como el agua ferruginosa que salía de las minas en abandono, como el poso de la sidra que dormía en las barricas relegadas. También el esfuerzo de todos los días olía a vinagre, y también olía a gallinero, y al hollín que se pegaba a las vigas de las cocinas. El amor no, el amor olía a las flores de los tomillos. Los viejos ya no recordaban aquel olor a flores que tenía el amor, en sus oídos crecía la maleza y por sus ojos arroyaban como lágrimas gigantes las cataratas de la desidia. Hablaban siempre en la lengua de la tierra. No sabían hablar de otra manera y a ellos no podía reprenderlos el maestro gallego. Rumiaban sus recuerdos con las mandíbulas desarmadas, pero con palabras rotundas y enteras.

Tampoco las mujeres solían recordar en el trajín de cada día aquellos olores antiguos. Lo hacían alguna noche, asomadas a la ventana del callejón o apoyadas en la baranda del corredor, y se acariciaban el vientre, y pensaban en aquellos cielos llenos de estrellas que un día habían llevado dentro. Con paciencia y devoción escarbaban cada día los restos de todo

para no desperdiciar nada, colocaban flores frescas en los jarrones y ramas de perejil en un vaso a los pies del santo de la buena suerte, regateaban cada céntimo enseñando las garras, y guardaban en secreto las humillaciones, y se aferraban a cualquier rayo de luz para sentirse reinas, y ante las desgracias de cada día se secaban las lágrimas y se estiraban las medias y se alisaban la falda como si no hubiera pasado nada, porque habían sido educadas, sin que ellas lo supieran, para aferrarse a la vida.

Cuando las abuelas se ponían tristes, al mundo lo llamaban valle de lágrimas. A veces se escondían para llorar. Ellas eran hermosas, porque se estiraban, se encogían, se alargaban y se multiplicaban, se desfiguraban y se transformaban para sostener el fuego, y sus cuerpos eran como praderas con el pasto reciente, y sus miradas llegaban tan lejos que podían quedar enganchadas del cielo.

Se escuchaba la guerra detrás de las vidas de los abuelos. Ellos respiraban resentimiento y carbón. Mezclaban en un revoltijo atropellado el tiempo pasado con el momento presente, confundían los poderes de Dios y de la suerte, combatían con súplicas inciertas y reproches sin dirección la desidia del olvido y se regalaban presagios, desánimos y tabaco de liar.

Por las noches mi padre se sentaba en el borde de la oscuridad y se ahuyentaba las nubes que le recorrían el cielo de la frente tomándose un tazón de leche cuajada, y recuerdo que en el brillo de su mirada había identidades sin destapar, como si un día, en la encrucijada de su infancia, se hubiera equivocado de camino. No quiero que a mí me ocurra lo mismo, así que vuelvo a los musgos tiernos y recupero aquellos olores primeros, regreso a la lluvia buscando el batir de las alas de las golondrinas.

Quiero que todo vuelva a tener sentido.

Aquella infancia era solemne como una siembra, solemne como una misa de fiesta. Las canciones de mi padre, aunque tuvieran ritmos y motivos alegres, siempre sonaban tristes, porque las cantaba desde el lugar en el que uno observa que el mundo se escabulle. Parecían llegar de lejos. Algunas las habían conservado las abuelas en el mandil de todas las faenas; otras venían a través de las radios increíbles, y algunas las traían los

ambulantes y los titiriteros. Cuando llegaron los titiriteros no teníamos cámaras fotográficas para inmortalizarlos con sus trajes de colores y sus barbas de mentira.

Aquellos titiriteros sin nacionalidad convertían las tardes de tedio en fiestas de guardar. También había alfareros, quinquilleros, afiladores, pimenteros y meleros, y hasta copleros. A veces venían traperos con grandes sacos a las costillas, y compradores de coletas de pelo, y tratantes de ganado exhibiendo fajos de billetes atados con una goma, y peleteros que compraban pieles de vaca o de conejo, y vendedores de estampas, y arrieros con mulas, que eran fuertes y tozudas, hijas de yegua y de burro. Los gitanos desarrapados venían en carretas tiradas por burros escuálidos y compraban chatarras y muebles sin utilidad.

El melero tenía una voz poderosa y un mandilón azul perdido. Su andar era retrasado y mostraba unos dientes igual de grandes y amarillentos que los de las mulas. Traía un carro pequeño del que tiraba un burro del color de la hojalata. Manejaba la cuchara torneada como si fuera una espada y cuando la hundía en la miel del pipote y luego la levantaba parecía que la miel se convirtiera en un pañuelo de seda. También traía aceitunas, unas picaban demasiado y te dejaban la lengua adormecida, y otras sabían a ajo y a laurel. Y vendía aceite de lavanda, que usaban las mujeres para untarse la cara y conciliar el sueño. Vendía hierbas y especias para tratar la tos y para combatir el vómito, y ungüentos para matar los piojos y para curar el mal de la tristeza, y unas esponjas naturales que regeneraban la piel, y veneno para las ratas, y jarabes para crecer. También les vendía a las mujeres enclenques unas píldoras prohibidas para aumentar el tamaño de los pechos. Mi madre le compró un frasco con un líquido mágico para fortalecer el pelo. Mi abuela lo olió y le dijo, te dieron gato por liebre, esto es agua de llover. Pero lo que más vendía el melero era miel.

El coplero era maño y golpeaba con el látigo la carretera y cantaba las coplas al ritmo de los trallazos. El Ebro guarda silencio al pasar por el Pilar, la Virgen está dormida, no la quiero despertar, esto cantaba y los zurriagazos que lanzaba contra la tierra le ponían música al cantar. Era un hombre triste y sin afeitar y cantaba canciones que nos partían el corazón. Alguien dijo que su mujer había muerto al parir una criatura que tampoco logró vivir, y que por eso vagaba por los pueblos enfermo de tristeza.

Los botijos del alfarero venían dormidos entre las pajas. Él y su mujer iban subidos a un carro tirado por un caballo gigante. El carro tenía una capota blanca como la de las carretas de los pioneros que salían en las películas de *Bonanza*. Mi madre les compró un barril que conservaba el agua bien fresca. Los alfareros no decían barril, sino botijo.

El quinquillero tenía el rostro picado de viruelas. Los castellanos lo llamaban buhonero. Había quien decía que no era gallego, sino judío, porque no comía jamón ni chorizo y no le gustaban los perros. Pero no podía ser judío, porque los judíos estaban prohibidos. Luego mi padre me explicó que se podía ser a la vez judío y gallego. De dónde vienes, quinquillero, le preguntaban las mujeres, y él, con la voz ronca y el gesto desganado y triste, les decía, de donde se fabrica el viento, de ahí mismo vengo cargando con el cajón. Tocaba una armónica de hojalata y en un cajón a la espalda traía botones, cuchillas de afeitar, peines, piedras de mechero y calcetines de viaje. Nosotros no sabíamos lo que eran los calcetines de viaje. Un día uno de los niños mayores le compró una caja de esos calcetines al quinquillero. Eran globos transparentes cuya venta estaba prohibida. Se lo conté a mi madre y me obligó a ponerme de rodillas y rezar tres padrenuestros. Mi padre, cuando se enteró, se enfadó con ella y me explicó que aquellos globos los utilizaban los hombres para controlar la natalidad, y que ya sabía que yo no lo iba a entender, pero que eso era todo lo que de momento me podía explicar, que no era una cosa mala, pero tampoco algo con lo que pudieran jugar los niños.

Los mayores hacían cosas extrañas.

El quinquillero presumía de ser íntimo amigo de un famoso novelista gallego. Llevaba la foto del escritor pegada en el cajón. Decía que el escritor en persona, que era de su pueblo y se llamaba Camilo, le había explicado, una por una, las señales del hijoputa, y las recitaba de memoria, casi cantadas, como si fueran una copla de ciegos. Firmaba cada señal con un toque breve y lánguido de la armónica, el pelo rojo, la frente huida, la cara pálida, la barba por parroquias, las manos blandas, el mirar esquivo, la voz de flauta, el pijo flácido y la avaricia. El afilador, a la vez que le daba a la rueda gigante y salían chispas de las tijeras, cantaba canciones andaluzas. Había una canción que le gustaba sobremanera y ni una sola vez se iba sin cantárnosla. Se ponía solemne y cantaba, na te debo, na te pido, me voy de tu vera, olvídame ya. También era gallego, como el quinquillero, pero le gustaba cantar como si fuera andaluz. Cuando no

cantaba y sólo soplaba la flauta sus melodías eran fúnebres y quejosas. Disfrutaba piropeando a las mujeres. Si miras seguido al cielo van a salirte las alas, les decía, o también, no te voy a olvidar aunque te saquen del mundo, y les llamaba soles y lunas y ángeles del cielo, y ellas se reían. Eres un mujeriego, afilador, le decían, y él se ponía muy digno y ceremonial para asegurar que él no era más que un humilde ambulante de palabras agradecidas.

En el mes de junio venían frailes con barbas y hábitos del color de la tierra buscando seminaristas para sus congregaciones. El cura les dejaba predicar sus intenciones en la misa del domingo.

El vendedor de las máquinas de coser cantaba canciones de un célebre cantante cubano. Las máquinas de coser eran negras y tenían una mesa con pedales. Él hacía las demostraciones junto a la higuera gigante y cerraba las ventas a plazos y no dejaba de cantar. Yo lo observaba desde el corredor con la cabeza encajada entre los barrotes. Con los años abandonó lo de las máquinas de coser y pasó a vender papeles pintados para decorar paredes. Las habitaciones de las casas se llenaron de barcos de vela, de animales de la selva y de flores de todos los colores. Un día de mucha lluvia lo atropelló un tranvía.

Como había tres comercios en el pueblo venían a menudo los viajantes con el tráfago de sus inventos. Ellos eran mesías del progreso que traían revelaciones sin término. Sudaban en exceso y llevaban trajes oscuros y gastados. Eran viajeros a la fuerza que caminaban en jornadas interminables por las orillas. Eran grandes y fantasmales y se movían lentos y cargados de petates y maletas abultadas atadas con correajes. Ellos eran quienes en ocasiones celebradas traían los inventos y los desplegaban sobre los mostradores para hacer las demostraciones, y los tenderos atentos exponían inconvenientes y planteaban preguntas. Trajeron polvos que quitaban las manchas de grasa al instante, botes de jabón licuado, exprimidores de fruta, sostenes con rellenos de aire caliente, raspadores del pan, bailarinas de cuerda, planchas eléctricas, pasamanerías de plata y de oro, ollas ruidosas a vapor que cocían las legumbres en un suspiro o fregonas de cordones de lana y calderos de escurrir para no arrodillarse a fregar los suelos. Cuando llegó la olla exprés fue como si el tren recorriera las casas al mediodía dejando vapores y silbidos en las cocinas.

Uno de los viajantes, que vendía ropa interior, camisones y puntillas se sentaba en el borde del pilón de la fuente y se refrescaba la cara, incluso en el invierno, y decía, qué vida más perra la del viajante. Eso decía siempre. Tenía el pelo grasiento y los ojos enrojecidos. Tengo dos hijos de vuestra edad y apenas los veo, nos decía, un día llegaré a casa y no me reconocerán, qué vida más perra la del viajante. Una jornada de mucha nieve no pudo salir del pueblo, así que mi padre, siempre al tanto de las emergencias, le dio cobijo. A la hora de la cena se desahogó con nosotros y nos contó su historia. El aire de sus palabras emitía silbidos agudos al pasar entre los dientes, y el resuello de sus pulmones era constante, así que el viajante hablaba en voz baja pero con ruidos. Nos dijo que a su mujer le parecía poco el dinero que él llevaba a la casa, y que se mostraba irascible, violenta y amenazante. Una vez hasta me amenazó con un cuchillo, nos dijo. Él sospechaba que ella bebía a escondidas. Tenían dos hijos, de seis y de ocho años, que sufrían en silencio la ausencia del padre, los desvaríos de la madre y los frecuentes desarreglos conyugales. A aquel viajante seboso y gigante se le llenaban los ojos de lágrimas cuando nos contaba su vida. Era un hombre desgraciado. Fue el primer hombre desgraciado que yo conocí. La borrasca no amainó y el confinamiento duró dos días. En agradecimiento a nuestra hospitalidad le regaló a mi madre un camisón de encajes y unas medias de cristal y a mí un pijama con dibujos de animales. Cada vez que volvía al pueblo se pasaba a saludarnos y nos hacía regalos. Años después supimos, por el viajante que lo sustituyó, que su mujer en una de sus borracheras prendió fuego a la casa. Sus hijos sufrieron quemaduras graves al rescatarla de las llamas. Ella ingresó en un manicomio y él se marchó con sus hijos a otra parte y consiguió poner en marcha una mercería pequeña y rentable.

Mi padre me había contado que al lugar donde él había cumplido el servicio militar llegaban seres extraordinarios que actuaban en los mercados de los domingos. Allí había visto él a un hombre con mucho pelo que devoraba tornillos y que tenía una saliva corrosiva y poderosa capaz de convertir un reloj en papilla en pocos segundos. También había un indio de la India que paseaba descalzo sobre brasas al rojo vivo, una mujer búlgara que arrastraba un camión con los pelos y un chino que

lanzaba cuchillos alrededor de una mujer sin miedo. Y había un circo de pulgas amaestradas, que era lo más increíble que se pudiera imaginar. Yo creía que lo de mi padre en aquel lugar de milicias sólo eran cuentos, porque a él le gustaban mucho los cuentos, y no sólo los contaba, también los inventaba. Hasta que llegó el hombre de la barbilla sobresaliente. El chigre se llenó de gente y todo lo que me había contado mi padre me pareció verdad.

Aquel ser extraordinario colocaba sobre su barbilla poderosa todo cuanto pudiéramos imaginar, desde una silla con un niño sentado hasta un poste de la luz. Pidió un voluntario para subirlo a la silla. Muchos levantamos la mano, pero le tocó al hijo de los dueños del chigre, porque tenía más influencia. El malabarista salió a la bolera y le pidió al elegido que se sentara. Se santiguó, abrió las piernas y elevó aquella silla con niño por encima de su cabeza y colocó una de las patas en su barbilla de foca. Aquellos minutos de equilibrio sobrenatural nos parecieron siglos. Siempre se santiguaba antes de cada desempeño, aunque apenas creía en Dios, sólo lo justo para que los párrocos y las autoridades lo dejaran actuar. Luego hizo lo mismo con un arado, con una escalera y con un poste de la luz. Tenía unas patillas que se le juntaban con el bigote y unas manos como raíces de árbol. Iba desnudo de cintura para arriba y tenía tatuada una mujer a la que se le movían las tetas cuando él contorsionaba los músculos del antebrazo. También decían que tenía seis dedos en cada pie, pero eso no pudimos comprobarlo. Parecía francés porque decía palabras que utilizaban los emigrados a Francia, pero él presumía de ser catalán. La mujer que venía con él era rubia y francesa de verdad y les guiñaba el ojo a los hombres cuando pasaba el sombrero. Algunos intentaban tocarla, pero el malabarista los miraba con sus ojos de pirata y desistían al instante. Ella llevaba los labios pintados de un rojo violento y los brazos abarrotados de pulseras de plata barata y de oro falso.

Muchos años después aquel titiritero inolvidable fue hallado muerto en un pueblo castellano, suspendido del cuello por una soga que colgaba de una encina. Con el paso de los años había perdido su fuerza por causa de la edad y del alcohol y decidió retirarse definitivamente del espectáculo del mundo. Contaron que el motivo de su muerte habían sido las insoportables infidelidades de la francesa, pero lo más probable es que el suicidio tuviera que ver con la pérdida de aquella fuerza sobrenatural que tenía en su barbilla sobresaliente.

Con los ojos pasmados por el asombro contemplábamos aquellas magníficas destrezas. Más tarde vinieron, vestidos de payasos y en carromatos de ruedas ligeras y enormes, otros acróbatas y funámbulos que andaban en una bicicleta diminuta sobre un alambre y ejecutaban piruetas mortales, y también llegaron prestidigitadores que hacían juegos mágicos de cartas y adivinaban el pensamiento.

Una mañana de verano llegó al pueblo un hombre viejo que tocaba el violín. En realidad, sólo era viejo cuando no tocaba el violín. Al principio recorría el pueblo tocando sus melodías. Caminaba, se contorsionaba y hacía sonar aquel instrumento que sólo habíamos visto en un dibujo de la cartilla de aprender a leer. La gente iba detrás de él para escucharlo, así que se le buscó un lugar fijo para tocar. Fue en la bolera, debajo del tilo. A sus pies dejaba el sombrero para las monedas. Cuando tocaba gesticulaba y se movía como una mariposa. Tocaba música para embelesar y provocaba tanta emoción que algunas mujeres no podían sujetar las lágrimas. Decían que era anarquista. Es un pájaro sin rumbo, decía el molinero lector.

Mi padre me explicó que los anarquistas estaban muy perseguidos por las autoridades, porque querían destruir a los gobiernos, y también por las religiones, porque entendían ellos que todas eran perjudiciales para la humanidad, y pensaban los anarquistas que el hombre debía ser completamente libre y no estar sometido a ninguna autoridad ni a poder superior alguno.

Me gustaba tanto aquella música nueva que decidí firmemente que de mayor sería anarquista y tocaría el violín.

Había mucha gente cada día en aquellos conciertos debajo del tilo. Las melodías de aquel violín estaban llenas de promesas, porque ahogaban por un instante la realidad anodina de todas las tardes. Aquella música era liviana, porque se parecía a las plumas que se caían del cielo, y también era infalible, porque era real y aparecía ante nosotros sin desaciertos, como recién nacida, y te invitaba a danzar o a marcar el ritmo, pero a la vez te inmovilizaba, como si cualquier movimiento que hicieras pudiera deshacer el embrujo, y era tan desconocida aquella música, tan diferente a las músicas que habíamos escuchado, tan extraordinaria, que nos sentíamos a la vez sorprendidos e intimidados, y aquello que estaba ocurriendo alrededor del violín y del hombre que lo tocaba era tan mágico como la conversión de una crisálida en mariposa. Recuerdo aquellos

aplausos unánimes debajo del tilo como los más sinceros, espontáneos y rotundos en los que he podido participar en toda mi vida. Aquel hombre viejo que rejuvenecía cuando tocaba el violín tenía los ojos gelatinosos y tristes. Cuando se hacía de noche y él seguía tocando, los ojos le brillaban tanto que sobre la bolera parecía que hubiera un baile de luciérnagas. Vestía un chaleco sucio y verde con el guateado descosido. Prendidas de las solapas llevaba insignias con banderas de países desconocidos. Le gustaba el orujo y en cuanto bebía la primera copa se levantaba para que todos lo escucharan y contaba historias de anarquistas famosos que habían sufrido la persecución y el martirio. Parte de su discurso lo hablaba con las manos. A veces gesticulaba tanto que parecía una mariposa volando. Cuando había bebido la tercera copa pedía la botella y nos hablaba, con una arruga triste en la boca, de las jóvenes que se habían vuelto locas de amor por él. Acompañaba sus palabras con una risa floja de perturbado mental. Había participado en revoluciones. Lo torturaron y estuvo en la cárcel hasta que estalló la guerra. Cuando los suyos fueron derrotados huyó a los montes y por ellos anduvo unos años fugado hasta que consiguió refugiarse en Francia. Dio clases de español y de violín en una ciudad francesa y un día volvió. Nadie sabía por qué las autoridades lo dejaban vivir. Alguien le contó a mi padre que una mujer era la causa de su inmunidad, una mujer que en la juventud había sido su amante y que ahora era la esposa de una persona influyente con un cargo principal. Así que era un anarquista clandestino y con influencias. Era un gran predicador. Levantaba en una mano el violín y en la otra la botella y nos decía, la eternidad es una fantasía, ninguna eternidad existe, ni siquiera la de la tierra o la de la luna o la de las estrellas, algunas de esas estrellas que vemos lucir hace ya siglos que están muertas, así que no hay paraísos para soñar, si existe algún paraíso debe de estar aquí, en el espacio que hay entre un corazón y otro corazón, en el tiempo que va desde la palabra que atraviesa los cuerpos hasta el silencio que se escucha. No entiendo bien de lo que habla, decía el dueño del chigre, pero qué bien habla. Cada vez más borracho y más emocionado, con la botella en una mano y el violín en la otra, nos decía, está bien que os quejéis de que no hay agua para beber, de que todo está muy oscuro, de que os falta alimento, está muy bien, pero mejor sería que buscarais manantiales, que encendierais fuegos que os alumbraran la vida y que sembrarais trigo en los campos, mejor sería. Él bebía y sonreía y su voz dulce se volvía pastosa, hasta que se quedaba

dormido sobre la mesa. Entonces el dueño del chigre elegía a varios hombres para que lo ayudaran a llevarlo al cuarto de las herramientas, y allí lo tumbaban sobre los sacos del carbón.

Había un cine con butacas tapizadas y grandes cortinajes de color granate en el que casi siempre ponían películas para mayores. Mi padre me contaba las películas. Ponía voces y hacía gestos, incluso se tiraba por el suelo, y a mí me hacía reír, y era como si yo hubiera visto la película. Me traía los programas de mano y yo los guardaba dentro de la libreta que tenía para anotar las palabras desconocidas. La libreta tenía las tapas duras y azules y mi padre me la regaló en cuanto aprendí a escribir para que fuera anotando en ella las palabras nuevas.

A mi madre le gustaban las películas de llorar. Mi padre prefería las de romanos o las de indios y vaqueros. Él decía que los indios eran los americanos verdaderos y que los vaqueros eran los extranjeros. Cuando cumplí los siete años ya pude asistir a la sesión infantil de los domingos. A la puerta del cine vendía garrapiñadas y cacahuetes la mujer del caminero. Cuando el héroe estaba a punto de sucumbir ante la malicia perversa del malo malísimo, que lo acechaba en la oscuridad, todos gritábamos asustados el aviso y después aplaudíamos cuando el héroe advertido conseguía reducir al maléfico. En los silencios tensos sólo se escuchaban el zumbido del proyector y el crujido de algún cacahuete. El cine lo cerraron el año que yo me fui al internado para poner un nuevo comercio de ultramarinos. Poco antes del cierre, durante la proyección de la película *La conquista del Oeste*, a mi padre le dio uno de sus ataques. El cuerpo se le desquició en convulsiones violentas y sus brazos volaban y su cabeza sacudía descontrolada el respaldo de la butaca. Mi madre gritó y la gente se asustó y se levantó de sus asientos. Varios hombres consiguieron sujetar a mi padre, que tenía los ojos blancos y la boca llena de espuma. Se encendieron las luces y se suspendió la proyección.

Mi padre y mi madre eran los más guapos de la tierra.

Me gustaba mirar a mi madre mientras cosía y a mi padre cuando leía el periódico en el corredor. Miraba sus caras tratando de descubrir algún defecto, pero no lo encontraba y eso me llenaba de satisfacción. En las caras de los demás padres había muchos defectos. Me gustaba imaginar

que mi padre había sido actor y que había abandonado la profesión para casarse con mi madre. El tendero amigo de mi padre me regaló un álbum de cromos de cine, famosas estrellas de la pantalla. El álbum tenía ya pegados todos los cromos, estaba completo. El tendero decía que mi padre se parecía a Tyrone Power, pero a mí, sobre todo cuando llegaba de la mina, se me parecía a Anthony Quinn, y los domingos en la misa, cuando tocaba el armonio, a Gregory Peck. Cuando leía el periódico en el corredor se daba un aire a Michael Landon y cuando segaba la hierba para las vacas, sudado y descamisado, era igualito que John Wayne. Mi madre se parecía siempre a Linda Christian, salvo cuando se enfadaba mucho. Entonces no se parecía a ninguna actriz. Ella lloraba con facilidad con las novelas de la radio. También lloraba cuando picaba la cebolla. Mi padre decía que las lágrimas de la cebolla no eran lágrimas de sentimiento, sino secreciones de los cuerpos irritados. También a veces mi madre lloraba sin razón. Le enseñé el cromo de Linda a mi madre y le dije, te pareces a ésta. Lo observó y, sonriendo, me dijo, qué bien, eso me dijo, qué bien, y me preguntó si tenía el cromo de Tyrone Power, y le dije, claro, y se lo enseñé, y me dijo, pues que sepas que estos dos estuvieron casados, y me puse muy contento por aquella casualidad.

Mi madre olía a madre, que es un olor único que no se parece a ningún otro olor y no se puede explicar. Las madres de mis amigos no me olían a madre. Unas olían a sardinas crudas, a compota de pera, al suero de los quesos o a manzanas asadas en el horno. Otras a las tizas de arcilla de marcar las telas, a la sangre de los conejos desollados o a la cera de las velas. También ellas eran madres, pero a mí no me olían a madre.

A veces mi madre se enfadaba con mi padre sin motivo. Yo le preguntaba por qué lo hacía y me decía, tengo que hacerlo de vez en cuando para que deje de pensar en sus cosas y recuerde que estamos aquí. Él sabe más que nadie, le repliqué, y ella arrugó la frente y me dijo, pero siempre se olvida de lo importante. Para ella lo más importante tenía que ver con la comida de cada día y con la ropa que nos abrigaba y con lograr que el menguado salario de mi padre alcanzara hasta final de mes.

Algunas tardes un grupo de mujeres, mi madre entre ellas, se reunían a bordar los manteles o a coser los rotos de la ropa o a tejer tapetes de ganchillo en los corredores y galerías o bajo los hórreos, o junto a la higuera gigante si el tiempo era benigno. Hablaban de todos y de todo. Con frecuencia dejaban la labor porque necesitaban reanimarse, como si

hubieran agotado la saliva, y entonces tomaban un caldo o un café con achicoria, ya que les entraba la debilidad, así lo llamaban ellas, debilidad, un desvanecimiento del ánimo o un vacío en el estómago. Luego volvían a coger las agujas e hilaban de nuevo la conversación, y suspiraban, bendecían o maldecían, se quejaban, expresaban buenos deseos y hablaban de los partos excesivos, de las solteras sin remedio, de las impertinencias del párroco, que pasaba en segundos de la humildad a la insolencia, de las muertes sin avisar, de los maridos sin juicio, del precio del pan, de los noviazgos sin término o de las últimas películas que habían visto en el cine, y expresaban sus emociones respecto a los actores, criticaban a las actrices y discutían sobre los argumentos. Los domingos, en lugar de tejer, jugaban al parchís, y en lugar de café tomaban chocolate con picatostes.

Para mi padre el cine era una de las cosas importantes. Te sientas en la butaca, decía él, y el cine te transporta a lugares desconocidos. Mi madre me decía al oído, a mí me gusta el cine porque tu padre me coge de la mano mientras duran esos viajes increíbles.

Un día vi a mi madre guardando unos billetes en un bote debajo de la máquina de coser. Me miró sorprendida y me dijo, es para los momentos de apuro, para los imprevistos, no le digas nada a tu padre. Otro día subí al desván y mi padre bebía de una botella de vino que luego guardó detrás de una viga del techo. Me dijo, a veces se me seca la garganta de una manera que no lo puedo resistir, pero no le digas nada a tu madre. Guardar aquellos secretos me producía desasosiego y habría querido arrojarlos al río, como si fueran las piedras que estorban en los caminos, como si fueran cosas que no sirven ni para guardarlas en el desván.

Mi padre tenía más secretos que mi madre. Había una parte de él que siempre permanecía fuera de nuestro alcance. A veces aparecía demacrado y ojeroso, agotado por tantas horas de simulación, como un actor que hubiera tenido que representar varias veces seguidas la misma obra. Detrás de su presencia alegre había una reserva infranqueable. Cuando esa reserva se hacía muy evidente, mi madre se mostraba lóbrega y arisca, así lo decía él.

El adjetivo *lóbrego* pasó a mi colección de palabras nuevas.

En qué piensas, le preguntaba mi madre, y él sacudía la cabeza para espantar los pensamientos y después la miraba y sonreía y le decía, en lo hermosa que eres, y ella se enfurruñaba con él, porque sabía que estaba

mintiendo, y era entonces cuando él le decía, te digo cosas agradables y tú te pones arisca y lóbrega, y mi madre decía, oye, no me llames cosas que no sé lo que significan, y los dos se reían.

Él siempre utilizaba palabras hermosas y desconocidas.

Cuando a mi padre lo atacaba el dolor se mojaba la cabeza. La metía en un caldero de agua fría y después se frotaba con una toalla las sienes y la frente, y le decía a mi madre, tráeme el frasco del alcohol, y ella tomaba un paño y lo empapaba de alcohol y le friccionaba las sienes y la nuca, y él explicaba, es un zumbido de avispas detrás de las orejas, y se le ponían los ojos en blanco, y mi madre retiraba el caldero y la toalla y le decía, túmbate un rato, y él replicaba, sabes que así es peor, los ataques me dan cuando estoy tumbado, en un rato se me pasará. Entonces me descubría a mí, acurrucado contra el aparador, y con la voz adormilada me decía, qué haces ahí, hijo, vete a jugar, y yo salía corriendo para acurrucarme en otro lugar, y cerraba los ojos y deseaba con todas mis fuerzas que nunca más le volvieran a mi padre los ataques.

Cuando no había canciones ni cine ni titiriteros jugábamos a lo que fuera. Jugábamos incluso con las palabras para transformarnos en aviadores sin aviones, en exploradores sin cantimplora o en astronautas sin nave espacial. Sólo necesitábamos palabras para jugar. Con palabras y un cinturón jugábamos a *zurriágame la melunga*, que era un juego con olores de ultramar, porque hablaba de un barco que venía de La Habana cargado de las cosas más increíbles, cosas materiales o inmateriales, cosas de mentira o de verdad. En realidad, venía cargado de palabras y, si no acertabas con la palabra, sufrías un castigo para recordar, zurriagazos con el cinto o tirones en las orejas. Con palabras y un palo en la mano bombardeábamos ciudades, atravesábamos océanos y llegábamos hasta la luna. En los pocos días sin lluvia jugábamos a las chapas en la carretera sin tráfico. Las rutas ciclistas señaladas con tiza en el alquitrán eran interminables y tenían metas volantes y avituallamientos y puertos para coronar.

Una vez un hombre salió del chigre tambaleándose y se acercó a nosotros gesticulando y pronunciando palabras desconocidas. Nos pisoteó las chapas y nos llamó holgazanes, flojos y caprichosos de mierda. Alguien

dijo que andaba emborrachándose de pueblo en pueblo desde que una peste que se llamaba polio le había matado a su única hija. El molinero al que le gustaba leer había padecido esa misma enfermedad y se le había quedado el cuerpo escorado para siempre, con un hombro caído, la cadera frágil y una pierna que trazaba círculos al caminar.

Del pueblo salían varios caminos que subían hacia el monte, unos por la ladera del sol y otros por las zonas más sombrías. La carretera bajaba hasta el valle grande, por donde pasaba la vía del tren al lado del río del inmenso caudal. Por la carretera del valle subía y bajaba la camioneta municipal. En la camioneta, a la que también llamábamos línea, estaba prohibido fumar, escupir y hablar con el conductor. El conductor, que tenía malas pulgas, fumaba Farias, escupía por la ventanilla y hablaba solo. La cobradora discutía a menudo con las madres sobre la edad de los niños. Éste paga billete, decía, porque tiene más de seis años. La madre se alteraba y gritaba, me lo vas a decir a mí, que lo tuve que parir. En la camioneta también estaba prohibido blasfemar, viajar de pie y bajarse en marcha. Había tantas cosas prohibidas en aquella camioneta que parecía una nación.

En aquella infancia del barro y de las palabras nuevas tenía yo un tren fabricado con latas de sardinas. Con los botes del tomate y unos tornillos viejos construía las máquinas de vapor. No sé lo que daría por recuperar aquel tren oxidado y fantástico. Ya nadie construye trenes con latas de sardinas. Como ya nadie pinta con el bolígrafo relojes en las muñecas. Tenía unas gafas de sol de plástico negro con las que el mundo se veía naranja cuando había nubes y verde cuando lucía el sol. Le habían tocado a mi padre en una tómbola. Mi madre decía que aquellas malditas gafas me iban a estropear la vista. Al poco necesité gafas de verdad para verlo todo más claro y más cerca, y mi madre me dijo, ahí lo tienes, eso me dijo, y añadió, todo por culpa de esas gafas de feria, y mi padre se reía y me explicaba, a tu madre le gusta inventarse teorías. También tenía yo una navaja con las cachas de hueso que me había regalado el tendero amigo de mi padre y con ella hacía arreglos en los higos verdes para convertirlos en caballos salvajes o en soldados del rey. Los tirachinas los hacíamos nosotros con tiras de las cámaras inservibles de las ruedas de las bicicletas, con una lengüeta de zapato viejo o un trozo de badana para colocar la piedra y con una horquilla de rama de avellano. Con el tirachinas se podían romper cristales, desprender las nueces, apuntar a las palomillas

de porcelana de los cables de la luz o cazar gatos y gorriones. Hacíamos campeonatos y guerras de verdad de las que algunos salíamos heridos. Nos gustaba ir a cazar ardillas, porque era lo más difícil. Las veíamos saltar de rama en rama y disparábamos todos a la vez, pero nunca conseguíamos cazarlas.

Así que tenía un padre que trabajaba lavando el carbón de las minas, y todo porque tenía prohibidos los trabajos intelectuales, aunque maldito el caso que les hacía a los médicos de la cabeza, y tenía una madre que se iba a dedicar a la ganadería y a la horticultura, y una abuela materna que había sido secuestrada por un viudo lleno de pena, y también tenía un hermano insignificante, un ser diminuto que lloraba como los gatos. Mi madre lo sacaba al sol para que tomara una vitamina que venía del cielo. Tenía una higuera a la que me subía a menudo para imaginar que volaba o para robarle los higos verdes y construir con ellos caballos y soldados de guerra, y tenía un aro y una gancheta con los que subía y bajaba montañas y viajaba por el mundo entero.

Y tenía una libreta en la que anotaba las palabras nuevas.

El maestro llevaba un mandilón azul como el de los tenderos o como el del herrero de los clavos ardiendo o como el que vestía el melero triste de la rica miel. A aquel maestro gallego, parece ser que por menester oficial le gustaba imponer el idioma, que él llamaba universal, a base de golpes en las uñas frágiles y ateridas de los escolares, golpes que repartía con la rabia reprimida de quien se sabe extraviado entre la dulzura de la victoria y la amargura de la inmoralidad. Él era una autoridad y podía hacer lo que quisiera en los asuntos de la educación pública. En la escuela oficial había varios mapas, un crucifijo, un retrato del Caudillo vestido de general, pupitres de madera de dos asientos, tinteros de porcelana y una pizarra enorme en la que todos los días había escrita una palabra distinta para aprender. La escuela de mi padre era más pobre. En ella sólo había un mapa diminuto salpicado de alfileres, una pizarra simple, una mesa corrida con bancos que había hecho él mismo y el barril que le había comprado al alfarero para el agua fresca.

El tiempo avanzaba muy despacio y, en ese tiempo lento en el que nadie parecía envejecer, había una lengua con la que habíamos aprendido

a nombrar las cosas, una lengua que parecía nuestra, porque explicaba como ninguna otra lo que nos pasaba por dentro y por fuera, una lengua abarrotada de palabras sonoras y cordiales, ásperas unas como la piedra caliza, suaves otras como la manteca que mazaban las abuelas. Esa lengua sí que era nuestra, porque ya venía con nosotros cuando nacíamos y porque no sólo era la lengua de las palabras que pronunciábamos, sino la de los pensamientos que concebíamos y la de los sueños que nos asaltaban a veces, la de la memoria de todos aquellos que nos habían precedido. Y nos entendíamos bien y, hablando de aquella manera, estábamos más cerca los unos de los otros. Pero había que ir a la escuela y allí el maestro gallego advertía una y otra vez que no había más lengua que el castellano, que era el idioma del imperio y también el de los ángeles del cielo, y el de los escritores grandes, y que no se permitiría en aquel templo de la sabiduría ninguna palabra popular, deforme, abyecta y vulgar que no perteneciera a la lengua universal de la nación elegida por Dios, que era la nuestra. Esa lengua de la escuela también era la lengua del cine y habría de ser después la de la televisión.

De pronto era como si te dijeran que tu nombre ya no era tu nombre, que tu memoria estaba trastornada, que tu pasado estaba sucio y que para ser aceptado en aquel ámbito del destino universal tenías que volver a nacer, aprender de nuevo a nombrar las cosas al hilo de los mandamientos de Dios. Y poco a poco comprendimos que aquella lengua nuestra con la que habíamos aprendido a nombrarlo todo, lo de fuera y lo de dentro, acciones y sentimientos, pájaros y flores, cachivaches y sueños, que aquella lengua que habíamos utilizado para relacionarnos, de alguna manera o de todas las maneras estaba prohibida. España no hay más que una, gritaba el maestro señalando con la vara en un mapa lleno de colores diversos. España no hay más que una y no precisa más que una única lengua. El maestro se emborrachaba algunas veces, pocas, para la fiesta de Pascua o para la Navidad o en algunas celebraciones extraordinarias, y entonces se le olvidaban sus principios lingüísticos y utilizaba el gallego, que era su idioma de nacimiento, para cantar canciones tristes de marineros perdidos o para maldecir al gobierno por el sueldo miserable que recibía cada mes.

En la escuela de mi padre también se hablaba el castellano, pero él no pegaba a nadie porque dijera palabras en nuestra lengua original, ni tampoco hacía proclamas sobre imperios o destinos en lo universal. A él le gustaba explicarnos la etimología de todas las palabras, las nuestras y las

impuestas, y muchas veces utilizaba las palabras más cercanas para llegar por un camino más corto hasta el latín, que era la lengua madre por la que él sentía verdadera adoración. Un día le pregunté a mi padre qué significaba aquello del destino en lo universal, y me dijo, nada, eso me dijo, nada, y añadió, olvídalo, no significa nada.

Con aquella lengua nuestra dibujamos los primeros mapas del mundo. Luego la dejamos enrollada en el desván, como las matrículas de honor de mi padre, porque la habían expulsado de las escuelas, de los organismos públicos, de los despachos oficiales, de los periódicos y de los centros de trabajo, la habían arrinconado en las cocinas de carbón, en los pajares o en el fondo de las minas.

Nos hicieron creer que nuestra lengua no valía nada, que no sería útil para construir el futuro.

Mi padre al futuro lo llamaba porvenir.

De vez en cuando venía caminando por la carretera una pareja de la Guardia Civil y entonces suspendíamos expectantes la carrera de las chapas. Los guardias entraban en el chigre y dejaban los tricornios sobre el mostrador. Los que jugaban a las cartas los miraban de reojo por encima del rey de bastos y arrastraban con precaución. Los guardias, junto con el falangista, eran la autoridad principal. El cura y los guardias se llevaban bien, y por eso ellos, a petición del cura, venían de ronda algunos domingos por ver si sorprendían a algún vecino trabajando, porque el domingo era el día del Señor Dios y estaban prohibidos los trabajos en las minas y en el campo.

A veces venía un hombre con pistolas. Era el sheriff de un pueblo que había junto a una mina. Nos poníamos contentos y lo obligábamos a desenfundar. Contemplábamos maravillados aquel sombrero de alas retorcidas y aquellas espuelas nazarenas y aquella estrella en el pecho que él hacía brillar con su extravagante descaro y con la pasta amarillenta de limpiar la plata, y él nos decía, os voy a acribillar, cobardes, vais a morder el polvo, y desenfundaba las dos pistolas, y con el cañón de una de ellas se tocaba el bigote negro y salvaje, alargado en una mueca de desafío, y nosotros corríamos alborozados y convencidos de que aquella autoridad del sheriff de las pistolas era más principal que la de los guardias. Él

trabajaba en la mina, como la mayoría de los hombres de aquellos pueblos. El maestro, el médico, el cura y los guardias no trabajaban en la mina, porque eran autoridades. Tampoco el sastre, porque era cojo de nacimiento, ni el tonto, ni el molinero lector que de pequeño había sufrido la polio. El oficinista de la mina del monte, que antes había sido banquero, tampoco era minero. El tendero amigo de mi padre, el caminero, el vinatero descreído, el carnicero y el guarda forestal ya no trabajaban en la mina, pero lo habían hecho durante años. Los vendedores ambulantes y los titiriteros no contaban, porque no eran del pueblo. Había ocupaciones compatibles con la mina, como el trabajo en las huertas o la atención al ganado. El barbero, el dueño del chigre de la bolera, el tallista y el zapatero remendón trabajaban en la mina, pero tenían ocupaciones complementarias.

El hombre de las pistolas era gallego de nacimiento, pero sólo de nacimiento, y se había convertido en sheriff de tanto leer las novelas de un escritor manchego que había estado en la cárcel por republicano y que, cuando salió, de tanto coraje como había contenido, le dio por escribir una novela de vaqueros a la semana. Así me lo había contado mi padre. En el chigre el sheriff pedía whisky, aunque en el vaso le echaban vino blanco con unas gotas de coñac para que tomara color, y llevaba un palillo en la boca que movía de un lado a otro, y tenía unas uñas largas y negras, y a las pesetas les llamaba dólares. En los chigres lo respetaban y en su presencia no se blasfemaba, porque si alguien lo hacía él se encorajinaba, sacaba sus pistolas y amenazaba de muerte al blasfemo infractor.

Los hombres entraban en los chigres para emborracharse y jugar a las cartas y los niños entrábamos para aprender a blasfemar. Los mayores proferían blasfemias barrocas que repetían ceremoniosamente a cada frase. Es bueno que los hombres blasfemen, decía mi abuela, así se les va la fuerza por la boca. Un hombre viudo que trabajaba en la mina como artillero era el más reconocido en el arte de blasfemar con virulencia y empeño. Lo hacía de seguido, como si rezara el rosario. Sus blasfemias eran como los puntos y las comas de su discurso. Jugando a las cartas siempre decía la puta de copas, el as de los cojones, el jodido rey o el caballo cabrón. Nunca asistía a las misas ni a los funerales, pero sus pecados de la lengua contra Dios, la Virgen y todos los santos eran célebres, así que el cura le mandaba notas de advertencia con los monaguillos en las que lo amenazaba con el infierno y con denunciarlo a

la Guardia Civil. Él escupía una blasfemia y, sin leer, envolvía una peseta en la nota, la arrugaba y se la devolvía al emisario asustado diciéndole, llévasela de vuelta al jodido cura y dile que esta puta moneda es para que se la meta por su apestoso culo o para que rece por mí o para que haga con ella lo que le salga de los cojones. Una vez mi padre le advirtió, si sigues blasfemando de esa manera un día se te pudrirá la lengua. Él a mi padre lo respetaba, así que agachó la cabeza y le comentó, tienes que entenderme, no lo puedo remediar, me sale de la puta sangre. El viudo que blasfemaba sólo se mordía la lengua en presencia del hombre de las pistolas.

En el pueblo había varios chigres y varias tiendas, pero no había cementerio. Éramos un pueblo sin muertos. Subíamos caminando a la iglesia o al cementerio que había en otro pueblo más alto, un pueblo que presumía de ser la cabeza de la parroquia y que era el pueblo en el que vivía secuestrada mi abuela. Ese cementerio, a pesar de que estaba abarrotado de tumbas, unas adornadas con flores y otras cubiertas de ortigas, siempre me pareció un lugar deshabitado. Por su parte rocosa, que miraba hacia la raya del monte, brotaba una fuente de la que no bebía nadie, porque su agua era agua de muertos, aunque mi abuela decía que era muy propicia para el crecimiento de los geranios, y con ella los regaba en la casa en la que vivía de encargada, pues precisamente lindaba con una de las tapias del cementerio. Los antiguos decían que de esa fuente bebían las ánimas del purgatorio, pero de eso hacía mucho tiempo, porque ya nadie, ni siquiera mi abuela, creía en las estantiguas, que eran las procesiones nocturnas de las almas en pena. Al lado de esa fuente había una higuera. Tampoco nadie comía sus higos miguelinos, sólo los mirlos y los malvises.

Había mendigos andantes con mucha personalidad, unos arrastraban botes como si fueran pecados, otros llevaban la ropa con tantas medallas prendidas que parecían santuarios ambulantes, y los había que pedían limosna con educación y la aceptaban con dignidad. Los mendigos nos conmovían por su aspecto pálido y penoso, por su vida difícil y por su destino errante. Había una señora mendiga que no lo parecía, porque siempre iba bien vestida y peinada de peluquería. Recorría los pueblos

conversando y cantando canciones de la radio. Llevaba los labios pintados de un rojo crujiente, las cejas embadurnadas de rímel y una cruz de madera prendida a medias entre sus pechos enormes. Ella hablaba y cantaba y recogía la limosna con emoción y agradecimiento. También había una mujer vieja con colorete en la cara y los labios mal pintados que bailaba sola. No necesitaba música para bailar. Giraba lentamente sobre sí misma y zapateaba y levantaba los brazos al cielo y movía los dedos como si estuviera amasando alguna tela invisible, y abría la boca sin decir nada, como si se le hubiera agotado la voz. Cuando terminaba de bailar, mi madre le ofrecía una taza de caldo caliente y ella hacía una reverencia excesiva. Mientras sorbía el caldo sonreía con dulzura y afirmaba moviendo apenas la cabeza. A mi madre aquella tristeza que había en los ojos azules de la mujer que bailaba sola siempre la hacía llorar. También había un pobre de pedir que venía los primeros viernes de cada mes y ni siquiera pedía, sólo merodeaba y recogía las colillas en un bote, y alguna mujer le echaba un trozo de pan en el bote, y él se ofendía, así que le daban el pan sin gana, porque no era un pobre agradecido y parecía que más que pedir por necesidad lo hacía por matar el aburrimiento. Mi abuela decía que no había que ser caritativos con los pobres que no hacían nada de nada, y menos con los que ni siquiera pedían, así que a aquel pobre que venía una vez al mes no le quería dar nada, porque sólo recogía colillas y merodeaba.

Alguna vez venía hasta el pueblo un mendigo tullido y harapiento que adivinaba el futuro. Predecía el porvenir por medio de la sangre. A quienes se prestaban a sus poderes los pinchaba con una aguja fina en la yema de un dedo y tocaba la sangre, la olía y predecía, pero nadie era capaz de entender sus predicciones. Algunos venían a que mi padre les descifrara los augurios y mi padre les explicaba, el adivino te está diciendo que unas veces te irá bien y otras veces mal, así que nada te anuncia que ya no sepas. También vendía amuletos de buena suerte. Son huesos de animales pequeños, aseguraba mi padre, de ratas y de golondrinas. Mi madre le decía, deberíamos denunciarlo, pero él se resistía porque pensaba que el mendigo adivino no hacía daño a nadie. Sí lo hace, protestaba ella, engaña a la gente. Sólo a quienes necesitan dejarse engañar, añadía él, a los incautos. Y añadía mirándome, y tú anota esta palabra en tu libreta, *incauto*, y me la explicaba, y yo era feliz porque tenía una palabra nueva.

El maestro nos hablaba insistentemente de la holgazanería y de una ley que existía contra los vagos. Se podía ser mendigo, pero no vago. La vagancia era un vicio muy perseguido y de muy mala consideración. Sin embargo, los domingos no se podía trabajar, porque el domingo era el séptimo día que Dios había elegido para descansar después de la difícil y laboriosa creación del mundo, así que si el cura veía a alguien segando o cavando la huerta o reparando un tejado el día del Señor lo denunciaba a la Guardia Civil, y los guardias venían con la multa, pero no el mismo domingo, sino el lunes, para no caer en contradicción.

Los hombres se emborrachaban con frecuencia y se abrazaban y cantaban y se prometían fidelidad. A algunos, sin embargo, los más pusilánimes, les daba por pegar a sus mujeres o por ir en busca de la escopeta para dispararle al mundo. Ellos bajaban cada día a la mina para ganar el jornal jugándose la vida, así que debía de ser por eso que pensábamos que tenían todo el derecho del mundo para beber, gritar y maltratar. También había mineros que no bebían ni blasfemaban. Incluso había algunos que leían libros, pero eran los menos y no dejaban de ser considerados por todos como personas excéntricas.

Los mineros iban en bicicleta, incluso cuando más llovía. Vestían unos gabanes tan enormes que parecían fantasmas flotando en la oscuridad.

Cuando en alguna de las minas había un accidente con mineros muertos o encerrados una voz lo propagaba por el pueblo y las mujeres que tenían maridos o hijos en la mina nombrada se calzaban los zapatos, se echaban una toquilla por los hombros y lamentando su maldito destino se dirigían al pozo. Solían llevarlas en sus camiones los carboneros. Allí permanecían día y noche hasta que salían, vivos o muertos, los accidentados.

Ya dije que en nuestro pueblo había de todo, menos iglesia y cementerio. Había un zapatero que tenía muy mal temperamento y un herrero con fragua que fabricaba clavos y un carpintero que hacía armarios roperos con lunas para mirarse. El zapatero de los remiendos tenía el carácter avinagrado y rasposo. Escupía con saña sobre los zapatos reparados y mezclaba la saliva con el betún para sacarles el brillo. Como nuevos, decía chasqueando la lengua al realizar la entrega. Tenía tres hijas

a las que había puesto los nombres de las tres virtudes teologales, así las llamaba mi padre, teologales, costumbres que Dios había incrustado en la voluntad de los seres humanos para orientar con buen fin sus comportamientos.

Lo que no había en los comercios lo traían los ambulantes, así que no hacía falta salir del pueblo para tener de todo.

Sólo nos faltaban la iglesia, el cementerio y el mar.

Así que a los muertos había que llevarlos al hombro por el camino del cielo, cruzando los castañeros, para dejarlos más cerca del monte y de Dios.

Pero había alguien que siempre estaba, aunque no se le podía ver.

Era casi como Dios y vestía uniforme de militar.

Era más que un Caudillo y más que un General y más que un Hombre y lo mandaba todo sobre el cielo y sobre la tierra por la gracia y la delegación de Dios. Su retrato estaba colgado en la pared de la escuela oficial al lado del crucifijo. Desde allí nos observaba con su bigotito menguado y sus medallas de guerra, y había que saludarlo cada mañana y entonar frente a él cantares de ánimo y de victoria. *Somos héroes del mañana, llenos de fe y de ilusión, y en nuestros pechos arraiga el más noble y patrio amor.* Así cantábamos. El maestro enseñaba y dirigía aquellas canciones patrióticas, y lo hacía sin entusiasmo y sin expresión alguna de felicidad, y se pasaba la lengua por los labios como los perros que tienen sed. Cuando acababa la canción rezábamos un padrenuestro por aquel que todo lo dominaba y que, curiosamente, también era gallego, y el maestro bebía un trago de agua del tanque de porcelana que siempre tenía sobre la mesa y suspiraba hondo, como si en aquel trago no hubiera sólo agua, y se relamía como los gatos antes de comenzar con la primera lección.

Según el tendero amigo de mi padre y el sastre cojo de los retales y el capitán de los rojos estábamos gobernados por los fascistas. Según el cura atrevido y la beata de la piel transparente estábamos gobernados por Dios. Según el falangista lánguido, el taxista jubilado y el dueño de la mina nos gobernaba el salvador de la patria iluminado por la gracia de Dios. Me preguntaba por qué no hablaban unos con otros, por qué se daban la espalda. Se lo conté en una ocasión a mi padre, mientras machacábamos las manzanas para la sidra, y me explicó, ésa es la tragedia del mundo, la falta de conversación. Tú quién crees que nos gobierna, le pregunté, y él

me dijo, las cosas ahora son como son y algún día serán de otra manera, y luego añadió, estoy pensando en un molino para triturar las manzanas, creo que sé cómo construirlo. A los pocos días fabricó uno de madera y le acopló un viejo motor que le consiguió el hombre que reparaba las bicicletas y ya no tuvimos que utilizar los mayos.

Lo peor era el invierno, que estaba hecho de los sabañones que nos crecían en las orejas y de carámbanos y de ladrillos calentados en el horno de la cocina que se metían en las camas para que las sábanas soltaran la humedad. Las noches del invierno eran todas iguales. Había una radio que emitía partes sobre los estrépitos del mundo, y había un tazón de leche y castañas cocidas, y estaba el ladrillo caliente envuelto en periódicos atrasados.

A veces mi madre, si no estaba muy cansada, me cantaba romances viejos. A mí me gustaba mucho el cantar de los amores imposibles de una princesa y un conde, *la reina desde la torre al conde mandó matar, que lo maten a lanzadas y echen su cuerpo a la mar*. También me cantaba el romance de la cristiana cautiva, que era una historia triste sobre un caballero que andaba por tierra de moros y se enamoró de una cristiana cautiva que lavaba la ropa en una fuente y que luego resultó ser su hermana perdida. Abridme las puertas, madre, ventanas y galerías, que aquí os traigo a la niña que añorabais noche y día. Así concluía el cantar. Mi madre sabía muchos romances. Y mi abuela muchos más.

Mi padre por la noche nunca cantaba. Si acaso, leía pegado a la cocina de carbón. Tenía en los estantes de la sala dos o tres docenas de novelas y unos cuantos libros de curiosidades, además de los libros prohibidos que había conseguido en el tiempo de sus milicias. Tenía un libro de anatomía con una cerradura de metal en las tapas. Había que abrirlo con una llave diminuta. También había una *Historia de los Papas* en tres tomos encuadernados en piel. Él decía que era piel de jirafa, pero nunca lo creí. Muchas de aquellas novelas, que yo leería en la adolescencia, habrían de tener parte de responsabilidad en mi inclinación hacia el dramatismo. Ayudado por los aislamientos derivados de mi timidez fui desarrollando poco a poco un talento especial para añadir dramatismo a cualquier

suceso insignificante, circunstancia que llegaría a formar parte esencial de mi carácter.

Los libros prohibidos estaban guardados en un baúl y no se podían mirar. Pero el libro más importante era el libro de la llave diminuta. Era un libro en francés, *Livre d'Or de la Santé*. En la carátula había un dibujo en relieve de mujeres y de niños, y un hombre con un brazo herido y un viejo con una barba larga. Cuando cumplas catorce años te daré la llave, me decía mi padre, y añadía, pero tienes que aprender francés, y también te dejaré leer los libros prohibidos que están en el baúl. El libro de la llave se lo había comprado a un viajante cuando anduvo trabajando en el ferrocarril. Contenía láminas desplegables y en color sobre anatomía humana, los órganos sexuales masculinos y femeninos, enfermedades venéreas y plantas medicinales.

Aquellos libros prohibidos del baúl los tenía mi padre sin querer. Cuando obtuvo la licencia militar se quedó unos días en una pensión cercana al cuartel para pasear vestido de paisano cortejando a las hijas del coronel. Una tarde entró en una librería de viejo. Las estanterías estaban abarrotadas de libros desordenados y los había apilados por el suelo. Si llevas diez libros, te cobro sólo cinco, le dijo el librero. Aquel día mi padre estaba feliz, así que decidió escoger los libros atendiendo únicamente al entusiasmo de los títulos. Eligió *Un mundo feliz*, *La muchacha de los ojos de oro*, *Grandes esperanzas* y *El laberinto de las sirenas*. Hasta las telarañas que arropaban los volúmenes viejos le parecían adornos brillantes. El tendero, al ver los libros que mi padre dejaba sobre el mostrador y sin saber que la elección la había hecho atendiendo a los títulos, le confesó, también tengo libros prohibidos. Mi padre le preguntó, prohibidos por quién. El viejo lo miró por encima de sus diminutas gafas de alambre y le respondió, por la censura, y mi padre dijo, vale, enséñemelos. El librero desapareció unos segundos y apareció con varios ejemplares y advirtió, hay muchos más. Mi padre eligió cinco libros prohibidos. Te llevas nueve en total, dijo el librero, y concluyó, te falta uno. Mi padre rebuscó en los estantes y eligió *Moby Dick* y el librero le dijo, te regalaré uno más, y le entregó *Crimen y castigo*, que también entonces era un libro prohibido.

Mi padre respetó su promesa y cuando cumplí catorce años me declaró mayor de edad en lo referente a la lectura de libros. El primero que leí de aquellos ejemplares prohibidos fue *La Regenta*, que trataba de un cura magistral de la catedral que se enamoraba de una casada triste. El segundo

fue *La casa de Bernarda Alba*, una obra de teatro del poeta al que los rebeldes habían fusilado al empezar la guerra, y que no me gustó, porque contaba una historia oscura y desconsolada donde sólo había mujeres amargadas y de luto, así que lo dejé a medio leer. Después empecé a leer *1984*, pero como le preguntaba tantas cosas a mi padre él me recomendó que aplazara unos años la lectura de aquel libro complejo. El que más me gustó fue *Piel de asno*, que era un cuento de hadas que narraba la historia de un rey que se quería casar con su hija. El quinto libro prohibido no recuerdo cuál fue. Tal vez *La Celestina* o *Sonata de Otoño*. Le pregunté a mi padre el motivo de aquellas prohibiciones y me dijo, son tan torpes que no saben ni prohibir. Eso fue lo que me dijo.

Pero esto ocurriría varios años después.

Mi padre utilizaba palabras que nadie pronunciaba jamás, ni siquiera mi madre, que de tanto oírlas podía haberlas incorporado a su manera de hablar. Sólo las utilizaba él y por eso muchos vecinos venían a que les escribiera cartas, certificados, instancias y pliegos de reclamaciones. Decía palabras como *intrínseco*, *escéptico*, *suburbio*, *anacrónico*, *urdimbre*, *catarsis* o *miríada*. Yo las anotaba todas en la libreta de las tapas duras y azules, que era como mi álbum de las palabras, y al lado escribía lo que significaban. Primero él me explicaba y después yo buscaba en el diccionario. Él hablaba mejor que nadie en el mundo, porque leía muchos libros y, sobre todo, porque había conseguido treinta y dos matrículas de honor.

El bosque no existe, decía él mirando desde el corredor hacia los castañeros, sólo existe lo concreto, cada árbol que ves existe, el roble de las ramas partidas, el viejo fresno, la morera de los gusanos, esta higuera gigante o la espinera que invade el camino de la huerta, esos árboles concretos sí existen, cada uno de ellos existe como existes tú con esos ojos de asombro, o como existo yo, que te estoy hablando, como existen cada uno de los huevos que está friendo tu madre para la cena, como existe tu madre, pero el bosque no existe, y tampoco existe el hombre, tampoco existe la gallina, y sí que existe nuestra memoria, que recuerda lo concreto, y también nuestra imaginación, que no tiene en cuenta las abstracciones. Mi padre me explicaba así la diferencia entre lo concreto y lo abstracto, y me decía que lo concreto era lo particular, lo que ocupaba un espacio y un tiempo, y que lo abstracto era lo ideal, lo indeterminado,

algo vago e impreciso, y después me pedía que le escribiera en la libreta ejemplos de ideas abstractas y de cosas concretas.

Así era mi padre.

A su muerte, varios años después, su hermana mayor me entregaría una carpeta con varios documentos suyos. Los encontré en el desván de la casa de nuestros padres, me dijo. Era evidente que a mi padre le gustaba encerrar su historia en los desvanes. Había cartas de una de las hijas del coronel de sus milicias, escritas en letra bastardilla, que no llegaban a ser de amor, pero se aproximaban mucho. Había cartillas de racionamiento y billetes de tren. Y había un informe médico con la fecha en la que él abandonó el seminario. En ese informe, escrito con letra difícil, podía leerse parte del diagnóstico.

Varón de veintiún años, de aspecto saludable, psíquicamente inestable, propenso a las adiciones físicas e intelectuales, que sufre convulsiones esporádicas, generalmente durante el sueño. Probable lesión del lóbulo frontal. Enfermedad orgánica del sistema nervioso sin determinar. Tensión emocional. Esto decía el informe.

El invierno solía llegar a oscuras y al anochecer. Y no se iba fácil. Te encontrabas con él a la hora de ir a la escuela y tenías que ponerte el pasamontañas. Todos los años caía, al menos, una nevada grande. Los días eran más cortos y oscuros. Eran tan cortos los días que el amanecer se alargaba casi hasta la noche. El cielo sucio tocaba los tejados. Olía a humo y a la cera de las velas. Cuando el cielo estaba tan bajo y tan sucio había que entrar en casa para que no se nos metiera en el cuerpo y nos ensuciara el alma. Anda, entra en casa, me decía mi abuela, no vaya a ser que el cielo te agarre por los pelos. Mi madre me ponía un pasamontañas que me tapaba las orejas, pero cuando llegaba la borrasca el aire te atacaba la piel sin piedad. Cuando el rocío se helaba se convertía en escarcha. Mi padre también lo llamaba *cencellada*, y aquélla era una palabra nueva.

Cuando la primavera llegaba era como una fiesta de brillos en la que participaban los grillos y los ruiseñores, y también las margaritas y las petunias, y los aligustres y los rosales salvajes, y también estaban de fiesta las fuentes y los manantiales, que hacían más ruido que de costumbre y aventaban el agua lejos. En la primavera había golondrinas, que no

podíamos matar, y cencerros que sonaban a tránsito celestial. Había días de lluvias interminables y cuando salía el sol las mujeres sacaban los colchones de lana a los corredores y los terciaban sobre las barandas.

En cada nido de las golondrinas había un trozo de cielo. Ellas hacían los nidos con barro y con cielo, y también en sus plumas llevaban el azul del cielo.

Cuando lucía el sol los días eran más largos, pero duraban menos, porque estaban llenos de actividad.

La primavera llegaba de pronto y sin avisar. Una noche te dormías bajo la ropa húmeda del invierno y al amanecer te despertabas en primavera. Los viejos, sentados en las carboneras o en los poyos de piedra, eran quienes primero advertían la novedad. Uno de ellos levantaba la mano en la que llevaba el bastón y gritaba, mirad, ya está aquí la primavera. Unas veces alguien decía, llega muy tarde, y otras no faltaba quien apostillaba, qué temprano llega. Así que para los viejos la primavera nunca llegaba cuando tenía que llegar.

Mi abuela aseguraba que eran los cuclillos quienes advertían de la primavera, y recitaba, cuando el cuclillo llega, ya está aquí la primavera. Los cuclillos eran aves aprovechadas que ponían los huevos en los nidos ajenos. También aseguraba mi abuela que si la golondrina se anticipaba, la primavera venía templada.

Nos gustaba subir a los árboles en primavera y trepar a lo más alto para abrazarnos a la copa hasta que se balancease. El hijo del guarda forestal decía que era como montar en barco. Con un brazo me sujetaba a una rama, que en mi caso por mi cobardía nunca era la última, y la rama bailaba, y con la otra mano tocaba el cielo, y miraba cuanto me rodeaba, la tierra abajo con las ortigas y los helechos creciendo y las montañas a lo lejos escondiendo el mar, y era como saber de golpe todo cuanto te iba a suceder, como beberte un buen trago de lo que estaba por llegar. A veces pasaba un gavilán conteniendo el vuelo y sospechando de ti.

Cuando el viento cambiaba de dirección y calentaba la tierra florecían los cerezos y los ciruelos. Desde bien pequeño me sorprendieron las floraciones. Siempre que las contemplo es como si lo hiciera por primera vez.

En el tiempo de las flores rezábamos algún rosario sin querer.

Nunca fui consciente del aroma denso y dulce de las flores de mayo hasta que lo sentí perdido al vivir en la ciudad.

En el tiempo de las cerezas nos convertíamos en ladrones. Recorríamos los alrededores del pueblo en busca de los mejores cerezos. Algunos eran famosos y difíciles de asaltar porque tenían vigilancia de perros o de hombres, incluso les ponían zarzas alrededor o alambres de espino.

Con la primavera el cielo se alejaba de los tejados. Se iba lejos para que los pájaros tuvieran más espacio para volar.

Todo el pueblo olía al cucho de abonar las huertas. Teníamos un burro viejo al que mi padre le cinchaba unos cajones sobre la albarda y en ellos acarreábamos el cucho. Era yo quien me ocupaba de llevar al burro del ramal desde la cuadra hasta la huerta. Allí abría las trampillas de los cajones e iba esparciendo aquella materia verdosa por la tierra. Un ejército de moscas azules invadía los montones. De todas las mierdas que me rodeaban, la de las vacas era la más soportable. La más insoportable era la de las gallinas. Cuando tenía que limpiar el gallinero me prendía una pinza en la nariz. El excremento de los cerdos me olía a animales muertos. Sin embargo, el olor del cucho no me molestaba. Abría los cajones y extendía el cucho con la pala de dientes para que la lluvia la mezclara con la tierra y se transformara después, milagrosamente, en pimientos verdes, en zanahorias brillantes, en calabazas jugosas e inmensas, en judías luminosas o en flores de colores vivos. Era como si la belleza, la pureza y el frescor tuvieran su origen en el poder milagroso de la mierda. Métete en la bañera, decía mi madre, que hueles a cucho, y después échate esto. Y me daba un frasco grande de colonia. De dónde sale la colonia, le preguntaba, y ella me decía, de las flores. Pensaba yo que la vida estaba llena de círculos. La mierda se transformaba en flores y las flores en colonia que servía para ocultar el olor de la mierda.

Pronto comprendí que aquellas preguntas que se me ocurrían no podía planteárselas a mi madre, porque ella pensaba que las cosas se descubrían solas. Mi padre era distinto y se esforzaba por explicármelo todo, porque él había conseguido treinta y dos matrículas de honor.

En primavera llegaba por el pueblo el curandero a tratar todos los males y sacar las muelas, quemar verrugas con azufre y arrancar los callos de los pies. También fabricaba dientes postizos de quitar y poner y dentaduras completas. Los dientes que colocaba tenían una funda de plata que brillaba en la oscuridad. Obligaba a los pacientes, antes de las extracciones, a que se bebieran de un trago un vaso lleno de aguardiente, y siempre decía en voz alta y levantando la botella, el alcohol amortigua el

dolor y desinfecta. A los niños nos gustaba rodear al curandero cuando trabajaba, sobre todo para ver las muecas de asombro y de dolor que ponían los pacientes borrachos. El curandero furtivo también era profeta. El médico del seguro lo denunció por impostor y los guardias lo desterraron.

El verano comenzaba la noche de san Juan. Casi siempre llovía. Las niñas se pasaban la víspera enramando y engalanando las fuentes en honor de las xanas, que eran las diosas del agua, y lo hacían con guirnaldas y con las flores menudas y blancas de los aligustres, y nosotros acarreábamos la leña para la hoguera a las órdenes del hombre que predecía la lluvia, que también era alcalde pedáneo y cartero. A la noche el fuego espantaba la lluvia y los malos presagios, y saltábamos sobre las brasas gritando desesperados de alegría. En un vaso de agua dejábamos una clara de huevo y a la mañana siguiente aparecía la figura mágica de un castillo o de un barco, porque del huevo surgía la vida, todo era posible a partir del huevo. Mi padre dejaba tres vasos con otras tantas claras de huevo y siempre se las arreglaba para ver en aquellas figuras las tres carabelas de Colón, y me contaba la historia del descubrimiento con sus borrascas y sus calamidades. Movía un vaso y comentaba, visto desde aquí también parece *La Santísima Trinidad*, el escorial de los mares, y me hablaba de la trágica batalla de Trafalgar, y tomaba otro vaso y lo ponía al trasluz y me decía, fíjate, también tiene la forma de la fragata *La Venganza de la Reina Ana*, y me contaba la historia del pirata Barbarroja. Otras veces veía *La Nao Victoria* y me hablaba de la primera vuelta al mundo y de otras hazañas marítimas, o también pudiera ser, decía él volteando el vaso, la nave en la que Ulises pasó junto a la isla de Helios, observa el mástil al que el héroe se ató para resistirse al hechizo del canto de las sirenas.

Los veranos eran enormes.

Se despertaba el polvo de las humedades perdidas y todos, mayores y niños, nos saludábamos agitando las manos y con muecas de alegría como si acabáramos de conocernos. Las ventanas se abrían de par en par y ardían las barandas de los corredores en las que las mujeres terciaban los cobertores antes de guardarlos con las bolas de alcanfor hasta el invierno.

Por el día estaba el aire de las lagartijas y el olor azufrado de las salamandras y el vapor oloroso de los charcos de los gusarapos, y por la noche la lluvia sucia de los mosquitos y los cantares tristes de los sapos y el vuelo nervioso y ciego de los murciélagos.

Al oscurecer de los días calurosos del verano se suspendían las faenas y la gente salía de las casas y cantaban los insectos y bullía la vida. Algunas noches cálidas el marido de mi tía, que era minero pero había estudiado solfeo, se ponía a tocar el acordeón en el corredor y la gente bailaba feliz junto a los hórreos como si de pronto la vida se hubiera vuelto más fácil.

Mi tío se asustó una vez de la mina porque dos vagonetas le aplastaron la cabeza, y entonces emigró a la tierra de los belgas. Allí tuvo varios trabajos, operario en una fábrica de vajillas de zinc, podador de castaños de indias o carpintero de ataúdes para los muertos. Eso fue unos años después de estudiar solfeo y aprender a tocar el acordeón y de casarse con la hermana de mi madre. La pieza que mejor tocaba era un tango argentino. Mi tío tocaba muy bien, pero no sabía cantar. A veces mi madre, que tenía buena voz, lo acompañaba, pero ella se hacía de rogar, como todos los que cantan bien. *Los amigos ya no vienen ni siquiera a visitarme, nadie quiere consolarme en mi aflicción.* Esto cantaba mi madre. La gente la aplaudía y a ella le daba vergüenza.

Cuando mi tío tocaba el acordeón en la sala de bailes que había a la entrada del pueblo lo acompañaba a la percusión el falangista, que también era facultativo de minas y secretario político comarcal. El falangista, que era un hombre apocado y serio, tocaba la batería de oído, con buen ritmo, pero sin estridencias ni redobles de consideración. Decía que tocaba para vigilar los malos comportamientos de los bailarines desde el escenario. Debido a su cobardía no hacía las denuncias a las claras, pero daba cuenta de todo al señor cura.

Mi tío decía que el acordeón era el instrumento más espiritual del mundo, y que su música era el mejor remedio para la correcta circulación de la sangre en el cerebro. A él la música del acordeón lo empujó al matrimonio con mi tía de manera irremediable y definitiva. La gaita, sin embargo, aseguraba él, tocada de oído y fuera de contexto y sin la compañía del tambor no hay quien la soporte. Cuando el viejo anarquista llegó al pueblo a traernos la música del violín ya nadie tuvo duda de cuál era el instrumento musical que más se aproximaba a la perfección.

En aquellas noches calientes y luminosas del verano brillaban las piedras sin musgo como si se transformara en luz el calor acumulado durante el día. Algunas noches la humedad era tanta y el calor tan intenso que parecía que el aire se hubiera muerto. Esos días de tanto calor nos bañábamos en el río. En las noches sin luna la oscuridad era como una peste, se iba posando de cosa en cosa y lo que tocaba lo volvía negro, y corríamos asustados porque las madres y las abuelas nos llamaban y nos gritaban que volviéramos deprisa para que no nos tragara la oscuridad.

Años después, en los veranos estaría el mar ocupándolo todo.

Pero yo aún no conocía el mar.

Al final del verano hacíamos vino de moras. Las íbamos metiendo en una botella y machacándolas con un palo, con el mismo movimiento que se hace para provocar el sonido en las zambombas. Luego bebíamos aquel líquido espeso como si fuera vino y nos quedaban los labios morados y nos hacíamos los borrachos.

El cielo estaba muy azul y mi padre, mientras recogíamos la hierba, se apoyó en el garabato y me dijo, mira ese cielo, eso es la eternidad. Lo miré sorprendido, porque su emoción era muy visible, y él agregó, belleza y quietud, por algo es el lugar que los dioses eligen para vivir. Entonces me pidió que me sentara, él se sentó conmigo y me contó una historia. Le gustaba contarme historias y a mí que me las contara. Unas historias las había estudiado y otras se las inventaba, porque también había estudiado las fórmulas para inventar. Aquel día de cielo azul me habló mi padre del tiempo antiguo en el que se había oscurecido la tierra. Fue en el tiempo del emperador Justiniano, me explicó, en el siglo VI, y afectó a todos los pueblos del mundo durante un año, porque un cometa chocó contra la tierra e hizo que se tambaleara y una nube espesa y oscura brotó de muchos volcanes que revivieron, y cubrió esa nube toda la tierra, y el sol y la luna parecían apagados, y el aire se enfrió tanto y había tanta nieve y tanta niebla que no hubo cosechas ni los árboles dieron frutos, así que se extendieron el hambre y las pestes por todos los pueblos del mundo, y fue como si el cielo hubiera desaparecido y el infierno hubiera salido de los abismos para traer la muerte, como si la tierra hubiera dejado de respirar, y después de aquel año oscuro, que muchos entendieron como un castigo divino, la nube desapareció y el cielo apareció brillante y azul y de nuevo volvió la vida a la tierra. En mis primeros dibujos, que mi padre guardaba en una carpeta, había muchos cielos azules protegiendo una casa o un

árbol, envolviendo la tierra, cielos adornados a veces con la fiesta del arcoíris. Siempre que contemplo el cielo muy azul y sin nubes me acuerdo de aquella historia que me contó mi padre.

No sabíamos lo que eran las bacterias ni el agua embotellada ni la leche hervida. Nunca habíamos visto una sandía ni un hotel ni una palmera. Nunca habíamos comido en un restaurante y no sabíamos que había gente que vendía las flores. Conocíamos los helados porque se acercaba al pueblo un heladero vestido de blanco con una vespa que tenía un cajón donde venían los helados de corte, pero sólo los más privilegiados podían comprarlos, así que los demás nos quedábamos contemplando cómo la lengua del afortunado se arrastraba por aquella nata helada o por aquel chocolate celestial. Nos caía una baba indolente por la comisura de los labios y el heladero se reía de nosotros y nos explicaba que aquello que nos pasaba se llamaba salivar, así decía que se llamaba, salivar. Nos explicaba, estáis salivando y eso es malo para la cabeza, y nos lo decía para que corriéramos a casa a buscar una peseta, pero nos quedábamos quietos salivando, porque sabíamos que en casa no había pesetas para comprar helados. Quien más helados comía era el hijo del sastre. Lamía los helados con avidez temeraria, extraviando los ojos, y nosotros salivábamos de dolor y copiosamente. A veces, con una perrona, comprábamos una pastilla de leche de burra que chupábamos sin fuerza para que tardara en desaparecer aquel sabor a tierra azucarada.

El otoño estaba hecho de castañas para cenar. Eran castañas cocidas y disfrutaba hundiéndolas en la leche y esperando a que se empaparan. Cuando las comíamos asadas sabían a fiesta. En noviembre un viento ardiente del sur azotaba los castañeros y la tierra se llenaba de erizos. Las castañas que caían en los caminos no eran de nadie, o eso pensaba mi madre, así que llenábamos los sacos para nuestros cerdos con las castañas perdidas. A veces mi madre acordaba con el propietario de algún castañero la recogida de todas las castañas a cambio de la mitad de la cosecha. Cuando mi padre se unía a la recogida nos llevábamos a casa algunas setas para la cena, porque él sabía reconocer las que no tenía el veneno mortal.

Las hojas secas lo llenaban todo. Venían por el aire como si fueran pájaros muertos. Los días se acortaban y la luz se debilitaba. A veces los días parecían noches. Una mañana las hojas caídas amanecían cubiertas de escarcha y los pájaros desaparecían. Cuando comíamos las últimas

castañas asadas y bebíamos los últimos tragos de la sidra dulce sabíamos que no tardaría en llegar la primera nevada. Las nubes descendían hasta los cordales y escupían la niebla sobre los caminos del monte y se acobardaban los perros.

Con la niebla desaparecía el mundo.

Cuando llovía mucho el arroyo se convertía en un torrente asustado y frío que arrastraba todo cuanto sobraba, los cristales rotos, las latas vacías, las higueras partidas, los pájaros muertos y la hojarasca de las orillas.

Las hojas de los robles eran las últimas en caer. Lo hacían cuando ya el otoño estaba concluido, y por eso caían con tristeza y en silencio.

La memoria no es sólo agua pasada, es el río mismo, y el río está ahí, es el presente, así que las aguas conforman el río y no hay presente sin memoria, y la resistencia es mayor si te sujetas los pies entre las piedras y miras hacia delante, pero mirar hacia delante en el río es contemplar el agua que se va, el agua que ya te mojó los pies, que ya se convirtió en pasado.

Más allá del río está la vida del mar.

Cuando la memoria es muy grande todo parece presente, igual que cuando los ríos son grandes parece que no se mueven y se asemejan al mar. El río y la memoria se hacen invisibles en su inmensidad. Los lugares invisibles lo son porque en ellos comienza, se alarga y termina el mundo, lo son porque hacen del paisaje las metáforas de la belleza y de la verdad.

En un lugar invisible pasé la infancia y la juventud.

Entonces no lo sabía.

No sabía que era un lugar invisible, abarrotado de caminos invisibles, de arroyos invisibles que aguantaban la inseguridad de la tierra y discurrían por sus grietas como lo hacen las lágrimas por los pliegues de la piel. De peña en peña y de ortigal en ortigal las penas recién llegadas ya parecían antiguas, tan antiguas que acababan siendo invisibles, como lo era la guerra que un día había desbaratado los muros y las cercas y las familias, como lo era la dictadura que cerraba las bocas y poblaba las cárceles, como lo eran las piedras ennegrecidas de los silencios terribles. El valle había sido una ciénaga donde vivían las ranas y los sapos y a la que volvían cada primavera los patos silvestres. Las noches despejadas se

llenaban de luciérnagas y era como si la vida palpitara en aquella fosforescencia. Cuando llovía se precipitaban las aguas de todas las laderas y el arroyo calmoso y triste se despertaba para convertirse en torrente desmesurado. Después de las riadas lucía el sol y los arroyos se acobardaban y la tierra cenagosa quedaba dispuesta para sembrar la alfalfa o el maíz.

Había estrellas perezosas que a veces se posaban en la línea quebrada de los cordales. Eran como el aliento blanco de un cielo que acumulaba las quejas de quienes habían llegado de lejos hasta los hórreos pintados de blanco y habilitados como viviendas, hasta las casas multiplicadas por cien, hasta las escuelas abarrotadas de asombro, hasta los paisajes rotos por la fiebre negra del carbón. El pueblo se hizo tan grande que hubo que dividirlo en barrios, y los hórreos se convirtieron en viviendas, y casetas de tablas y de chapas se habilitaron deprisa para vivir, y se habitaron pajares vacíos de hierba y se fraccionaron las casas grandes, y ningún edificio muerto se quedó sin volver a la vida. El pueblo se llenó de viviendas provisionales y se vio sacudido por una insólita actividad. Al pueblo llegó gente de muchos lugares lejanos.

Por qué viene gente a trabajar de fuera y los de aquí se van a buscar trabajo al extranjero, le pregunté a mi padre. Él sacudió los hombros y levantó las cejas y me comentó, no lo sé, puede que sea por desconfianza o por necesidad de cambiar, aunque también pudiera ser que a unos y a otros, tanto a los que van como a los que vienen, los mueva el miedo.

Los pueblos del valle se abarrotaron de familias llegadas de lugares diferentes. Alcanzaron la tierra de la lluvia y del carbón en busca de una vida mejor. El cielo benévolo escuchó paciente los plañidos de quienes perdieron a los suyos en los días desgraciados. El cielo impasible soportó los gritos de quienes sufrieron represiones y torturas en cárceles invisibles, colgados de las vigas, también invisibles, del rencor. Muchas viviendas, grises e indefinidas, se levantaron de la noche a la mañana, y los inquilinos pasaron por ellas como en un suspiro. De algunos ni siquiera nos dio tiempo a conocer sus nombres. Llegaron empujados por la necesidad y huyeron aturdidos por la precariedad y el miedo. Las conversaciones flotaban como las hojas de los salgueros en los remansos. Los mayores, a veces, hablaban como si no se pudiera hablar, como si hubiera que contarlo todo en una noche, como si hubiera que llenar con palabras clandestinas los huecos de los que no iban a volver jamás.

Ni siquiera sé si estoy hablando de aquello que imaginé.

Prescindo de los nombres para evitar el dolor y el error, porque sé menos que la llama de una vela.

Había una anciana que desde el balcón sin flores de su casa diminuta y con gritos de tristeza anunciaba cada tarde el fin del mundo. Muy cerca de ella vivía una bruja que le arrojaba piedras cuando gritaba. La bruja tenía la cara arrugada y verrugosa, vivía sola en la casa más vieja del pueblo, tenía un bigote parecido al de los gatos y siempre estaba refunfuñando y maldiciendo. Lo mismo te echaba el mal de ojo que te pasaba el agua para quitártelo, y hacía predicciones sobre la felicidad y sobre la desgracia. La bruja había tenido una buena época, pero ahora ya nadie la consideraba. Encántate serpiente, ángeles siete, agua del mar, ceniza del llar, no marches de ahí, hasta que busque palo o piedra con que matarte. Así rezaba. La bruja había estado casada con un hombre al que decían las malas lenguas que había envenenado. No sabíamos de qué vivía, porque no tenía subsidio, ni animales de criar, ni huerta para sembrar, y nadie le pagaba ya por sus predicciones sin futuro y sus conjuros tristes. Había quien decía que la bruja convertía los botones que apañaba por los caminos en monedas de oro. Lo cierto es que bajaba al mercado todos los domingos y subía con una bolsa con provisiones para toda la semana. Mi padre obligaba a mi madre a regalarle a la bruja de vez en cuando un tanque de leche, y mi madre se negaba, así que me tocaba a mí llevárselo. De parte de mi padre, le decía, y a ella se le inflaban las verrugas, se rascaba el bigote de gato y me comentaba, tu padre es un hombre instruido y compasivo y Dios le pagará estos gestos de caridad. Según mi abuela, que se reía de ella, pero con la precaución de los descreídos a medias, la bruja llevaba años en la tarea de inventar un brebaje que la permitiera volar y acudir al mercado de los domingos prescindiendo de la camioneta municipal y montada en una escoba. Estaba a punto de completar la fórmula y ya tenía el caldero de cobre, el fuego con leña de abedul, la baba de los caracoles, la grasa de un gato recién sacrificado, el polvo de los cuernos de las libélulas y el beleño negro, pero algo más faltaba, porque la bruja seguía bajando en la camioneta al mercado de los domingos.

La anciana que anunciaba cada día el fin del mundo tenía unos ojos que parecían escapársele de la cara. Frente a su casa diminuta había una morera con un banco y allí jugábamos a *zurriágame la melunga* hasta que ella aparecía en el balcón sin flores y nos gritaba, fuera de aquí, y nos llamaba gandules, carajos y guajes de mierda, y nos lanzaba las piedras que guardaba en un caldero y que eran las mismas que a ella le arrojaba la bruja. Su piel blanca enrojecía cuando nos gritaba y entonces los labios parecían desprendérsele de la boca.

Mi abuela decía que tanto la loca del balcón como la bruja de los brebajes vivían porque Dios era misericordioso, y mi madre le replicaba, por eso vivimos todos, y ella, que siempre quería tener la última palaba, agregaba, pero ellas más.

La memoria trabaja de una manera extraña.

Parece ser que delante de la casa de la mujer que pregonaba el fin del mundo no hubo nunca una morera ni tampoco un banco. Nadie lo recuerda y hay quien asegura que allí siempre hubo un gallinero sucio y destartalado. Tampoco nadie recuerda que aquel balcón diminuto estuviera abarrotado de telarañas y que en él danzaran cientos de mariposas en primavera. A menudo experimento un cierto terror cuando la realidad me golpea con descaro, cuando esa evidencia incuestionable que conforma lo real me desmantela algunas construcciones ideales que fue levantando mi memoria. Entonces me pongo a temblar y siento que algo se me escurre entre los dedos.

Había una mujer que vivía en la cuesta del lavadero y que venía a veces a refugiarse a nuestra casa huyendo de las palizas de su marido. Era muy joven y muy guapa, pero tenía un lunar en la frente del tamaño de un botón de camisa, así que era inevitable fijarse en aquella mancha y distraerse de su belleza. El marido era un animal. Con la misma vara pegaba a su mujer, a sus hijos y a las vacas. Un día su mujer y sus tres hijos desaparecieron. Mi padre habló con un párroco amigo suyo de la ciudad y gestionó el abandono. El maltratador era muy feo, el hombre más feo que habíamos visto jamás, más feo incluso que el quinquillero que vendía calcetines de viaje y que era a la vez judío y gallego. En las cejas, en las orejas y en los huecos de la nariz le brotaba la mala hierba. El niño culpable, del que hablaré más adelante, decía que lo había sorprendido en la cuadra subido en un taburete y con el pantalón bajado montando a una vaca, como si estuviera imitando al toro semental de los dueños del

palacio. El niño culpable aseguraba que aquello lo hacía el hombre feo desde que su mujer lo había abandonado, y que lo hacía por desahogo y despecho. Un día amenazó a mi padre con un cuchillo y lo acusó de ser el responsable de que los suyos lo hubieran abandonado. Mi padre se encaró con él, le dio un golpe en la mano para obligarlo a soltar el cuchillo y le advirtió que, como volviera a amenazarlo, le contaría a la Guardia Civil lo que hacía con las vacas, porque mi padre había oído los rumores que circulaban por el pueblo. Te arrestarán por degeneración moral, zoofilia y vicio manifiesto, le aseguró. Se fue espavorido sin ni siquiera recoger el cuchillo. Tenía un ejército de gatos. Cuando algún gato no le gustaba lo ahorcaba en el corredor y luego lo despellejaba y clavaba el pellejo en el hórreo. Cuando venía el peletero le vendía las pieles de los gatos. Decían que con ellas hacían zapatillas de andar por casa.

Los novios y novias formales paseaban junto al río los domingos al mediodía y los jueves al atardecer para contarse su vida. Si no llovía se sentaban en los merenderos o en las boleras a tomar un refresco e intentaban planificar el futuro y se dejaban embargar por la emoción. Si se veían algún otro día de la semana no lo hacían para hablar y era de forma clandestina e informal. A veces se les hacía tarde y brillaba la luna sobre la hierba. En los encuentros furtivos se convertían en amantes, que era algo así como casarse por cuenta propia o perder antes de tiempo la vergüenza. Algunos jóvenes novios, en la intención de alcanzar prontamente el futuro y anticiparse a la felicidad compartida, se iban lejos, incluso a otros países, y no volvían jamás. Ellas, las novias, se quedaban alimentando las manías propias de la vida solitaria y con todo el tiempo del mundo para envejecer, y el carácter, antes apasionado, se les volvía inflexible. Según mi madre había novios aprensivos y los había caraduras y también los había cobardes.

Hubo una soltera sin remedio, sobrina del dueño de la mina del monte, que se fugó con un guardia civil de una ciudad donde había casas colgadas del cielo. Se lo había contado a mi madre la mujer que era muy guapa y recibía palizas del marido. Pensaba yo que sólo se fugaban las casadas, dijo mi madre, y ella respondió, pues ésta era soltera y bien soltera y se fugó, y además el guardia civil sí que era casado, y natural de esa ciudad donde parece ser que hay muchas casas colgadas. Y cómo sabes tú eso, preguntó mi madre, y la mujer guapa que tenía un lunar en la frente respondió con otra pregunta, lo de la fuga. No, lo de las casas

colgadas, aclaró mi madre, y ella explicó que lo había visto en una postal. Y de dónde cuelgan las casas, insistió mi madre, y ella dijo, de los barrancos, te voy a enseñar la postal. El dueño de la mina, como era muy católico de guardar, dijo que su sobrina se había marchado a una ciudad manchega a estudiar Corte y Confección. Por qué manchega, le preguntó el sastre un día que le tomaba medidas para un traje que iba a estrenar en la comunión del nieto. El sastre, diplomado en Barcelona, disfrutaba planteando impedimentos intelectuales. El dueño de la mina respondió, por casualidad, eso dijo, por pura casualidad, y el sastre se quedó con la palabra y los alfileres en la boca. El dueño de la mina usaba corbata de lazo, sombrero de fieltro, leontina de oro en el chaleco y bastón con contera de plata para darse importancia. *Contera* fue una palabra nueva que me explicó mi padre. Pues con ese bastón se daba importancia, como si no tuviera ya suficiente al ser el dueño de la mina y tener un coche grande y negro y viajar al extranjero una vez al año.

Había un tonto de toda la vida que emitía siniestros sonidos guturales de regocijo cuando se entregaba al martirio de los sapos. Colocaba una tabla sobre una piedra y en un extremo dejaba al animal, que lo miraba suplicante y paralizado. El tonto, con los ojos atónitos, golpeaba el otro extremo de la tabla con un palo y el sapo volaba muy alto y después descendía con las patas extendidas y reventaba en el suelo en una grotesca explosión de vísceras, y el tonto saltaba y se carcajeaba y babeaba, porque aquella ocurrencia le provocaba una gran satisfacción. También disfrutaba descuartizando lagartijas. El tonto no tenía edad, porque no sabía contar, así que no le hacían falta los años. Sí tenía un exceso de confianza y un entrañable sentido de la fidelidad. Sabía bien quién lo quería, que éramos casi todos en el pueblo, y estaba siempre dispuesto a realizar al instante y con alegría favores y recados. A quienes no lo querían no les negaba nada, pero bajaba la cabeza y desaparecía. A veces, intentábamos alborotarlo y le chillábamos y le decíamos palabras feas y él se tapaba los oídos y se iba hacia la morera y golpeaba el tronco con la cabeza una y otra vez, como si la cabeza fuera un badajo y el tronco la campana, y entonces a él le venían los tembleques y a nosotros nos entraban la compasión y el miedo y dejábamos las burlas y lo consolábamos con caricias en la espalda y con caramelos de menta hasta que se le escurría la baba del regocijo y volvía a su rostro indolente la sonrisa. Cuando le entraba el desconcierto movía la cabeza arriba y abajo, como hacían los malvises cuando bebían en el río.

Cultivaba un pequeño huerto en el que él y su hermana sembraban patatas, cebollas y verduras. Cuando andaba por el huerto quitando las malas hierbas le gustaba inventarse personas para conversar. Unas veces eran gentes amigables que lo escuchaban sin rechista, otras eran gentes incómodas que le llevaban la contraria y lo obligaban a irse enfurruñado del huerto. Las personas imaginadas siempre eran hombres. Las mujeres jóvenes le daban mucha vergüenza. Ellas lo sabían y lo provocaban levantándose la falda hasta la rodilla, entonces él se cubría los ojos con el brazo y salía corriendo.

Había una voz aterciopelada que salía cada mañana de las radios de todas las cocinas para relatar en pausas suspensivas la vida y los milagros de Fray Escoba, que era un santo mulato que se llamaba Martín de Porres. Las mujeres aprovechaban la hora de aquella novela radiada para planchar, y lloraban mucho y, a veces, con la emoción, se les olvidaba levantar la plancha y salía humo de las camisas.

Había una mujer muy beata que tenía la piel blanca, como el mármol de la mesa de la cocina, y bolsas oscuras debajo de los ojos. Su aspecto era muy triste a pesar de estar siempre sonriendo. Para ser santa le faltaban algo de tiempo y algún milagro. Mi abuela la admiraba y respetaba tanto que se santiguaba siempre que la veía. Es tan blanca, tan sonriente, tan espiritual, decía mi abuela, que cualquier día ascenderá a los cielos, así, tal como está, viva y con la ropa puesta. Cuando hablaba con la gente lo hacía en susurros, como si estuviera rezando, pero cuando hablaba con Dios lo hacía en voz alta. Andaba por la casa hablando continuamente con Dios. Su mayor ilusión era que un día se le apareciera la Virgen Madre María, que reparara en ella y descendiera de los cielos para visitarla. Mi padre decía que ella sufría un anhelo místico. Anoté *anhelo* y *místico* en mi cuaderno de las palabras nuevas. Mi padre conocía bien el misterio de las palabras. Me pidió que observara a la beata durante la misa en el momento de la consagración, allí arrodillada en su reclinatorio, inmóvil, a punto de ascender a los cielos, como decía mi abuela. Pues está estática y extática, me dijo él, y me explicó el significado diferente de cada una de aquellas dos palabras tan parecidas. Para la romería de los médicos sanadores y mártires la beata se ponía un hábito morado y subía descalza hasta el santuario para crecerse a los ojos de Dios en el sacrificio. Le gustaba regalar escapularios que contenían hojas secas de olivo. Decía que se los enviaban de Tierra Santa y que pertenecían a los olivos de

Getsemaní, que era el huerto en el que Jesús había derramado lágrimas de sangre. Mi madre tenía uno de aquellos escapularios colgado en la cabecera de su cama y se lo ponía al cuello para los oficios de Semana Santa. Decían que la madre de la beata, al quedarse viuda bien joven, quedó trastornada y le daba por salir en porreta a bañarse en la balsa del lavadero, se hundía completamente en el agua, tan desamparada y desnuda como había llegado al mundo, y no le importaba que la gente la viera, porque ella no veía a nadie, y se iba a su casa chorreando como la xana de las fuentes de los cuentos de las abuelas. Murió de un aire frío que le entró en los pulmones, y decían que su hija había decidido dedicar su vida a Dios para combatir tanta vergüenza. La beata rezaba el rosario varias veces al día. Tenía un rosario de nácar bendecido por el papa romano Pío XII, según ella un patriarca santo y venerable, y según el sastre de los retales un pusilánime, porque había consentido los crímenes de los fascistas alemanes. Mi padre me explicó el significado de *pusilánime*, que era una palabra musical, como salida del acordeón de mi tío, y la anoté en la libreta.

Había unos cables de alta tensión que iban de pilastra en pilastra y cruzaban por encima de las casas y, cuando era mucha la luz que transportaban, se provocaba en ellos un temblor ruidoso que nos espantaba. Las pilastras tenían colgada una placa de hojalata con una calavera pintada encima de dos huesos cruzados, y arriba decía, no tocar, y abajo, peligro de muerte, y casi nadie se acercaba, pero siempre había algún valiente que desafiaba a la muerte y subía por la pilastra como por una escalera que ascendiera hasta el cielo, y los demás temblábamos y contemplábamos asombrados la hazaña que convertía a los intrépidos en líderes incuestionables.

Había un sastre de los retales que, en todas las conversaciones, tenía la manía de llevar siempre la contraria. Había nacido con una pierna más larga que la otra, así que gastaba en la pierna disminuida un zapato con un alza de media cuarta. Aquella minusvalía le había impedido trabajar en las minas. Con quince años se fue a Barcelona con un hermano de su padre que era sastre del ejército para aprender el oficio. Con diecisiete años llegó de vuelta con el título en la mano y se convirtió en el sastre más joven de España. Por cojo también se libró de la guerra y confeccionó banderas, primero para los republicanos y después, obligado, para los rebeldes, y se casó por conveniencia con una prima carnal que también era modista.

Bendita cojera, solía decir, que me libró de la mina y me libró de la guerra, y tengo suerte de ganarme la vida sin que me llueva encima. El tendero era rojo socialista y el sastre rojo anarquista, como el anciano que tocaba el violín. También había rojos comunistas y rojos sin más, como el capitán que dormía en el pajar. El anarquismo lo había aprendido el sastre en Barcelona. No solía hablar de política, salvo cuando bebía, entonces se volvía ofensivo y extravagante. Era un hombre instruido y de buen corazón y siempre llevaba tirantes. Su esposa, que también era su prima, era una mujer gris. Su pelo era gris y brillaba, su vestido y su chaqueta de lana y sus zapatillas de fieltro eran grises. Puede que sus ojos y su carácter también fueran grises.

Había un mecánico de bicicletas del que decían que había secuestrado un avión. Con el tiempo se supo que no había sido un secuestro, sino un altercado con navaja en la disputa por un asiento. Él viajaba para Argentina a trabajar con unos parientes, pero al llegar a Buenos Aires la tripulación lo denunció por el suceso de la navaja y las autoridades lo obligaron a volver, así que el único suelo argentino que pisó fue el del aeropuerto. Le quedó la nostalgia de lo que nunca tuvo y la trataba a base de tangos argentinos, que eran cantares tristes de amor. Los cantaba con lágrimas y gritos cuando se pasaba con el alcohol. Cuando los mineros fueron abandonando las bicicletas, cambió de profesión y se hizo turista para conocer las maravillas del mundo, aunque nunca salía del valle y sólo se imaginaba los viajes. Justo cuando se hizo turista, su mujer se fugó con un viajante de madejas de hilo y de lana. Era alto y huesudo y de venas sobresalientes y cuando se hizo turista comenzó a vestir un traje blanco de lino que con los años se fue volviendo del color de la canela. El molinero ilustrado decía de él que llevaba en la cara la turbia señal del agravio. Se compró un burro y se paseaba por el pueblo montado en el pobre animal y tomando notas en una libreta como si fuera un periodista. Qué tanto anotas, le preguntó mi padre, y él respondió, describo la realidad de este lugar miserable. Se echaba fijador en el pelo y llevaba el peine a la vista en el bolsillo superior de la chaqueta, al lado de los lápices y los bolígrafos. Criaba un par de palomas mensajeras que utilizaba para cartearse con una novia que, según él, vivía en la Costa de los Mosquitos. Alguien buscó en la enciclopedia y esa costa estaba en el Caribe de América, así que no podía ser que las palomas recorrieran tanta distancia. Pensamos que el turista estaba mintiendo, pero mi padre nos dijo que él hablaba de un

pueblo de la costa andaluza, en las marismas del río Odiel, donde abundaban las aves migratorias y los mosquitos. A todas las preguntas maliciosas que le hacían respondía lo mismo, tendré que irme, tendré que irme. Dónde vive tu novia, le preguntaban, y él respondía, tendré que irme, tendré que irme. Es tu novia una mosquita muerta, volvían a preguntarle entre carcajadas, y él repetía, tendré que irme, tendré que irme. Aquellas palabras del turista parecían más un rezo de súplica que el anuncio de una determinación.

El turista mató al perro del carnicero de una patada en la cabeza. El perro tenía la fea costumbre de entrar en la estancia del viejo caserón donde el turista tenía el taller y buscar un rincón para hacer allí sus necesidades. El cabo de los guardias atendió a la denuncia y vino a levantar el acta y le puso al infractor unas cuantas pesetas de multa. Por qué me sanciona, señor guardia, protestó el turista y le preguntó después si acaso estaba prohibido matar a los perros. El cabo le explicó, con odio y con saña está prohibido hasta matar a las moscas, así que ya puede usted acudir a confesarse, porque lo que hizo, además de constituir un quebrantamiento de ley, es pecado mortal. El turista dijo que nada de confesar, porque él no creía en Dios, y el cabo le puso otra multa, porque, aunque no era obligatorio creer en Dios, estaba prohibido declarar públicamente el ateísmo.

Creo que fue entonces cuando mi padre me explicó la diferencia entre un ateo y un agnóstico. El ateo se empeña en la negación, me dijo, intenta incluso demostrar la inexistencia de Dios, pero el agnóstico declara la imposibilidad que tenemos los humanos para comprender cualquier cosa que vaya más allá de la experiencia, y ahí entra todo cuanto tiene que ver con la divinidad.

Mi padre era un hombre sabio y observador que había conseguido treinta y dos matrículas de honor.

El carnicero, que era el padre del más feo y gracioso de mis amigos, se había casado tarde. Ya pasaba de los cuarenta. Era manchego y se había casado con una prima carnal del tonto que llevaba una hija al matrimonio. La prima del tonto era más bien inteligente y a los cinco años ya leía y escribía y a los nueve multiplicaba y dividía. Ella, siendo muy joven, había tenido una hija con la planta de la cirigüeña. Juraba que no había conocido varón. Padecía unos eczemas muy vistosos por todo el cuerpo, como las escamas de las sardinas, y la bruja le recomendó meterse

desnuda durante una hora y por nueve días consecutivos en una duerna con agua tibia mezclada con caldo de cirigüeña. Cuando su padre, cinturón en mano, la amenazaba con azotarla si no le decía quién había sido el responsable de la desgracia, ella juraba y perjuraba que no había ningún hombre de por medio y que todo había sido culpa de la cirigüeña, o en tal caso de la bruja de las verrugas que había sido quien le había prescrito los baños. La barriga le creció y los eczemas desaparecieron. Era de carácter lánguido, pero con episodios repentinos de violencia. Ella y el carnicero unos días se querían mucho y se decían en público palabras tiernas y otros días andaban como el perro y el gato. No era una mujer simpática y tampoco limpia. En su ropa y hasta en su pelo siempre había restos de la sangre de matar. Su hijo, sin embargo, el que había tenido con el carnicero y que era mi amigo, aunque era muy feo, tenía el don de la simpatía y siempre iba muy aseado, con el pelo brillante y los zapatos limpios. Aquella mujer hacía los cálculos para las cuentas de la carnicería sin necesidad de papel y lápiz. Al principio su marido le preguntaba, estás segura, no te lo estarás inventando, y ella decía, compruébalo, y él lo comprobaba, pero pronto dejó de hacerlo y se fiaba y presumía orgulloso del talento de su mujer para las matemáticas.

La carnicería era un lugar especial, porque tenía las paredes alicatadas con cerámica de Puente del Arzobispo, que era el pueblo manchego del carnicero. En aquellos azulejos había ciervos, mariposas, pájaros y cipreses dibujados en colores verdes y marrones, también azules, y todo rodeado de cenefas floreadas. También había una foto del río Tajo y un escaño para sentarse a esperar, todo de cerámica. Por encima de la puerta había dibujado un escrito. PAZ A LOS QUE LLEGAN, SALUD A LOS QUE HABITAN Y FELICIDAD A LOS QUE MARCHAN. La gente que venía de fuera entraba a la carnicería para conocer la cerámica manchega.

Había un hombre de la acera de enfrente.

Le pregunté a mi padre qué significaba ser de la acera de enfrente. Se quedó pensativo y al fin me explicó, son hombres que caminan en otra dirección. Los más brutos y desalmados le llamaban maricón. Había quien le llamaba gorrión, porque caminaba a pasitos cortos y dando pequeños saltos y a veces movía la cabeza ligeramente para sacudirse las plumas, como hacían los gorriones que bajaban a beber a los pilones. Pocas veces perdía los nervios, porque era de naturaleza apacible, pero cuando se encorajinaba se le atiplaba la voz y se le quedaban las manos suspendidas

en el aire. Trabajaba para el Ayuntamiento leyendo por los pueblos los contadores del agua. Aquel hombre, en un pueblo donde no existían las aceras, era para nosotros, simplemente, de la acera de enfrente. Tenía muy buen corazón. Era generoso y educado, nunca respondía a los insultos y no se metía con nadie. Tenía un escarabajo amarillo, que era un coche alemán que llamaba la atención, con los asientos de cuero y un ambientador que olía al jabón de lavarse las manos. A veces nos subíamos con él para que nos diera una vuelta corta. No tenía edad, porque parecía joven y mayor al mismo tiempo. Su madre decía de él en la carnicería que era indeciso y con buenos sentimientos. Me salió presumido y algo poeta, le decía al carnicero, y tiene muy buena mano para la cocina, tendrías que ver cómo prepara la gallina en pepitoria, y me coloca los armarios de la ropa que da gusto mirarlos. La mujer del carnicero comentaba, mejor eso a que te hubiera salido putero y sin corazón.

Los hombres de la acera de enfrente tenían que esconder sus sentimientos, porque podían terminar encarcelados por la autoridad. Ser de la acera de enfrente estaba prohibido.

En aquel tiempo había muchas cosas que estaban prohibidas.

Los carnavales también estaban prohibidos, pero menos, porque nos poníamos caretas y nos vestíamos de brujas o de mendigos zarrapastrosos y nos colgábamos del cuello esquilas y cencerros. Luego, al día siguiente, el cura en la iglesia nos recordaba que veníamos del polvo y que en polvo nos íbamos a convertir y nos embadurnaba la frente con ceniza.

El hombre de la acera de enfrente se disfrazó una vez de Marilyn Monroe, una actriz desgraciada y hermosa que acababa de quitarse la vida y a la que conocían en el pueblo por las películas *Niágara*, *Río sin retorno* y *Con faldas y a lo loco*. Al molinero lector le gustaba mucho Marilyn, decía de ella que era la mujer más mujer de la tierra, y le regaló al dueño del chigre los programas de las tres películas que se habían proyectado en el cine del pueblo para que los colgara de la pared. El fotograma de *Río sin retorno* era el que más gustaba, porque la actriz mostraba casi sin ropa su cuerpo glorioso y sus piernas largas y nos miraba con una picardía triste a la vez que tocaba la guitarra. Con un vestido breve muy parecido al de la actriz, medias de cristal y una peluca rubia se disfrazó aquel carnaval inolvidable el hombre que caminaba como un gorrión, y estaba tan idéntico a la californiana y despertó tanta admiración que todos lo felicitaron y lo aplaudieron y ya nunca más le llamaron maricón, ni

gorrión, ni se refirieron a él como de la acera de enfrente. Desde aquel día tomó el nombre de aquella mujer que, según el molinero, había sido a la vez la más alegre y la más triste de la tierra.

Había algunos niños huérfanos. Eran lánguidos y llevaban un tirante suelto y les colgaban de la nariz unos mocos verdes y espesos. Las madres de los huérfanos se habían muerto de cáncer o de tuberculosis y los padres en la mina. Los huérfanos nos daban pena y nunca nos reíamos de ellos, porque Dios nos podía castigar y convertirnos a nosotros también en huérfanos. El cura nos pedía que rezáramos por ellos. Solían llorar a menudo, pero sus lágrimas estaban justificadas. A los huérfanos de padre no hacía falta que los cuidara nadie, pero la orfandad los volvía muy pobres. A los huérfanos de madre los cuidaban las tías o las abuelas. Los que eran huérfanos del todo se iban al orfanato, que era un internado lleno de pena.

A veces ocurrían cosas que los niños no sabíamos explicar y de las que los mayores no querían hablar. Puede que algunas de esas cosas ya no las recordemos, porque ni siquiera fueron nombradas y quedaron arrinconadas en un lugar oscuro de la memoria.

A la hora de jugar nos juntábamos los niños que teníamos, más o menos, la misma edad.

Había un rubio que tenía unos pantalones toscos y azules como los que usaban los granjeros de *Bonanza*. Por eso se llamaban vaqueros, y también tejanos, aunque el rancho de *Bonanza* no estaba en Tejas, perdón, en Texas, sino en Nevada. El rubio tuvo los primeros vaqueros que hubo en el pueblo. Se los había enviado por correo desde Argentina un tío que andaba en la emigración y que ejercía de médico en un poblado minero de la cordillera de los Andes, que según el maestro gallego era la cordillera más larga del mundo.

Es hermoso recordar lo primero de lo primero, la primera vez que viste algo o cuando algo ocurrió por primera vez.

Al rubio lo respetábamos mucho, a pesar de ser el más flaco de todos nosotros, pero no sólo por los vaqueros, sino porque tenía mucho coraje y peleaba limpio. Para iniciar las peleas siempre ponía los puños como los boxeadores que salían en las revistas. Aquellos pantalones vaqueros

dieron mucho que hablar. Pedí unos a los Reyes Magos, pero no me hicieron caso y me trajeron un balón y una naranja. La naranja era muy dulce y el balón era de verdad, cosido a mano y de reglamento.

Recuerdo el día que vimos a un negro de verdad por primera vez. Habíamos visto al rey Baltasar, pero era un negro falso, un blanco embadurnado de betún, y habíamos visto a los negros de *Bonanza*, que trabajaban la tierra, y a los mineros cuando volvían de la mina con la cara pintada de carbón. Pero nunca habíamos visto a un negro de verdad hasta que una primavera llegó un fraile misionero a reclutar seminaristas para su congregación. Estuvo tres días en el pueblo y traía con él a un joven negro. Era un guineano español de una isla llamada Fernando Poo. Se sentaba con nosotros y nos contaba las historias de los esclavos negros que habían sido encadenados y llevados en los barcos para ser vendidos en los puertos como animales. Lo que más nos sorprendía era que hablara perfectamente el castellano, y eso nos asombraba casi tanto como el color de su piel. Nosotros lo escuchábamos en silencio y con atención, como si él fuera un recién llegado de otro mundo.

A los generales, a los musulmanes, a los poetas, a los chinos y a los indios los conocíamos por el cine. También a los negros, hasta que llegó el guineano. A los vaqueros no, porque conocíamos al hombre de las pistolas, que tenía espuelas y las uñas largas y negras y un bigote salvaje, y bebía whisky y pagaba en dólares.

Entre los niños de mi edad también estaba el hijo del guarda forestal, que era atrevido y descarado y no paraba de hablar. Su familia tenía una panadería, así que él también era el hijo de la panadera. Se inventaba las cosas para no dejar de hablar. Un día se tragó un chicle y comenzó a gritar aterrorizado, porque nos habían dicho que los chicles no se debían tragar porque podían pegársenos las tripas. Una vez el maestro gallego le reventó un oído de una bofetada y desde aquel día no volvió a la escuela oficial y sus padres lo mandaron a la escuela clandestina de mi padre.

El nieto del dueño de la mina del monte tenía los juguetes más modernos, coches que andaban con pilas, caballos de cartón con ruedas y escopetas que disparaban perdigones de verdad. Su abuelo tenía mucha influencia con los Reyes Magos y con todos los que mandaban en general. Una vez que no paraba de insultarme por la cicatriz que yo tenía en la cabeza en forma de herradura le tiré una madreña a la cara y se fue llorando y sangrando por una ceja. Pero él no era rencoroso y ni siquiera

hizo falta que le pidiera perdón. Celebró su primera comunión en la capilla del palacio y vestido de almirante. Los demás la hicimos en la iglesia parroquial, en el pueblo que estaba empinado cerca del monte y del cielo, y fuimos disfrazados de marineros. En nuestra comunión hubo chocolate con churros. En la suya hubo anchoas y gambas. Pero él nunca se daba importancia y nos dejaba los juguetes con pilas y nos regalaba cerezas confitadas y chicles que le traía su abuelo de la capital y que eran tan grandes que te dolía la mandíbula de masticar. Ahora pienso que el nieto del dueño de la mina tal vez no fuera vestido de almirante el día de la primera comunión. Puede que todo sea producto de mi imaginación, porque la memoria a veces tiembla y se deja ensuciar por los prejuicios. Mi padre decía que tener prejuicios era como tener fiebre sin estar enfermo o como hablar antes de tiempo y sin fundamento o como vender la piel del oso antes de haberlo cazado. Anoté la palabra *prejuicio* y su definición. A mi padre, como era maestro clandestino, se le daba bien explicar el sentido oculto de las palabras. Tal vez lo de las anchoas y las gambas también se incrustara en mi memoria en forma de prejuicio. Tal vez solo hubiera, en aquella comunión distinguida y exclusiva, cecina leonesa y queso manchego, que tampoco estaba mal. Los que éramos pobres tendíamos a exagerar cuando hablábamos de los ricos, unas veces por envidia o por mala voluntad y otras por pura necesidad. Vino a fotografiarnos, a los comulgantes, un retratista ambulante de manos pálidas y ojos apacibles que, además, por petición expresa de mi padre, nos explicó el proceso milagroso de la fotografía. No entendimos gran cosa, pero a mí me gustó la palabra *daguerrotipo* y la añadí a mi colección de palabras nuevas.

El hijo del sastre de los retales tenía mucha fuerza, tanta fuerza tenía que levantaba del suelo los carros de acarrear la hierba. Cuando hacía el esfuerzo la cara se le ponía tan inflada y tan roja que parecía un globo encarnado a punto de reventar. Tenía unos ojos espantados que nunca miraban a la vez. Era muy miedoso y un día de carnaval su madre lo vistió de diablo y cuando se miró en el espejo de la sastrería comenzó a gritar y a llorar aterrado por la visión de su propia imagen y tuvieron que quitarle ese disfraz y vestirlo de ayudante de sastre, que era prácticamente como no ir disfrazado de nada. Un día nos dijo, cuenta mi padre que el turista cuando era joven secuestró un avión. El niño rubio de los vaqueros le respondió, tu padre miente. No miente, respondió él todo ofendido.

Miente, insistió el rubio, porque tu padre es cojo y todos los cojos mienten. Se pelearon. Ellos dos siempre se peleaban. El hijo del sastre era muy fuerte, tanto que era capaz de levantar un carro, pero el niño de los pantalones vaqueros tenía mucha maña, así que ganaba todas las peleas.

Otro de mis amigos era el hijo del carnicero manchego y de la mujer cirigüeña, y era muy feo y arrastraba las erres. Era estrábico, porque miraba con los ojos torcidos, y tenía la nariz retorcida, la cabeza apepinada y las orejas despegadas. Era tan feo que su madre lo obligaba a llevar siempre puesto el pasamontañas. Tenía la cabeza en forma de monte y la cara aplastada como si al nacer se hubiera estampado contra las tablas del suelo. Pero era muy gracioso e imitaba muy bien los sonidos de todos los animales. Lo mismo imitaba el cacareo de las gallinas o el ulular de los búhos que el berreo de los corzos o el graznido de las pegas. A veces rebuznaba detrás de nosotros y nos asustábamos, porque creíamos que nos venía encima el burro del turista, así que tanto nos reíamos con él que se nos olvidaba su fealdad. Su madre lo llamaba bribón, mi padre bufón, y el cura diablo.

La palabra *bufón* pasó a engrosar la lista de mi libreta.

Había un niño que coleccionaba huevos de pájaros. Los tenía en el pajar, guardados en cajas de zapatos mullidas con hierba seca. Había huevos de lavandera, gorrión, cárabo, tórtola, torcecuello, vencejo, golondrina, avión, alondra, mirlo, petirrojo, malvís, tarabilla, jilguero, cuervo, escribano, arrendajo y treinta y cinco especies más. De cada pájaro tenía varios huevos y algunos con el nido original. Su objetivo era llegar a las cien especies, aunque el hijo del guarda forestal y de la panadera aseguraba que en nuestro pueblo no había tantas especies. Se lo había preguntado a su padre y nadie entendía más de pájaros que su padre, porque era guarda forestal. Así que tendrás que ir a buscar huevos al extranjero, le dijo. El extranjero estaba por detrás de los montes. Llevaba meses intentando amaestrar a un cuervo. Como a los cuervos les atraía especialmente lo brillante, quería adiestrar al suyo para que entrara en los dormitorios de las mujeres ricas a robarles las sortijas y los pendientes. Además de coleccionar huevos, le gustaba recoger todo lo que encontraba, clavos, botones, bisagras, tornillos o trozos de alambre. Su padre tenía un almacén de vinos. Su madre quería que emigraran a Bélgica, pero el vinatero se resistía. Mi amigo tampoco quería irse del

pueblo a un lugar tan desconocido en el que seguro que no habría pájaros ni huevos para coleccionar.

Había un niño que tenía la piel oscura, porque había venido de Castilla y allí hacía mucho sol. Era muy torpe y lo rompía todo y se le caían las cosas y tropezaba con todas las piedras. Tenía el dedo meñique de la mano derecha encogido para siempre por un cortocircuito que lo sorprendió al encender la luz con la pera de baquelita de su dormitorio.

Había un huérfano de padre al que le consentíamos todo.

Al niño de los labios morados le habían abierto el pecho en Nueva York para arreglarle el corazón. Hecho el arreglo, por un pariente suyo que era cirujano famoso y presbiteriano de religión, lo volvieron a coser y nos enseñaba orgulloso una enorme y rojiza cicatriz en forma de cruz. Le preguntábamos cosas de Nueva York, que era una ciudad de rascacielos gigantes que conocíamos por una película de Tarzán. De allí se trajo un artilugio mágico que tenía una luz de linterna y una manivela de molinillo y que proyectaba imágenes de colores sobre las paredes blancas, imágenes de América, cataratas inmensas, selvas interminables, animales sin nombre, montañas rocosas, puentes imposibles colgados del cielo y una ciudad, Nueva York, donde los edificios se amontonaban como árboles en un bosque y se alzaban sin reparo hasta las nubes. Mi padre dejó que lo llevara a su escuela y a cada una de las imágenes proyectadas añadía él una historia fascinante de indios acorralados y pioneros intrépidos.

Mi padre era único contando historias. Cuando contaba historias, inventadas o verdaderas, se le notaba mucho que había conseguido treinta y dos matrículas de honor. Un día, sin que se enterara mi padre, les enseñé a mis amigos los diplomas. Según los iba desenrollando, el hijo del guarda forestal iba leyendo las materias, y todos expresaban su admiración. El hijo del sastre comentó, también mi padre tiene un diploma que le dieron en Barcelona, y el rubio de los vaqueros le dijo, anda, cállate, qué tendrá eso que ver.

El niño enfermo no podía correr como nosotros, porque se le aceleraba la respiración y se le ponían los labios morados. Cuando jugábamos al fútbol él ejercía de árbitro. Tenía un silbato de hojalata atado a una cuerda que le colgaba del cuello. Como tenía los labios hinchados y la respiración trastornada, a veces tocaba el silbato sin querer y nosotros deteníamos el juego y lo mirábamos expectantes y él decía, falta, eso decía, falta, y nosotros preguntábamos, falta de quién, y él se quedaba pensativo y

sentenciaba, bote neutral. Tenía el rostro pálido y las piernas como palillos y nos daba tanta lástima lo que le había pasado que se lo consentíamos todo, igual que si fuera huérfano. Cuando nos subíamos a los cerezos él se quedaba sentado junto al tronco y le lanzábamos ramas abarrotadas de cerezas que él comía a pequeños mordiscos, como hacían los gorriones, porque tenía prohibido atragantarse. Asistía a la escuela clandestina de mi padre y nos aventajaba a todos en los estudios. Apenas parecía esforzarse y, sin embargo, lo entendía todo en la primera explicación y se adueñaba al instante de las parcelas de un mundo que a nosotros nos resultaba lejano. Es tan listo por haber estado en Nueva York, decía el hijo del sastre, y el niño rubio le replicaba, anda ya, ni lo sueñes, es porque le metieron sangre de primera categoría en el corazón.

Había un niño que no nos parecía un niño, porque no participaba en ningún juego, ni tan siquiera jugaba solo, pero tampoco era mayor, porque ni hablaba ni caminaba, sólo babeaba sentado en una silla de ruedas grandes y se retorcía los dedos de las manos como si fueran de goma. Mi madre decía que era un niño sin infancia, y se santiguaba al decirlo. Su madre, cuando hacía sol, lo dejaba cerca de nosotros, y lo mirábamos de lejos, como si temiéramos comprometerlo, y tenía la mirada más dulce y amorosa que pudiera existir, y su madre le dedicaba caricias largas y besos de restallar, y él se lo agradecía emitiendo chillidos de alborozo y colocando los brazos en posturas inconcebibles.

El hijo del dueño del chigre de la bolera no era el jefe, pero quería serlo. Era muy ingenioso y decía que de mayor quería ser cantante, aunque hasta que no le cambiara la voz no podía saberse si tenía cualidades, según decía mi padre, pero en todo caso era su intención dedicarse al espectáculo en general. Se construyó una batería con latas de aceite y potas viejas que sonaba una barbaridad. Los platillos eran de verdad, porque se los había comprado su padre a un chatarrero ambulante. El micrófono era de aparentar y lo había fabricado con un cordel y una botella de refresco envuelta en una tela negra de terciopelo. Solía ensayar canciones extranjeras. Él no sabía inglés, pero pensaba estudiarlo, porque era imprescindible para ser cantante moderno. La canción que más le gustaba cantar era una que decía, *que se mueran los feos, que no quede ninguno*. Esa no era en inglés y cuando la cantaba siempre miraba al hijo del carnicero y le guiñaba un ojo y le decía, no lo digo por ti. Como en el chigre se vendía tabaco le robaba a su padre

cajetillas de rubio y de negro. Los cigarrillos de rubio eran para él y para los amigos más íntimos. El tabaco negro lo utilizaba para los chantajes y para los intercambios. Yo no quería fumar, porque mi padre no fumaba y enseguida me iban a descubrir por el olor. Me llamaban cobarde y me echaban el humo a la cara, pero a mí me daba lo mismo.

Y estaba también el niño culpable.

Tenía pecas en la cara y el pelo como un cepillo de alambre. A él le cargaban siempre los mayores todas las culpas. Era el responsable de lo que pasaba y de lo que no pasaba. Según el cura, tenía un especial talento para el pecado. Lo más gordo que había hecho el culpable había sido saltar un domingo por una ventana de la escuela y hacer de cuerpo sobre la mesa del maestro que, cuando llegó el lunes, se encontró con la plasta empicotada y rodeada de moscas azules. El gallego emitió un grito de desesperación e incredulidad, se ladeó contra el encerado, se deslizó lentamente por la pared y quedó en el suelo desmayado. Aquel día se suspendió la clase y vino la Guardia Civil a tomarnos declaración. Como nadie confesó, las sospechas se dirigieron hacia el culpable, pero nada le hicieron, porque no pudieron demostrar su culpabilidad. Lo más gordo que no había hecho el culpable había sido robar en la iglesia parroquial. Faltaron un cáliz de plata, las botellas de vino dulce y los paquetes de hostias sin consagrar. El ladrón había dejado una nota que decía, que se jodan los curas párrocos y todos los amigos de Dios y de la Virgen y de los Santos del mundo celestial. El cura quiso culparlo a él, pero mi padre lo defendió, porque era imposible que él hubiera escrito esa nota sin faltas de ortografía. No era su letra y ni siquiera faltaba el acento en la palabra *párrocos*. El padre del niño culpable era extremeño. Llegó de soltero y se casó con una hermana de la mujer del carnicero, así que el feo y el culpable eran primos, pero no se parecían en nada. El culpable cogía las ortigas con las manos sin inmutarse, como si tuviera poderes. A los demás, con un simple roce, nos entraban los picores de la urticaria y teníamos que untarnos con barro la piel enrojecida. También servía la boñiga fresca, pero daba mucho asco. El hijo del sastre decía que de poderes nada, que lo que hacía el culpable era aguantar la respiración mientras apretaba las ortigas. Pues anda, hazlo tú si te atreves, le proponía el niño enfermo del corazón, y el hijo del sastre se hacía el desentendido y decía, de momento no me da la gana, igual cuando me dé la gana lo hago.

En todos los juegos siempre había cabecillas que te amenazaban si no los obedecías. El niño culpable solía ser el jefe y llevaba una navaja en el bolsillo que afilaba continuamente en las piedras de los muros. Decía que la llevaba para luchar contra los bandidos que vivían escondidos en los bosques. El hijo del guarda forestal decía que en nuestro pueblo no había bosques, que había matas, y el culpable se reía y le decía, y qué es un bosque sino una mata con fantasmas y bandidos. El hijo del dueño del chigre le daba cerillas y cigarrillos rubios al culpable para que lo nombrara su ayudante. El forzudo hijo del sastre también aspiraba al puesto y levantaba piedras gigantes delante del culpable para despertar su admiración. El niño que tenía los pantalones vaqueros, un día se quedó en calzoncillos y le dijo al culpable que le dejaba probar los pantalones. Lo intentó, pero no le entraban. Todos querían complacer al culpable. El culpable me preguntó si yo quería ser su ayudante, y moví los hombros arriba y abajo y le dije que me daba igual, y entonces me nombró su ayudante, cargo que no suponía disfrutar de privilegios ni realizar más esfuerzos y que consistía únicamente en ir al lado del jefe a la hora de las actividades prohibidas. Un día que volvíamos de robar las peras del palacio le dije que renunciaba, y me fui a jugar con mi tren de latas de sardinas. Me insultó y me llamó por el mote ofensivo que me habían adjudicado por la cicatriz que tenía en la cabeza en forma de herradura, y también me llamó cobarde, pero no me importó. No me compensaba nada tener un jefe.

El niño culpable discurría las travesuras a mucha velocidad.

A los gemelos, salvo su madre, nadie era capaz de distinguirlos. Su madre los miraba fijo a los ojos y así los diferenciaba. Según ella, uno tenía risa en los ojos, como el brillo de la arrogancia, y el otro la sombra de la resignación, porque había nacido veinte minutos después. Pero eran argucias de madre que no se podían demostrar y que no le servían a nadie más que a ella. Por eso el niño culpable nos anunció que había tomado una determinación. Cogimos a uno de los gemelos, no sabíamos si el del brillo o el de la sombra, y le colocamos una oreja en el picadero de la leña. El culpable tomó el martillo y le hundió un clavo en la oreja de la que, misteriosamente, no brotó sangre, y aquel agujero sirvió desde entonces para distinguirlos, así que los gemelos ya no fueron una sola persona, sino dos personas distintas. El revuelo que organizó la madre fue tan grande que hasta vino la Guardia Civil y, cuando el culpable les explicó a los

guardias el motivo del accidente, uno de ellos no pudo contener la risa, y la madre enloqueció y se abalanzó sobre el guardia que se había reído para pegarle. Por aquella aventura criminal supimos que el agujereado había sido el de la risa en los ojos y que a raíz del incidente se le aflojó el orgullo y, según su madre, se le modificó el carácter.

El padre de los gemelos había muerto de un cólico miserere, que era una enfermedad muy triste y muy asquerosa, porque a los enfermos se les cerraban los intestinos y acababan defecando por la boca. Su muerte, sin embargo, fue bien celebrada tanto por su mujer como por sus cinco hijos, pues al fin tuvieron paz en la familia, porque él arrastraba borracheras diarias con vómitos abundantes y violencias insufribles. Cuando el enterrador metió la caja en la fosa la mujer le gritó, mierda fuiste toda la vida y la mierda te acabó matando. La mujer era una guapa triste y pasó a ser una guapa lucida y agradecida. A pesar de las borracheras, el hombre había sido un picador de primera que fundía los destajos, así que a la viuda le quedó una paga decente. Dos de los hijos se fueron a estudiar al orfanato, y una hija y los gemelos se quedaron con ella. La niña era tan guapa como la madre, tenía dos trenzas que le llegaban a la cintura y siempre olía muy bien.

El más gracioso de todos los niños, sin contar al hijo del carnicero, era el hijo de los amontonados. Sus padres no estaban casados, porque su padre había tenido otra mujer que aún vivía. El divorcio estaba prohibido, así que ellos, los padres del gracioso, según el cura, vivían en pecado, pero no se notaba que esa fuera una forma diferente de vivir. El gracioso hacía piruetas y saltaba de un árbol a otro y siempre estaba gastando bromas. El cura no quería que hiciera la primera comunión, porque era hijo de pecadores empedernidos, así lo decía el cura, pecadores que persistían en su infracción. Al final, mi padre, como ocurría siempre, consiguió convencer al cura. Mi padre y el cura eran amigos, aunque no se llevaban muy bien, y se trataban de tú al haber coincidido en el seminario. Así que el niño gracioso hizo la primera comunión con los demás y, como no podía estarse quieto, en una de sus piruetas desbarató el tablero donde humeaban alineadas las tazas del chocolate y nos puso perdidos los trajes de marineros.

Jugábamos a lo que queríamos ser de mayores, y unos querían ser mineros y otros obreros de la fábrica, y el hijo del sastre quería ser sastre y el hijo del carnicero aspiraba a ser carnicero, y el hijo del dueño del chigre tenía muy claro que sería cantante, y el que coleccionaba huevos sería guarda forestal, y el hijo del guarda forestal y de la panadera quería ser médico de hospital, y el nieto del dueño de la mina nos confesó que quería ser alcalde o gobernador, y el niño rubio de los vaqueros dijo que quería ser viajante, y yo no sabía lo que quería ser, así que me inventé la vocación de capitán de barco, y el culpable dijo que él no quería ser nada, que él no quería trabajar, si acaso sería rico para no trabajar, porque el trabajo lo habían inventado los ricos, pero lo habían inventado para los pobres.

El culpable no sólo tenía ocurrencias de hacer, a veces tenía ocurrencias de pensar. Le dije que el trabajo lo había inventado Dios en el Paraíso para castigar a Adán y a Eva, y él me replicó que Dios era el jefe de los ricos, y siguió hablando de los ricos. Son muy felices, nos explicó, porque no trabajan, y en eso se parecen a nosotros, a los niños, y tienen juguetes como nosotros y viajan sin parar. Pues nosotros no viajamos, le dijo el niño que era muy feo, el que quería ser carnicero, y él le respondió, bueno, en lo de viajar no se parecen a nosotros. Y quién te dijo a ti todo eso, le preguntó el futuro cantante, y él compuso la mueca de los detectives y nos dijo, aquí donde me veis yo tengo mis contactos.

El culpable no llegó nunca a ser rico, pero estuvo a punto de lograrlo, porque fue picador de carbón a destajo. Con alguno de aquellos salarios desorbitados hubiera podido comprarse un piso cerca del mar, un piso por cada uno de aquellos *libramientos* abultados por tantas horas de trabajo y tanto carbón extraído, pero él prefirió gastárselo todo en ocurrencias extravagantes que tenían que ver con el despilfarro y la diversión y que respondían a su vieja ilusión de la riqueza, así que fue rico algunos días de algunos meses de los dorados años del destajo, y encendía los puros con los billetes verdes de mil pesetas, y alquilaba taxis para que le llevaran la gabardina, él en un taxi y en otro taxi la gabardina, y cerraba discotecas para él y para sus amigos, y contrataba mujeres de alquiler por docenas para que le acariciaran la cabeza y el cuerpo mientras bebía a morro el coñac de solera más caro del mundo. Te vas a destrozar el hígado, le repetían algunos, y él siempre contestaba, pues me compro un hígado nuevo. Las ocurrencias del culpable habrían de ser todas extraordinarias. Murió joven. Una noche de tormenta que volvía a casa

borracho tropezó y cayó y apareció al día siguiente duro y quieto sobre la nieve. Fue una de las muchas víctimas del despilfarro.

Los únicos que acertaron con las profesiones pronosticadas fueron aquellos que se imaginaron trabajando en las minas. Me pregunto qué habrá hecho el hijo del dueño del chigre con su sueño de cantar en grandes escenarios, y dónde iría a parar la colección de huevos del niño que quería ser guarda forestal. El niño rubio que quería ser viajante nunca prescindió de los pantalones vaqueros y con ellos entró a trabajar en la mina. Después de aquellos que le había enviado su tío médico desde Argentina tuvo otros, y luego otros, porque ya se podían comprar en las tiendas de ropa. También él murió joven, pero no lo mató la mina, sino la heroína. En poco tiempo desarrolló un talento especial para destruirse.

No siempre ocurrió lo que parecía más probable y algunas cosas que se nos antojaban increíbles se hicieron realidad.

Pero esto ocurriría muchos años después.

De momento, en aquellos juegos que hacíamos sobre lo que queríamos ser de mayores, el niño culpable sólo hablaba de ser rico y de no tener una profesión. Así que algunos de aquellos amigos ya habían tomado la determinación de ser algo, millonario, cantante, sastre, carnicero, alcalde, guarda forestal o minero, y yo sólo sabía que no quería ser minero ni titiritero, tampoco viajante de comercio o buhonero, porque me entraba la cobardía al imaginarme recorriendo los pueblos y presentándome a la gente, y había dicho lo de capitán de barco sin pensar, para salir del paso. Ni siquiera conocía el mar ni había visto un barco de verdad.

El niño feo rectificó y dijo que, pensándolo bien, él no quería ser carnicero, sino soldado. El que iba para alcalde le preguntó, para qué quieres ser soldado si ahora no hay ninguna guerra, y él aclaró, quiero ser soldado sin guerras, y le preguntamos por qué, y nos explicó que le gustaban mucho los uniformes. El que coleccionaba huevos dijo, pues si se puede cambiar entonces quiero ser ingeniero de los bosques. Y como se podía cambiar me acordé del hombre que tocaba el violín y dije que cambiaba capitán de barco por violinista. El niño gracioso, cuyos padres vivían en pecado, nos propuso que nos convirtiéramos todos en ladrones, al menos por un rato, y aceptamos y nos fuimos a robar peras al huerto del palacio. Las peras eran de agua y al morderlas se te llenaba la cara de almíbar y de felicidad. Y yo qué, preguntó el niño enfermo del corazón, y todos lo miramos sorprendidos, tal vez porque en el fondo no

imaginábamos que él pudiera llegar algún día a ser mayor. Le dije, dinos qué quieres ser tú cuando seas grande, y él confesó, volver a Nueva York a vivir con el tío cirujano que me salvó la vida, eso es lo que quiero, volver a Nueva York, y le insistí, pero qué quieres ser en Nueva York, y él aclaró, estudiante, eso quiero ser, estudiante de todas las medicinas en la ciudad más importante del mundo.

El niño enfermo no pudo ser cirujano en Nueva York, pero trabajó un tiempo de conserje en un colegio, se casó y tuvo una hija a la que no llegó a conocer. Su corazón se paró antes de cumplir los treinta años.

El hijo del guarda forestal y la panadera no llegó a ser médico, pero sí podólogo, que era como ser cirujano de los pies.

No quiero escribir los nombres de aquellos compañeros de la infancia. No debo escribir el nombre de nadie. Recordar sin nombres es atender a los rostros, a la piel desnuda, como una mayor consideración de aquella intemperie en medio de la cual crecíamos. Yo era el de la cicatriz en la cabeza en forma de herradura, y más tarde, además, el de los cuatro ojos. Nos poníamos etiquetas unos a otros sin ser conscientes de que lo hacíamos, como si para relacionarnos necesitáramos señales que fueran más allá de los nombres, luces para un camino que hacíamos juntos, un camino que no habíamos elegido, como tampoco habíamos elegido el nombre, y no estaba de más el nombre, pero necesitábamos un envoltorio, algo más físico que nos sirviera de sujeción.

No sé cuál de aquellos compañeros de la infancia fue mi amigo más importante. Tal vez ninguno más que otro. Serían muchos los años que habría de pasar en el internado y las relaciones con aquellos primeros amigos necesariamente se deterioraron y fueron sustituidas por otras. Puede que el hijo del carnicero o el niño enfermo del corazón estuvieran más cerca de mí. Con quien más enfrentamientos tenía, sin que eso significara nada especial, era con el nieto del dueño de la mina. Un día, para molestarme, me dijo que mi padre estaba loco. Todo el mundo lo sabe, me gritó, tu padre está pasado de la cabeza. Yo estaba enganchando con alambre unas latas de sardinas para ampliar el número de los vagones del tren y le arrojé el martillo que tenía en la mano a la cabeza. Se fue sangrando y llorando. La vista de la sangre arroyándole por la frente me provocó congoja y me descompuso el vientre. Su madre vino a ver a mis padres para pedirles explicaciones y hubo una fuerte discusión. Mi padre me castigó sin salir a jugar durante una semana, pero a él nunca le confesé

el motivo de aquella agresión. A mi madre sí le conté lo que había pasado cuando fue a darme el beso de todas las noches. Pudiste haberlo matado, me dijo. Era cierto y lloré por ello, y le dije entre suspiros que sólo quería que me dejara en paz y que no volviera a decir que mi padre estaba loco. Me acarició y le pregunté si ella pensaba que mi padre estaba loco. Sonrió y me respondió, claro que no, sólo es un hombre que piensa mucho y que piensa diferente. Y que consiguió treinta y dos matrículas de honor, añadí, y ella me colocó el embozo, me besó en la frente y apagó la luz.

Las niñas iban a otra escuela y jugaban a otras cosas. Saltaban a la comba o jugaban al cascajo y cantaban canciones de capitanes que volvían de la guerra para enamorarse o de conejos que hacían reverencias. Tenían otras preocupaciones y no nos juntábamos con ellas. No las entendíamos y se reían de nosotros desde lejos. Siempre iban apiñadas, cogidas del brazo o de la mano, y cuando nos veían se hacían las desentendidas.

Había una niña que siempre olía bien, a colonia, a rosas mojadas o a hierba recién cortada. Siempre olía bien. Podía oler incluso al viento caliente de las castañas o a la sopa de los domingos, pero siempre bien. Era hija de la mujer guapa que se había quedado viuda y hermana de los gemelos. Tenía dos coletas largas, la cara sonrosada y las pantorrillas fuertes de subir corriendo las cuestas. Su casa estaba en lo más alto del pueblo. Mi amigo el gemelo risueño, el del agujero en la oreja, me reveló un día que a su hermana yo le gustaba mucho, y le pregunté sorprendido, cómo que le gusto, y él afirmó, sí, le gustas y dice que cuando seáis mayores se casará contigo. Desde entonces procuraba evitarla, porque me daba mucha vergüenza, pero cuando por distracción la miraba siempre la sorprendía fijándose en mí.

Como dije, el cura y mi padre eran amigos, pero no se llevaban bien. Hablaban mucho, pero discutían a menudo y se levantaban la voz. Parecía existir un duelo callado entre ellos, una equivocada complicidad que no generaba alivio sino tensión, una rivalidad encubierta que ninguno de los dos hubiera sabido explicar. El cura se reía con estridencia y se sonaba con estruendo y desconsideración. Era un cura ruidoso.

Repasaba yo en el corredor un cuento ilustrado que hablaba de duendes y de poetas. Ellos conversaban sentados en el banco de la

higuera. Tú por qué te hiciste cura, le preguntó mi padre, y él contestó, pues no lo recuerdo, tampoco tú te acordarás. Yo no soy cura, repuso mi padre, entré en el seminario y sé bien por qué lo hice, en casa había escasez y en la mesa hubo un plato menos para llenar, pero eso fue diferente, tú tendrás que saber por qué te hiciste sacerdote. Él guardó un silencio de pensar y luego confesó, en realidad no lo sé. Y después el cura le preguntó a mi padre, y por qué tú diste un paso atrás, y mi padre se puso serio y respondió, fuerzas adversas, eso dijo, fuerzas adversas, y aquellas palabras de mi padre me parecieron sacadas del cuento que yo estaba leyendo. Éste es un trabajo ingrato, le dijo el cura a mi padre, y añadió, en el fondo tú hiciste bien. Mi padre aclaró, nunca entendí el sacerdocio como un trabajo. Yo me entiendo, replicó el cura. Hablaron de quienes no creían en Dios y de las supersticiones y de las blasfemias. El cura se mostraba desanimado, como un agricultor que anduviera sembrando en vano, y mi padre habló de la mina, de jugarse la vida todos los días, y le dijo al cura, trabajan en el infierno, así que si pretendes combatir el pecado con amenazas estarás predicando en el desierto, y no te olvides de que este pueblo no tiene iglesia. Lo sé, comentó el cura, y de eso tenemos que hablar. Tenía el cura la costumbre de juntar las manos en gesto rendido y con los dedos corazón aplastando ligeramente los labios, entrecerrando a la vez los ojos e inclinando la cabeza en una señal muy evidente de hipocresía y falsa humildad, al menos así lo entendía mi padre. Al cura no le gustaban los vericuetos retóricos y siempre repetía, al pan, pan, y al vino, vino. O levantamos un templo, sentenció el cura, o este pueblo se nos va de las manos. A mí no me mires, dijo mi padre, y el cura lo señaló con el dedo y le advirtió, tú posees unos estudios y unos conocimientos de los que carecen los demás y por eso tienes una responsabilidad.

Lo que menos le gustaba a mi padre del cura era su atrevimiento. Entraba en las cocinas sin llamar, con una alegría perversa y las orejas tiesas como los gatos, y levantaba las tapas de las cacerolas que hervían sobre las chapas y olfateaba los guisos para elegir en qué casa se invitaría a sí mismo a comer. Mi padre le decía, no está bien eso que haces, y él se reía y sentenciaba, tener un cura sentado a la mesa les genera mucha confianza. La gente te critica, le advertía mi padre, y él se encogía de hombros y comentaba, tengo la carne flaca y frágil la voluntad, y el chorizo cocido me pierde. Levantaba el chorizo pinchado en el tenedor a

la altura de los ojos para mirarlo con igual misticismo e idéntica adoración con que contemplaba la hostia en el momento de la consagración. Vivía con una tía carnal que era viuda dos veces y no había tenido hijos. El primer marido se había ahogado con un hueso de conejo y el segundo sufrió un cólico mortal en plena luna de miel. Desde la ordenación de su sobrino lo seguía de parroquia en parroquia para servirlo.

Un edificio en ruinas que había sido cuartel en los años de la represión y de la guerra fue el elegido como casa de Dios. Se hicieron colectas, se recurrió al obispado y el falangista habló con los gobernadores civil y militar. Se negoció con el consistorio y mi padre propuso organizar una obra de teatro. Estás loco, le dijo el cura, aquí no hay más que bárbaros y tú estás pensando en que se suban a un escenario. Eso déjalo de mi cuenta, le dijo mi padre. Eligió una obra de los frailes salesianos que hablaba de los molinos subterráneos y clandestinos que había en la Roma del emperador Teodosio. Mi padre adaptó la obra y en ella participó, de una u otra manera, todo el pueblo. Los actores serían sólo varones y las mujeres se ocuparían de los vestuarios. Se representó en muchos pueblos y en algunos hubo varias representaciones. Los actores se ponían muy nerviosos antes de cada representación y había que darles píldoras de fósforo y tazones de tila. La recaudación no fue toda para el templo nuevo, pues en ese momento los mineros secundaban una huelga larga y dificultosa y se decidió repartir parte de la recaudación entre las familias más necesitadas de los huelguistas del pueblo. Los ensayos fueron duros y mi padre sudaba copiosamente y hasta llegó a perder peso en aquellos meses de preparación. Repartió papeles para todos cuantos quisieron actuar, así que, además de los personajes principales, hubo un pequeño ejército de soldados que vigilaban o patrullaban, y grupos de esclavos que trabajaban en los molinos o agonizaban por las esquinas y hombres que paseaban con sus túnicas y togas por las calles de Roma. Mi padre se reservó el papel de un tirano y soberbio sacerdote de Júpiter. Los decorados estuvieron a cargo del hombre que tallaba la madera, que también sabía dibujar. Compuso tres grandes decorados, uno para cada acto, una calle de Roma con sus templetes y sus jardines, una mazmorra con rejas y la sala de un palacio imperial.

Aquella huelga fue larga y en ella hubo hambre y mineros deportados y represaliados. Algunos obreros flaquearon y quisieron volver a las minas, y aparecieron los esquiroles, pero las mujeres se pusieron al frente de los

piquetes y crearon canales de distribución de alimentos para que la huelga pudiera continuar. Los hombres andaban pesarosos y cabizbajos y aprovecharon para limpiar los tejados o reparar los gallineros. Las mujeres se santiguaban a menudo y cocinaban con nervios.

El falangista hablaba con un viajante de telas junto a la fuente. Hay mucho bolchevique propagandista, le decía. El sastre lo escuchó y fue hacia él con furia y lo doblegó sobre el pilón y le gritó, lo que hay son obreros que se juegan la vida por un salario de mierda para enriquecer a hijos de puta como tú, eso es lo que hay. El viajante y el molinero separaron al sastre que ya tenía la cabeza del falangista hundida en el agua del pilón. Fue una sorpresa para todos que el sastre actuara, sin haber bebido, con aquella violencia. Esto no va a quedar así, gritó el falangista, pero así quedó, porque su mujer lo amenazó una vez más y lo llamó filisteo sin conciencia y él tuvo que claudicar.

El sastre aseguraba que tanto los policías como los guardias civiles poseían informes detallados de cada ciudadano, de su pasado, de su comportamiento y de su carácter, y que al final de cada informe había escrita en rojo alguna palabra definitiva, como violento, leal, deslenguado, ateo, sumiso, peligroso o indefenso, y que en los informes de la gente del pueblo el falangista tenía mucho que ver. Y en tu informe qué pone, le preguntó el tendero al sastre, y éste le respondió, cómo lo voy a saber, a buen seguro que ni en el mío ni en el tuyo ha de poner nada bueno.

Al fin tuvimos iglesia.

La nueva casa de Dios no tenía atrio ni torre ni campanario, y seguíamos sin cementerio para enterrar a los muertos.

El dueño del chigre en el que se instaló el primer teléfono público había sido taxista en Madrid durante, al menos, cuarenta años. Ejerció la profesión desde antes de la guerra, incluso desde antes de la República. Su primer taxi funcionaba con gasógeno. A él le gustaba contar que había llevado en su coche a personajes célebres. Nos contó que una vez se había subido en su taxi la actriz americana Ava Gardner, que había venido a España a buscar toreros. Nos contó lo de Ava Gardner porque habían proyectado en el cine del pueblo la película *Mogambo*, que trataba de los celos entre mujeres y de la caza de animales salvajes. Fue la mujer más

guapa que subió a mi taxi, repetía con orgullo. También aseguraba que se había subido a su coche, y en varias ocasiones, el Marqués de Estella, antes de que tuviera el cargo de Dictador. Don Miguel era un hombre campechano y conversador, explicaba él dándose importancia. El taxista hablaba con serena confianza de ministros y de actrices y de banqueros y de toreros. Había transportado a tanta gente famosa de un sitio a otro de la ciudad durante tantos años que había logrado amasar una respetable fortuna. El viejo taxista era muy sincero contando mentiras. Ninguno de sus tres hijos había querido estudiar. Una hija, a la que nunca nombraba, vivía en París y trabajaba como bailarina en un cabaret que se llamaba Molino Rojo, así que si alguno de los compañeros de tute quería cabrearlo sólo tenía que preguntarle por su hija la molinera. Los dos hijos y sus respectivas mujeres llevaban el chigre, que daba comidas, y la sala de baile, que también se llamaba sala de fiestas. Ellos, además, trabajaban en la mina, uno como entibador y el otro lavando carbón con mi padre. Sus mujeres preparaban muy bien los gorriones fritos y las truchas en escabeche. El viejo taxista, cuando no había partida de cartas, se sentaba en un rincón del chigre, junto a la estufa, con su vaso de vino blanco, azucarado y caliente, y contaba las historias de sus fabulosas carreras. El sastre cojo, que era un hombre descreído, un día que el taxista jubilado contaba la carrera que había hecho hasta Toledo con una jovencísima Fabiola, que luego habría de ser reina de Bélgica, le dijo, eh, alto ahí, taxista de los cojones, ya está bien de cuentos chinos, te crees que somos imbéciles, yo creo que tú te inventas lo de los viajeros ilustres para darte importancia. El viejo taxista se levantó muy ofendido y le exigió, retira lo que has dicho, cojo de mierda, o te expulso del chigre. No tengo nada que retirar, dijo el sastre. Los hijos del taxista, amigos del sastre, intervinieron para calmar a su padre y no hubo más disputa, pero desde aquel día el viejo no contaba las historias de sus carreras cuando el sastre estaba presente. El taxista era monárquico y conservador, pero los hijos eran casi de izquierdas. De la hija parisina él nunca hablaba, porque era una prófuga de las buenas costumbres. En el chigre los hijos eran algo de derechas, pero en la mina podía decirse que casi eran de izquierdas.

El falangista, cuando tocaba la batería en el baile, después del último redoble de cada pieza, gritaba vivas a la patria y a su caudillo. Al principio, cuando tuvo la ocurrencia de aquella ceremonia tan fuera de lugar, algunos de los danzarines respondían sin entusiasmo, pero pasado

el tiempo ya nadie atendía a los vivas del falangista tamborilero más que con un ostensible gesto de fastidio. Sólo dejó de hacerlo durante los meses que duró la huelga por miedo a que alguno lo apaleara y porque el cura le aconsejó, déjate de vivas excelsos, que no está el horno para bollos. El taxista jubilado era adepto al régimen, pero sus dos hijos eran mineros y estaban en huelga, así que decidió cerrar el negocio y colgó un cartel que decía, cerrado por precaución. Mire usted, amigo facultativo, le decía el viejo taxista al falangista, soy contrario a las huelgas, porque son mechas que prende el diablo, semillas de la revolución bolchevique, pero en este caso, y perdone que se lo diga, no les faltan razones a los mineros para la protesta, y, estando el ambiente tan tenso como está, no es cuestión de ponerse a bailar y a cantar, y hasta que esto no se resuelva no hay nada que festejar.

El taxista tenía un criado que había sido capataz de minas. A raíz de un grave accidente de moto se le trastornó el cerebro y dejó el trabajo y anduvo unos años de criado por diferentes haciendas. El viejo taxista lo recogió para que le atendiera dos vacas, unas ovejas y unos cerdos. Un día se cansó de ser criado y se fue a vivir al monte. Para nosotros era un hombre salvaje, un cazador furtivo que tenía el monte y los regueros salpicados de trampas. Tenía una boca de aliento corrompido y dientes en ruina. Cazaba raposos y ginetas y vendía las pieles. En el pueblo decían que era pirómano y que lo habían expulsado de varios concejos por ese motivo, así que cuando una cuadra o una mata se incendiaban lo señalaban a él como culpable, pero ni los guardias civiles ni el guarda forestal pudieron probar aquellas acusaciones. Mi padre le tenía aprecio, o tal vez compasión, porque habían nacido en el mismo pueblo. Un día acompañé a mi padre al monte y entramos en la cueva donde vivía. Le llevamos queso y pan. Él apenas hablaba y, si lo hacía, utilizaba palabras antiguas o inventadas por él. Mi padre le aconsejó que bajara al pueblo, que podía volver a trabajar como criado, que la familia que vivía en el palacio necesitaba mano de obra, pero él sacudía la cabeza y señalaba las pieles. Le pregunté a mi padre si era él quien provocaba los fuegos. Sí, me dijo, es él, sufre de erostratismo, y me habló de aquella palabra nueva que expresaba una manía que inducía a cometer actos delictivos para conseguir notoriedad, y me habló de Eróstrato, un pastor que había incendiado el templo de la diosa Artemis en Éfeso, una de las siete maravillas del mundo antiguo, el mismo día en el que había nacido

Alejandro Magno. Del nombre de aquel pastor incendiario procedía aquella extraña palabra. Le pregunté cómo podía ser que un hombre silencioso y solitario buscara la notoriedad, y mi padre me explicó que el trampero tenía la mente trastornada y dividida y que en una parte de su mente deseaba volver a ser un hombre inteligente y considerado, como en otro tiempo lo había sido, pero que en la otra parte, la dañada, la más oscura, alimentaba deseos de destruir el mundo que lo había condenado.

En el pueblo eran pocos los que tenían el hábito de la lectura. El molinero era uno de ellos. No había podido entrar en la mina, como la mayoría, porque de pequeño lo había atacado la polio, que era una enfermedad terrible que perjudicaba los nervios y dejaba el cuerpo desencajado, cuando no provocaba la muerte. Los padres le dejaron el molino en herencia y en él seguía moliendo el maíz y la escanda que le llevaban. Adosada al molino había una cabaña de piedra y madera en la que vivía. Tenía la nariz muy grande, una napia considerable que le valía algún que otro mote ofensivo. Había sido cartero y juez de paz y cobrador de recibos y pegador de carteles y vendedor de rifas, pero ya sólo se dedicaba al molino y a la lectura. Mi padre le prestaba libros y una vez le dejó unos libros donde venían relacionados todos los papas de la católica humanidad, con sus anécdotas de vida, sus disposiciones y todas las circunstancias de sus papados. No bebía vino, pero acudía al chigre a menudo a contarles a todos las anécdotas de los papas. A él le gustaba compartir lo que leía, aunque nadie lo escuchara. Se pasó todo un año inmerso en la lectura de aquellos tres libros enormes. En cuanto lo veían entrar en el chigre ya le decían, a ver, molinero, qué nos cuentas hoy de los papas, y él no se hacía de rogar y les explicaba que la pobreza no había sido una virtud de la mayoría de los pontífices, ni tampoco el amor a la humanidad, ni siquiera la prudencia, ni la templanza, ni la castidad. Cada día venía el molinero con la cantinela de algún papa, y unos lo escuchaban porque hablaba bien y tenía una voz agradable, y otros por caridad, pero nadie se burlaba de él cuando les refería las historias que había leído. Un día se cansó de contarles historias de papas. Mi padre le prestó un libro sobre los grandes inventos de la humanidad, y cada día llegaba con el relato de algún invento determinante.

El molinero lector había descubierto que en los libros se encerraba todo lo desconocido. Aunque estaba lejos de alcanzar a mi padre, el molinero disponía de un vocabulario bien desarrollado. El vocabulario de

mi padre era más de saber, el del molinero era más bien de nombrar. A los poetas los llamaba rapsodas, al tonto lo llamaba parvo, al turista malandrín, al sastre de los retales le decía tramoyista, al cura osado y a la bruja suripanta. Del caminero calvo decía que sufría de alopecia. Un día al niño culpable lo llamó azotaperros. A los terrones los llamaba glebas, y a los pellejos del vino odres, y para definir el ambiente del bar los sábados a la noche decía barahúnda, y se refería a los sueños como experiencias oníricas. Tanto al valle visto desde el monte como al monte visto desde el valle los llamaba paisaje. A su molino, a veces, lo llamaba aceña, y de la fuente decía que era eviterna porque fluía sin cesar.

El falangista, facultativo de minas y secretario político comarcal, además de tocar la batería de oído y por afición, también leía algún libro y escribía artículos moralizantes en el periódico comarcal sobre la sagrada institución de la familia, sobre nuestra nación como unidad de destino en lo universal o sobre el gemir de los espíritus. Mi padre decía que los copiaba de los periódicos nacionales. También escribía, por alguna fiesta nombrada, poemas patrióticos, odas sobre Hernán Cortés o Isabel la Católica, octavillas sobre las virtudes teologales y sonetos sobre las semillas del esfuerzo y del honor o sobre las flechas que forjan la luz del amanecer. Son plagios, decía mi padre, y añadía, anota la palabra *plagio* a tu colección. Mi padre también escribía en ese periódico algún artículo sobre celtas, tártaros, cartagineses o romanos.

La mujer beata leía libros de meditar.

No sé si yo sería capaz de escribir un libro, le confesaba el molinero a mi padre. Tienes la gramática, el vocabulario y la voluntad, le explicaba mi padre, sólo te falta algo para contar. El molinero se rascaba la nariz y decía, eso es lo peor, de momento no se me ocurre nada. Mi padre sí que quería escribir un libro sobre antropologías y culturas de los pueblos, y el molinero lo sabía, por eso le preguntó, y el tuyo para cuándo, y mi padre le dijo, lo tengo en la cabeza, pero no me decido. Al molinero le entran veleidades literarias, me decía mi padre sonriendo. *Veleidad* era una palabra nueva que parecía envuelta en papel de regalar.

Todos en cierta manera se parecían al pastor Eróstrato, porque todos querían sobresalir. El viejo taxista arrimando su historia a la de la gente famosa, el falangista resaltando su condición de adepto al régimen, el hombre salvaje prendiéndole fuego al mundo, el molinero lector relatando en voz alta sus lecturas y mi padre, a base de ocurrencias imposibles,

dando cuenta, sin nombrarlas, de aquellas treinta y dos matrículas de honor escondidas en el desván.

Ya teníamos un cerdo para criar y mi madre seguía ahorrando para comprar una vaca. Por fin mi padre se decidió a construir un gallinero. Preparó las maderas y los clavos y un rollo de alambrera y me nombró su ayudante. Él siempre llevaba un clavo en la boca. Me enseñó a remachar el alambre galvanizado. Mientras golpeaba con el martillo me hablaba de la importancia de las construcciones. Me decía, construir es existir, es como dejar a la vista una señal, lo primero que hacían los romanos cuando conquistaban un territorio era construir, y, de esa manera, aunque ellos se fueran para seguir conquistando, quedaba su señal y era como si ellos continuaran en aquel lugar para siempre. Me hablaba de los acueductos y de los molinos y de las fraguas y de los puentes y de las calzadas romanas que atravesaban el mundo. Cuando estábamos terminando el gallinero, con sus ponederos y su lugar de esparcimiento y con un espacio para los gallos solteros, vinieron a llamar a mi padre porque a un vecino se le había parado el corazón. Soltó la herramienta y atendió de inmediato la llamada, y fui corriendo tras él. El hombre estaba tumbado en el suelo de la sala. No se movía, pero tenía los ojos abiertos. Mi padre pidió un espejo pequeño. Se lo puso frente a la boca, esperó unos segundos y comprobó que estaba muerto, ya que no se empañaba el cristal. Miró a sus familiares y negó con la cabeza. Le cerró los ojos y entre mi padre y sus dos hermanos lo extendieron sobre una cama. El muerto era soltero. Sus dos hermanos estaban tristes y viejos y su única cuñada revoloteaba por la casa buscando los papeles del seguro de decesos. Abría y cerraba cajones y murmuraba rezos de difuntos. Hicimos un silencio largo, hasta que mi padre dijo que habría que vestirlo antes de que se apoderara de su cuerpo el *rigor mortis*, así lo dijo mi padre, *rigor mortis*, y añadió, en pocos segundos se produce una transformación química que deja los músculos rígidos e inflexibles las articulaciones. Lo vistieron con su mejor traje y con unos zapatos relucientes, como si fuera a emprender un viaje extraordinario.

Fue el primer muerto que vi en mi vida.

Fue un muerto apacible, tranquilo, un muerto a quien la muerte no parecía haberle encontrado desprevenido. Al poco la cara se le puso pálida. Cuando lo miré la última vez ya parecía que alguien le hubiera puesto una máscara de cera. La cuñada abrió las puertas de la sala que daban al corredor. Es para que su alma vuele, nos dijo, y se santiguó. El muerto y sus hermanos eran dueños de muchas fincas y de los mejores cerezos. La última vez que lo había visto vivo estaba vigilando sus cerezas. Cuando nos vio rondar nos espantó arrojándonos piedras. Era un buen hombre, pero le daba mucho coraje que le robáramos las cerezas.

Cuando reanudamos la construcción del gallinero mi padre me dijo que el vecino que acababa de morir le había dicho, hacía unos días, que yo estaba entre los que andaban intentando robarle las cerezas. Le pregunté a mi padre si él había robado alguna vez, y se quedó un tiempo pensativo y después, sin quitarse el clavo de la boca, me confesó que alguna vez había tomado algunas cosas prestadas y sin autorización, pero siempre con la intención de devolverlas. Y las devolviste, le pregunté, y él se sacudió ligeramente la cabeza y me confesó, no siempre.

Años después, supe de algunas ocurrencias secretas de mi padre. A los pocos meses de dejar el seminario, y antes de marchar a cumplir con el ejército, conoció a mi madre. Eran de pueblos diferentes, pero no muy alejados. Ella era joven y guapa, y mi padre era un joven apuesto y muy educado. Fue un amor de repente, un encuentro en el que mi madre sonreía sin cesar y hablaba únicamente con monosílabos por miedo a quedar en evidencia ante aquel joven ilustrado, que ella imaginaba salido de alguna de las historias increíbles de príncipes valientes que les había leído la maestra en la escuela. Mi padre tenía prisa por formalizar la relación, porque en breve debía irse a servir como alférez en la milicia, así que enseguida le declaró a mi madre sus intenciones y ella aceptó al instante. Pronto tuvieron que separarse, así que fue un noviazgo por correspondencia. Mi padre le enviaba a mi madre cartas interminables y postales coloreadas con fotografías de parejas de enamorados, ellos vestidos de soldados, ellas hermosas como mi madre, imágenes con ribetes de flores y frases sugerentes. Aún conservo como un tesoro aquellas postales románticas escritas con una letra inglesa apretada e impecable. A mi madre le escribía las cartas una tía carnal que tenía facilidad para las ocurrencias de amor. Mi padre era un hombre ilustrado, por sus once años de estudiante en el seminario, pero era muy pobre, tanto como mi

madre. Ella se dejó seducir por el hechizo de la imaginación de él, escuchó las composiciones de un futuro prodigioso como si fueran música celestial, atendió con reverencia a las fantasías de una vida en común llena de buenaventuras y novedades, pero nunca pensó que aquello que él proponía fuera otra cosa diferente a la poesía y se conformaba con tener un marido ocurrente que pensaba rápido y hablaba bien, un hombre afable que la entretenía con historias de lejos, le hablaba de las maravillas del mundo y le cantaba romanzas de amor. Ella no había salido de aquel pueblo del monte más que para bajar a los valles acompañando a mi abuela en los tráficos del estraperlo, y cuando se soñaba con él se veía descubriendo cada día un trozo nuevo del mundo. Cuando él volvió del servicio militar le propuso el matrimonio y ella le advirtió que en su casa había mucha pobreza y que no iban a poder celebrar un convite de boda y que por qué no esperaban a que él tuviera un trabajo. Aseguró que del convite se ocupaba él y señalaron la fecha. Dos días antes de la boda mi padre llegó al pueblo con una hermosa ternera del ramal. La mataron y la descuartizaron. Cuando el día de la ceremonia todos los invitados estaban dando cuenta de aquella carne sabrosa y tierna llegó una pareja de guardias buscando a mi padre. Al parecer alguien de otro concejo había denunciado que le había desaparecido del corral una vaca joven. Mi padre, detrás de la casa, parlamentó largo rato con los guardias y al fin debió de convencerlos de que la implicación de su persona en aquel asunto era una tremenda equivocación, porque se fueron disculpándose y sin levantar denuncia.

Aquel día en el que construimos el gallinero y yo vi por primera vez un muerto él no me dijo nada de aquel incidente de la ternera. No me lo diría nunca. Lo supe, años después, por un primo suyo que había asistido al convite. Pero sí me habló del armonio. Me dijo, una vez sustraje un armonio de una iglesia importante de la ciudad. Cómo fue, le pregunté, y me explicó, fue fácil, contraté un furgón y llegué con dos operarios y una carta falsificada con el cuño del obispado, y le dije al sacristán, lea esto, hay que trasladar el armonio, lo dice el señor obispo, y también dice que debe entregarme la recaudación del cepillo para pagar el furgón, y así llegó el armonio al pueblo donde crecí y al que volví después del tiempo en el seminario, y allí está todavía, ahora sin nadie que sepa tocarlo. Pero eso no fue un robo, le dije, y él murmuró, en cierta manera no, porque no fue para mí, fue para una iglesia que era muy pobre. Mi padre sonreía

orgulloso cuando me lo contaba. Me dijo, al día siguiente salió la noticia de la desaparición de aquel armonio en el periódico, pero en el pueblo nadie leía los periódicos.

Pienso ahora que tal vez mi padre, que había estudiado tanto para terminar lavando carbón, que había obtenido treinta y dos matrículas de honor para dejarlas olvidadas en el desván, necesitaba envolver su frustración en gestos de suficiencia, en trampas inteligentes que le devolvieran la confianza perdida. De vez en cuando necesitaba reírse del mundo. Aquel día me dijo, estas cosas las hago para que no me den los ataques. Yo entonces era muy niño para entender aquellos gritos desesperados de mi padre. También aquel día me explicó que cuando yo había nacido él había plantado un laurel detrás de la casa. Cuando vuelvas al pueblo con tu abuela dile que te lo enseñe, me dijo. Me habló mi padre del laurel, que era el árbol de la grandeza y la prosperidad, un árbol muy romano, decía él, y también me habló del vínculo de la vida.

A los difuntos se los velaba en las casas, porque no se habían inventado los tanatorios. A mi abuela le gustaba acudir a las vigilias para acompañar a los vivos dolientes y honrar a los muertos en la primera noche de tránsito. En los velatorios, que duraban toda la noche, había café con achicoria, aguardiente y anís, y si el velorio era de categoría había empanadas y frisuelos, y los asistentes hablaban de las enfermedades viejas y de las desgracias recientes y de la brevedad y las incertidumbres de la vida. A veces, las mujeres, con sus voces afiladas, entonaban cantos fúnebres de resignación. Eran cánticos lánguidos y pegajosos como rastros de caracol.

Unos muertos daban más pena que otros.

A dónde van, le pregunté a mi padre, y él supo que me refería a los muertos y tomó una flor seca de geranio y la deshizo en la mano y la dejó en el suelo para que se mezclara con la tierra, y me explicó, al cuerpo le ocurre como a esta flor, se deshace en la tierra y se confunde con ella, pero puede que exista algo más, algo que llamamos alma y que no es material, como un pensamiento o como un recuerdo o como una ilusión, todo eso existe y no es material, y eso que no es materia no va a la tierra, eso no está en la tierra ni en la flor de los geranios, pero se queda en alguna parte. En

el cielo, le pregunté, y me dijo, sí, bien pudiera ser en el cielo. Yo sabía entonces que los mayores nos mentían a menudo, así que no quedé convencido de que en aquel asunto del cielo mi padre me hubiera dicho toda la verdad, porque ellos tenían muchos secretos. Imaginé el cielo como un lugar en el que las flores no se marchitaran jamás y en el que siempre fuera de día y no existieran ni la niebla ni la noche, un lugar sin frío y sin sabañones. Durante unos días pensé en el cielo y pensé en la muerte. Imaginé que en el cielo habría muchas cerezas y que no haría falta robarlas, y veía cómo el hombre que había muerto paseaba tranquilo junto a los cerezos del cielo y sin preocuparse de nosotros. En ese cielo estarían los heladeros repartiendo cortes de chocolate sin necesidad de pesetas, y estarían los titiriteros con el hombre foca al frente colocando en su barbilla los árboles del cielo para divertir a todas las almas sin cuerpo, y estaría el violinista anarquista tocando romanzas de amor. Y en ese cielo todas las iglesias tendrían campanario y un armonio para tocar.

Cuando al fin terminamos el gallinero mi padre me dejó clavar el último clavo y me miró largo rato con una sonrisa triste y rota, y se encogió de hombros y me abrazó fuerte, como si quisiera decirme que me estaba queriendo mucho. Luego me dijo, vamos a decirle a tu madre que ya puede bajar el domingo al mercado a comprar un par de gallinas.

Unas semanas después moriría la mujer que anunciaba el fin del mundo desde el balcón. Fue mi segundo muerto. Su cuerpo estaba tan encogido y gastado que parecía el de una niña. Se asomó al balcón como todas las tardes para gritar su anuncio y se quedó con la palabra en la boca. Fue mi padre quien la cogió en brazos para dejarla sobre la cama. Miré su cara y parecía una calavera, porque la muerte le había chupado la sangre. Luego vinieron el médico y el cura. Uno para certificar su muerte y el otro para empujar a su alma desorientada por el camino del cielo. Se pasó de vieja, dijo mi abuela, ya andaba camino de ser una niña, así es como da la vuelta la vida.

Los mayores tenían tantos recuerdos que a nosotros nos entregaban algunos antes de que naciéramos, así que ya nacíamos con recuerdos que no eran nuestros, pero que habrían de acompañarnos toda la vida. Era como si los niños existiéramos de una manera y los mayores de otra, porque nosotros sólo queríamos jugar y descubrir, y ellos tenían sospechas unos de los otros, y a veces trabajaban sin ganas y hablaban en secreto y se

enfadaban a menudo sin razón. Parecía que ellos se olvidaran de que nosotros existíamos, pero era porque nosotros existíamos de otra manera.

La vida era un misterio y cada día, con lluvia o con sol, resplandecía más que el anterior.

En el pueblo sólo había un teléfono. Estaba en el chigre del hombre que había sido taxista de gente famosa. Era un teléfono negro y ronco que servía para trasmitir calamidades. Aquel teléfono trajo una noche a mi casa la noticia de que un primo de mi madre, recién cumplidos los dieciséis años, se había matado en la mina. Llevaba sólo tres meses trabajando de ayudante minero. A él le gustaba mucho la carpintería y yo lo recordaba entre virutas pasando la garlopa por las tablas o explicándome cómo se hacían los ingletes para conseguir que dos tablas se casaran para toda la vida. Lo mató un derrabe. Quiso entrar en la mina, en contra de la opinión de su madre, que era aquella tía que le escribía a mi madre las cartas de amor. Tardé mucho tiempo en pensarlo muerto, y su madre nunca se arrancó del alma aquel terrible dolor.

Aquellas noticias de desgracias y adversidades eran las que llevaba o traía aquel teléfono negro que colgaba de la pared detrás de la barra del chigre del hombre que había sido taxista.

También ese teléfono trajo un día la noticia de la muerte de mi abuela paterna, pocos meses después de que yo hiciera la primera comunión. Era verano, porque estábamos jugando en la calle y ya habíamos cenado. Mi padre golpeó con el puño en el marco de la puerta y la madera le devolvió un crujido de súplica. Después lloró como un niño.

Está bien echar la vista atrás y ver que uno ha sentido tantas cosas y que se ha hecho tantas preguntas.

Es hermoso estar vivo y tener memoria.

Mi padre siempre intentó explicarme lo que era la muerte. Su amigo el tendero nunca quería hablar de la muerte. Los que se mueren son siempre otros, decía, y cuando a mí me toque ni siquiera llegaré a saber nada de la muerte.

En el pueblo había un amigo de mi padre que siempre hablaba de la muerte. Hablaba de ella como de una compañera conocida. Había sido militar en la guerra y después de la guerra, pero ya estaba retirado. En la muerte, decía él, se acaban las dudas y las preguntas. Decían que había participado en muchas batallas y que había matado a mucha gente, pero no lo creíamos, porque criaba jilgueros, le gustaban las mariposas y

acariciaba a los perros. Tenía un brazo medio inútil y dos dientes de plata que le había colocado el curandero ambulante. Mi padre le prestaba libros. Vivía allí desterrado, aunque nadie sabía el motivo. Sólo se ponía el uniforme con las medallas para acudir a la misa de los domingos. El niño culpable aseguraba que su uniforme era falso y que las heridas del brazo no eran de bala, sino por haberse caído de un camión camino de la guerra al quedarse dormido. Y tú cómo lo sabes, le preguntábamos, y él nos respondía con su frase preferida, tengo mis contactos. Mi padre decía de él que era un herido de guerra, pero sin añadir más explicaciones. Creo que mi padre sabía sobre aquel hombre muchas cosas que no me contaba. El militar desterrado no se metía con nadie y nunca hablaba de política, así que hasta los republicanos del pueblo lo respetaban. Tenía una renta del gobierno por inválido de guerra que, según mi padre, le alcanzaba hasta para los vicios. El vicio mayor que él tenía eran las copas de sol y sombra, que era una mezcla de anís y de coñac. La sombra era el coñac. A veces tomaba tanto en el bar de la bolera que mi padre tenía que llevarlo a casa en el carretillo. Acudió a mi padre para preguntarle qué podía hacer para renunciar a sus apellidos y a su familia. Vine aquí para alejarme de todos ellos, le confesó, pero siguen escribiéndome cartas y me duelen los apellidos que llevo puestos. Era un hombre decoroso, humilde y solo. Pretendes una especie de apostasía familiar, le apuntó mi padre, y él dijo, algo así, y hablaron de aquella pretensión extraña que según mi padre no tenía precedentes. Anoté en mi libreta la palabra *apostasía*.

Cuando encontraba una palabra nueva sentía igual satisfacción que cuando conseguía un cromo difícil.

Pues al militar desterrado y mutilado le gustaba hablarnos de la muerte. Lo hacía mientras clasificaba sus mariposas, daba de comer a sus pájaros o colocaba las flores salvajes para dibujarlas en las libretas. A mí me gustaría sobremanera morir riendo, nos decía, terminar con una sonrisa en los labios, y no poco a poco, sino de golpe, aunque a saber lo que Dios me tendrá dispuesto, él es quien gobierna, no hay nada que temer, formamos parte de la naturaleza, Dios no creó el mundo para nosotros, sino para él, aunque a decir verdad desconocemos sus razones, y el hecho de que Dios sea incomprensible es una de las pruebas de su existencia, así que estamos aquí como están esas flores o estas mariposas, y de lo que sí estoy seguro es de que la vida que hay al otro lado será mejor que esta. Le pregunté por qué mataba a las mariposas, y él, después de un

tiempo de reflexión, me explicó, las mariposas son la belleza misma, porque son el color, la forma y el vuelo, pero son efímeras, porque todo lo extraordinario es breve, al disecarlas detengo su belleza en un punto eterno y sirvo al arte y a la ciencia al mismo tiempo. Nos describía cada mariposa como si él la hubiera inventado. No es posible, nos decía, encerrar tanta belleza en tanta fragilidad.

Murió un domingo sin que se hubiera quitado el uniforme. Se desplomó al intentar desatarse los zapatos. Mi padre, después del entierro fue al teléfono negro del chigre del taxista para llamar a alguien. Nunca me dijo a quién. Abrimos las jaulas y dejamos libres a los pájaros y a los pocos días vino un furgón del ejército y se llevó su espléndida colección de mariposas. Recuerdo lo último que nos dijo sobre las diferentes maneras de morir. En algunos países, nos explicaba, mueren muchas personas por la boca, porque hay muchos males en el aire de respirar, virus y bacterias y polvo corrompido, y en otros países se muere más por la piel, porque hay arañas venenosas y alacranes y moscas asesinas, y en otros se muere por los pies, porque hay tanta pobreza que la gente camina descalza, y los ricos suelen morirse por el estómago de tanto comer o por el corazón de tanto preocuparse por sus dineros, y en los países de las nieves y de los hielos se mueren de aburrimiento, y en este pueblo vuestro, que también lo considero mío, se muere por los pulmones, de tanto respirar el polvo del carbón.

Apenas distinguíamos a los vencedores de los vencidos, aunque, a medida que fuimos creciendo, las diferencias se hicieron evidentes. Los vencedores mostraban un exceso de confianza y exhibían con descaro y orgullo los símbolos de su victoria, por lo que a veces nos resultaban excéntricos o vulgares. Los vencidos, sin embargo, de tanto sufrir humillaciones y desprecios, habían desarrollado la inteligencia y, según palabras de mi padre, se habían vuelto perspicaces a la hora de captar los matices de la vida. Así lo expresaba él. El militar formaba parte de los vencedores, al menos aparentemente, y por eso había podido mostrar abiertamente su excentricidad. Los que no eran ni vencedores ni vencidos, como mi padre, lo mismo lavaban carbón que tocaban el armonio en la misa de los domingos.

Mi abuela decía que la muerte andaba olfateando las casas por las noches como los perros y repasando el censo. Le pregunté a mi madre qué quería decir la abuela, y ella me dijo, no le hagas caso, la abuela ha sufrido

mucho y por eso lo ve todo tan negro. Pero no era verdad que todo lo viera negro, porque a veces me contaba historias con finales felices y me peinaba el pelo con sus dedos huesudos y calientes y nunca le daba pereza hacerme frisuelos o rosquillas de anís. Anoté la palabra *censo*.

En el pueblo de la infancia el pasado te sale al encuentro una y otra vez sin misericordia alguna. Tú caminas observando distraído cuanto está a tu alrededor y, de pronto, ahí está el pasado, mostrándose descarado y desafiante, y te agarra y te desarropa por dentro y te obliga a mirar atrás. El pasado es el muro de los musgos renacidos, la peña fría contra la que una vez te rompiste la frente, los tablones salados de los hórreos en los que las vacas restregaban sus lenguas inmensas, la fuente de las flores perdidas que tosía como los viejos y de la que una vez salieron ranas aladas y salamandras del diablo y las carboneras sobre las que se sentaban los viejos para secar sus huesos al sol.

Los niños compartíamos rincones con los perros.

Los perros de entonces sólo eran perros y estaban flacos. Los había tristes y mansos y los había rabiados, pero todos estaban flacos. Unos tenían flacura con manchas sucias y oscuras y otros una flacura brillante, y la mayoría de los perros ni siquiera tenían nombre. Teníamos una perra triste de ojos azules. Me acompañaba sin que yo se lo pidiera, como si su instinto le ordenara que estuviera pendiente de mí. Nunca me pedía nada y a veces la acariciaba o le ponía un plato con sobras de comida. Tenía el pelo del color de la canela. Me sentía bien cuando la acariciaba. Me ayudaba a evitar que la vaca se saliera de las lindes cuando pastaba. Mientras yo leía, ella observaba cómo se arrastraban los caracoles. No los tocaba, sólo seguía su movimiento con sus ojos tristes y azules. A veces desaparecía y tardaba varias horas en volver. Ella tenía un secreto. Cuando yo regresaba de alguna parte a la que había ido sin ella, me ladraba dos veces y me miraba fijamente. Tal vez pensaba que yo también tenía un secreto.

El mundo era muy reciente.

Todo acababa de nacer para que yo lo descubriera.

Las vacas, que eran seres indolentes y desaprensivos, tenían unos rabos largos que parecían látigos, y los usaban para espantar a las moscas y para

tirarte el caldero de la leche. De tanto ordeñarlas les tomabas cariño, pero siempre te miraban como si te acabaran de conocer. Cuando mandaban a las vacas y a los caballos a los puertos comunales de la montaña les ponían una marca en la cadera con un hierro candente. Normalmente esta señal se correspondía con las iniciales del ganadero propietario, pero la marca que eligió mi padre para sus vacas fue un pez. Cómo elegiste un pez, le preguntaban y él se encogía de hombros. Su amigo el tendero me dijo que mi padre había elegido aquella marca porque era la que usaban los primitivos cristianos perseguidos por los romanos. Le pregunté a mi padre si aquello era cierto y se encogió de hombros y me dijo, no lo había pensado, pero pudiera ser.

El mundo era tan asombroso y tan grande que te entraba el flato si lo atravesabas de parte a parte a todo correr. El flato era un dolor en el pecho que te advertía de alguna maldad, una congestión de aire y de culpa que te obligaba a parar. El flato era un secreto del que nunca hablabas en casa porque, si lo hacías, te podían castigar.

Los gatos eran libres y cazaban lo que querían, se apareaban en los tejados y se peleaban cuando les daba la gana. A veces, por costumbre, pertenecían a una casa, pero no tenían dueño, por eso nadie los lloraba cuando desaparecían o nadie se lamentaba si alguno corría con una flecha clavada en la espalda. Las flechas las hacíamos con varillas de paraguas estropeados y las disparábamos con los arcos que fabricábamos con varas de avellano.

Los perros no eran tan libres como los gatos.

Los perros, al igual que las personas y que otros animales, tenían que trabajar para ganarse el sustento. Cazaban, guardaban el ganado, vigilaban la casa o espantaban a los ladrones.

Los vagabundos y los pobres de pedir tenían perros inteligentes con los que, en sus largas caminatas, solían conversar. Eran perros afables, pero enseñaban los colmillos a los desconocidos, porque en su vida anterior habían sido lobos salvajes.

A los lobos sólo los conocíamos muertos, aunque a veces escuchábamos sus aullidos cuando nevaba. Los traían los cazadores terciados en las albardas de sus caballos y paseaban con ellos por los pueblos para solicitar de los ganaderos limosnas compensatorias. Los lobos eran animales malos que asesinaban a las ovejas y a los terneros, así que fueron las primeras fieras horribles que alimentaron mis fantasías.

Decía el guarda forestal, con los pulgares colgados de su amplio cinturón de cuero, que las lobas recién paridas eran muy blandas y maternales, y que por eso criaban cachorros huérfanos de otros animales, como raposos, rebecos, fuinas y hasta jabatos. Le pregunté a mi padre si aquello era verdad y él me contó la historia de Rómulo y Remo.

El guarda forestal, que era el marido de la panadera, se llevaba muy bien con su cuñado el caminero y lo compadecía con sinceridad por aquella cruz que llevaba a cuestas por las borracheras de anís de la hermana. El padre del guarda forestal y de la mujer del caminero se había disparado en la boca con la escopeta de caza un día en el que soplaba fuerte el aire caliente del sur. Dijeron que el arma se le había disparado sin querer. Lo dijeron para poder enterrarlo en tierra sagrada en vez de en el ortigal de los suicidas y de los rojos vencidos, pero todo el pueblo sabía que se había quitado la vida al no poder soportar la peste de la tristeza. Dicen que fue a raíz de aquella tragedia cuando su hija, la mujer del caminero, comenzó a aficionarse al anís.

Un día el guarda forestal convenció al hombre salvaje para que abandonara la caza furtiva y bajara al pueblo a trabajar de criado para las hijas del dueño de la mina.

Las golondrinas, como eran amigas de Jesucristo, anidaban donde querían. Si matabas una golondrina tenías que confesarlo. A algunos niños les dejaban sus padres las escopetas de los perdigones y disparaban a los tordos y el aire se alborotaba de plumas. Los animales contrarios a las golondrinas eran los murciélagos. Con un palo largo y un trapo los tumbábamos y les dábamos de fumar. Se inflaban hasta reventar. Un día que le llevé la leche a la bruja que predecía el futuro, me habló de los murciélagos. Decía que eran animales de los infiernos, soldados ciegos de Lucifer. No necesitan ver, me dijo, porque son almas atormentadas que sólo hacen que moverse con desesperación, en realidad no son animales, son remordimientos vivos. A la bruja le gustaba mucho asustar.

Los caballos eran animales importantes, algo así como una raza aristocrática o superior, y los burros eran torpes, pero orgullosos, y se enfadaban por cualquier cosa y ni siquiera a palos daban su pata a torcer. Tuvimos un burro que había nacido en un caserío del monte y por eso no estaba acostumbrado a la civilización, así que cuando se cruzaba con la gente se paraba y bajaba la cabeza, ausente, avergonzado, y no se movía hasta que el camino quedaba despejado. Cuando le apretaba la cincha de

los cajones de cuchar me miraba con sus ojos grandes y tristes, como si me pidiera clemencia, y entonces el avergonzado era yo. Se murió, ya muy viejo, de un infarto, en medio del camino y con los cajones llenos de cucho.

Los cerdos eran despensas andantes y había que rezarle a san Antonio para que no se los llevara la peste. Mi madre empezó a criar dos cerdos cada año, porque a uno casi siempre le ocurría alguna desgracia. Mi padre decía que a Dios no le gustaban los cerdos y que por eso se criaban sin protección y que lo de san Antonio no servía para nada, porque en la Biblia ya venía escrito que el cerdo era un animal impuro por tener la pezuña hundida y que su sangre era abominable. A mi padre, del cerdo, no le gustaban ni el tocino ni las vísceras ni la sangre. Tampoco a mí. Pero los cerdos eran el impuro sustento de las familias pobres.

Los conejos tenían los ojos rojos y eran los duendes clandestinos de las cuadras. Todas las semanas matábamos un conejo. A mi madre no le gustaba desollarlos, así que muy pronto me adjudicaron a mí aquella tarea ingrata. Cuando les arrancaba la piel les salía un humo espeso y blanco de la carne como si en su alma perdida se hubiera declarado un incendio.

Con el degüello de las gallinas me temblaban las piernas, así que se ocupaba mi madre. Cuando alguna se le escapaba de entre las piernas después de pasarle el cuchillo y la veía correr sin cabeza tenía que apoyarme en alguna parte para no desplomarme. Nada me angustiaba más que una gallina corriendo viva sin la cabeza. Las gallinas se movían libres por el pueblo en busca de lombrices. Eran muy constantes en el comer. Con los caracoles se enredaban en juegos interminables. Luego volvían a los gallineros y nos ponían los huevos para la cena. Unas gallinas ponían huevos blancos y otras los ponías marrones. Mi madre utilizaba los blancos para los merengues y los bizcochos, y los marrones para las tortillas y los rebozados. Lo hacía por costumbre, porque así lo había hecho su madre y la madre de su madre y todas las mujeres de su familia. A la hora de freír los huevos no hacía distinción entre blancos o marrones. Mi abuela recordaba haber escuchado de pequeña que los huevos marrones estaban manchados por alguna maldición. Son tonterías, decía ella, pero continuaba practicando aquella distinción.

Con las primeras luces del día los gallos, en un coro atronador de cacareos roncos, nos recordaban que todo debía comenzar de nuevo.

Una primavera mi madre compró en el mercado dos pavos para criar. Traigo dos, por si uno se nos muere, los engordaremos para la Navidad, nos dijo. Mi padre los bautizó como Rómulo y Remo y se criaron con buena salud, así que hubo carne para dos navidades.

Los sapos, cuando el tonto levantaba el palo para golpear la tabla, miraban para otro lado, se volvían bizcos. Lo decía la prima del tonto, la que se había quedado preñada de la planta de la cirigüeña y que resolvía las cuentas de la carnicería sin anotar. Los sapos de mi primo se vuelven bizcos cuando él les alza la mano, decía. Y también a menudo recitaba, dos son los sapos de san Blas, pero parecen más. San Blas era el patrono de los animales salvajes. Ella nos lo explicó un día en el banco de cerámica de la carnicería. Cada santo tenía su cometido. San Francisco era el patrono de los animales en general, san Roque el de los perros, santa Gertrudis la de los gatos, san Marcos el de los leones, san Martín Caballero el de los caballos, y san Antón el de los animales domesticados. Son los sapos animales salvajes, le preguntó el niño culpable a la carnicera, y ella respondió, claro, son de la misma naturaleza que las culebras, los ratones y los topos.

Mis padres, al fin, pudieron comprarse una vaca.

Era blanca y roja y yo entendí que había venido de Holanda, porque decían que era holandesa, pero mi padre me explicó el misterio de la propagación de las razas bovinas. *Bovino* y *ovino* fueron dos palabras armoniosas y nuevas para mi colección. Aquella vaca era un animal muy generoso que cada año nos daba un ternero y, dos veces al día, varios calderos de leche. Más tarde tuvimos otra vaca más, que mi padre decía que era de raza autóctona. Me gustó aquella palabra nueva. Mi padre, mi madre y yo mismo no éramos autóctonos, porque habíamos nacido en otro pueblo. Mi hermano sí que era autóctono. En el verano subíamos las vacas a los puertos. Perdida entre la niebla, la vaca autóctona parió una cría ciega. Aquélla fue una vaca desgraciada, porque un día, cuando yo la llevaba del ramal a que bebiera en el abrevadero, alcanzó una manzana del árbol y se le quedó trabada en la garganta. No pudimos salvarla.

PARTE SEGUNDA

PREGUNTAS, EL MAR, METAMORFOSIS Y PRIMER INTERNADO

En todo caso un hijo no es un juez para su padre, y yo menos aún; sobre todo para un padre como tú, que nunca y en nada cohibió mi libertad.

IVÁN TURGUÉNIEV,
Padres e hijos

Me gustaba observarlo todo, porque observar era como viajar y también era como vivir. Me intrigaba y a la vez me inquietaba el brillo de las luciérnagas en las noches cálidas del verano salpicando el camino de la huerta. Brillaban sobre las piedras musgosas de los muros y brillaban en el aire. No es oro todo lo que reluce, me explicó mi padre, ese destello que observas no es más que una luz desesperada, una llamada, un alumbrar por pura necesidad, así que, aunque esa luz nos parezca brillante, es una luz muy pálida. A mí me parecía extraordinariamente brillante. Me gustaba ponerlas en la palma de la mano y observar su brillo. Son como gusanos, le dije, y él me explicó que las hembras no podían volar y que los machos volaban porque estaban más desarrollados. Unas y otros, me dijo, se comunican su necesidad de apareamiento con destellos intermitentes. Me mostró un libro sobre insectos y lo abrió por el capítulo dedicado a los coleópteros y me dijo, léete esto. En cuanto supe más cosas de aquellos insectos el misterio se fue desvaneciendo. En el libro decía que durante el cortejo nocturno podían desactivar su luz si presentían una amenaza. La palma de mi mano nunca fue una amenaza para las luciérnagas, porque las sostenía y seguían brillando. Con aquel libro aprendí muchas palabras nuevas que anoté cuidadosamente en la libreta.

Ahora pienso que en mi padre había mucho de luciérnaga y que por eso no le gustaban esos insectos que tenían lámparas incrustadas en el abdomen. Cuando él me hablaba de esos milagrosos insectos y de la palidez de su fulgor, lo hacía con tristeza, porque me hablaba de sí mismo. Él brillaba en medio de un terreno yermo. Su luz era inútil en un mundo demasiado oscuro. Su voz clamaba sin éxito en el desierto. Había equivocado su destino y su brillo era un grito de socorro, un suspiro de culpa, y se fue volviendo pálido poco a poco, hasta apagarse. Sus musas se habían quedado dormidas en el desván. Las luciérnagas, me decía, no brillan para alumbrar, sino para reclamar atención, no buscan la luz sino para evitar la soledad.

Me gustaba hacerle preguntas difíciles a mi padre y él se mostraba orgulloso por aquella necesidad mía de respuestas. Le pregunté por qué a las arañas nunca se les terminaban los hilos. Por la misma razón por la que a ti nunca se te acaba la saliva, me respondió. Una de las pocas noches

estrelladas, mientras volvíamos de guardar a los animales, le pregunté si podían vernos las estrellas como nosotros las veíamos a ellas. Puede ser, me apuntó, y le pregunté qué pensarían de nosotros las estrellas, y me aseguró, imposible saberlo. El cura, le comenté, dice que nadie ha podido ver el rostro de Dios, ni siquiera escuchar su voz, y sin embargo habla siempre de lo que piensa Dios, cómo puede ser eso posible. Con respecto a Dios los curas siempre hablan más de la cuenta, me respondió, y de las estrellas te diré que pudiera ser que a nosotros nos contemplen de la misma manera que nosotros miramos a las hormigas. No paraba de hacerle preguntas a mi padre y no siempre él tenía una respuesta que yo pudiera entender. Pero a él podía hacerle todas las preguntas, porque le resultaba fácil regresar a la infancia y quedarse a mi lado sintiendo la misma inquietud que yo. A otros padres no se les podía preguntar de aquella manera, porque tenían otras cosas que hacer y no sabían dejar de ser adultos por un momento. Además, los otros padres no habían conseguido treinta y dos matrículas de honor.

Mi cabeza estaba llena de preguntas.

Por qué los mayores hablan siempre del frío y del calor o de la lluvia y del sol, por qué nunca se ríen los animales, por qué la luz de la luna es blanca y alumbra tan poco, cómo son los desiertos, por qué hay manzanas que se quedan sujetas a la rama cuando ya el árbol perdió todas las hojas, por qué las hormigas van en fila, por qué los gallos cantan al amanecer, por qué hay un cordero de Dios que quita el pecado del mundo, qué son los malos pensamientos, cómo es que no recordamos algo tan importante como el momento de nuestro nacimiento. Tampoco recordaremos el momento de la muerte, me diría mi padre años después de que le hubiera hecho aquella pregunta, porque ya no habrá memoria para recordar, pues la memoria no está al principio ni está al final.

La vida era una colección de preguntas.

Por qué tenemos que hacer lo correcto, cómo sabemos qué es lo correcto. Si Dios no habla ni escribe, quién interpreta lo que él considera correcto. Si Dios te pidiera que me mataras, como le pidió a Abraham que hiciera con su hijo, tú qué harías. No podía entender a Dios. Me estremecía la imagen del niño Isaac camino del monte, cargando con la leña para la hoguera en la que su padre habría de quemarlo vivo. Mi padre me dijo, no creo que Dios le pidiera eso a Abraham, será un invento más

de los muchos que hay en la Biblia, una exageración para explicar la fe, además ya sabemos que Dios nunca dice nada.

También los mayores se hacían preguntas, pero las hacían en silencio y en secreto. Eran preguntas sobre la guerra y el fascismo, sobre la explotación de los obreros o sobre los fusilamientos de presos políticos. Eran preguntas graves y espesas que nosotros escuchábamos a veces detrás de las puertas.

Parece como si todo aquello hubiera ocurrido a cámara lenta, como si hubiéramos dispuesto de todo el tiempo del mundo para crecer, para pisar con cautela y movernos con parsimonia y hablar sin prisa. Éramos niños felices y del montón que nos revolcábamos en el barro, triscábamos la hierba en los pajares y nos mojábamos sin reparo en el pilón. En el río saltábamos como cabras de piedra en piedra y, subidos a los árboles, nos sentíamos libres como los pájaros del cielo. Si llovía nos encharcábamos con entusiasmo y si calentaba el sol nos quemábamos sin consideración. Teníamos la guerra declarada a gatos, sapos y murciélagos. Nos gustaban los grillos de cantar, las ardillas esquivas y los cuervos de amaestrar. Y no parábamos de hacer preguntas.

Mi padre era un hombre ruidoso y de discurso exuberante, exagerado en los halagos y expresivo en sus ocurrencias. Tal vez por eso fui un niño tímido, fácilmente impresionable y propenso a la vergüenza en cuanto mi padre mostraba pública y sonoramente sus habilidades sociales.

Yo disfrutaba especialmente jugando apartado y a mi aire. Componía ejércitos con higos y palillos, trenes con latas de sardinas o diminutas jaulas de alambre para los grillos, y prefería hacerlo solo, sentado en el polvo debajo de la higuera o en la escalera del hórreo o en el corredor de la casa cuando llovía, y tenía un trato íntimo con las piedras, la tierra, las latas y los alambres. Con los charcos hacía mares y soltaba pétalos de rosa, rojos y blancos, que flotaban como barcos, así el tren de las latas pasaba junto al mar de los barcos, y una hoja de higuera hacía de isla, y sobre la isla colocaba un escarabajo, para que fuera el rey de los mares, y sobre los barcos situaba a las hormigas. A un lado de la vía estaba el mar y al otro esparcía la arena para que fuera un desierto y clavaba en hilera los pinchos de las espineras para formar caravanas de camellos y otra hoja de higuera

en medio del desierto hacía de oasis. Pregunté a mi padre si podían estar juntos el desierto y el mar, y me respondió, claro, el río Nilo es igual que un mar y atraviesa el desierto. Le pregunté si en ese río que parecía un mar había cocodrilos y me respondió, está poblado de cocodrilos grandes y voraces. Guardé en la memoria la palabra *voraz* para anotarla después en la libreta, y corté tallos diminutos de geranio y los arrojé al agua para que hicieran de cocodrilos y rodearan a los barcos rojos y blancos.

Le pedía a mi padre nombres para bautizar a los higos de los ejércitos, y él me decía un nombre y con cada nombre me regalaba una historia, y así me habló del macedonio Alejandro, uno de sus favoritos, y de Ulises y de Telémaco, de Aquiles y de Héctor, y de Robinson Crusoe y de Viernes, y también me habló del arponero Ismael y del capitán Ahab. Todos mis higos tenían nombres importantes gracias a mi padre. Conversaba con mis higos continuamente y sin despegar los labios.

Aquella soledad conformaba un refugio para mi timidez extrema, y, en ese ámbito de voluntario aislamiento, cualquier sonido tomaba enjundia de prodigio y los ruidos que llegaban goteando por el aire eran para mí como la sinfonía del mundo conocido, pero también eran la música de todo cuanto me quedaba por descubrir.

No se perdía ningún sonido y llegaban a mí de uno en uno.

Me gustaban especialmente los ruidos de los animales, los zumbidos de las abejas en los frutales, los silbos de los sapos que se apareaban cuando alumbraba la luna o el graznido de los cuervos en los cables de la luz. Hasta me gustaban el ladrar de los perros anunciando en sobresalto las novedades y el alboroto de los gatos que lloraban por las noches como si fueran niños recién nacidos. Los gatos gastaban un buen repertorio de ruidos, porque maullaban, gruñían, ronroneaban o bufaban en razón de cómo tuvieran de trastornado el ánimo. El bramido de las vacas o el rebuzno de los burros conseguían estremecerme y me asustaba el gruñido atronador de los cerdos cuando el matarife les hundía en la garganta el cuchillo de corar. Solía esconderme debajo de un carro tapándome los oídos.

Prefería los ruidos acompasados, porque suponía que anunciaban algo y que eran como las músicas de la vida, los cascos de las mulas de los arrieros golpeando los caminos empedrados, el trallazo del látigo del vendedor de coplas sobre el muro de la fuente, el organillo de los titiriteros ambulantes que adivinaban los destinos de los confiados, el

rechinar de las ruedas del carro del alfarero cuando subía la cuesta del lavadero, el ulular del búho sobre la higuera o la melodía del chiflo del afilador gallego que llegaba en su bicicleta reclamando tijeras y cuchillos para afilar. Lo que hacían los ejes de los carros de las vacas, cuando iban cargados de hierba, no era chirriar sino bramar. Decía mi padre que el chiflo del afilador era como la siringa de Pan, que era un dios antiguo encargado de las brisas del amanecer y nada tenía que ver con el pan de comer todos los días. También decía que el afilador gallego cuando tocaba el chiflo adoptaba un ademán hierático. Las palabras *hierático* y *siringa* eran palabras nuevas.

A mi padre le gustaba envolverlo todo de sabiduría.

También me gustaban los cacareos de las gallinas anunciando expediciones en busca de caracoles y lombrices por los callejones sin tránsito. Aquellos cloqueos eran como las letanías gozosas de los mártires que murmuraban las mujeres al término del rosario dirigido por la beata de la piel transparente.

Me inquietaban los silbos del viento cuando se ponía rebelde y entraba por los huecos de la tejavana para componer quejidos en el desván.

Había ruidos informales, como el balido de la cabra amaestrada de los portugueses transeúntes que acampaban debajo del hórreo. Mi padre aseguraba que aquella cabra balaba en portugués.

El ruido de castañuelas que hacían las cigüeñas que traían a los niños sin avisar también era un ruido informal. Mi padre decía de ellas que eran aves majestuosas que poseían el don de la inmortalidad y que, cuando traían a los niños, crotoraban en francés. Aquel verbo *crotorar* no sólo lo tengo escrito en el cuaderno de las tapas azules, sino que está recogido en la valija de las palabras extraordinarias.

Creo que a base de ruidos como aquellos que me abarrotaron la infancia tímida de sabidurías y de quimeras se iba escribiendo para mí la historia del mundo. Sólo me basta recordar un ruido y me viene a la cabeza una historia viva llena de gente. Pero había dos sonidos que me gustaban una barbaridad, uno era el de la garlopa de mi padre deslizándose sobre las tablas y escupiendo las virutas. Otro era el de la pluma de escribir con tinta arrastrándose sobre la hoja blanca de la libreta.

Los ruidos mejores son los que te anuncian algo.

La garlopa me anunciaba la perfección y el rasgar de la pluma me advertía de la salvación de los náufragos. Yo sabía de los náufragos por las historias que me contaba mi padre y por los romances que me cantaba mi madre las noches que no estaba cansada. No sé el motivo por el que yo asociaba el sonido de la pluma con los náufragos. Tal vez porque las palabras de la colección eran como náufragos salvados en aquella isla azul y blanca llamada libreta. Fíjate cómo de una u otra manera todos buscamos la perfección, me decía mi padre mientras cepillaba las tablas, y añadía, aunque nadie sepa nada de nosotros ni de lo que hacemos nos sentimos compensados. Y yo observaba entonces los movimientos de la gente, sus gestos, sus miradas, las acciones que ejecutaban sin importancia, el madreñero manejando con precisión la gubia para conseguir la madreña perfecta, el sastre hilvanando rigurosamente la tela para confeccionar el mejor traje, el tendero cortando con distinción y certeza las lonchas de tocino fresco, el afilador inclinando con pericia la hoja del cuchillo en medio de una lluvia de chispas, el hombre pistolero sonriendo satisfecho mientras hacía girar con destreza los revólveres en sus dedos y el que tallaba la madera descubriendo en el trozo de cerezo la cara de Hernán Cortés.

Algunos ruidos duran toda la vida, otros se pierden y no vuelven jamás. Tendría que haber un cementerio de ruidos, con sus lápidas escritas y sus epitafios, con panteones enormes para los ruidos que fueron fundamentales, un cementerio donde el mayor espacio lo ocuparan las fosas humildes para los ruidos sin significación, como el chapoteo del agua del caño cayendo sobre el pilón, el campanilleo de la esquila del monaguillo anunciando la consagración o el golpetazo que el tonto le daba a la tabla para que el sapo saltara por el cielo de las golondrinas. Tendría que existir un diccionario de los ruidos, como lo hay para las palabras. Había ruidos nuevos, como la bocina de los coches, que producía en el pueblo estruendos desconocidos, o el ronquido despavorido del teléfono que anunciaba las desgracias. Otros eran ruidos de siempre, como la salmodia de los grillos, el alboroto de las lechuzas o el silbido de los sapos.

Un día descubriría el ruido del tren.

Con la cara pegada al cristal de la ventanilla observaba cada detalle de aquel paisaje increíble que se movía ante mis ojos a gran velocidad, y todo me parecía pequeño. Me llamaron la atención los pasos a nivel. Me

producían angustia, porque pensaba en lo que ocurriría si las barreras no se bajaran a tiempo antes de que pasara aquel tren que parecía volar. Le pregunté a mi padre quién bajaba las barreras y él me habló de los guardabarreras, están metidos en las garitas y desde allí accionan las palancas que bajan y suben las barreras, también controlan los cambios en la dirección de las vías. Aquel trabajo de guardabarreras parecía tranquilo, pero tenía muchos peligros. Aquel tren de madera con una máquina ruidosa que ensuciaba el aire de carbón nos acercaba al pueblo de mi abuela y de mi madre y en el que también yo había nacido.

Mi padre no hablaba de ruidos, sino de sonidos.

El que a él más le gustaba era el sonido del armonio. Decía que el armonio sonaba como los vientos del paraíso. Cómo sabes que hay vientos en el paraíso, le preguntaba y él me decía, es una manera de hablar. Tanto le gustaba aquel sonido que, como ya conté, siendo joven logró el milagro de que un armonio volara desde un templo importante de la ciudad hasta la pequeña iglesia de su pueblo para que él lo tocara los domingos y las fiestas de guardar. El armonio de la iglesia nueva había sido un regalo del dueño de la mina del monte. Además de mi padre, lo tocaban la beata de la piel transparente y mi tío el acordeonista.

Mi padre era el mejor de todos.

Había padres que pegaban a sus hijos a menudo. Mi padre sólo me pegó una vez en la vida y fue con las manos y con los pies. En su escuela clandestina tenía una grapadora cromada. Un día me dio por aflojarle todos los tornillos y sacarle los muelles. Todas las piezas quedaron allí, ante mí, esparcidas y esperando a que de nuevo las compusiera, pero no fui capaz. Lo intenté, pero las piezas no encajaban, los tornillos no entraban por donde habían salido y los muelles no se sujetaban, así que cogí todo, lo envolví en una hoja de periódico y lo guardé debajo de la cama. En la clase del día siguiente mi padre preguntó por la grapadora. Él pensó que alguno de sus alumnos la había robado, así que los castigó a todos durante varios días para que apareciera el culpable. Mi madre encontró la grapadora debajo de la cama. Mi padre me pegó aquella paliza por mentiroso y por cobarde. Tanto me pegó y con tanta rabia que sangré por la nariz y se me inflamó una rodilla. Mi madre lloró toda la noche. A mi padre, a la mañana siguiente, cuando se levantó para ir al trabajo, lo sorprendió uno de sus ataques virulentos. Cuando lo vi tumbado en el suelo, soltando espuma por la boca, moviéndose como una culebra y

golpeándose contra los muebles corrí a la habitación y me escondí debajo de la cama. Aquel pecado mío le había provocado el ataque. Al día siguiente me llamó y me aseguró, pase lo que pase y ocurra lo que ocurra te prometo por mi madre que está muerta que nunca más te volveré a pegar. Lo cumplió.

Como decía, mi padre era un hombre hablador y ruidoso, pero a veces callaba demasiado. Tenía sus días de silencio, pero era un silencio también ruidoso, porque en él ocurrían cosas, aunque yo no pudiera entonces identificarlas. Cuando entraba en aquellos silencios repentinos era como si se marchara, y yo no sabía cuánto estaba de lejos, no sabía si estaba detrás de sus palabras suspendidas o detrás de sus ojos tristes que brillaban repentinamente o estaba más allá, en las montañas nevadas donde había hecho el servicio militar, con su traje de alférez de complemento y sus gafas de alambre, no sabía si estaba aún más lejos, en el fondo de algún océano o en algún lugar del universo donde se inventaban las constelaciones y los cometas. Callaba y era como si se alejara hasta el fondo de un túnel o estuviera a punto de estallarle la cabeza. A veces, después de aquellos silencios, cantaba. Cuando cantaba en soledad era como si callara, como si abandonara su voz en los brazos de otra gente que él imaginaba. Un día le pregunté por qué cantaba siempre las mismas canciones, y me aclaró, no es la misma, parece la misma, pero no lo es, el pan que comes cada día parece el mismo, pero cada día es diferente, y el agua del río en la que te bañas también parece siempre la misma y cada vez es agua diferente. Ahora pienso que tal vez aquellos silencios y aquellas canciones fueran para él un alimento, o un analgésico, el bálsamo necesario para su herida abierta de par en par.

De algunos sucesos tengo varias versiones en la memoria. Supongo que nunca sabré cuál es la verdadera, o puede que todas lo sean por igual. Me llega el recuerdo remoto de un pantano, de una presa inmensa contenida en medio de los montes por una pared gigante de hormigón. Tenía ocho años cuando mis padres me enviaron, contra mi voluntad, a un campamento de verano para los hijos de los trabajadores de las minas. Había hileras de barracones cerca del río y a la espalda del campamento se alzaban amenazantes las compuertas de la presa.

Cuando, después del toque de queda, todos guardábamos silencio, por los tejados de los barracones, según los monitores, caminaban los fantasmas, almas forasteras y sin cuerpo que venían a alborotarnos los sueños. Para disimular su invisibilidad, los fantasmas llevaban una sábana blanca sostenida por los ganchos oxidados de la mala voluntad. Los monitores nos amedrantaban con historias inventadas de terror y violencia para ahuyentar las molestias de su tiempo de fastidio. Nosotros, acurrucados bajo la manta, evitábamos incluso respirar para no provocar a los fantasmas, y los monitores jugaban a los dados o a las cartas, bebían aguardiente o se arrimaban al pueblo por turnos para capturas de amor de las que después alardeaban de viva voz. Con el silencio oscuro llegaban los sollozos sordos y la desesperación sin límite. Apretando los ojos y los puños añoraba hasta el dolor la casa de la cocina de carbón, el corredor de los geranios, la higuera gigante y el desván de las musas dormidas. Suspiraba por los abrazos tiernos de mi madre y por las palabras sabias de mi padre. No podía entender cómo ellos, que eran mi protección, me habían abandonado en aquel infierno. Había un monitor, con el bigote roto por la mitad, ante el que temblaba de terror con que sólo me mirara. Tenía una nuez prominente en la garganta que se le movía arriba y abajo cuando gritaba. Como nos daban de comer purés de verduras y sopas jardineras y ciruelas sin tasa era frecuente que se nos soltara la tripa y tuviéramos que acudir a las letrinas varias veces durante la noche. Las letrinas eran celdas inmundas, tabicadas a los lados, con el frente sin puertas y con un agujero en el suelo del tamaño de un balón por el que si resbalabas y te caías en el lodo repugnante irías a parar a las calderas del infierno. Estaban pegadas al río, para el desagüe fácil, al otro lado de los barracones. Había que atravesar una explanada de tierra en la que hacíamos los ejercicios de gimnasia y la instrucción militar.

La explanada por las noches aumentaba de tamaño.

Cuando salías apurado del barracón se adivinaba al fondo, casi en el infinito, la luz débil de las letrinas. A la espalda quedaban los fantasmas contemplándote desde el tejado. A la izquierda se alzaba amenazante la muralla de la presa, y a la derecha se adivinaba el camino del pueblo, por el que siempre aparecía una pareja de guardias civiles con el cigarro en la boca y apuntándonos con el fusil. Les gustaba asustarnos y vernos correr como centellas hasta las letrinas. Se reían a carcajadas. Nunca supe si aquellas carcajadas siniestras que retumbaban en la muralla del pantano

eran de los guardias sin alma o de los fantasmas sin cuerpo. No siempre conseguía yo sujetar la tripa antes de alcanzar el agujero infernal de las letrinas, así que, si no conseguía llegar, tenía que meterme en el río y lavar el pantalón del pijama y limpiarme yo en aquellas aguas heladas y sombrías que, según los monitores, estaban abarrotadas de víboras venenosas y nocturnas.

Las noches en los barracones eran un infierno. A nosotros nos llamaban flechas, porque éramos los más pequeños. Luego estaban los arqueros y los cadetes. Al principio yo pensaba que nos llamaban flechas por cómo salíamos disparados cada noche camino de las letrinas. Sitúo aquellas noches entre las experiencias más angustiosas de mi vida.

El día en que mis padres me llevaron al campamento lo hicieron en un coche grande y negro de un tío de mi madre que era chófer de los ingenieros de la siderúrgica. Él nos llevó, antes de entregarme a los monitores, a visitar a una familia amiga que tenía en aquel pueblo. La casa, pintada de azul, tenía un corredor inmenso y estaba en medio de un huerto espléndido. Nos ofrecieron una merienda abundante a base de embutidos de la casa y pan de leña. Ellos bebieron vino y a mí me invitaron a un refresco de naranja.

Después de varias noches de angustia y de terror decidí que no podía soportar más sesiones nocturnas de fantasmas, guardias y diarreas incontenibles, y una mañana, después de la misa campera, me escurrí por el ablanedo y tomé el camino del pueblo. Pensaba llegar a la casa de la familia amiga del tío de mi madre. Aquella buena gente me liberaría del horror y me llevaría junto a mis padres. Llegué feliz a la casa azul y enseguida me reconocieron. Entre sollozos les hablé de mi condena y de mis sufrimientos y me ofrecieron un refresco. Pero cuando terminé la bebida me llevaron de nuevo al campamento. Aquel día descubrí el significado de la traición y también recibí una lección importante sobre las consecuencias de la rebelión. No sé si los traidores hablaron con los monitores o si mi fuga les movió a la compasión, pero lo cierto es que a partir de aquel día me castigaron sin purés de verdura, sin sopas y sin ciruelas. Me obligaban a comer arroz blanco con zanahorias, plátanos, manzanas y membrillo. Lo llamaron castigo, pero a mí me parecía una recompensa.

La vuelta fue en autobús y cuando mis padres fueron a recogerme les pregunté llorando que por qué me habían abandonado, eso les pregunté,

y mi madre murmuró, pobre hijo mío, y mi padre exclamó, vaya por Dios, eso dijo, vaya por Dios. Años después, cuando en el internado alguien leyó en el Evangelio aquella misma pregunta puesta en boca de Jesús y dirigida a su padre Dios, reviví aquel tiempo de abandono y desesperación y me identifiqué hasta el misticismo con aquel Jesús lloroso y abandonado en el huerto de los olivos que iba a ser crucificado sin remedio.

No volvería a ir de campamento hasta cuatro años después, y porque fue una actividad obligatoria organizada por el internado. Sería en el mes de junio. Lo sé porque unas semanas antes había nacido mi hermana y me la llevaron al campamento para que la conociera. Este campamento segundo no estaba lejos del pantano y del campamento primero. Vestíamos uniforme, una camisa gris niebla y un pantalón corto y azul, calcetines blancos y gorra y cinturón, y llevábamos cruces e insignias y nuestro lema era, vale quien sirve, ése era el lema, vale quien sirve, y nuestro patrón, porque teníamos patrón como si fuéramos una parroquia, era Fernando III, que había sido santo y rey y que había nacido en un pueblo zamorano llamado Peleas de Arriba. Dormíamos en tiendas de campaña y por las noches había fuego de campamento, que era una actividad que consistía en sentarse alrededor de una hoguera y contar cada uno una historia o un chiste o cantar una canción. Mi timidez me impedía actuar en aquellas reuniones nocturnas. Pero una vez me obligaron y me acordé de las musas y de los candelabros y, temblando de vergüenza, les conté la historia de las nueve musas que me había enseñado mi padre. Los monitores me felicitaron y los niños me aplaudieron.

Teníamos la memoria virgen, limpia, como un libro sin escribir, y todo parecía estar en el inicio o a punto de comenzar, y aún nos faltaban palabras para nombrar tantas cosas nuevas. Mi madre miraba a mi hermana como si se la acabaran de regalar y yo las miraba a las dos como si estuviera asomado a una ventana y descubriendo un paisaje diferente. La mirada de mi madre no me parecía la misma de siempre. Tampoco yo miraba de la misma forma. En un solo día las cosas podían cambiar, tener un significado diferente.

Pero en aquellos cuatro años, entre el primer campamento y el segundo, habrían de pasar otras muchas cosas.

Mi padre me había hablado mucho del mar. Yo imaginaba el mar grande y terrible, como si en él se hubieran juntado todas las aguas del mundo. Él me explicaba que dentro del mar vivían millones de peces diferentes y que había bosques y montañas dentro del mar, y cuevas enormes que llegaban hasta el centro de la tierra, y también me hablaba de los oleajes y de las tormentas marinas. Decía que el mar era como el corazón del mundo y que cuando el mar latía muy fuerte temblaba toda la tierra. Así que yo lo imaginaba terrible. Pero mi madre decía que no le hiciera caso a mi padre, que también existía un mar tranquilo, que era el mar del verano, un mar que llegaba a las playas de arena sin aspavientos para que la gente se bañara y se tumbara a tomar el sol. Era el mar de los baños, el mar de los veraneos.

Algunos de los que habían conocido el mar, como el niño que quería ser cantante o el nieto del dueño de la mina, nos contaban que el mar era de varios colores que iban cambiando durante el día, y que a veces había tantas procesiones de cangrejos en la arena que no se podía ni andar, y también nos decían, quienes lo habían visto, que al lado del mar las casas estaban muy juntas y subidas unas encima de otras formando murallas y torres para defenderse de las aguas cuando se ponían bravas, y que esas casas estaban pintadas de colores vivos, porque utilizaban en ellas la pintura que sobraba de pintar los barcos. Los más exagerados hablaban de algas asesinas que te enredaban los pies y de peces que podían devorarte, pero a estos no los creíamos, porque sabíamos que lo decían para asustar.

Un día mis padres me anunciaron que iríamos a conocer el mar. Tomaríamos el tren y pasaríamos quince días de vacaciones en la casa de una tía de mi madre que vivía cerca del mar. Era la tía que había perdido un hijo en la mina, la que le había escrito a mi madre las cartas de amor. Ella tenía mucho coraje y un día tomó de la mano a la hija que le quedaba y abandonó el pueblo de los malos recuerdos para irse a trabajar y a vivir cerca del mar.

El mismo día que llegamos, mi padre me llevó de la mano a conocer el mar. Siento aún su mano apretando la mía.

Era lo más grande que había visto jamás.

Daba miedo mirarlo.

Fue como si el mundo acabara de comenzar.

A lo lejos, muy lejos, había una raya que separaba el cielo del mar, y mi padre me dijo que era la línea del horizonte. Parecía recién pintada a propósito. Me explicó que aquella línea era imaginaria, porque nunca se podía alcanzar, y que, según navegabas hacia ella, se iba alejando, y así, persiguiendo la raya del horizonte, podías dar vueltas a la tierra por toda la eternidad. Así que no era una raya de verdad, y por eso la tierra era redonda y el mar no se terminaba jamás. También me decía mi padre, mientras caminábamos por un paseo de baldosas rojas y barandillas blancas, que algunos marineros se volvían locos buscando el final del mar. Las gentes de los pueblos que tienen mar, me aseguró, sueñan con mayor intensidad, como de una manera más descarada y sustancial, por eso pasean por la playa descalzos y en solitario y con las manos a la espalda, porque van soñando con el final del mar. Pensé que allí metida estaba toda la lluvia del mundo, todo lo que había llovido desde que se había inventado la tierra, y me entraron ganas de llorar, pero no era por la tristeza, sino por aquella emoción que sentía y por cómo me latía el corazón.

Pude oler lo salado del mar.

El aire era fresco y espeso, se podía sentir en la boca, se podía tragar, y era como tragarse un trozo de pescado, y también era como si aquel aire del mar, aquella brisa o corriente marina, te alimentara. Estás sudando, me dijo mi padre, y nos sentamos en un banco frente a aquel mar extraordinario hasta que se me pasara el sobrecogimiento que me había acelerado el corazón y apretado los pulmones. La gente que paseaba descalza por la playa tenía el color de los periódicos al sol. Él me habló entonces de la luna y de las mareas, y de las gaviotas, que parecían cuervos vestidos de novias, y de los acantilados, y aquel día aprendí muchas palabras nuevas. Las bandadas de pájaros grandes, blancos y negros, se desplazaban sin cesar al ritmo de un vocerío ensordecedor. Cuando ya nos íbamos, vimos un barco que parecía una fábrica flotando en medio del mar, porque tenía mástiles gigantes y grandes chimeneas que escupían humo blanco y negro, y lanzó aquel barco varios bocinazos que espantaron a las gaviotas y a mí me empujaron a buscar asustado los brazos de mi padre.

Aquel día me sentí sacudido por una angustia feliz.

Mi padre me había advertido de que en la ciudad había grandes cubos donde arrojar las basuras y que la gente, después de las mudanzas o

cuando vaciaban la vivienda de algún muerto, dejaba muebles y ropa y montones de libros junto a los cubos. También se llamaban contenedores, y anoté esta palabra en la lista de las palabras recién nacidas. Así que a la vez que conocí el mar descubrí los contenedores para las basuras. No vi ningún libro junto a los cubos, pero sí paquetes de periódicos atados con cuerdas, una guitarra partida por la mitad y alguna silla desarreglada y muerta. Junto a otro contenedor había jaulas de pájaros aplastadas, un diván apolillado y una fiambrera mugrienta. Le pregunté a mi padre por qué en la ciudad la gente tiraba tantas cosas. Me dijo que no tenían sitio para guardarlas, porque los pisos eran pequeños y carecían de desván, y que tampoco tenían tiempo para repararlas, porque en la ciudad el tiempo duraba menos. Otra noche que salí a pasear con mis padres vi a hombres andrajosos y a gatos famélicos hurgando en los cubos de la basura. Buscan comida, aseguró mi madre, o algo que puedan vender en el rastro de los domingos. Un día él encontró junto a la basura un libro sobre la vida y los milagros de Martín de Porres, un santo mulato que siempre llevaba una escoba y al que mi madre conocía por una novela de la radio, y ella dijo que tirar los libros a la basura era una fea costumbre, pero que tirar libros que hablaban de santos, además, era pecado mortal.

Mi madre no tenía tiempo para leer y a veces mi padre le leía en voz alta cuando ella zurcía la ropa, pelaba las patatas o escogía las lentejas. Algunas noches, después de cenar y de acostar a mi hermano, ella tejía la lana mientras yo resolvía las cuentas que mi padre me escribía a lápiz en el mármol de la mesa. Se escuchaba el chocar de las agujas y ella miraba de vez en cuando un papel de dibujos como si fuera una partitura. Mi padre leía. La música de aquellas noches en la cocina, el chocar de las agujas del punto, el crepitar del carbón en el fogón, el vuelo de las hojas del libro de mi padre y el sonido de mi lápiz escribiendo los números en el mármol, aquella música era como la sinfonía de la pertenencia y de la seguridad. A veces mi padre me decía, atiende, una palabra nueva, y me la nombraba, me la explicaba y yo la añadía a la lista. Una noche mi madre me comentó, con tantas palabras que estás coleccionando acabarás siendo un escritor sin remedio. Mi padre la miró y le dijo, nadie consigue ser escritor únicamente a base de palabras. Los miré a los dos y les advertí, no pienso ser escritor. Aquella cocina, en aquellos momentos, era grande como el mundo. Mi madre siempre parecía absorbida por tareas interminables, barrer las pelusas vivas de los rincones, cocer las mondas de las patatas

para los cerdos, llevar el maíz a las gallinas, degollar el conejo para el arroz de los domingos, armarse de aguja e hilo para acabar con los agujeros de los calcetines, preparar los semilleros para las siembras de la primavera, remendar los bombachos de mi padre, tejernos las bufandas de los fríos y de las nieves, freír las patatas de todas las cenas, llenar la lata del carbón para la cocina y cientos de tareas más que ocupaban todas las horas del día y parte de las horas de la noche. A veces ella cantaba y entonces las tareas de cada día no parecían castigos, sino estribillos de una vida feliz. Los pensamientos de cada día atravesaban su mente a toda velocidad, como si apenas tuvieran tiempo para desarrollarse, y al instante se transformaban en movimientos frenéticos. Una vez mi padre leía sentado en una silla en el corredor y ella tendía la ropa cantando. Él le reprochó, deberías sentarte alguna vez a leer algún libro, y ella se quitó la pinza de la boca y le contestó, aquí con uno que lea basta, y volvió a morder la pinza y compuso en los ojos una expresión torcida.

Mi madre se volvía más joven al lado del mar.

Se le iban algunos años con aquella brisa marina.

Estaba hermosa y joven con aquellos vestidos de flores, el pelo suelto y la pamela con lazo que le había conseguido mi padre en una feria de novedades. Se compró unas sandalias de fantasía y se pintó las uñas de los pies. Una noche mi padre se puso corbata y la llevó a bailar a unos jardines con orquesta que había junto a la playa.

De aquel primer veraneo junto al mar también conservo dos recuerdos que no sé por qué motivo siempre se me presentan unidos. A mi padre le gustaba perderse entre las rocas con un guante y un gancho de hierro en busca de pulpos. Metía el gancho en los agujeros y cuando sentía que los brazos del animal abrazaban el gancho tiraba con fuerza. Él decía que el pulpo era el animal más antiguo de la tierra y que era el más sensible de todos porque tenía cientos de oídos repartidos por los brazos, y además tenía tres corazones. Recuerdo que volvíamos con un pulpo metido en un caldero caminando por la playa y de pronto las campanas de todas las iglesias comenzaron a repicar.

Se había muerto el papa.

De camino a casa mi padre me habló de aquel papa bueno que se asomaba a la ventana para pedirle al jardinero que saltara hasta sus aposentos para no tener que comer en soledad. Al llegar a casa mi padre soltó el pulpo en la bañera hasta que mi madre y mi tía lo metieran en el

agua hirviendo. Pesa por lo menos dos kilos, anunció orgulloso mi padre para impresionar a mi madre y ella le dijo, eres el mejor pescador de pulpos de la tierra.

Los recuerdos son siempre arbitrarios, porque la memoria se mueve a un lado y a otro, arriba y abajo, como el agua de un tonel cargado en un viejo carro que avanza por un camino empedrado. El cerebro se defiende de ciertos acontecimientos ajustándole las cuentas a la memoria. Hay cosas que sólo escuché y mi memoria asegura que fui testigo de ellas. Hay otras que necesariamente tuve que presenciar y que, sin embargo, sólo recuerdo haberlas escuchado comentar.

Los mineros continuaban pasando todos los días camino de los pozos y a menudo llovía sobre ellos sin misericordia alguna. A la vuelta del trabajo se paraban en los chigres a beber, porque venían atragantados por tantas horas de respirar el polvo negro de la mina. Volvían a casa de vino en vino, escupiendo el carbón, tosiendo el polvo en los oscuros pañuelos de pita, remojando los gritos en la garganta y blasfemando para pedirle cuentas a Dios. En los chigres parecían alegres, distraídos, inocentes, y se apoyaban unos en los otros y se golpeaban la espalda y se hacían burlas y se gastaban bromas. Algunos jugaban a las cartas y fanfarroneaban y discutían y cantaban las cuarenta como si dieran cuenta de la llegada del apocalipsis. Hablaban de ferias de ganado, de accidentes de mina, de las denuncias arbitrarias de los guardias, de enfermedades, de forasteros, de las anguilas pescadas en el río y de los mendigos recientes. Había quien hablaba del futuro de los hijos y de las revoluciones que habían sido aplazadas. También hablaban de mujeres ardientes y espléndidas que no existían. Unos citaban la mala racha y otros se referían a la suerte cuando venía de cara. Había una alegría inagotable, unas permanentes ganas de bromear. Los más bulliciosos alborotaban todos los días con sus picardías como si fueran niños. Los chigres eran lugares oscuros y ennegrecidos por el tabaco y por el humo de las estufas de carbón e impregnados con el olor ácido y rancio del vinagre. En los chigres, al anochecer, a veces se reñía a gritos y a empujones, cuando no a puñetazos. El alcohol de mayor consumo era el vino que venía de las bodegas castellanas en los pellejos, que eran pieles de cabra curtidas con corteza de mimosa, untadas con

aceite de pescado y embadurnadas de pez, que era la resina de los pinos. Había vinateros mañosos y sin escrúpulos que multiplicaban el vino de los pellejos a base de polvos mágicos y agua de la fuente.

En el almacén de vinos el vinatero de los pelos de alambre, que era el padre del niño que coleccionaba huevos, cantaba los boleros a gritos bajo la luz amarillenta de la única bombilla sucia de mosquitos. Había un olor intenso a polillas y a vino agrio. El techo era un manto de telarañas centenarias. Nunca las quitaba porque decía que las arañas protegían al vino de moscas y mosquitos. Al capitán de los rojos le gustaba beber y charlar con el vinatero. La charla animada y amistosa, que se iniciaba a la media tarde a base de tragos cada vez más compulsivamente largos, terminaba a la noche en sorda y blanda conversación de borrachos. El vinatero, delgado y con los ojos saltándole de las órbitas, era un hombre descreído, sin religión y sin aficiones políticas de ninguna índole. Los comunistas, le decía al capitán, sois como los católicos y como los fascistas, sectas del carajo, primero la formación doctrinal, después las actividades y cultos obligatorios, dogmas inventados y rituales de mierda, y la vigilancia mutua y la disciplina y el cuerpo místico y todas esas zarandajas, y por último las prédicas y los apostolados o, como lo llamáis vosotros, la concienciación, y las conversiones y los mensajes de salvación, todos lo mismo, una pura mierda, y al que se quede fuera, látigo. Vinatero, le respondía el capitán, no me toques los huevos y dedícate a tus pellejos, ese polvo que le echas al vino te pone la cabeza loca. El vinatero, cuando concluía las mezclas y daba por terminada la discusión con su amigo el rojo, cerraba el almacén y se iba a casa a escuchar las súplicas de su mujer, empeñada desde hacía tiempo en que emigraran a Bélgica. El capitán se metía en el pajar de las municiones secretas a soñar con el fin del mundo.

En los chigres siempre se cantaba, y las voces torpes y desafinadas de unos se perdían en las voces sublimes y entonadas de otros, como si la contribución de cada uno en la canción unánime proporcionara a los cantores la ilusión de sentirse parte de algo importante y ahuyentar así, por medio de la música, la peste del desamparo. Tanta era la unión en la melodía colectiva que al término de la pieza, habitualmente del género popular, se abrazaban unos a otros, reían, brindaban, se palmeaban la espalda y, los más sensibles, dejaban asomar alguna lágrima.

No entendía yo por qué los hombres se ponían tan alegres cuando cantaban juntos, si las canciones eran llorosas y tristes.

Al capitán de los rojos, cuando estaba muy borracho, le hacíamos de rabiar y él levantaba el puño y nos enseñaba una llave gigante y nos amenazaba con abrir el arsenal que tenía escondido en el pajar. Allí aseguraba tener granadas de mano, fusiles de asalto con bayoneta, balas, pistolas y dinamita. Nunca lo creíamos.

Mi padre, en aquel tiempo, solía cantar solo.

Lo hacía mientras trabajaba con la madera o con las piedras, y también cuando afilaba la guadaña o cuando trituraba las manzanas para la sidra con el molino que había inventado. Las canciones de mi padre eran algo más modernas, porque él todos los días escuchaba las músicas de la radio que él mismo había construido.

Algunos de los que bebían en el chigre habían asistido a las clases particulares de mi padre para preparar las reválidas, pero habían desistido. Ahora, para ellos, la vida no era el futuro, la vida era un asunto de cada día. La tristeza estaba mal vista en el chigre y por eso había quien se reía sin burla y sin intención, sólo para ocultar pesadumbres. Los más afligidos eran los que más bebían. A la hora de la cena, ya algunos estaban muy tristes y con los ojos encendidos, pero no sufrían, porque habían olvidado el motivo de su tristeza.

Algunos domingos eran especiales porque a la tarde había baile en la sala de fiestas. Siempre eran acordeonistas los que tocaban, a veces acompañados por alguien a la batería. Había acordeonistas que, además, cantaban. Mi tío, el que había emigrado unos años a Bélgica, nunca cantaba, porque no sabía. Él tocaba de solfeo, con partitura. Casi siempre lo acompañaba el falangista a la batería. La canción que mejor tocaba mi tío era un tango famoso y quien mejor lo bailaba era el entibador que vivía enfrente de nuestra casa y del que decían que manejaba el hacha como si fuera un cuchillo de cortar el pan. Pero el entibador no bailaba el tango con su mujer, que estaba muy gorda y era mucho más grande que él, lo bailaba con cualquiera otra que se ofreciera voluntaria, como la mujer del carnicero, la que había quedado preñada con la planta de la cirigüeña, que se entregaba al tango arrebatado con pasión y sin miramientos. Dónde aprendiste tú a bailar el tango de esa manera, le preguntaba el carnicero a su mujer, y ella, a pesar de su languidez, proclamaba delante de todos, en un sueño que tuve una vez con un tanguero argentino. A pesar de bailar

muy bien el tango, el entibador era un hombre de buenas inclinaciones. El baile es beneficioso, decía él, porque calienta la sangre. Además de bailar los tangos como si fuera argentino, el entibador jugaba muy bien a los bolos. El tango y los bolos tienen mucho que ver, aclaraba el molinero lector, soportan cumplidamente un correcto parangón, porque en ambas actividades se trabajan la flexibilidad de los brazos, la puntualidad del impulso y el giro de las caderas. Al molinero se le notaba en el hablar que leía mucho. Decía el molinero que los tangos que bailaban el entibador y la carnicera en la sala de fiestas eran impetuosos y ardientes.

En la sala de baile los mozos y las mozas sin emparejar se cruzaban miradas calientes y extrañas y movían arriba y abajo las cejas. A veces las mozas bailaban juntas hasta que ellos se decidían. A mitad de los bailes había una rifa para ayudar con el emolumento del acordeonista. Lo mismo se rifaba un jarrón de cerámica para las flores que una lata de medio kilo de sardinas en escabeche. A veces venía una orquesta de tres componentes con uniforme, así que los gastos eran mayores y las rifas más caras y los regalos más importantes, una pieza de cecina leonesa, un salchichón aragonés o un reloj de colgar en la cocina. La orquesta tocaba ritmos modernos y melodías del extranjero. A las parejas de novios les gustaban las piezas lentas para mirarse a los ojos con picardía. Algunas tardes había algún conato de pelea. Tú no toques a mi novia que te meto, qué más quisiera tu novia, oye tú que mi novia no es ninguna fresca, no lo sabes tú bien, puta lo será tu madre y te voy a partir la boca. Se iniciaba la pelea y la muchedumbre del baile se desplazaba como una serpiente, se estiraba y se encogía con música de gritos, hasta que el entibador o el turista o alguno de los hijos del taxista se lanzaban a sujetar a los enzarzados.

El cantante de la orquesta de tres, que también tocaba la guitarra española y la pandereta, era amigo del oficinista de la mina del monte, que cantaba muy bien las rancheras, así que cuando tocaban alguna le pedía que lo acompañara y cantaban a dúo. El oficinista hacía muy bien la segunda voz, aunque siempre lo silbaban, por la inquina que le tenían, especialmente los jóvenes, que lo consideraban empalagoso y pelma, pero él nunca se daba por aludido.

Observaba yo cómo con el alcohol los idiotas se volvían más idiotas, cómo a los sabios se les trababa la lengua, cómo a los sensibles el rostro se les llenaba de lágrimas, cómo los violentos terminaban haciéndole daño a alguien, cómo los graciosos perdían la gracia en la repetición de sus impertinencias y cómo los tímidos no controlaban la repentina extroversión que ocupaba su cerebro.

Había algunas mujeres que bebían.

Ellas tenían que hacerlo a escondidas. En el comercio compraban el vino blanco para guisar o el anís para las rosquillas. Había una mujer anciana que escondía las botellas en el corral y cuando salía de ordeñar las vacas iba tambaleándose por el callejón, derramando la leche de los calderos y recitando refranes sin sentido. La mujer del caminero, que vendía nueces y avellanas garrapiñadas en las ferias de los pueblos, bebía el anís en un frasco oscuro de farmacia con la etiqueta del ácido cítrico. Lo sorbía por una paja. Me viene bien para la fatiga y para el engrase de las articulaciones, decía ella, y añadía, no es ácido cítrico, es té de la India que me trae el melero manchego. Según ella también le alcanzaba el beneficio de aquel té que sorbía por la paja sin parar para sus desarreglos propios como mujer, que eran muchos al haber padecido su cuerpo cuatro abortos y un parto difícil con la criatura muerta. Decía que era té, pero todo el pueblo sabía que llenaba el frasco con anís corriente. Volvía de las ferias tambaleándose. Su marido quitaba la hierba de las cunetas y colocaba las piedras para que las aguas alborotadas no se llevaran la tierra de los caminos. Su hermano era el guarda forestal. Está así, le decía el guarda a su cuñado, desde que nuestro padre se quitó la vida. El caminero no tenía un solo pelo en la cabeza, pero no se le notaba, porque siempre llevaba una boina amplia y negra. Me gustaba contemplar al caminero arrancando las malas hierbas con una paciencia infinita. No le gustaba su profesión, siempre penando solo cada día por los recodos de los caminos hasta que al anochecer volvía a casa para acostar a su mujer, rendida ya por el anís del frasco del ácido cítrico. Su verdadera vocación era la de arriero, una buena mula y semanas enteras lejos de casa. Cuando venían los arrieros castellanos les pedía modo, pero siempre le daban largas. A veces pensaba en vender las herramientas y el carretillo, comprar un animal de carga y hacerse arriero por cuenta propia, pero desistía, porque no tenía contactos y, además, cada vez que contemplaba la ruina de su mujer la voluntad se le quedaba quieta.

Con los años hube de contemplar a personas muy queridas precipitándose en el abismo de esa quimera, desvarío o figuración, y en esa encrucijada de los demonios pude verlos llorar muchas veces con lágrimas indefensas, grandes y solos, huérfanos de sí mismos, hundidos en una aflicción tan grande que la compasión que provocaban se transformaba en lástima hacia uno mismo y hacia el universo entero.

En aquel tiempo de la infancia, que era tan grande como el mundo, había muchos borrachos, así que había mucha desilusión, mucha tristeza y olvido en abundancia. Los borrachos perdían la memoria y el equilibrio, perdían el dinero y la razón, hasta perdían el amor de las personas cercanas. Tal vez buscaran, sin saberlo, la compasión, una especie de consuelo por tanta desesperanza.

El padre del niño que se cargaba siempre con todas las culpas había llegado al pueblo para trabajar en las minas cuando aún era joven y estaba soltero. Venía de un pueblo extremeño y se casó con una hermana de la mujer del caminero. A la madre del culpable no le gustaba el anís, ella sólo bebía café con achicoria o infusiones de tila. El café la espabilaba y con la tila recuperaba la calma. El extremeño se emborrachaba hasta la inconsciencia una vez a la semana, normalmente los sábados, y cuando andaba aún en la media borrachera le daba por ir a buscar la escopeta de caza para matar a alguien. Cada sábado por la mañana su mujer le cargaba la escopeta con cartuchos vacíos de perdigones. La idea había sido del tendero. La madre del culpable los sábados abandonaba el café y sólo tomaba tila. Al extremeño nunca lo denunciaban ni tomaban en serio sus amenazas, porque sabían lo de los cartuchos vacíos. En todo caso, él nunca llegó a disparar la escopeta. La suya era una borrachera de amenazas. Cuando tenga edad para emborracharme, nos decía el niño culpable, no me voy a parecer a mi padre, sino al capitán de los rojos, sólo me emborracharé para divertirme. El capitán se emborracha para enfadarse, le decía yo y él me replicaba, qué va, se emborracha para reírse del mundo.

Soy un socialista empírico, decía el sastre de los retales cuando se emborrachaba, porque, si bien carezco de conocimientos científicos, busco la justicia con el corazón y las emociones. El molinero lector le apuntaba, antes eras anarquista. El sastre proclamaba solemnemente, he cambiado el fuego juvenil por el ardor del orujo, anarquista fui en Barcelona, aquí soy socialista empírico. Bebía y se reía a carcajadas y

farfullaba tambaleándose, el alma fatigada del pueblo ansía manantiales de luz. Con la borrachera se le incrementaba la cojera, así que volvía a casa abrazado al capitán de los rojos. Los dos caminaban torcidos y enunciando maldiciones e insultos al Caudillo Dictador y vivas a la República.

Aquel día trágico ayudaba yo a mi padre a limpiar la moto recién estrenada. Era una vespa azul con parabrisas y un portabultos galvanizado. Aquella adquisición trajo como consecuencia que yo heredara la vieja bicicleta verde que él había utilizado como transporte para ir a la mina durante años. Yo era aquel rey mago, me confesó mi padre, y pregunté, qué, y él me aclaró, el rey que hace dos navidades te trajo el carbón y la ceniza era yo vestido de Melchor, desde que hay cabalgata siempre hice de Melchor. Me quedé sorprendido, y él añadió, por eso conocía todo de ti. Le pregunté por qué lo había hecho, eso le exigí enfadado, por qué lo hiciste, y él me dijo, no lo sé, fue una tontería. Entonces, sin ocultar mi decepción, le grité, eres un mentiroso, y arrojé la bayeta contra el agua del caldero. Mi madre, que nos había escuchado desde la ventana de la cocina, me gritó, Dios te castigará si le hablas así a tu padre. A los pocos minutos de mi enfado y de la advertencia de mi madre escuchamos a la vecina de la casa situada frente a la nuestra gritando de forma desesperada. Era la mujer del entibador que bailaba tangos. Pedía auxilio y parecía decir que se le quemaba la casa. Acudimos los dos en su ayuda y cuando estábamos a un metro de su puerta vimos que esta se abría y que una enorme sartén incendiada volaba hacia nosotros. La primera reacción de mi padre fue apartarme de aquel fuego que volaba. Me empujó y caí, y el aceite hirviendo, en lugar de alcanzarme en la cara y en el pecho, me regó las piernas por la parte trasera. Aquella mujer, al ver que el aceite se había incendiado y las llamas habían alcanzado a la ropa que tenía tendida sobre la cocina de carbón, se asustó, tomó la sartén y la arrojó a la calle. No sabía que nosotros habíamos acudido a su repentina llamada de socorro.

Dicen que el dolor no se recuerda, y es cierto. Recordar el dolor supondría volver a sentirlo en cada recuerdo. Pero sí recordamos las circunstancias que rodearon a determinado dolor.

Mis piernas ardían.

Tanto ardían que corrí hasta la fuente y me metí dentro del abrevadero para apagar aquel fuego que me quemaba las piernas. Y pensé que me había castigado Dios por haber llamado mentiroso a mi padre. Luego dirían los médicos que, por aquella instintiva reacción que había tenido de meterme en el agua al instante, la curación había tenido mejor pronóstico. Mi padre también sufrió quemaduras, pero estaba tan pendiente de mí, tan aterrado por lo que a mí me había sucedido, que ni siquiera fue consciente de sus quemaduras. Él no se metió en el agua. Yo llevaba pantalones cortos. Él los llevaba largos y una de las perneras le desapareció. La evolución de sus quemaduras fue diferente a la mía. Mi hermano jugaba con unos palos sentado en la tierra cuando voló la sartén incendiada hacia nosotros. A él sólo le alcanzaron unas salpicaduras sin importancia en un brazo. Él no lloró de dolor, sino de pánico.

Mientras llegó la ambulancia las mujeres entraban en casa con remedios sanadores diferentes, mantecas de cerdo, claras de huevo, maicenas refinadas de maíz, rodajas de patata cruda, cataplasmas de cebolla, infusiones de manzanilla o compresas de caléndula. Mi padre las espantó a todas con amenazas e improperios y salieron de estampida y muy ofendidas. Cuando en la Casa de Socorro me hicieron la primera cura ya no sentía nada en las piernas. Me quitaban la piel quemada de los gemelos y de las pantorrillas con unas pinzas y no lo sentía, como si hubiera superado el umbral del dolor. Al ver aquello, dos personas que estaban presentes se desmayaron. Recuerdo que uno fue el conductor de la ambulancia. Ante la visión de la piel quemada y de las carnes vivas se les agotó el coraje y acabaron desvanecidos. Mi padre también perdió el conocimiento mientras lo curaban, sin duda por la tensión de verme a mí envuelto en aquel tormento.

En el hospital estuvimos uno al lado del otro. Él sólo estuvo ingresado tres días. Yo, un mes. El momento de las curas era como bajar al infierno. Él me contaba historias de héroes antiguos que habían conseguido vencer al dolor. Me hablaba de los dioses romanos, que siempre estaban enredados en aventuras extrañas, y me habló del dios Dolor, hijo del dios de la guerra Ares y de la diosa del amor Afrodita. Dolor era hermano gemelo de Fobos, que significaba pánico. Así que el pánico y el dolor eran gemelos y acompañaban a su padre a la guerra. Eran tan iguales aquellos gemelos que sólo su hermana Harmonía sabía distinguirlos, y siempre

iban juntos, porque por separado perdían toda la fuerza. Mi padre me explicaba que no había dolor sin pánico, ni pánico sin dolor, así que, si yo sentía dolor, una manera de evitarlo era distrayendo al pánico, y lo cierto es que en el tiempo en el que escuchaba las historias de mi padre, o leía los cuentos que me traía la mujer que me había quemado, me olvidaba del dolor. Por las noches escuchaba la voz de mi padre llamándome. Pronunciaba mi nombre en voz baja, susurrando. No sé si lo soñaba él o lo soñaba yo, pero sé que con sus palabras susurradas se me olvidaba el dolor.

En el hospital comencé a morderme las uñas.

La mujer que me había arrojado el aceite iba a verme al hospital casi todos los días y me regalaba cuentos y cromos y golosinas. Se siente culpable, decía mi madre. Cuando aquella mujer abría los ojos mostraba una mirada grande y tierna que abarcaba toda la habitación del hospital.

A los dos meses recuperé la piel de las piernas y pude volver a caminar. No me quedaron cicatrices ni secuelas, salvo la experiencia de haber sufrido unos dolores horribles por castigo de Dios. A mis padres nunca les confesé aquel convencimiento. El cura nos había hablado en la catequesis de los ángeles. Cada uno teníamos un ángel, o más bien era él quien nos tenía a nosotros, tomaba incluso nuestro propio nombre, así que había un ángel en el cielo que se llamaba como yo. Era guardián y era paciente, una flecha de luz, un soplo de viento agradable, una gota de lluvia en la frente, así lo explicaba el cura. Tenían alas y las movían para tranquilizarnos y para viajar cada día hasta el infinito y cada día volver a nosotros y cuidar nuestros pasos y limpiar nuestros sueños. Mi abuela me enseñó una oración breve que yo rezaba todas las noches arrodillado junto a la cama. Nunca dejes de creer en él, me decía mi abuela, y él siempre estará contigo. Cuando me quemé las piernas con el aceite le pregunté a mi abuela por mi ángel de la guarda. Ella guardó silencio, sonrió y me dijo, hasta los ángeles se olvidan a veces de sus obligaciones. Ni siquiera el ángel lo podía todo. Dejó que el aceite me quemara, le repetí, y ella me dijo, tal vez el ángel evitó que el aceite te abrasara el cuerpo, tal vez te salvó. No, no, no, le aseguré enfadado, fue mi padre quien me empujó y me dio la vuelta cuando la sartén venía hacia mí. O tal vez el ángel dirigió la mano de tu padre, insistió mi abuela. Un día me olvidé para siempre de rezar aquella oración breve. Cuando, años después, dejé de creer en Dios, continué sintiendo los aleteos del ángel soplándome las heridas,

limpiándome el barro, empujándome para saltar más lejos. Tardó en desaparecer aquel aleteo y cuando fui consciente de que ya no estaba, de que el ángel definitivamente había desaparecido, temblé de miedo.

Ya dije que mi padre era un hombre ruidoso. Mi madre, a su manera, también. A veces se dedicaban ruidos uno al otro.

En mi casa nunca se dormía la siesta.

De vez en cuando, sobre todo si llovía, mi padre leía y mi madre cosía. Mi padre leía algún libro o la revista *Selecciones*, a la que estaba suscrito con el cura y con el molinero lector. Entre los tres pagaban la suscripción. Era una revista que parecía un libro. Mi padre decía que era la más leída del mundo, una fuente de sabiduría universal, porque lo mismo se hablaba en ella de las pirámides egipcias o de los tesoros de un naufragio etrusco que de la crianza de los hijos felices o del miedo a volar. Atiende, le decía él a mi madre, te voy a leer este artículo sobre los alimentos que combaten el envejecimiento. Mi madre zurcía los calcetines utilizando el fondo de un vaso y escuchaba a mi padre sin replicar. Se sentaban en la salita uno frente al otro. Yo jugaba en el corredor con los vaqueros y con los indios. Los vaqueros eran los buenos, pero a mí me gustaba ir con los indios, aunque los apaches y los pieles rojas siempre perdían las batallas, porque los vaqueros tenían de su lado a los soldados y levantaban fuertes y utilizaban cañones de destruir. El fuerte quedaba arrasado y morían muchos rostros pálidos, pero los indios perdían todas las guerras.

El color del silencio es gris, al igual que el de los sueños.

A veces algún sueño saltaba del corredor al barro y se sentía un ligero chapoteo y la higuera alargaba sus ramas hasta tocarme. Mi padre decía que era una higuera secular y que merecía una exedra. Me explicó lo que era una exedra, incluso me hizo un dibujo en la tierra. Aquel asiento semicircular de piedra lo vería por primera vez cerca del internado del monte, junto a la campana gigante. Allí se sentaban los canónigos a leer el breviario. Atrapé la palabra *exedra* para mi colección.

Aquéllos eran silencios especiales.

Vuelvo a toparme con esos silencios cuando visito los claustros de los monasterios. No había nada que decidir, la lana se enredaba en las agujas movidas mecánicamente por las manos de acariciar de mi madre, y mi

padre pasaba las páginas del libro como si tuviera viento en las yemas de los dedos, y el pequeño dormía en alguna parte, y los indios eran derrotados una y otra vez por los soldados yanquis, y la lluvia caía sin ruido sobre los hórreos y sobre los pájaros ateridos y sobre la higuera sin exedra como si todo estuviera ya previsto y nada hubiera que decidir.

Para que algunos silencios vuelvan necesito envolverme en aquel silencio del corredor, en el silencio del claustro. Entonces los recuerdos hablan y los ruidos de la lejanía vienen a este silencio como el cantar de un romance antiguo, como la voz temblona de un niño perdido, y se manifiestan para conmoverme y me susurran una evidencia al oído.

Caminaba con mi padre hacia un caserío que estaba arriba en el monte, detrás de los castañeros. Él me decía, atiende bien, eso que escuchas es el concierto de Dios, porque Dios es, sobre todo, naturaleza. Se escuchaban los diferentes cantares de los pájaros, el sonido de la brisa entre las ramas y el crujido de las hojas, porque ya estábamos al final del verano.

En aquel caserío que estaba cerca del cielo vivían dos familias. Mi padre subía a ponerle inyecciones a un hombre enfermo. No cobraba por hacer de practicante, pero siempre volvíamos con nueces, con queso fresco o con alguna manteca reciente. El oficio de practicante lo había aprendido en las milicias, pues había estado destinado en el botiquín de alta montaña. En aquel caserío había tres viviendas, dos hórreos y cinco cuadras. Era una canga en la ladera del monte, y había huertas, árboles frutales y agua en abundancia. En una de las casas vivía la familia que visitábamos. En las otras dos vivían dos hermanos solteros que no se hablaban.

Uno de los hermanos sería, años después y durante mucho tiempo, el único habitante de aquel caserío. Tenía la mirada endurecida y la voz perpleja. De vez en cuando bajaba al valle a por un saco de pan duro, a por pilas para la radio y a por los periódicos atrasados. Los leía de principio a fin, como si fueran libros. La última vez que subí con mi padre hasta aquel lugar de zarzas y ortigas lo encontramos doliéndose de los reúmas. Tenía los labios resecos y los ojos húmedos. Nos dijo que tenía dudas, muchas dudas. De qué tipo son esas dudas, le preguntó mi padre, y él nos explicó, dudas de la existencia en general. Llevaba más de ochenta años viviendo en aquel trozo de mundo desbaratado e incierto. Su vida había estado siempre pegada a la inclemencia de la tierra. Al final de sus días, la enfermedad lo obligó a abandonar su paraíso, y anduvo

paseando un tiempo por la ciudad ruidosa y enemiga como un perro sin olfato, con el paraguas colgado a la espalda y la radio sonando en el bolsillo de la chaqueta. Hasta que se le hicieron insoportables los ruidos del nuevo mundo.

Cada estación tenía sus propios sonidos y su propio silencio.

Los ruidos del verano eran los de la hierba que agonizaba, los de las ramas que crujían, los del musgo suspirando y los del agua que se agotaba en los manantiales. El silencio del otoño era la agonía del verde o el sueño de una hojarasca quieta. En el otoño había lluvia de castañas. El silencio del invierno eran los copos de nieve. Cuando salía el sol la nieve se movía y tenía colores. Es como si despertara, le dije a mi padre, y él me aclaró, nada de despertares, cuando sale el sol la nieve se muere. En la primavera el silencio era verde y había flores que explotaban. Todo estaba lleno de promesas, el mundo entero era una promesa, y me gustaba aquella palabra que me había explicado mi padre, *utopía*, porque en ella se contenía la naturaleza del mundo, y los cerezos se llenaban de flores blancas, y eran aquellas flores la promesa de las cerezas jugosas y brillantes, y una sola flor era muchas cosas a la vez, porque era belleza y era esperanza, y era fuente de colores nuevos y de formas diferentes, y era inicio de otros inicios, y mi padre decía, las flores no mueren, se transforman, y yo lo entendía, y pensaba en lo sabio que era mi padre, porque él sabía explicarlo todo, sabía explicarme que en realidad no existía el principio, porque nada surgía de la nada, y no existía la muerte, porque nada terminaba, sino que se transformaba, y todo era un renacer continuo y un morir sin parar, así debía de ser, porque de lo contrario no tendría sentido que las flores del cerezo o las nubes o las crisálidas o el agua del río o nosotros mismos viniéramos de ninguna parte para terminar desapareciendo.

Cuando el viento arremetía contra los eucaliptos que había por encima del pueblo parecía como si Dios estuviera azotando el cielo a latigazos. Los eucaliptos eran árboles forasteros. Los habían traído las gentes de las minas porque crecían derechos y deprisa. A mi padre no le gustaban los eucaliptos, porque decía que destruían los bosques y agotaban la tierra. Mi madre recogía hojas y bayas de eucalipto para cocerlas y llenar la casa con vahos de caramelo.

Tampoco a mi padre le gustaba el viento.

En una ocasión vimos volar un viejo manzano por encima de la cuadra. Me abracé asustado a las piernas de mi padre. El viento viene lleno de

mundo, me dijo, escupe y seca, destruye y renueva, y se ríe de nosotros. Aquel día el viento tumbó una pilastra de la luz y tuvimos que alumbrarnos con las velas de los candelabros de las nueve musas y mi padre volvió a contarme la historia de cada una de ellas.

Cuando el viento venía del sur a mi padre le preocupaba que le brotaran las convulsiones.

No sé si es posible distinguir entre imaginación y memoria. La memoria habita en el universo de la fantasía, porque necesita las herramientas de la imaginación para enfrentarse al paso arrollador del tiempo, no quiere quedar disuelta, tampoco convertirse en piedra, y necesita la blandura y la luz de las imágenes creadas para no chocar contra la dura y oscura realidad. Construyo un camino, merezco un destino, observo incluso lo que nunca ocurrió, me recreo en ello, tomo la mano de mi padre para observar un cometa en el cielo o para contemplar la amplitud del mar, toco su hombro cuando lo sorprendo llorando, y entonces todo se sostiene y la memoria se prolonga, se mueve, vuela como yo vuelo en un sueño recurrente, y el disfrute del vuelo está en no perder nunca de vista la tierra.

La memoria tiene hilos que se prolongan más allá de este mundo. Prendidos de esos hilos hay personajes y palabras que a veces se alborotan o se incomodan y despiertan nuestra atención.

El oficinista de la mina del monte se dejaba bigote cuando llegaba la primavera y lo conservaba hasta la víspera de san Cosme y san Damián. Siempre vestía traje y corbata. La profesión obliga, decía él. Tenía muy buena mano para las cartas y su labia era inagotable. A su padre le habían tocado miles de duros con la quiniela del fútbol y negoció con el banco. A cambio de entregarle al banco el dinero del premio había que contratar a su hijo como administrativo de caja. Eso había ocurrido antes de la guerra. Después, el dinero de la quiniela se esfumó por una mala inversión, pero el hijo conservó el empleo. Cuando la mina del monte prosperó le ofrecieron la responsabilidad de llevar la contabilidad y aceptó y abandonó su puesto en el banco. Al tute no había quien lo ganara. Cuando cantaba las cuarenta se ponía de pie y saludaba a la concurrencia como un torero. Estaba delicado del hígado, así que sólo

bebía bíter sin alcohol, que era una bebida de hierbas amargas del color de la sangre. En el bajo de su casa tenía un pequeño almacén de bebidas del que se ocupaba su mujer. Vendían sifones, gaseosas, vino tinto de pellejo, vino blanco para los guisos y anís corriente para la repostería. Por qué no vendes más productos, le preguntaban, y él respondía, no quiero líos, en realidad no lo necesito, es sólo por tener entretenida a mi mujer, que una mujer sin hijos es fácil que se entregue a la ociosidad, y la ociosidad es la madre de todos los vicios, ya me entendéis. Cuando opinaba de algo se atusaba el bigote. A él los mineros no le contradecían las opiniones por la misma razón que a su mujer le compraban los sifones, por miedo a que se molestara y cometiera algún error intencionado con el cálculo de los destajos en el libramiento. Sólo el sastre de los retales se atrevía a llevarle la contraria en las discusiones políticas, pero con contención y prudencia, pues el oficinista le encargaba un traje cada dos años. Y tú, amigo oficinista, le preguntaba el sastre, de qué manera te sientes más realizado, antes como dispensador de dinero en la caja del banco o ahora como administrador de los dineros de la mina. Él miraba al sastre con desconfianza y le decía, donde realmente me siento realizado es aquí, en el chigre, cantándote a ti las cuarenta. Vana gloria, le decía el sastre, y el falangista se reía y le decía, en el fondo eres un buen parroquiano. Algún día, pregonaba solemne el sastre de los retales, dejaremos de ser parroquianos dirigidos para ser ciudadanos libres y dignos. El padre del oficinista, antes de perder su fortuna, compró una paloma mensajera para comunicarse con una hermana que tenía emigrada en las marismas del Guadalquivir. El oficinista, cuando murió su padre, le vendió la paloma mensajera al turista para que se comunicara con la novia que tenía en la tierra de los mosquitos. La política se resume en dos cosas esenciales, explicaba el oficinista mientras repartía las cartas, el respeto a las leyes y el mantenimiento del orden. Eso está muy bien, replicaba el sastre, pero quién hace las leyes. Bien sencillo, decía él, las leyes derivan de la ley natural y son perfiladas por la clarividencia de nuestro sereno Caudillo con la inspiración de Dios. No me jodas, no me jodas, anda, centrémonos en la partida y tengamos la fiesta en paz, sugería el sastre. El mayor rival del oficinista en el juego del tute era el entibador que bailaba tangos. Cuando el entibador repartía las cartas sus manos endurecidas y encallecidas por las herramientas de la mina parecían plumas de ganso. Las cartas, a las que el molinero llamaba naipes, volaban suavemente

sobre el tapete verde como si fueran de seda. Al oficinista le gustaba decir palabras atrevidas a las mujeres del prójimo. No eran galanterías floridas, como las que decía el afilador gallego que cantaba en andaluz, sino términos picantes y expresiones comprometidas. Un día te vas a ganar una hostia, le decía el entibador, y él, jactancioso y baladrón, se atusaba el bigote y replicaba, a ver quién se atreve conmigo. *Baladrón* fue una palabra nueva que me enseñó el molinero lector. Una noche oscura, cuando el oficinista volvía del chigre, lo asaltaron unos cuantos y lo patearon hasta romperle los labios y un par de costillas. Nunca se supo quiénes habían sido. Pasó una semana en el hospitalillo y, cuando volvió a la partida, el entibador le dijo, te lo advertí, y él lo miró con coraje y le aclaró, fue un asunto político y ya le indiqué al cabo por dónde deben encauzarse las pesquisas.

En los chigres, además de al tute, se jugaba a la brisca y a la garrafina, que era el juego del dominó, pero colocando las fichas en cruz. Quien mejor jugaba a la garrafina era el carnicero. Eres un buen hombre, le decía el sastre, aunque nos engañas más con la romana que con las fichas de dominó. La romana del carnicero estaba trucada. El molinero decía que el carnicero manchego cometía aquella irregularidad con alevosía. Lo sabían todos y por todos era aceptado. Para compensar aquel alevoso desequilibrio, el carnicero regalaba a los clientes, de vez en cuando, un chorizo sabadiego para guisar, una oreja de cerdo o un cuarto de cabeza de cordero. A su mujer se le ponía la cara amarilla y verde, que son los colores de la cirigüeña, y protestaba, pero él la callaba con algún refrán de cosecha más o menos propia, yo puedo más que tú, le dijeron los regalos a la justicia, o también, a carne regalada romana equilibrada. También le decía el carnicero a su mujer, ojos que no ven, corazón que no siente, y ella preguntaba, y eso qué tiene que ver, y él respondía, ay, mujer, está muy claro, el desajuste a nuestro favor de la romana no se ve, pero el cuarto y mitad de sabadiego sí. Los manchegos son así de listos, decía el molinero, no hay más que ver a don Quijote. Pues no era muy listo ese don Quijote, replicaba el sastre, que tomaba molinos por gigantes. Loco sí, aclaraba el molinero, pero ni un pelo de tonto.

Había un hombre que siempre estaba sentado en un poyo de piedra a la entrada del pueblo y nos decía ocurrencias o nos enseñaba refranes, unos viejos y otros recién inventados por él. Era el alcalde pedáneo. Él sabía el tiempo que iba a hacer en los días siguientes y lo anunciaba sin

reparos a cuantos le solicitaban la predicción. Lo sabía por el cerco de la luna, por las nubes cuando semejaban forros de lana de borrego, por la abundancia de las hormigas que volaban, por el movimiento de las bandadas de golondrinas o por la altura del vuelo de los grajos. Cuando la perdiz canta y el arcoíris bebe, nos decía, no hay mejor señal de agua que cuando llueve, y se reía a carcajadas. El sheriff de las pistolas y las espuelas solía bromear con él retándolo a los duelos y acariciaba las fundas de los revólveres con sus uñas negras en señal de espera, pero el hombre que predecía la lluvia levantaba el garrote y le decía, a garrotazos te voy a sacar de la cabeza tanta tontería. El hombre de los refranes que pronosticaba la lluvia fue quien nos habló del crimen del leñero. Nos dijo, venid conmigo, y nos enseñó el leñero de la sangre. Había leñas viejas, la mayoría podridas, de tantos años de abandono. Ortigas y zarzas encerraban las leñas que nadie se había atrevido nunca a tocar. Dos amigos muy amigos discutieron aquí mismo por un asunto de mozas, nos dijo él, se llevaban bien, eran inseparables, y aquel día se acaloraron, se insultaron y se violentaron, y no hubo allí nadie que los hubiera podido separar, y, cuando uno de ellos ya se iba y se disponía a cruzar el río por el paso de las piedras, el otro le lanzó el hacha con la que partía la leña y se le clavó en la espalda y con el hacha clavada terminó el herido de cruzar el río y cayó muerto el infortunado en la bolera, debajo del tilo, y el otro, horrorizado, huyó, eso hizo, huir al monte hasta que estalló la revolución, entonces bajó y luchó como miliciano y después se embarcó para Brasil donde anduvo unos años de balsero, hay constancia por las cartas que le escribió a su madre de que él no había querido matar a su amigo, sólo asustarlo, y de que anduvo de por vida perdido y arrepentido por aquella bravuconada de juventud, un aire de mala fortuna o los designios de la mala providencia.

El alcalde pedáneo que predecía la lluvia compraba el tabaco a granel, la hebra suelta, decía él, y lo liaba con mucha habilidad y con unas gotas de saliva que dejaba en el papel. Una mata de pelos negros y blancos le asomaba por los orificios de la nariz, amplia y roja. En realidad, no era alcalde de verdad, pues había un alcalde principal que gobernaba desde el Ayuntamiento en la capital del concejo. Él era como una especie de corresponsal que daba consejos al caminero y al guarda forestal, repartía las cartas y las citaciones judiciales y avisaba a los electricistas municipales cuando se fundía una bombilla del alumbrado público. También

convocaba las sextaferias, que eran los trabajos voluntarios y colectivos, y colocaba los mojones y señalaba los pasos de servidumbre y las fechas en las que por ellos se podía transitar.

Junto a mi casa había un viejo que se recostaba contra la carbonera esperando el sol. Él también predecía la lluvia por los dolores de sus rodillas, pero lo hacía sin interés. Parecía estar allí desde que se había inventado el mundo. Caminaba ayudándose de un par de bastones rudimentarios, atormentado por los dolores de un reúma que tenía su origen en lluvias inmisericordes y heladas sin miramiento. Sus huellas eran como rastros de caracoles gigantes. A veces sus pensamientos parecían rotos e iba soltando las palabras con desorden, poco a poco, como quien vacía los bolsillos de los restos de tabaco. Liaba los cigarros con tanta devoción y con tal ceremonial que parecía un cura en medio del trajín de la consagración. Aquellos dos bastones eran los brazos de su endemoniada costumbre. Su incredulidad era manifiesta y la llevaba sobre la espalda quebrada como quien lleva un saco de leña hacia sus propios infiernos para la hoguera final. Me gustaría morirme al sol, le decía él a mi padre. Un día sus huesos oxidados ya no quisieron moverse y se fue a recoger el hilo tenso de la costumbre final.

Los alféizares de las ventanas y las barandas de los corredores se llenaban de geranios y los pájaros empezaban a quererse sobre el brillo de los cables de la luz. Las crisálidas ultimaban los últimos detalles del milagro de su conversión y, a los pocos días de llegar la primavera, brotaban de las moreras y de los tilos y de las higueras los ejércitos de las mariposas.

Aprendí a reconocer el cántico de algunos pájaros.

Todo crecía deprisa y, a veces, una lluvia fina escribía brillos en el aire, y se apuraban, aún más, los crecimientos.

Es pura magia, decía mi padre, y me explicó la diferencia entre la magia y la superstición. Me dijo, ven, y me mostró una crisálida sobre una rama de aquella higuera vieja que invadía el corredor. Estaba a punto de explosionar y me dijo, esto es mágico, porque lo aceptamos, pero no lo podemos comprender, pero si la mariposa que surge del capullo vuela hasta posarse en tu cabeza y tú crees que eso te traerá una desgracia, entonces esa creencia tuya es superstición. Es mucho mejor la magia, le

dije, y él me aseguró que si miraba con atención a mi alrededor lo encontraría todo lleno de brillos y de sucesos mágicos.

Mi padre me regaló un álbum de mariposas.

De vez en cuando me sorprendía con algún sobre de cromos.

Así descubrí que algunas mariposas nacían sin boca porque sólo vivían un día, el tiempo justo para reproducirse, y pensé, esto es un milagro, y también descubrí que en algunos pueblos creían que las mariposas eran almas de doncellas muertas durante el parto, y pensé, esto es una superstición. Supe de igual manera por aquel álbum que había unas mariposas negras con manchas blancas y rojas que anidaban en las ortigas, porque las ortigas una vez se lo habían pedido por favor, hartas ya de que nadie las tocara, y no supe si aquello era magia o era superstición, y se lo pregunté a mi padre y él me explicó que aquello era una leyenda.

Tú también estás sufriendo como esas larvas una metamorfosis, me comentó, y a ti también un día te crecerán las alas que te alejarán de aquí.

Me lo dijo con mucha tristeza.

A mi padre y a mí nos gustaba mucho la primavera, con sus milagros de vuelos, de brillos y de colores.

Mi padre era minero, porque trabajaba en los lavaderos de carbón, y era carpintero, porque había hecho un gallinero y un armario para la ropa y un arca pequeña y tallada para guardar las fotografías, y también mi padre en los ratos libres era profesor de latín y de cultura general, y era practicante, porque ponía inyecciones y curaba las heridas, ya que había hecho el servicio militar en una compañía de alta montaña en la que se encargó del botiquín, y también mi padre organizaba excursiones a los santuarios del monte y a los pueblos de la mar, y era director y actor de teatro, y también tocaba el armonio, y tantas cosas era mi padre que a veces a mí no me parecía un padre, sino alguien que había llegado de lejos para salvar al mundo, alguien que lo sabía todo, porque había logrado que lo premiaran con treinta y dos matrículas de honor.

Tantas cosas era y tantos oficios tenía que con los años acabaría perdiendo la identidad.

Mi madre sólo era madre, pero su maternidad ocupaba toda la casa.

Los dos querían que yo estudiara para que no tuviera que entrar en la mina y para que fuera alguien, así lo decían ellos, para que seas alguien en la vida, y en realidad estudié para preguntarme, una y otra vez, quién era

yo y quiénes habían sido ellos, y, como sigo estudiando, pues todavía me lo sigo preguntando.

En casa nunca había dinero suficiente, ni siquiera en el tiempo de los crecimientos milagrosos de la primavera, y mi padre sonreía y miraba al cielo y recitaba en latín algún verso de Horacio o susurraba el estribillo de alguna antigua canción, y mi madre se afanaba en multiplicar las migas del pan y las gotas del aceite. Cuando mi padre llevaba cien pesetas en el bolsillo era el hombre más rico de la tierra, pero pronto llegaba mi madre a plantearle alguna mundana y fatídica necesidad y entonces él besaba el billete y le decía adiós y se lo entregaba a mi madre como quien suelta en el mar un mensaje guardado en una botella. A veces, mi madre le decía, deberías cobrar más por las clases, no nos alcanza el dinero, y entonces él la miraba y sonreía y guardaba un silencio tan descarado que a ella la hacía retroceder.

Un día un mayordomo vino a buscar a mi padre.

Era un hombre de baja estatura y tenía la cara arrugada y oscura, como de cuero curtido, y hablaba con la voz nerviosa y metálica, como si al pronunciar cada palabra le entraran temblores en los dientes y en los labios. Venía a solicitar los servicios de mi padre para impartir clases particulares de latín y de español a la hija de un ingeniero belga que había venido con su familia para ocuparse del negocio de la fundición del hierro. Las clases serían en el palacio que habitaba el ingeniero. La hija del ingeniero hablaba francés y necesitaba ayuda con el español y con el latín, así que mi padre era la persona indicada y él aceptó de inmediato.

El mayordomo había sido compañero de mi padre en el seminario. Mi padre me contaría, años después, que al mayordomo lo habían expulsado al poco de pasar al seminario mayor en el primer curso de Filosofía. Lo sorprendieron acariciando a la monja que se ocupaba de la lavandería. El mayordomo juró y perjuró que no la acariciaba por malicia o por vicio sino porque era una monja llorosa y falta de cariño. A él lo expulsaron antes de que acabara el día y a ella la enviaron a la clausura.

Fue el mayordomo quien me habló del momento en el que él y mi padre habían ingresado en el seminario. Con frecuencia fallaba el suministro eléctrico, me dijo, y estudiábamos a la luz de las velas. Me

contó que muchos días únicamente comían caldos verdosos sin apenas sustancia y que algunas noches el frío era tan insoportable que dormían cuatro en cada cama, dos a la cabecera y dos a los pies, para darse calor. Hacía pocos meses que había terminado la guerra cuando llegaron al seminario. Los llevaron en un camión desde la ciudad hasta el pueblo en el que habían habilitado el seminario menor en un convento desvencijado. En el trayecto pudieron contemplar el paisaje de los escombros, con las casas mutiladas y los campos destripados por las bombas, un paisaje de ruina con fachadas agujereadas, cristales rotos y tejas desmenuzadas brillando entre las ortigas. Las casas que iban quedando atrás, me explicó el mayordomo, parecían vacías, como si fueran las tumbas abiertas de un cementerio gigante, y los árboles estaban sucios y tristes, recuerdo que pasamos junto a un peñascal alto y había muchos gavilanes trazando círculos, nos asustamos mucho y cuando llegó el camión al seminario todos estábamos llorando.

Un día, acompañando a mi padre, entré en el palacio pintado de azul de aquel ingeniero belga. Nunca antes había entrado en la casa de un rico. Todo era fantásticamente nuevo, los adornos multiplicándose en las vitrinas y sobre los muebles, muchas alfombras colgadas de las paredes a las que mi padre llamaba tapices, las platas de los aparadores, las cabezas de rebecos y jabalíes con los ojos asustados clavadas en los muros, los colmillos de los elefantes sobre los umbrales, las lámparas de lágrimas colgadas del cielorraso o los cuadros inmensos con caballeros serios y señoras satisfechas, y era como si lo que había en aquella casa de ricos no fueran cosas sino circunstancias. Entré con mi padre en la biblioteca, que era el lugar donde impartía las clases.

Allí había un bosque de libros.

Los haces de la luz azul de las vidrieras se clavaban sobre las tablas como cristales, y estaba aquella luz rodeada de puntos que danzaban y brillaban, y parecía una luz de otro sol o de otro cielo o de otro pueblo remoto y diferente. Una muchedumbre de libros abarrotaba los estantes que cubrían todas las paredes. Varios bustos de mármol de hombres tristes relucían alineados sobre una gruesa repisa de cristal azul.

La niña, algo mayor que yo, era igual de rubia que el maíz que dábamos a las gallinas, y me miró fijamente como si quisiera atemorizarme, así que bajé la cabeza avergonzado, y entonces llegó el mayordomo, vestido con un uniforme negro que yo no había visto jamás,

y me dio la mano y me dijo, acompáñame, que el maestro y la alumna necesitan concentración, y me sacó a un salón de sofás con cojines de flores bordadas. Fue entonces cuando me contó lo del ingreso suyo y de mi padre en el seminario. Después salió para hacer algo, pero volvió a los pocos minutos y me llevó al jardín.

El jardinero, junto a los muros, peleaba contra la hiedra con las tijeras de podar. Había arriates con flores de todos los colores y árboles que yo no conocía, porque eran árboles extranjeros.

Junto al estanque había un niño rico de verdad.

Lanzaba trozos de pan a los cisnes.

También era rubio, como su hermana. Durante mucho tiempo andaría yo en la creencia de que eran rubios todos los belgas. Vestía un traje de paño del color de la tierra, unos botines altos y brillantes y una gorra de seda. El mayordomo hizo las presentaciones y me dejó allí con el niño rico, y yo no sabía de qué se podía hablar con los niños ricos, así que no abrí la boca. Después de mucho silencio, por fin, me preguntó a qué colegio iba, y le dije que a ninguno. Hablaba muy mal, porque era extranjero, y cortaba las palabras a la mitad o las pronunciaba como si tuviera una piedra en la boca. Cómo es eso, me preguntó, y le expliqué que, como mi padre era maestro, o más que maestro, que en realidad era profesor y era sabio porque le habían concedido treinta y dos matrículas de honor, que entonces él me enseñaba en casa todo lo que yo necesitaba saber, así que ni siquiera acudía a la escuela del pueblo. Él me dijo, vaya suerte, a mí me gustaría estudiar en casa, como lo hace mi hermana, pero me van a enviar a un internado a la ciudad de Gante. Le pregunté si quedaba lejos ese pueblo de Gante, y me aseguró, mucho, hay que tomar varios trenes para llegar, y me habló de dos ríos y de unos canales que eran ríos fabricados a medida por los que podían navegar los barcos, y de un castillo que estaba dentro de la ciudad y que, según él, era el más grande y hermoso que había en el mundo. Me llevó a una sala y me enseñó fotografías en color del castillo y pensé que sería una suerte poder vivir cerca de aquel castillo, aunque fuera como alumno de un internado. No me preguntó mi nombre ni yo supe el suyo, porque a los ricos los nombres de los pobres les dan lo mismo.

Por qué los ricos son ricos, le pregunté a mi padre, y me explicó, porque son los dueños de todo, son los dueños de las fábricas y de las minas, son los dueños de las casas y de los animales y de los ríos, todo lo

que existe tiene que ver con ellos, el carbón, el hierro, la madera, las barriadas, los trenes, los caminos, las escuelas y hasta las iglesias, todo lo poseen, el agua, el aire y la tierra. Le pregunté por qué eran dueños de todo, y guardó silencio, y no me respondió a esa pregunta, pero después me dijo, algún día todo será diferente, eso me dijo, y había un sabor amargo y dulce a la vez en aquellas palabras de mi padre. Le hice otra pregunta más, le pregunté si el ingeniero de aquel palacio azul era un hombre listo, y mi padre sonrió y me aclaró, es un hombre muy rico, con los ricos puede uno equivocarse fácil, tardas en saber si son sabios o zoquetes, puede que este belga haya tenido suerte o puede que tenga mucho talento, lo que no entiendo es por qué eligió este lugar tan apartado del mundo para aumentar su riqueza.

En aquella primera visita al palacio azul del ingeniero belga y en otras posteriores aprendí palabras como *arriate*, *umbráculo*, *parterre* o *pérgola*.

Podrías dedicarte a enseñar a los hijos de los ricos, le dijo mi madre a mi padre, cuando él le entregó el primer dinero obtenido por aquellas clases particulares. Por aquí apenas hay ricos de verdad, dijo él, y tampoco es habitual que los pocos que hay quieran enseñar el latín a sus hijos, estos son belgas y los belgas ricos tienen ideas diferentes sobre la educación, no son como los ricos de aquí de toda la vida, los de aquí no entienden la utilidad de la lengua de Virgilio.

En el palacio del ingeniero se celebraban fiestas donde se servían manjares y se probaban todas las bebidas del mundo. Los hombres llevaban trajes oscuros y corbatas de seda y las mujeres vestidos largos. Asistían los científicos de los inventos recientes, los canónigos y los obispos, los industriales de las fábricas, los actores de los cines y los teatros, los gobernadores y los alcaldes, los aristócratas de los apellidos interminables y los escritores de las novelas y de los versos. El ingeniero, a través del mayordomo, le cursó a mi padre invitación, para él y para mi madre, a una de aquellas fiestas. El evento se celebraría el día primero de octubre, festividad de san Bavón, un santo que antes de convertirse había vendido esclavos y que era el patrono de Gante, la ciudad natal del ingeniero. Mi padre llegó a casa emocionado para contárselo a mi madre. Ella lo miró, puso los brazos en jarra y le dijo, estás delirando, siéntate y cálmate, que te va a venir el ataque. Luego le explicó, quieres llevarme allí con mi viejo vestido negro que estrené para la boda de mi hermana y con mis zapatos gastados para que se burlen, quieres exhibir nuestra pobreza

en esa fiesta para que seamos el hazmerreír de todos, anda, dime si no es eso lo que quieres, tienes pájaros en la cabeza, en fin, fantasía y pobreza todo en una pieza. Mi madre estaba muy disgustada y mi padre no decía nada. Después de un largo silencio él alcanzó a decir, no puedo despreciar su invitación, y ella dijo, sabrás disculparte, si en algo eres tú rico es en palabras, aunque también te digo, puedes ir tú solo si quieres, y no te oculto que me encantaría asistir a una de esas fiestas, claro que sí, pero para ir allí a llamar la atención mejor me quedo en casa, que una tiene su dignidad.

Aquellas nociones de escasez desarrolladas en la infancia me resultarían muy útiles durante toda mi vida.

A pesar de la escasez, mi madre conducía el gobierno de la casa con dignidad y alegría. Nunca sentí a mi madre apabullada por la erudición y la inteligencia de mi padre. Su visión práctica de la vida, el apego a lo cotidiano y su intuición para anticiparse a los problemas conformaban el contrapeso justo frente al idealismo salvaje y a la ensoñación sin freno de mi padre.

Me gustaba que me llevaran a las ferias y me compraran almendras garrapiñadas y me explicaran cómo funcionaban las norias o los tiovivos o las máquinas de hacer fotografías. A mi padre le apasionaban los mecanismos complejos. Ya dije que él había construido la radio que teníamos en la cocina con piezas que fue recibiendo cada semana por correspondencia. Desplegaba las piezas sobre la mesa de mármol y con un destornillador diminuto o con el soldador humeante las iba acoplando una a una con la precisión y la destreza de un prestidigitador. El día que la terminó nos llamó y nos anunció, llegó el momento. Movió los botones lentamente y escuchamos ronquidos y silbidos, como si el aire estuviera encerrado allí dentro, y al fin se escuchó nítida una voz masculina que transmitía noticias. De dónde sale esa voz, le pregunté a mi padre, y él levantó los brazos y se balanceó como si fuera un gavilán en vuelo y nos dijo, esa voz atraviesa los mares y los cielos hasta llegar a esta humilde cocina.

Mi padre tenía siempre los ojos abiertos y brillantes, como si estuviera a punto de descubrir el misterio de la Santísima Trinidad. En realidad los

ojos de mi padre eran el reflejo del mundo, porque en aquel mundo todo parecía brillar, la lluvia persistente, los ríos desbordados, las tejas removidas, la luna nadando sobre los charcos, las lecheras de zinc sobre los pilones, las crestas de los gallos enfadados, los bigotes de los gatos dormilones, las barbas atrasadas de los arrieros, la espuma que babeaban los caballos cansados o el óxido de las latas olvidadas con las que fabricábamos los trenes que rodaban hacia el mar.

Todo parecía brillar sobradamente y para toda la eternidad.

Mi padre decía que en la otra vida todo sería brillante.

Creo en la otra vida, decía él, pero no como se acostumbra a creer, creo que en esa otra vida seré barro y lluvia y viento y niebla entre los árboles, y existiré en esa vida de brillos precisamente porque sabré que soy todo eso, barro, lluvia, viento y niebla entre los árboles. Él me decía que cada uno llevábamos dentro los pensamientos de todos cuantos nos habían precedido y también las creencias en todos los dioses y los miedos a todos los demonios, porque todo lo que existió está de alguna manera dentro de nosotros, primero fuimos peces, después anfibios y reptiles, y un día pudimos volar, y después fuimos simios y, tras miles y miles de años, llegamos a lo que somos, así que toda la información está aquí dentro, en la memoria de cada célula de nuestro cuerpo, están las escamas y las aletas, y las alas y el ansia de volar, y están todas las formas de supervivencia, pero al final de todo, muy al final, en el lugar último y extremo está lo nuestro, lo propio, lo que nosotros somos.

Los colores se esfumaron con el crecimiento de la luz de la nostalgia, y por eso la infancia me sale al encuentro como un repertorio de brillos, los reflejos del sol sobre el pequeño espejo frente al que se afeitaba mi padre en el corredor, el temblor de las mariposas sobre los higos, las volutas de humo de las cocinas camino del cielo, la lluvia golpeando sobre las piedras de la escalera del hórreo o los gusanos colgando del pico amarillo de los mirlos.

Buscaba mariposas, pero me daba miedo atraparlas, porque mi padre me había contado que las mariposas recogían el sonido de las palabras que nadie había podido escuchar, y aquello era a la vez leyenda, magia y superstición, así que atrapar una mariposa era como detener el vuelo de las palabras perdidas.

Tenía dos álbumes, uno de estrellas del cine y otro de mariposas, y también tenía una libreta para la colección de las palabras nuevas.

Me gustaba repasar mi álbum de mariposas.

El militar desterrado tenía muchas mariposas atrapadas en su colección, le dije a mi padre, y él me explicó, lo discutía a menudo con él y entiendo que su afición era un daño necesario en favor del conocimiento.

También estaba el brillo de las luciérnagas.

Es extraño ese amor pegajoso, pero confortable, que se siente por el lugar donde has crecido. Es un amor inconsciente, escondido, un sentimiento que sólo aparece cuando ya no estás en ese lugar, cuando compruebas desde la distancia que necesitas aquel espacio para seguir siendo quien eres. Amas ese lugar, aunque ya las luciérnagas tengan el brillo perdido.

Salir de la infancia fue como dejar olvidada la maleta en el portaequipajes de un tren. Aquella infancia anda ahora perdida en las librerías de viejo, en los rastros callejeros de las mañanas de los domingos o en los desvanes de nunca registrar. En ocasiones se presenta difuminada y confusa como una imagen reflejada en un espejo empañado por el vaho o en un cristal maltratado por la desidia. La infancia, como el desván, está poblada de musas dormidas.

A veces bajábamos hasta las vías del ferrocarril.

Poníamos chapas de cerveza en los raíles o puntas de París que al paso de los vagones quedaban convertidas en cuchillas. Mi padre decía que se llamaban de París porque tenían la forma de la Torre Eiffel, que era la torre de hierro más alta del mundo. Una vez aplastadas por el tren las usábamos para diseccionar a los animales pequeños, como ratas, gorriones o lagartijas. El rabo de las lagartijas tenía vida propia. A las salamandras nos daba espanto tocarlas. A las golondrinas tampoco las molestábamos, porque eran amigas de Dios. Le habían arrancado a Jesucristo las espinas de la frente cuando agonizaba colgado en la cruz y desde entonces las habían declarado pájaros intocables, aves purísimas, amigas sagradas de Dios, así que matar una golondrina era un pecado de confesar.

Antes de que el agua entrara en las casas había que cogerla de las fuentes para lavarse. Cada sábado nos bañábamos en un balde de zinc y nos mudaban de ropa y nos cortaban las uñas. Más tarde el agua entró

dentro de las casas y ya dije que mi padre había construido una bañera de ladrillos en el desván y que por eso la vida fue un poco más fácil. Aún quedaban a la orilla de los ríos algunas piedras, grandes y pulidas en las que las mujeres lavaban la ropa antes de que se construyeran los lavaderos. En los lavaderos a veces las mujeres se peleaban por los mejores lugares y las más descaradas terminaban tirándose de los pelos, se escupían y se arañaban la cara o se insultaban con intención. La mujer del sastre de los retales se peleaba hasta la sangre. Tenía a todas las jóvenes atemorizadas y elegía siempre la mejor posición, hasta que un día la mujer del entibador, la que me había arrojado sin querer el aceite hirviendo, con el afán de bajarle los humos le dio con el balde de cinc en la cabeza. Le brotó la sangre hasta el desmayo y cuando se despertó no encontró compasión, sino un castigo acordado por todas las mujeres, el destierro del lavadero por el periodo de un año.

Al ver a aquellas mujeres arañándose los ojos pensaba cómo era posible que se pelearan por el agua que corría, por el agua que brotaba de las fuentes y se iba hacia el río, por el agua que no se agotaba jamás. Mi padre me explicó que aquella no era una lucha por un espacio para lavar o por un poco de agua limpia, como podía parecer, sino un combate a brazo partido por el poder, una retorcida lid por el orgullo de imponer el propio interés. Y me indicó, añade a tu libreta la palabra *lid.* Así era mi padre. Un día el lavadero se despejó, porque llegaron las lavadoras eléctricas y las mujeres tuvieron más tiempo para bordar, para leer, para cocinar bizcochos o para mirar a las musarañas, según el interés o el ánimo de cada una. Mi padre puso la lavadora nueva junto a la bañera, porque en cada lavado o en cada aclarado había que desaguarla manualmente. El primer lavado lo contemplamos sin respirar y nos asustamos un poco porque aquella máquina se movía como si estuviera viva. Tiembla el misterio, decía mi padre sonriendo. Mi madre escurrió la ropa en la bañera y cuando la prendió en el tendal nos dijo, lava de maravilla.

Primero llegaron el cine y los titiriteros, y después la televisión, las neveras que fabricaban la nieve, los muebles de formica que se colgaban de la pared, el plexiglás, los suelos de sintasol que imitaban a la madera, los manteles de hule con el mapa de España y las estufas de gas, y de pronto la vida nos pareció más fácil.

La vida estaba llena de barro y de una marea de cucho que la lluvia extendía por los callejones, la fiebre del verdín atacaba las piedras, la

hierba crecía en los tejados y el reúma rendía a los viejos, que ponían sus huesos a secar al sol. Más tarde llegarían el asfalto de los alquitranes y el pavimento de los hormigones y muchos caminos se convertirían en carreteras, y cambiarían algunos olores del pueblo y parecería todo de otra manera.

La vida perdía dificultad a base de milagros, y así llegaron las máquinas de coser modernas, las cámaras de fotos al instante, la televisión en color, las batidoras eléctricas y las motocicletas, y eran tantos y tan repentinos los milagros que traían los viajantes de comercio y los charlatanes ambulantes y los buhoneros sin prisa que no había tiempo para ofrecer solemnidad a los cambios, y la gente empezó a convencerse de que la vida sería más fácil.

Los muebles viejos y los adornos antiguos se los malvendían a los chamarileros para que en las casas hubiera sitio para los nuevos inventos.

No había contenedores para los desperdicios ni camiones que recogieran la basura. La vida era tan dura y difícil que no había basura, sólo había restos de comida que se aprovechaban para los animales. El jabón lo hacían las mujeres con el aceite de muchas frituras y con sosa cáustica, y la arena la recogíamos en los remansos del río. La ceniza de cada día servía para nutrir la tierra, y todo lo que se rompía se arreglaba, y los envases eran de cristal y se devolvían, y lo que no servía para nada se arrojaba al río y las riadas lo llevaban hasta el fin del mundo. Había artesanos ambulantes que arreglaban paraguas, potas, sartenes y calderos. Más tarde llegarían los plásticos, las cocinas de gas, los camiones de la basura y los arcones de congelar y ya todo sería diferente, todo parecería recién inventado para esconder la pobreza.

Todo era concreto en aquella vida difícil, y todo nos parecía verdad, y un día nos enseñaron que con la mentira y con la abstracción todo sería más fácil, y nos mostraron una nueva religión, porque nos animaron a creer en los milagros de la técnica, y nos dijeron que había que trabajar mucho para poder comprar todos los inventos nuevos, para llenar la casa de aparatos eléctricos y para que la vida fuera más llevadera.

A veces se habla de la infancia como de un paraíso perdido, y puede que aquella infancia tuviera algo de paraíso. Tal vez todas las infancias tengan algo de paraísos. Los niños son inocentes y esa inocencia convierte la existencia en paraíso, con escopetas de tabla o con trenes eléctricos, en los callejones del barro o en las calles de alquitrán. Pero aquella infancia

nuestra era el difícil paraíso de lo concreto. Había robles, castaños, laureles, manzanos, abedules, tejos, sauces, cerezos, fresnos y ciruelos. Después no habría más que árboles, así que todo parecería más fácil.

Nadie nos hablaba de filosofías, y ante nuestras preguntas los mayores siempre nos respondían lo mismo, más adelante lo entenderéis. Así que pensábamos que más adelante, cuando lo entendiéramos todo, la vida ya no sería difícil.

A una mujer a quien mi madre le vendía cada día dos litros de leche se le murió un hijo. Era más pequeño que yo, pero alguna vez habíamos jugado juntos y le había dejado cargar piedras y tierra en los vagones de mi tren de latas de sardinas. Cuando un niño se muere, decía mi abuela, se regocija el cielo porque aumenta el ejército de los ángeles. Mi abuela, a veces, decía cosas sin sentido. La mujer gritaba y se tiraba de los pelos y se daba cabezazos contra las paredes. Mi madre y otras mujeres pasaban mucho tiempo intentando calmarla. Mi padre me explicó que aquello que no tenemos nos sigue doliendo, que el cuerpo y el alma parecen dos cosas distintas, pero que son una sola, son dos estados diferentes de la misma sustancia. Son como el agua, me explicó, que puede ser río o nube o hielo, pero todo es agua, así son el cuerpo y el alma, y por eso cuando a alguien le falta una pierna, la pierna le sigue doliendo, porque aunque le haya sido amputada, aunque ya no esté, sigue estando en esa sustancia que forman el cuerpo y el alma.

Le dije que entendía lo del agua, pero no lo del alma.

Es difícil de entender, me dijo, pero lo cierto es que los brazos y las piernas que faltan siguen doliendo, y a esa mujer, que ahora le falta el hijo, que era para ella como uno de sus brazos o una de sus piernas, porque de ella había surgido, pues esa ausencia le seguirá doliendo toda su vida. Somos un todo, seguía él explicándome, una forma completa, y aunque algo se separe, aunque perdamos partes de nosotros, seguimos pensándonos y sintiéndonos como un todo.

Él se esforzaba, pero yo seguía sin entenderlo.

Algunos años después comprendí que a él le dolían demasiado los sueños que había perdido. Tuvo siempre, en esa esencia que él me refería como un todo, un agujero irreparable, algo así como una cojera del alma. Los sueños amputados seguían estando en él. Sus sueños no eran río y no eran piedras de hielo, pero eran nubes que le flotaban en la conciencia.

Creo que vivió toda su vida, su corta vida, con las alas partidas.

Unos días antes de irme al internado pasó por el cielo un cometa. Era el más brillante de la historia y tenía el nombre de los dos astrónomos japoneses que lo habían descubierto. Mi padre sabía lo de aquel cometa porque lo había leído en la revista *Selecciones*, y organizó una excursión al monte con los alumnos de su escuela clandestina y con algunos adultos curiosos, como el tendero, el turista, el molinero lector y algunos más. Al niño enfermo del corazón lo llevó su padre subido en un caballo. El día indicado marchamos hacia las campas del cordal, cerca de una peña inclinada y gigante en la que algunos veían el imperturbable rostro de un dios ancestral. Mi padre le propuso participar en el evento al maestro gallego, pero se negó y, despectivamente, le dijo a mi padre que sus alumnos iban para mineros, así que les importaba un carajo lo que ocurriera en el cielo. En realidad era a él a quien nada le interesaba el cometa, porque no creía en los cometas y decía que eran engaños visuales de la atmósfera del cielo.

Dónde va tanta gente, preguntaban algunos ganaderos que encontrábamos en el camino, y respondíamos a coro, a ver al cometa brillante, y se reían incrédulos. La caminata duró dos horas. Mucho antes de que llegara la noche, ya sentados junto a la roca gigante, nos comimos los bocadillos. Mi padre nos contó la historia de aquella roca y de la ninfa Medusa. Era la más hermosa de las diosas del interior de la tierra, nos explicó, y por eso mereció el amor del poderoso dios de los mares, Poseidón, lo cual enfadó mucho a la celosa Atenea, que convirtió los cabellos de Medusa en serpientes odiosas, y tenía Medusa tanto poder en sus ojos que podía convertir en piedra a cualquier ser vivo con sólo mirarlo, y odiaba a los hombres. Mayores y niños, sentados en la hierba, escuchábamos en un silencio asombrado a mi padre, quien gesticulaba y hablaba con voz emocionada. Veis esta roca, nos apuntó, tiene una forma extraña, parece un ser monstruoso retorciéndose de dolor, un día fue un hombre, un pastor de estos montes. Cómo es eso, preguntamos asombrados, y él nos lo explicó. Un atardecer en el que el hombre pastoreaba y la diosa revoloteaba enfurecida por el cielo, decidió él pedirle a ella que se alejara y dejara pastar a su ganado, que se fuera y no alborotara, y se atrevió el pastor enfadado a mirar a Medusa y quedó al instante convertido en esta roca. Y dónde está ahora esa Medusa, preguntó el hijo del sastre. El héroe divino Perseo acabó con ella, sentenció mi padre. Cuéntanoslo, exigimos todos a coro, y mi padre

continuó con el relato y nos habló de terribles castigos divinos y de tres ninfas ancianas que sólo tenían un ojo y un diente para las tres y nos dijo, Perseo consiguió unas sandalias que tenían alas para volar, una alforja mágica de donde podía sacar cuanto necesitara y un casco que lo volvía invisible, y llegó donde Medusa y se alzó en vuelo sobre ella y sin mirarle a los ojos le cortó la cabeza. Emitimos expresiones de asombro, y el molinero lector exclamó, qué grande eres, eso le dijo a mi padre, qué grande eres, y mi padre continuó con el relato y nos explicó, Perseo metió la cabeza de Medusa en la alforja, pero antes, de la sangre que brotó surgió Pegaso. Anda, dijo el niño culpable, como el camión del carbonero. Exacto, dijo mi padre, en la cabina del camión hay un emblema cromado con un caballo que vuela, ése es Pegaso, el hijo de la sangre de Medusa, que, ante la mirada de Perseo y con la forma de un caballo con alas, se elevó y se perdió en el cielo. Le rogamos a mi padre que continuara con el relato y nos habló de Quimera, una bestia de muchas cabezas contra la que había luchado Pegaso, y también nos habló de las amazonas, que eran mujeres guerreras muy poderosas, y nos habló de una de ellas, Otrera, hija del viento del este, que había pasado por nuestro valle para enseñar a hilar a las mujeres. Se llama como la pradera que hay por debajo de los hayedos, apuntó el molinero, y mi padre dijo, claro, porque allí es donde ella se ocultaba de la furia de su padre. El hijo del sastre preguntó qué tenía que ver ese dios Pegaso con el camión del carbonero, y mi padre nos dijo que ambos poseían fuerza, elegancia y agilidad. Luego nos contó cómo Pegaso se había quedado en el cielo para siempre convertido en setenta y una estrellas que formaban un dibujo con cuerpo, alas y patas a medio galope. Cuando oscurezca buscaremos a Pegaso, nos aseguró.

Hacía una noche blanca con el cielo limpio y la luna entera.

Llevábamos linternas para la vuelta. Apenas había humedad y estaba la hojarasca viva. La luz de la luna era muy poderosa, así que todo estaba lleno de sombras a nuestro alrededor. Con la luna tan grande rodando por encima de los montes se encogía la noche debajo de los árboles, que ya no eran robles o hayas o castaños, ya eran solamente árboles. Hervía el aire de moscas impacientes. Están pesadas, señaló el tendero, y mi padre añadió, presienten la llegada del cometa.

Durante la espera, mi padre nos habló de la naturaleza de los cometas, de los cometas más famosos, de las auroras boreales y hasta de la manzana que golpeó a Newton en la cabeza para que cayera en la cuenta de la ley

de la gravedad. También nos habló mi padre aquella noche de las montañas que habían sido dioses, y nos recitó de memoria poemas graciosos que nos hicieron reír. El cura no había querido acompañarnos. Anduvo dudando, pero se le antojaba demasiado pagana aquella contemplación. Mi padre me dijo, no viene porque no fue él quien lo organizó, y además es un incrédulo de la ciencia.

Buscamos las estrellas de Pegaso, pero no conseguimos distinguirlas. No es el mejor mes para verlas, dijo mi padre.

Por fin apareció el cometa.

Parecía una escoba gigante que viniera a barrer las estrellas y los árboles. Un suspiro de asombro nos rompió las gargantas y observé a mi padre rebosante de energía y temblando por la emoción, y nos sentimos afortunados por participar en aquella excursión inolvidable. La visión duró sólo unos minutos, porque una nube enorme nos tapó el cometa, como un telón que Dios hubiera corrido de pronto sobre aquel espectáculo inolvidable. Esperamos, absortos y en silencio, pero la nube ya no se fue y no volvimos a ver al cometa brillante.

Con la nube la noche se hizo profunda.

A la vuelta, mi padre nos explicó las teorías del fin del mundo, y nos habló del Génesis y de la creencia de que el cometa Halley había sido la estrella de Belén que había guiado a los Reyes Magos. Mi padre sabía muchas cosas porque había estudiado todo cuanto se podía estudiar, tanto había estudiado que lo habían premiado con treinta y dos matrículas de honor, tanto había estudiado que los médicos de la cabeza le prohibieron volver a estudiar.

Dejábamos pasar los días esperando que ocurrieran cosas mejores, pero en realidad en un solo día podía estar todo lo que esperábamos, en un solo día era posible encontrar las cosas perfectas, sólo había que abrir los ojos y los oídos, buscar, observar, aprovechar cada detalle.

En un solo día podía estar todo lo necesario.

Un día, cumplidos ya los diez años, me convertí en seminarista.

Sin duda mi padre tuvo el sueño de que yo terminara lo que él una vez había comenzado y no había podido concluir. Él había ingresado en el seminario también con diez años para escapar de la hambruna de la

posguerra y paliar en parte las penurias de una familia numerosa y sin el cabeza de familia. Pasó por varios centros, porque el seminario fue cambiando de lugar, pero permaneció interno en la institución durante once años. Sólo le faltaba un curso para ser ordenado sacerdote y ya había recibido la orden mayor del diaconado e incluso le habían practicado en la coronilla la tonsura romana. Con veintiún años, a consecuencia de los frecuentes trastornos convulsivos, dejó el internado y recibió el desahucio de los médicos psiquiatras, que le prohibieron dedicarse a actividades intelectuales con la siniestra advertencia de un desequilibrio irreparable. La prescripción fue tan inapelable como espantosa.

Para que me concedieran el certificado escolar había tenido que asistir un curso a la escuela oficial del maestro gallego. Aquel maestro no conocía el latín ni la etimología de las palabras y nos hacía cantar a coro la tabla de multiplicar y nos obligaba a rezar frente al crucifijo, como si fuéramos a morir en una batalla inminente, y debíamos entonar con el brazo alzado cantares de guerra. Le gustaba golpearnos en las uñas o en las orejas con una vara de avellano. A mí no me pegaba, porque tenía miedo de que mi padre lo denunciara, pero siempre que tenía ocasión me mostraba su desprecio, así que me calificaba con treses o doses cada materia, aunque en las notas finales, para no exponerse a los improperios y a las reclamaciones de mi padre, que pudieran dejarlo en evidencia, me calificó de manera suficiente en todas las materias. Aquel curso fue como si hubiera suspendido mi formación para asistir a la escuela. Aprobé el examen de ingreso y me admitieron en el internado.

En un autobús de línea llegamos al lugar apartado y solitario donde estaba el colegio. Las montañas estaban tan cerca y tan altas que había que mover hacia atrás la cabeza para mirarlas.

Me habían comprado una trenca azul con capucha, botones de madera y presillas de cuero, pero no tuve necesidad de ponérmela, porque lucía el sol. Mi padre, emocionado, no cesaba en sus consejos y en sus explicaciones, pues él había estado en aquel mismo internado, aunque veinte años atrás. Mi madre llevaba una cesta con la comida. La tomamos sentados en una exedra que había al lado de una campana gigante que, según mi padre, nunca se tocaba, porque al hacerlo se quebraban los cristales de los alrededores, y mi padre me dijo, mira, esto es una exedra, una así quiero yo construir alrededor de la higuera que hay junto a nuestra casa.

Cuando me entregaron al cura portero mi madre lloraba y mi padre me advirtió, recuerda que estás aquí para estudiar mucho, para estudiarlo todo, y si observas a todos los que te rodean con atención te entenderás mejor con ellos y todo será más fácil.

Los vi alejarse y subir al autocar.

Muchos niños lloraban y algunos se agarraban desesperados y enrabietados a las defensas del vehículo.

Todo estaba rodeado de montes muy altos con las cumbres nevadas.

Ellos se fueron y yo me quedé con un nudo en la garganta.

Arrastré la maleta como pude hasta el dormitorio que me habían asignado. Había una cama diminuta, unos huecos en la pared que hacían de armario y una mesilla. Las celdas eran individuales, pero no tenían puerta, sino cortina. La primera noche no pude contener las lágrimas y lloré sin consuelo como si me hubieran arrancado la vida.

Había sido un día inocente, porque el cielo había estado muy azul y el aire quieto y habíamos comido la tortilla en manga corta. Sin embargo, en mi primer despertar en el internado amaneció un día culpable, un día aturdido por la lluvia incesante y ciego de niebla. Tuve mi primer ataque de pánico, la sensación repentina de que todo se desmoronaba a mi alrededor y de que nada podía hacer para evitarlo. Por la frente y por la nuca me arroyaban gotas de sudor frío, el corazón me latía apresurado, como si acabara de subir una montaña, me temblaban las piernas y una náusea me sacudía el estómago, y aquel desarreglo no era percibido por nadie a mi alrededor. No supe lo que era aquello hasta que en los años de la universidad se lo confesé a una de mis profesoras y ella le puso nombre. Aquél fue el primer episodio de una secuencia que duró algunos años. En el origen de aquellos ataques había excesiva timidez y una sensación irreparable de pérdida o desvalimiento. La profesora incluso apuntó, como una de las causas, el incidente de las quemaduras con el aceite hirviendo. Ahora, cuando tantas veces me asalta aquel pasado lejano, me pregunto cómo hubiera sido mi vida si aquella enorme sartén cargada de aceite hirviendo no hubiera bañado mis piernas. Llegué a vivir aquel accidente como un castigo y a creer en el infierno. Tal vez cada sufrimiento posterior fuera vivido con cierta sensación de culpa. Ahora, a la vejez, el pecado es la sensación permanente de provisionalidad y el infierno el vacío, la nada, la no existencia. Sin duda también estaban en

ese originario pozo de las culpas las convulsiones violentas que sufría mi padre.

Lo cierto es que en aquel internado de la montaña, muchas noches, una pena muy grande me hacía temblar, porque me habían arrancado de mi casa y de mi familia, porque ya no estaban a mi lado la madre que me abrazaba y el padre que todo lo conocía. Sabía que ellos lo habían decidido por mí y por eso me sentía como aquella otra vez en el campamento de verano junto al pantano, y una congoja insoportable me encogía el corazón. Me habían empujado a un mundo desconocido, un lugar del que no sabía nada, no sabía lo que me esperaba ni cómo debía comportarme, ni siquiera mi padre me había ofrecido referencias, más allá de aconsejarme que lo observara todo, que abriera bien los ojos y los oídos y que no dejara de estudiar.

El prefecto general nos llamaba pájaros, pero no por la sospecha de que un día echáramos a volar, sino porque nos suponía capaces de todas las picardías y maldades, y nos recibía como a seres desvalidos, cuando no ya descarriados, y, en todo caso, necesitados de disciplina y de amparo espiritual.

Nos habló del orden y del silencio.

Antes y después de cada actividad era necesario agruparse en formaciones perfectamente alineadas y guardar silencio. El silencio es imprescindible para una buena relación con Dios, nos decía, y añadía, nos protege de la cólera y de la pasión de la venganza y del insano deseo de la curiosidad. Un timbre de mano o una campanilla, parecida a la esquila de las vacas, marcarían los tiempos del silencio o del esparcimiento y la conversación. También en el refectorio durante las comidas debía guardarse absoluto silencio. Se escuchaba únicamente el tintineo de los cubiertos sobre los platos. Los domingos se nos dispensaba de la regla del silencio, pero el estruendo de doscientos niños hablando atropellados y a la vez era tan ensordecedor que la licencia no iba más allá de la sopa, porque el prefecto mayor agitaba decepcionado y con rabia la esquila para suspender el consentimiento de la palabra.

Al prefecto mayor también se le llamaba rector, y tenía la calva pálida, la piel reblandecida y unos ojos aceitosos detrás de las gafas de alambre, y

movía el dedo índice arriba y abajo a la vez que recitaba frases amenazantes. Le gustaba reírse públicamente de los más débiles o de los diferentes. Por alguna extraña perversión educativa ridiculizaba los comportamientos singulares y exponía al escarnio público a aquellos niños que, por alguna razón, no eran como los demás. Su mirada era obstinada y pegajosa y te hacía temblar. Su sotana brillaba en el brío de los vuelos y retrocedíamos para evitar el roce, como si no fuera una sotana sino el ala gigante de un murciélago siniestro. Hay niños que huelen a cabra y otros a flores, nos decía, y precisaba, de aquí saldréis todos oliendo al polvo de los libros y a la cera de las velas. Estudiar y rezar. Ésas eran las funciones principales que nos tenía asignadas. Ahora pienso que tal vez su intención no fuera otra que la de enseñarnos que sólo había una forma de perfección y sólo un camino para alcanzarla. A los tímidos y a los rebeldes, a los torpes y a los avispados, a los huesudos y escuálidos y a los de carnes sobresalientes, a los rústicos y a los sensibles, a todos aquellos que se apartaban de su peculiar concepto de la normalidad los empujaba cruel y forzosamente hacia la mediocre uniformidad. Se ensañaba especialmente con los rudos y los huidizos. Cuando aquel hombre encogido y diminuto se quedaba pensando movía las cejas, se acariciaba la nariz y arrugaba la boca, y entonces nosotros guardábamos silencio. Aquellos tiempos de pensar eran breves y se terminaban con un carraspeo. Después llegaban sus sentencias inquietantes y el anuncio de un castigo, de una advertencia o de una nueva disposición disciplinaria. Nos llamaba intemperantes, así nos llamaba. La templanza, nos decía, es moderación, sobriedad y continencia, y ninguna de estas virtudes habita aún en vuestro corazón, por eso sois seres intemperantes. A veces, también nos llamaba irreflexivos.

Había otros prefectos.

Algunos, los más jóvenes, animaban a los niños débiles y reforzaban las maneras de los más bienaventurados, pero no lo hacían delante del prefecto mayor. Los había que sonreían y jugaban con nosotros en la sala de juegos al futbolín o al tenis de mesa, o en el patio de tierra al fútbol o al pañuelo. Y los había que rezaban a todas horas y se santiguaban a menudo y se paseaban por los pasillos a grandes zancadas y con las manos a la espalda, como si estuvieran esperando la noticia de alguna adversidad.

Cada prefecto parecía pertenecer a una religión distinta.

El más anciano de todos había sido profesor de mi padre. También era canónigo de la basílica. Más de una vez se había dormido sobre el altar después de la consagración o en las clases de latín mientras algún alumno leía los versos de Horacio, han huido las nieves, retorna la yerba a los campos, y a los árboles su cabellera, cambia su aspecto la tierra y los ríos en sus crecidas abandonan los cauces. Con él siempre traducíamos el mismo poema, porque decía que era el más hermoso que se había escrito jamás. A los alumnos de aquel internado de la montaña nos llamaban latinos. Aprendimos algunos de aquellos versos de memoria, *diffugere nives, redeunt iam gramina campis arboribusque comae, mutat terra vices et decrescentia ripas flumina praetereunt*. Él se quedaba dormido con facilidad. Su voz tenía resonancias extrañas, se quebraba al final de cada frase y parecía salirle de un lugar profundo del cuerpo, como si fuera otra persona la que hablara dentro de él. Odiaba a los bolcheviques y a los mineros y a los maricones, así lo decía él. Los bolcheviques eran los comunistas de la primera generación, la encarnación de los anticristos, y los mineros unos garrulos incendiarios obsesionados con la dinamita, y los maricones unos viciosos apestados y adoradores del diablo a los que había que encarcelar. A todos odiaba por igual y por la gracia de Dios. Tampoco le gustaban ni los gitanos ni los judíos. El alumno más atrevido de la clase, hijo del cartero de aquella zona, le preguntó cómo era que el único Hijo del único Dios había sido judío si tan malos eran los judíos, y él se quedó en silencio, se rascó la cabeza y comentó, bueno, no está probado que fuera judío. Mi compañero le volvió a preguntar, acaso no se declaró él mismo como rey de los judíos, acaso no eran judíos todos sus apóstoles, y el anciano prefecto movió las manos como espantando a las gallinas y sentenció, todo eso no son más que malas traducciones del hebreo, además ni Dios ni su Hijo, a pesar de ser ambos de raza blanca, tienen naturaleza alguna. El hijo del cartero insistió y dijo: pero los palestinos no son blancos, y entonces el prefecto, muy enfadado le gritó, qué sabrás tú, mosquito ignorante, de judíos o de palestinos. Y lo castigó a copiar cien veces la frase *humilitas autem est solidum fundamentum est omnium virtutum*. Otro día en el que el anciano canónigo nos decía que la Virgen María había nacido sin la mancha del pecado original con la que nacemos todos, el hijo del cartero levantó la mano y preguntó, y eso cómo se supo. El canónigo se encorajinó y le gritó, lo sabía Dios y era suficiente, y por eso envió a la paloma con la sagrada simiente para que la soltara en el

vientre inmaculado. Mi compañero volvió a levantar la mano y el cura dijo, qué pasa ahora, y el incrédulo preguntó, y cómo se supo que Dios sabía que esa mujer había nacido sin pecado original. El canónigo lanzó el borrador que tenía en la mano contra el encerado y bramó, esa mujer es la Madre de Dios, la Santísima Madre del Señor, y tú la llamas *esa mujer*. En qué quedamos, preguntó el hijo del cartero, es la Madre de Dios o es la Madre del Hijo de Dios. Sal de la clase, le ordenó el anciano profesor, y arrodíllate frente al crucifijo que hay en el pasillo a rezar en voz alta el *Señor mío Jesucristo* hasta que te mande parar. Cuando salía moviendo los hombros arriba y abajo el canónigo le arreó un sopapo en la nuca que lo lanzó contra la puerta y le dijo, te voy a quitar yo a golpes esos malos pensamientos.

Nos divertía confesarnos con él, porque a voz en grito reprendía al penitente como si fuera un soldado desertor, un clérigo sacrílego, una mujer adúltera o un monarca traidor. Con la voz gastada, que se rompía en la última palabra de cada frase, convertía sus arengas en actuaciones memorables que nos divertían más que el mejor de los teatros. Nos imponía penitencias de destierros absurdos o de ayunos imposibles. Hablaba del infierno como si hubiera vivido en él. Nos describía calles y pasadizos anegados de lavas hirvientes y departamentos de torturas difíciles que nos describía al detalle.

Aquel profesor anciano era tan grande que cuando movía los brazos y levantaba la voz nosotros nos hacíamos pequeños y él ocupaba la mitad de la clase. Un día nos explicó lo que era el fanatismo, y cuando terminó la lección, con ejemplos incluidos, todos lo identificamos a él como un auténtico fanático. Escuchadme, tarugos rebeldes, nos gritaba, y se hacía el silencio, y después continuaba, este mundo tiene dueño, y el dueño es Dios, que vigila cada paso que dais, cada suspiro, cada pensamiento que visita esa cabeza que tenéis llena de serrín. Aquel llanto y crujir de dientes nos estremecía y nos erizaba la piel y algunos sollozaban. Yo no lo hacía, porque sabía por mi padre que aquel infierno que el viejo prefecto nos describía no existía, pues era contrario a la misericordia infinita de Dios, y que sólo era una excusa para aterrorizarnos y obligarnos a ser obedientes. Mi madre y mi abuela sí creían en el infierno, pero sin argumentos.

En una ocasión el prefecto mayor quiso detener el espectáculo, pero el anciano canónigo, mucho más corpulento que él, salió del confesonario, lo agarró por el cuello de la sotana y le advirtió, muchacho, así lo llamó,

muchacho, vas a rezarme el rosario completo de Pío V, con todos sus misterios, incluidos los luminosos, y lo vas a hacer de rodillas y a la puerta de las porquerizas, como penitencia por tu descaro y tu falta de humildad. El rector, muy a su pesar, tuvo que morderse la lengua y humillarse ante nosotros, para nuestro inolvidable regocijo, pues no podía faltarle al respeto en nuestra presencia al más anciano de los canónigos, pero lo pagamos caro, porque nos castigó a una semana sin televisión. No hicimos nada malo, protestaron algunos, y él sentenció, pero lo pensasteis, sé que lo pensasteis.

Las cartas que escribíamos a la familia debíamos entregarlas abiertas para que el rector las leyera. Si alguna expresión no era de su agrado nos las devolvía para que volviéramos a escribirlas. Decía que era para corregir las faltas de ortografía, pero lo cierto es que tachaba frases enteras, comentarios sobre la comida escasa, sobre el frío de las aulas, sobre las grandes caminatas por el monte o sobre los niños que se perdían.

Algunas noches me despertaba amedrantado.

No sabía el motivo.

Era como caer en aquella nada de la que nos hablaba el profesor de Historia Sagrada, la nebulosa, la noche negra, como sentir un vacío aterrador por tantas ausencias. En la oscuridad de la celda fantaseaba con que mi padre fuera el rector del internado y por un momento me sentía feliz, e imaginaba los momentos buenos junto a él y los cuidados de mi madre y los cuentos de mi abuela y no podía contener el llanto. Era como si llorara con todo el cuerpo, y cada suspiro era una sacudida de los huesos y de los músculos al unísono.

Una noche el niño de la celda contigua escuchó mis sollozos. Se sentaba conmigo en el comedor y a veces nos cambiábamos la comida. A mí no me gustaban ni el tocino ni el salchichón y él no soportaba el pan con mantequilla. Me preguntó si me pasaba algo y le dije que echaba de menos a mi padre. Igualmente él echaba de menos al suyo. Su padre era soldador en una fábrica de hierros.

También él lloraba algunas noches.

Como los dos teníamos frío y estábamos igual de tristes se metió en la cama conmigo y dormimos juntos. Nos hicimos amigos, pero no volvimos

a compartir la cama, porque corríamos el riesgo de un castigo importante. Él dibujaba muy bien. Tenía una libreta llena de dibujos, pero casi siempre dibujaba pájaros, búhos, cornejas y gorriones, o aves que se inventaba. Cuando le preguntaba por qué siempre dibujaba pájaros, él movía los hombros arriba y abajo y respondía, porque me gusta. Hacíamos pareja en el campeonato de futbolín, pero poco después de las navidades tuvo que abandonar el internado porque su padre falleció en un accidente en la fábrica y su familia se trasladó a otro lugar, así que nunca volvió.

Nos lo dijo el rector y a mí se me escaparon las lágrimas.

Aquella noche otra vez tuve sudores y escalofríos y el corazón se me aceleró. Por la mañana el prefecto joven, el que tenía manos de madre, me puso el termómetro y como tenía mucha fiebre me llevó en brazos a la enfermería. La monja enfermera tenía familia en mi pueblo y conocía a mi padre, y me contaba historias de él, así que yo era feliz a pesar de la fiebre y del dolor de garganta, y la monja tenía los ojos azules y brillantes, y yo no quería curarme, porque aquellos días en la enfermería me parecían un veraneo.

Soplaba furioso el viento contra los cristales y las nubes estaban hinchadas de carbón y al tragar la saliva sentía que se me abrasaba la garganta, pero quería seguir allí con aquella monja de ojos azules que me hablaba de mi padre.

A los niños enfermos nos atendía un médico raquítico y anticuado que se había formado en las colonias africanas y al que habían recogido los canónigos por caridad. Nos ponía lavativas, nos medía la fiebre, nos palpaba los ganglios, nos alumbraba las anginas o nos sacaba las muelas cuando estaban cariadas o flojas y nos trataba de usted. Nos hacía juegos de mano y presumía de leernos el pensamiento. Siempre nos hacía la misma recomendación, repose usted y no se preocupe por nada, y beba a menudo pequeños sorbos de agua. Era cómico pero agradable que nos tratara de usted.

Cuando no había nieve ni luna el paisaje era negro y sobre la piedra roja llovían lágrimas como arándanos. Todos los edificios eran de piedra roja, la basílica, el seminario, las viviendas de los canónigos, el hotel, la casa de ejercicios, la escolanía, los muros y las escaleras y la docena de casas dispersas entre los salgueros, los alisos y los carbayos. Con la lluvia los edificios se quedaban en carne viva y parecían recién construidos. En

el tejado de la basílica anidaban las palomas que daban vueltas insólitas alrededor de las agujas como un ejército ajetreado que preparara una batalla contra los remedios desesperados de los sacristanes. Ellas silbaban y gorjeaban y los sacristanes renegaban y extendían las redes y recogían el guano que corroía las vigas y ensuciaba las piedras.

Los urogallos bajaban a cantar sobre la plataforma de la campana gigante y los mirlos completaban la negrura de las tardes paseando sobre los muros o sobre los asientos de la exedra con los trofeos de las lombrices vivas colgando de sus picos amarillos. Los mirlos se juntaban para cantar al atardecer en los salgueros del río.

Los domingos de lluvia el coche de línea venía vacío.

El resto de los días los únicos vehículos que se acercaban eran la moto del cartero, la furgoneta del fraile intendente y la camioneta del hotel.

Recuerdo la quietud del lugar santo, un silencio espeso, la humedad visible, la luz mortecina de los crepúsculos, las piedras rojas empapándose de oscuridad y el cielo sucio como una puerta que se cerrara sobre mí, acorralado y pequeño.

A veces me apoyaba en el alféizar del ventanal de la sala de juegos y veía llover. Llovía ligero sobre la piedra roja. Me gustaba mirar arriba y contemplar el cielo negro escupiendo la lluvia.

Todo era muy misterioso.

Decían que el mar no estaba lejos, pero a mí no me parecía verdad, aunque una vez vinieron unas gaviotas, que eran aquellos cuervos vestidos de novia que yo había visto cuando fui con mi padre a conocer el mar. Las gaviotas eran pájaros atrevidos que gritaban y se giraban de repente sobre las torres de la basílica como si estuvieran locas.

Solían ocurrirme temblores en los dientes mientras contemplaba la lluvia, castañeteos que no podía controlar, no porque hiciera frío en la sala de juegos, sino porque no podía dejar de imaginarme allí fuera, desnudo y recibiendo el golpeteo de la lluvia. A veces, la lluvia hablaba gritando y golpeando. Otras, hablaba acariciando. También hablaba con palabras groseras y dispersas. Y en ocasiones, cuando alzaba los ojos al cielo, cerrado y negro, la lluvia era un llanto ligero y tibio. Me gustaba escuchar a la lluvia detrás de los cristales, aunque no consiguiera entenderla.

Aquella lluvia tenía aliento.

Observaba a las personas, como me había aconsejado mi padre, y también observaba el mundo que me rodeaba, y sentía que todas las cosas

encerraban un misterio, y levantaba una piedra y veía cómo se movían las larvas y otros seres diminutos que vivían en la oscuridad de la tierra, y había violencia y muerte, porque unos seres devoraban a otros, y había pájaros que se alimentaban de insectos y alimañas que se comían a los pájaros y a los huevos de los pájaros, y también había armonía y equilibrio y hasta belleza en aquella violencia necesaria, y las hojas verdes de las plantas y de los árboles perdían un día el brillo y se secaban y se fundían con la tierra de las larvas, pero otras volvían a germinar en su lugar igual de verdes y de brillantes, y había flores diminutas que brotaban entre las piedras blancas como milagros, y había ejércitos de hormigas que trabajaban afanosamente ajenas al mundo y a mis pies asesinos, que podían aplastarlas, y era como si todo me hablara en silencio, como si todo se dirigiera a mí en una lengua sin sonidos, y había asombro y había emoción en aquellas observaciones.

Me seleccionaron para el coro. Frente a un cura inquieto y a un piano con pedales hice la prueba para el ingreso. Tuve que cantar una canción, la que yo quisiera, así que elegí la que mi padre cantaba mientras hacía los trabajos de carpintería, *de noche cuando me acuesto le rezo a la virgen de la Macarena, y allí solito en mi cuarto a la virgencita le cuento mis penas*. Quise iniciar la siguiente estrofa, pero el pianista me detuvo y me dijo, basta, eso me dijo, basta, estás seleccionado. Los domingos y las fiestas de guardar cantábamos en la basílica con nuestros vecinos los escolanos, que eran más pobres y más huérfanos y más angelicales que nosotros y cantaban mucho mejor.

En el tiempo de la pesca de los salmones, el Dictador absoluto y Caudillo superlativo se alojaba en el hotel que había frente al seminario. Desde una semana antes todos los días rezábamos por él, por su salud y por su benevolencia, y nos recordaban su ilustre biografía, sus hazañas de salvación nacional y sus políticas de inspiración divina, y los tejados y los muros y los montes más cercanos se abarrotaban de soldados y de guardias civiles con sus tricornios brillantes y sus fusiles en posición de alerta. En las misas de la basílica los del coro y los escolanos le cantábamos al Dictador y a su señora esposa canciones célebres y antiguas. Había rumores de que al escolano que hacía de solista se lo

llevaba la mujer del Dictador a cenar filetes de venado y salmón ahumado al hotel. El Dictador Supremo, visto desde lo alto del coro, era un hombre pequeño y calvo y tenía unas manitas de niño que movía despacio y un bigote que parecía una mancha y unas polainas con brillo como las de las siete leguas, así que sus pies eran pequeños, pero sus pasos eran mágicos y gigantes y abarcaban mucho territorio de cada vez. Salvo en el bigote y en el uniforme, aquel caudillo diminuto pero superlativo se parecía al prefecto mayor.

Los domingos llegaban algunos peregrinos que subían las escaleras de rodillas y los canónigos se ponían la sotana roja para recibirlos. Los feligreses encendían velas en la cueva santa de la Virgen y lanzaban monedas al pozo de los buenos deseos y después comían la tortilla junto a la campana gigante. En una ocasión el abad, que era el jefe de los canónigos y tenía una voz estridente y llevaba gafas oscuras incluso en los días sin sol, vino a hablarnos de las preocupaciones de la Señora Virgen y a explicarnos el misterio de la Santísima Trinidad, que era el misterio más misterioso del mundo, una especie de fórmula matemática en la que no sólo se utilizaban números, primos y primogénitos, sino palabras naturales y enteras, todas propias, y también había en aquella fórmula misteriosa y compleja elementos geométricos como el triángulo de la proporción divina, el cual, aunque tiene tres ángulos distintos con tres lados bien diferenciados, forma una sola figura geométrica verdadera, como Dios, y en este misterio que el abad nos intentaba explicar sin que nadie, ni él mismo, lo entendiera, por mucho que lo quisiera disimular, también entraban la unidad del cielo y de la tierra y la suma del uno y del dos.

A Dios, no había quien lo entendiera.

Era incluso un pecado de soberbia intentar entender a Dios, así que había que echar mano de la fe, que era una virtud teologal, pero mucho más al alcance de nuestra infantil comprensión.

Aquel abad de los misterios y de las gafas oscuras fue quien nos aseguró que estábamos allí para aprender el oficio del sacerdocio, es decir, que un día lejano, así lo decía él, lejano, pero no tanto, que el tiempo vuela y hace nada era yo un latino como vosotros, pues que ese día, después de mucho estudiar y de mucho rezar, seréis premiados con el sacramento del sacerdocio para regocijo de Dios, de su hijo Jesucristo y del Espíritu Santo. En nuestras casas nos habían enviado al internado sin entrar en detalles o al menos sin hablarnos del detalle principal, y desde

aquel día nos imaginamos en el futuro trabajando de curas párrocos, de prefectos, de canónigos o, incluso, de obispos. El abad dijo que a nuestras enseñanzas habituales se iba a añadir la del arte de la predicación, y nos habló de los sermones panegíricos, que eran como discursos para hablar bien de alguien, y de que había un sermón para cada mártir o santo, así que había infinidad de sermones, y nos habló de la retórica, que era el arte del bien decir o del hablar entreteniendo, y de la poética, que tenía que ver con la búsqueda de la belleza a la hora de juntar palabras, y aprendimos con el abad, en ese día y en otros más que le siguieron, muchas palabras nuevas, como *elocuencia*, *tropo*, *elegía*, *oda*, *epitalamio*, *madrigal*, *alegórico* o *figura patética.* A mí me gustaba mucho descubrir palabras nuevas y las apuntaba todas en mi libreta de tapas azules.

También había un canónigo loco que hablaba solo.

Llevaba una vieja sotana con manchas de grasa y un alzacuello raído y amarillento. Un día me cogió del brazo y, susurrando, me dijo, tu padre y yo éramos compañeros de aula, estudiábamos juntos los versos de Lucrecio sobre el funcionamiento de los sentidos y sobre los sueños y los ensueños. Con una voz de otro mundo me recitó unos versos que eran una pregunta, acaso no observas que las gotas de la lluvia que caen sobre las peñas, después de mucho tiempo, las socaban. Después me los repitió en latín. La paciencia es la herramienta más poderosa que el hombre tiene a su disposición, me dijo. Desde entonces, siempre que me encontraba, me dedicaba una sonrisa clandestina, como si los dos compartiéramos algún secreto, y me repetía aquellos versos en latín, y tantas veces me los repitió que me los aprendí de memoria y los apunté en mi libreta.

El profesor de Lengua era el prefecto mayor, pero a veces venía a sustituirlo un cura joven, espigado y pacífico, que también enseñaba a los escolanos. Él nos hablaba con santa parsimonia e inusual devoción de los poetas modernos. Nos obligaba a aprender de memoria unos versos de cada poeta. Nos habló del sevillano Antonio Machado, que había sido maestro de pueblo, y aprendimos algún verso suyo, oh viejas moscas voraces como abejas en abril, viejas moscas pertinaces sobre mi calva infantil. Nos explicó la vida de un catalán llamado Marquina que había escrito un poema aburrido y grande sobre las yeguas que decía, acóplanse

las yeguas debajo del hayedo, doblan al yugo el cuello, cargan sobre las manos y se alejan al paso majestuoso y quedo de un desfile de yuntas de colonos romanos. Otro se llamaba Enrique de Mesa y tenía un poema sobre un padre y un hijo que iban juntos a ordeñar, un poema que a mí me gustaba mucho y rezaba, entre mi mano, suave, su manecita oprimo, y avanzamos parejos por el albo camino. Nos habló de Rafael Morales, un poeta al que le gustaban mucho los toros y memorizamos un poema que decía, en su piel poderosa se serena su tormentosa fuerza enamorada que en los amantes huesos va encerrada para tronar volando por la arena. Y de Rubén Darío, que era un poeta nuestro, pero de fuera, aprendimos, la tortuga de oro marcha sobre la alfombra, va trazando en la sombra un incógnito estigma, los signos del enigma de lo que no se nombra. Al joven y delgadísimo profesor, que tenía la voz atiplada de los escolanos, le gustaba especialmente Juan Ramón Jiménez, que era un poeta famoso en el mundo entero y al que le habían concedido el más importante de todos los premios. No vienen en tu busca, pobre flor solitaria, decía uno de sus poemas célebres.

Según el profesor había poetas sentimentales, y los había simbolistas, clasicistas y parnasianos, y también apasionados, como Unamuno, que escribía, mi buque velero, soñé en tus cordajes del bosque nativo los dulces follajes. También era poeta apasionado el pastor de cabras Miguel Hernández, que había muerto en la cárcel, al parecer por equivocación. Sus poemas eran fáciles de aprender, como aquel que decía, en la cuna del hambre mi niño estaba, con sangre de cebolla se amamantaba. A Gabriel y Galán, que no eran dos, sino uno, y que también había sido maestro de pueblo, lo conocíamos ya, porque era el preferido del prefecto mayor y siempre nos recitaba un poema suyo que rezaba, he dormido esta noche en el monte con el niño que cuida las vacas, en el valle tendió para ambos el rapaz una raquítica rama. Luego había poetas que hacían versos raros sin rima. Ésos no nos gustaban tanto. Y había otros a los que llamaban populares, porque a sus versos les ponía música la gente y los cantaban en las romerías, como García Lorca, que había muerto de un disparo, pero al parecer también por equivocación. Aprendimos un poema suyo que decía, la luna vino a la fragua con su polisón de nardos, el niño la mira mira, el niño la está mirando.

Nos habló aquel cura tímido y espigado de muchos poetas, pero sólo recuerdo aquellos que dejé apuntados en la libreta de los versos. Era tan

sigiloso en sus ademanes, tan misterioso en sus explicaciones y recitaba los poemas con tanta discreción que aquellos poetas de los que nos hablaba nos parecían personajes misteriosos y clandestinos. Cuando recitaba, había en su rostro un rictus de amargura y los ojos se le ponían lánguidos. Por él supimos que los poetas le hacían versos a cualquier cosa, las moscas, las cebollas, las vacas y los toros, las yeguas y las tortugas, la luna, los padres y los hijos, las flores o los buques veleros.

El profesor de Física y Química, que tenía los dedos amarillos y estaba ronco porque fumaba sin parar, trajo a clase un microscopio y descubrimos el secreto de las células, que eran unas partículas diminutas que unidas unas a otras conformaban nuestros cuerpos, pero también el cuerpo de los pájaros o de las hormigas, y también el de las plantas, y sospechábamos que también el de las estrellas, pero eso no era seguro, y le pregunté al profesor si Dios también estaba hecho de células, y él llevó el cigarrillo a la boca y aspiró, y el tabaco se hizo brasa, y me dijo que no, que en Dios no había materia, sino únicamente espíritu, y sus palabras salieron, una a una, envueltas en círculos de humo blanco. Tenía una cara bondadosa y redonda y unas veces fumaba cigarrillos sin filtro y otras una pipa de cánula larga que se le atascaba continuamente. Nos dijo que se la habían traído de América y que era de madera de nazareno.

Hasta que llegó el microscopio a la clase de Física siempre habíamos pensado que hacia el infinito se avanzaba aumentando o multiplicando, pero ahora también había un camino sin término dividiendo y disminuyendo. Pero como la tierra era redonda y todo lo grande era redondo, entonces el infinito hacia arriba podía llegar a juntarse con el infinito hacia abajo, y también podía ser que el infinito no existiera en realidad, y Dios también era grande y redondo, así que no podía ser infinito porque no tenía principio ni fin, al igual que los círculos, pero sí podía ser eterno, como un aro que rodara sin detenerse jamás.

Enseguida llegó el invierno con una crudeza desconocida.

Ateridos de frío no lográbamos sujetar el castañeteo de los dientes en las tediosas formaciones de los pasillos, al comienzo y al final de las clases, de las comidas, de las misas, de los recreos o de los tiempos de estudio.

Los rosarios en la cueva milagrosa suponían una dura prueba de resistencia. Era una cueva larga, pero justo al final, en el espacio de la capilla y del altar, el hueco se abría al abismo y al cielo. Abajo, muy abajo, estaba el pozo verde de las monedas. En un agujero que había en la pared de roca estaba enterrado el rey que había sido el primero de la nueva tierra reconquistada y que se había hecho fuerte en aquellos montes contra los enemigos de Jesucristo.

Nos gustaba la nieve, tocarla, moldearla, arrojárnosla en forma de bolas, jugar con ella, pero después el ardor y la picazón de las manos y las orejas se hacían insoportables. Son sabañones, nos decían los prefectos jóvenes. Ellos se compadecían de nosotros y, a escondidas del rector, que parecía alegrarse de que recibiéramos un castigo por nuestro carácter irreflexivo, nos untaban la piel dolorida con zumo de limón.

Había prefectos justos y amables con todos por igual.

Por las noches se oía el reclamo lejano de las lechuzas y de los cuclillos y el respirar cansino de los asmáticos.

A veces nos despertaban los gallos de las monjas, que resonaban en la madrugada fría como las voces del sacristán en las naves vacías de la basílica.

Había una monja de ojos saltones que se sonaba la nariz en músicas de viento con un pañuelo de pita, y había otra tan joven y tan angelical que sólo tenía que mirarnos y sonreírnos para que nos volviéramos buenos. Y estaba la monja enfermera de los ojos claros que me regalaba sonrisas de madre.

Por las tardes rezábamos al fondo de aquella cueva de las humedades, frente a la imagen vestida de brillos de la Señora Virgen, escuchando el estruendo del agua que brotaba de la grieta abierta bajo la cueva. Aquel agua alborotada y blanca venía de un río que atravesaba, apacible y cristalino, una pradera grande a la que algunas tardes de sol subíamos a pescar cangrejos y a jugar a la pelota. El agua caía con estruendo a un pozo, un pequeño embalse con una aparatosa compuerta de chapas y engranajes. Los visitantes y los peregrinos arrojaban monedas al agua para comprar la salud y cortejar a la suerte.

El raposo entró una noche en el gallinero de las monjas y organizó una carnicería. El jardinero logró abatirlo de un disparo, que a todos nos levantó de la cama, pero ya el pícaro ladrón había matado muchas gallinas. Durante una semana tomamos caldos con sopas de pan y gallina

en pepitoria. El jardinero tenía los ojos rasgados y tristes y llevaba un cigarro en la oreja y tenía prendidas telas de araña en la barba roja. Se limpiaba continuamente las manos resinosas en el pantalón de pana. La mujer del jardinero adivinaba el futuro leyendo los brillos del rocío, del agua quieta de los charcos y del hielo de los carámbanos. No tenían hijos, pero tenían dos perros guardianes que ladraban a la vez. El jardinero presumía de perros y de mujer adivina, y también presumía de buena puntería. Gracias a él comimos gallina durante muchos días. Los raposos no se comían.

Lo que más nos gustaba era el requesón que traían los pastores de las brañas, y también nos gustaba el chocolate que nos daban a veces para merendar, pero nos lo servían en unos pocillos diminutos, acompañado de un bollo de pan. Si mojábamos el pan, en la primera pringada el chocolate se extinguía, así que para que nos durara, mojábamos, succionábamos el chocolate y desde la boca volvíamos a arrojarlo al pocillo, y lo repetíamos varias veces, y así aquella pequeña cantidad de chocolate se estiraba milagrosamente y conseguíamos mojar todo el pan.

La niebla se pasaba días enteros subiendo y bajando las escaleras, y no se veían los montes, ni las torres de la basílica, ni siquiera la campana gigante que nunca se tocaba. Cuando bajaba la niebla parecía que el corazón de aquel lugar dejara de latir.

Hasta que un día llegaban las brisas tibias.

Por las tardes, al fondo de la larga y húmeda cueva, le rezábamos a la Señora Virgen por los pecados del mundo, y los domingos por la mañana, y también las fiestas de gloria y consideración, quienes pertenecíamos al coro cantábamos la misa en la basílica acompañando a los escolanos. Después, si no llovía, íbamos de paseo. Pero, como los paseos eran muy largos, a veces nos sorprendía la lluvia y volvíamos tiritones y pingando y con las velas colgándonos de la nariz. Al día siguiente en las clases había algarabía de toses y la monja enfermera no paraba de poner termómetros y recetar jarabes.

Nos señalaban un objetivo, un destino, y nos entregaban un bollo de pan y una onza de chocolate. Las distancias de los paseos eran largas y el terreno empinado, pero subíamos saltando y jugando, y llegábamos alegres a la cima de los montes o a los lagos del fin del mundo. Por hambre y por curiosidad a veces entrábamos a robar en alguna cabaña de los caseríos dispersos. Encontrábamos chorizos colgados de las barandas

o manzanas en los alféizares o panes enormes sobre las maseras. Había dos familias de enanos que vivían en dos cabañas diminutas rodeadas de porquerizas. Siempre había cabras encaramadas comiendo la hierba de los tejados. A ellos no les robábamos, porque eran gente buena y nos daban trozos de pan. Nos entregaban el pan en trocitos pequeños, como si fuéramos gorriones. Los cerdos hozaban en torno a los muros de piedra y las gallinas removían la tierra con sus picos y se afanaban en la búsqueda de lombrices.

A veces alguno de nosotros se perdía y, a las pocas horas, algún pastor lo traía hasta el internado. Los perdidos llegaban ateridos de frío y con los ojos en carne viva, por las lágrimas del desconsuelo y por el flagelo de la neblina. El aparecido, al dolor y a la congoja de la pérdida, debía añadir, si el prefecto mayor así lo estimaba, la injusticia de un castigo. Uno de los perdidos, hijo de un marinero de barca de pesca, ante la inminencia del castigo, juró por la Virgen de la Cueva que unos hombres encapuchados lo habían secuestrado y lo habían obligado a masticar unas hierbas dormideras y que no sabía cuánto tiempo había durado su ausencia ni cómo lo habían encontrado los guardias, pero el prefecto mayor le cogió de las orejas y lo levantó en el aire y le dijo, te voy a arrancar de la cabeza esa pérfida costumbre de fugarte, y lo amenazaba con mandarle al reformatorio, que era otro internado, pero con rejas en las ventanas y con trabajos a la fuerza.

Aquel día yo apunté en la libreta la palabra *pérfido*.

El fugado era mayor que los demás y ya tenía doce años, y alguien dijo que tenía una novia clandestina y que se escapaba para visitarla, y contaban que se veían en un molino abandonado y que se chupaban los labios y que se desnudaban para acariciarse mejor por el cuerpo entero. Ya casi terminando el curso se volvió a escapar y nunca supimos nada más de él, así que lo imaginábamos viajando en un barco por el mar con su novia cariñosa y clandestina.

Una mañana, al entrar en la capilla para los primeros rezos, cinco compañeros estaban a un lado del altar, de rodillas y de cara a la pared. El rector nos leyó unos textos sobre el séptimo mandamiento y sobre la actitud ante los bienes ajenos, y después nos dijo que aquellos cinco arrodillados eran niños ladrones, y nos explicó el motivo. Por la noche habían intentado asaltar la despensa para robar comida. Serían castigados

varios días a cenar sólo pan y a limpiar las porquerizas por las tardes a las órdenes del jardinero. No habían podido resistir el hambre.

El invierno se terminaba cuando los carámbanos se desprendían de los tejados y se clavaban en la tierra como cuchillos.

Cuando salía el sol, la mujer del jardinero se quitaba el pañuelo de la cabeza y se soltaba el pelo y se ponía un vestido de flores y se asomaba a la ventana para sacudir las migas del mantel. Ella se alegraba al ver cómo acudían todos los pájaros y a nosotros nos gustaba observar cómo sobresalían sus pechos grandes y blancos y cómo se balanceaban sobre el alféizar como si fueran campanas tocando a gloria. El jardinero la saludaba orgulloso levantando las tijeras de podar.

Mis libretas de versos y de palabras nuevas ya tenían muchas páginas escritas.

En las clases de Historia Sagrada supimos que la Creación había sido un acto divino y libre en virtud del cual Dios había sacado al mundo de la nada. La nada era como un espacio abierto hasta el infinito y vacío por dentro. La nada era hueca. Alguien habló de la noche negra, y el profesor explicó que no, que en la noche negra había cosas, aunque no se vieran, y que había aire, aunque no pudiera tocarse, que la nada era nada, el vacío absoluto, una nebulosa que Dios había puesto en movimiento, y yo anoté en la libreta la palabra *nebulosa*, y no entendí lo que era la nada, porque en la nebulosa no había luz y todo era sombrío, pero había nieblas en abundancia, y la niebla era algo conocido, palpable, era aquel manto blanco que a veces tapaba las torres de la basílica.

Luego estaba lo de la costilla que Dios le había arrancado al primer hombre, hecho de barro, mientras dormía y con la cual había fabricado a la primera mujer, y el hombre al despertar y contemplar a su compañera se alegró y dijo que dejaría a su padre y a su madre para vivir con ella, y no entendíamos cómo si aquél era el primer hombre hecho de barro podía tener padre y tener madre. Después estaba lo del demonio disfrazado de serpiente y lo de la manzana que no tenía veneno, pero estaba envenenada, así que pensé que Dios, además de ser divino y libre, también era poeta. La historia del diluvio y del arca y de los animales nos interesó especialmente. Hicimos muchos dibujos y yo anoté la palabra *patriarca* en

mi libreta, y también la palabra *anegamiento*. Lo de ordenar a un hombre bueno apuñalar a su hijo inocente no nos gustó nada por mucho que Dios hubiera rectificado a tiempo. *Gavillas*, *nodriza*, *maná*, *holocausto* o *magnificencia* fueron algunas de las palabras nuevas.

En los rezos más íntimos, en aquella celda sin puerta, invocaba a Dios como si fuera alguien conocido. Le hablaba de mis miedos, de las ausencias que me dolían, del abandono que sentía. A veces miraba al pequeño crucifijo que había colgado en la pared, y le hablaba como si me hablara a mí mismo. Aquellas plegarias nocturnas nada tenían que ver con las que hacíamos todos juntos en la capilla. Años después, Dios se desvanecería, pero aquellas plegarias íntimas, aquellos diálogos con mi crucifijo interior continuaron cada noche de mi vida.

Un día le dije al prefecto anciano en confesión que Jesucristo me gustaba más que Dios. Él salió del confesonario, me llamó blasfemo, me cogió de la oreja y me llevó a la sacristía. Allí me leyó un párrafo sobre el misterio de la Santísima Trinidad, hay un solo Dios que es Padre y un Hijo unigénito que nació de la sustancia de Dios, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado y no creado, de igual naturaleza, porque Dios, con ayuda del Espíritu Santo, que también es Dios, se encarnó y se hizo hombre para sufrir por nosotros, así que las tres personas distintas tienen igual sustancia, esencia y naturaleza divina, siendo las tres personas Dios, pero habiendo sin embargo un solo Dios. Lo recuerdo bien porque tuve que copiarlo cincuenta veces como castigo por mi blasfemia, y cuando le llevé las hojas con las frases numeradas me preguntó, lo entiendes ahora, y le respondí que seguía sin entenderlo, y me dijo, claro que no lo entiendes, no lo puedes entender, tarugo, más que tarugo, esto es un misterio, el misterio más grande que pueda existir y no sería un misterio si tú fueras capaz de entenderlo, anda, vete a jugar.

Las clases de Lengua y Literatura eran aburridas, salvo cuando al rector lo sustituía el cura tímido de pómulos sobresalientes. En las clases del joven profesor podían atraparse muchas palabras nuevas, como *circunflejo*, *onomatopeya*, *hipérbole*, *perífrasis* o *paradoja*. No entendía muy bien por qué todos los profesores hablaban con tanta admiración del caballero don Quijote, que estaba muy trastornado, loco de encerrar, y confundía ovejas con soldados y molinos con gigantes, y era viejo y estaba cansado, y no se parecía en nada a los héroes de los cuentos o a los de las series de la televisión. Ni siquiera nos parecía gracioso.

El estudio de los números era entretenido a veces y aprendíamos trucos o juegos que parecían de magia, y el profesor, que había sido compañero de mi padre, nos presentaba los problemas como si fueran acertijos. Siempre sonreía y ponía tanta emoción en sus explicaciones que parecía que fuera a desvelarnos el secreto de la vida. Su forma de explicar se parecía a la de mi padre. Nunca me hablaba de él. Tan sólo una vez me dijo, tienes la misma mirada de tu padre, espero que también hayas heredado su ingenio. Nos ponía en la mesa seis copas alineadas, las tres primeras con agua y las tres siguientes vacías. Moviendo una sola copa había que conseguir que quedaran alternadas las llenas y las vacías. O pintaba en el encerado un reloj con sus números y había que dividir el reloj en seis partes de manera que en cada parte la suma de los números fuera la misma. O nos proponía dividir una tarta en ocho trozos iguales realizando sólo tres cortes rectos o dibujar cuadrados sin levantar el lápiz. En las clases de Matemáticas y de Aritmética el tiempo se nos pasaba volando. A mí me gustaba más la Geometría. Añadí a la colección algunas palabras, como *tangente*, *bisectriz* o *cuadrilátero*.

En las clases de Geografía utilizábamos el encerado para pintar brújulas, mapas, playas con palmeras, castillos y la muralla china, y descubrimos el origen de muchas cosas, de las montañas y del arcoíris, de la lluvia y de los rayos, de los vientos o de las razas humanas, de las estrellas y de los océanos, y también supimos que dentro de las selvas inmensas había tribus salvajes que no sabían escribir y no conocían a Jesucristo, y que había ciudades tan grandes que para recorrerlas había trenes que circulaban bajo la tierra, y casi todo era nuevo para nosotros en aquellas clases de Geografía, el movimiento giratorio de nuestro planeta, las fronteras, los ríos que parecían mares, las islas deshabitadas, la muchedumbre de dioses falsos que había repartidos por la tierra, los glaciares o los eclipses del sol o de la luna. Cuando nos habló de los cometas de la cola larga y la cabeza brillante levanté la mano y dije que yo había visto un cometa. Al momento me arrepentí, pero ya no había remedio y tuve que explicar a toda la clase aquella excursión al monte que había organizado mi padre para contemplar al cometa de los brillos. Anoté palabras como *afluente*, *septentrional*, *constelación* o *archipiélago*.

Sabíamos que los mayores mentían mucho, pero en las clases de Historia las mentiras eran continuas y exageradas. El mismo acontecimiento histórico mi padre me lo había contado de una forma, el

maestro gallego de otra y el profesor del internado de una manera nueva. Las pinturas de las cuevas primitivas se llamaban *rupestres*, que era una palabra para coleccionar. Mi padre decía que aquellas pinturas de bisontes y caballos eran para favorecer la caza, porque pensaban aquellos hombres salvajes que al pintar a los animales de alguna manera los atrapaban antes de cazarlos. El cura profesor decía que las pintaban para dar gracias a sus dioses por la buena caza, y el maestro gallego nos había contado que aquellos hombres se aburrían mucho y que pintaban para entretenerse, porque el hombre, desde que era hombre, decía él, siempre había necesitado entretenimientos. Sobre Aníbal, que era un guerrero combativo que odiaba a los romanos y viajaba en elefante, el maestro gallego decía que era murciano y que se había casado con una manchega. Mi padre me había asegurado que era un africano negro, hijo del rayo y de la tierra, y el cura explicaba que Aníbal sólo había sido un buen estratega, y anoté esa palabra, *estratega*. De los romanos sabía muchas cosas por mi padre. Para él los romanos eran buenos, ingeniosos, y excepcionales, pero ahora los buenos parecían ser otros, como Viriato, que era un pastor portugués de Córdoba, o Indíbil, que era rey de unas tribus que había junto al río Ebro, o Mandonio, que no era rey, pero era cuñado del rey. Ésos eran ahora los buenos, y los romanos sólo empezaron a ser buenos cuando se convirtieron al cristianismo.

Me gustaban las clases de Ciencias Naturales.

El profesor tenía el pelo muy largo y casi nunca llevaba sotana. Iba desarreglado, con el alzacuello torcido y con aspecto desaseado, como si acabara de saltar de la cama después de una pesadilla trágica. Siempre tenía prisa. Me gustaban sus clases porque nos hablaba de los volcanes que escupían el fuego, de las cataratas gigantes que sonaban como los truenos, de los pájaros insólitos y de las mariposas de colores que a mí tanto me gustaban, de los habitantes de los bosques y de los mares, de las plantas que devoraban insectos y de los insectos que construían acueductos y montañas. Nos explicaba las lecciones como si fueran historias inventadas. A veces salíamos a rebuscar esas ciencias de lo natural en los arroyos y en los bosques y en el aire, y nos llevábamos la merienda. El profesor de Física le dejaba a menudo el microscopio para que miráramos por él a los seres más diminutos. La Naturaleza es uno de los dos libros de Dios, nos decía, el otro es la Biblia, así que acercarse a la Naturaleza, observarla, escudriñarla, estudiarla sin límite alguno es

acercarse a Dios, y entender las leyes de la Naturaleza es descubrir el idioma de Dios. Todo en la Naturaleza, según él nos explicaba, estaba sincronizado, todo se regía por leyes universales, así que tenía que existir un hacedor de leyes, y nos exponía el ejemplo del ojo y del reloj, si encontráis un reloj en lo alto de una montaña solitaria pensáis, alguien lo ha puesto aquí, y si abrís el reloj y contempláis su mecanismo complejo y preciso pensáis, alguien inteligente construyó este reloj, no ha sido un producto del azar, no ha sido la casualidad quien ha juntado las piezas para que el reloj marcara con precisión los minutos y las horas. Ahora fijaros, nos decía, en el ojo humano, o en el ojo de un águila o en el de un pez, mucho más complejo es el ojo que un reloj, sus tejidos conjuntivos, sus vasos sanguíneos, sus humores vítreos y su melanina, sus músculos diminutos y sus millones de nervios perfectamente sincronizados para convertir los estímulos luminosos en imágenes. Cómo podría ser el ojo un producto del azar, nos preguntaba, y sonreía satisfecho al suponer que sus argumentos habían desalojado de nuestros cerebros cualquier mínima duda sobre la existencia de Dios.

Las clases de Formación del Espíritu Nacional estaban a cargo de un hombre de aire cansino, apacible de ánimo y ronco de fumar, que gastaba un bigote mínimo y un sombrero de fieltro con pluma. Había sido militar en las guerras africanas e impartía las clases sin gana. Nos hablaba de la familia y de los vínculos del afecto y de la sangre, y nos hablaba de la escuela, y dibujaba en la pizarra un yunque y un martillo y decía que la escuela era la fragua donde se forjaba a los hombres del mañana, y nos explicaba los gremios y los santos patronos de cada gremio. Cuando hablaba de la justicia social dibujaba balanzas y cuando nos enseñaba el principio de la autoridad pintaba una corona cruzada por un bastón y una espada, y al explicarnos la lección de las normas y el bien común dibujaba un semáforo, como los que yo había visto junto al mar. Para el trabajo manual un pico y una pala, para el trabajo creativo una bombilla encendida y para el descanso un cine. Le gustaba dibujar. Cuando más disfrutaba era cuando nos hablaba del Caudillo Dictador. Le temblaban los labios bajo el bigote escaso y se le aclaraba la voz. Una vez incluso llegó a llorar. Una vertiginosa y brillante carrera, nos decía, estratega genial, reconstructor de la patria, impulsor de los españoles hacia ideales sagrados, y nos aburría con las historias, que repetía una y otra vez, de su experiencia como oficial en África a las órdenes del Caudillo. El militar

regentaba un estanco en un pueblo cercano por concesión generosa y expresa del Caudillo y venía a impartir las clases los jueves en una vespa azul con un gran parabrisas.

Tal vez esto que escribo debería ser la letra pequeña de algo más importante, más extraordinario, porque sólo sé lo que recuerdo y no es mucho, y la letra grande debería abarcarlo todo. Algunas cosas se agitan en mi cabeza. Otras están fosilizadas, aplastadas, inservibles. Al recordar unas cosas, aparecen otras que estaban enterradas. De la tierra removida surgen monedas oxidadas y antiguas, piedras que al limpiarlas recuperan el brillo, y también de esa tierra revuelta surgen algunos gusanos que se retuercen y sobreviven.

Las palabras de las libretas de tapas azules, que aún conservo, me sirven en ocasiones como señales valiosas para recuperar recuerdos.

En la incertidumbre y la duda nacen estas descripciones. Por eso no puede haber nombres de personas ni de lugares. No sería justo que los hubiera. Se trata de una forma de existir tal vez generalizada, una manera de ser en un tiempo que estaba a punto de concluir. Sólo vivíamos, y lo hacíamos apenas sin exigencias, salvo aquellas que se derivaban del sentido común.

Al finalizar el curso y volver del internado me encontré las paredes de mi dormitorio empapeladas. Había dibujos de jarrones con flores azules que por las noches parecían vivas. Mi madre dedicaba mucho tiempo a atender a los animales, y también mi hermano exigía mucha atención, la misma que yo a su edad había necesitado. Mi padre tenía turno de día y andaba ocupado en la organización de las fiestas del pueblo, cuando no planificando excursiones o ensayando obras de teatro, y continuaba impartiendo clases particulares, aunque sólo a un número reducido de alumnos que preparaban las reválidas. Una vez a la semana acudía al palacio azul para las clases de latín y de castellano a los hijos del ingeniero belga, que ya habían vuelto de sus internados. Sentía que nadie me hacía caso, salvo para asignarme tareas, así que, en los tiempos muertos, que eran muchos, leía o montaba en bicicleta. Percibía en la casa ráfagas de perturbación y silencios tensos que acentuaban las sospechas del cambio. Me sentía como un vagón al que hubieran desenganchado del tren para dejarlo a merced de las ortigas en una vía muerta. Subía una y otra vez la cuesta del lavadero con la bicicleta heredada de mi padre. Mi abuela, que seguía viviendo en la casa del hombre que una vez la había secuestrado,

me llevó con ella unos días y me enseñó a ordeñar. Me mostraba insatisfecho y sombrío y mi abuela me preguntó si me pasaba algo, y yo intentaba explicarle que en casa ya no me prestaban atención, que se habían acostumbrado a vivir sin mí. Ella me animaba y me decía que eran imaginaciones mías y que me había vuelto mohíno y ausente. Algo pasa en casa, le dije. Pasa lo que tiene que pasar y lo que ha pasado siempre, dijo ella, y añadió, tu padre sigue perdiendo la razón. Entonces le pregunté asustado si le habían vuelto los ataques, y me entregó una de sus habituales respuestas enigmáticas y me dijo, ahora los ataques le dan por dentro de la cabeza. Después de aquel comentario de mi abuela empecé a escuchar músicas extrañas en mi cerebro, músicas que antes nunca había escuchado en ninguna parte. A mi abuela no le gustaba que yo estudiara para ser cura, así lo decía ella, no quiero que seas cura. Ella prefería que fuera maestro de escuela. Los maestros son personas bien consideradas, me decía, y además llevas el nombre de tu abuelo, que en paz descanse, y él siempre había soñado con ser maestro, incluso después de entrar en la mina lo siguió soñando, pero la guerra terminó con el sueño y con él. En aquel tiempo yo no pensaba ni en ser cura ni en ser maestro. Ni tampoco en ser violinista anarquista o capitán de barco. Pero mi abuela siempre insistió. Lo cierto es que aquel verano, a la vuelta del internado, me sentía solo y desorientado.

Elegí un libro para meterme en él y elegí un árbol para sentarme a leer a la sombra. El libro era *Moby Dick.* Hablaba de ballenas y de marineros. El árbol fue un manzano viejo y de ramas extravagantes que producía unas manzanas diminutas, pero muy dulces. El tronco del manzano estaba hueco, carcomido. Me pareció un árbol perfecto para guardar secretos. Envueltos en un plástico habría de dejar allí mis primeros versos. Pero mi árbol preferido seguiría siendo la higuera. De tanto observarla llegué a la conclusión de que respiraba. En la primavera respiraba reflejos blancos y polvo de polilla, en el verano sopor, en el otoño telarañas y en el invierno temblores de escarcha y hielo estremecido.

Mi madre comentó que me veía raro y que si quería contarle algo, y le dije que no, porque no lo entendería, y ella insistió en que lo intentara, y entonces le expliqué que todo estaba cambiado, que las cosas eran diferentes, y ella me apretó la cabeza contra sus pechos y me dijo, cada día creces un poco más, así que ves la vida desde un lugar más alto, y crecer es cambiar, por fuera y por dentro, pero todo saldrá bien, porque eres tan

listo como tu padre, y tienes suerte de parecerte a él y de ir a un buen colegio y de tener esta familia, a tu edad yo no tenía un padre y pronto tuve que dejar la escuela para ayudar a mi madre con el estraperlo.

Me sentía bien abrazado a mi madre.

Ella continuó hablándome y me dijo, caminábamos varias horas para comprar mercancía en el mercado negro, azúcar, lentejas, achicoria y cosas así, y luego volvíamos con las cestas cargadas, una cesta debajo del brazo y otra sobre la cabeza, y lo vendíamos para ganar cuatro perras. Me soltó y la miré y sus ojos estaban húmedos, y añadió, entonces sí que las cosas eran diferentes. Me pidió que fuera a ver a mi padre, porque quería decirme algo importante. Mi padre arreglaba el muro que rodeaba la higuera gigante. El muro era circular y él estaba añadiendo piedras nuevas y sujetándolas con pasta de arena y cemento. Estás construyendo por fin la exedra, le pregunté, y él me respondió, qué va, sólo voy a hacer una corra rellena de piedra; si construyo una exedra no quedará sitio para que pasen los coches, y por aquí ya pasan algunos coches. Le gustaba levantar muros de piedra. Es el arte de la composición, decía, si aciertas a encajar bien las piedras, a encontrarles el lado bueno, apenas necesitas la pasta. En cuanto disponía de piedras levantaba un muro. Me dijo que pensaba ensayar una obra de teatro para los niños y que a mí me había reservado el papel protagonista. La obra la había escrito él mismo. En la primera escena pescábamos en un río revuelto. Junto a mí estaba el niño que quería ser cantante. Nunca la representamos. En uno de los primeros ensayos mi padre tuvo que irse para ayudar en una mudanza a mi tío, el que tocaba el acordeón. Mi padre nos advirtió, vuelvo enseguida, y nos dejó repasando el texto. No volvió, porque se estrelló con la moto contra un muro y estuvo mucho tiempo hospitalizado. Se rompió una pierna, varias costillas y la mandíbula.

Volví a mi árbol y a mi libro de las ballenas con una tristeza nueva.

Poco a poco fui descubriendo que la sabiduría era como el viento. Se colaba por cualquier rendija, por cualquier ventana abierta y era capaz de moverlo todo, de llenarlo todo, de hacer diferentes a las personas y de cambiar las cosas de sitio.

Una vez a la semana acompañaba a mi madre al hospital. Ella iba todos los días. Mi padre se había hecho amigo de los médicos y de las enfermeras y a mí me recibían como si fuera de su familia. Todos están contentos contigo, le dije a mi padre, y él, con mucha dificultad, me habló

despacio, como lo hacía cuando quería explicarme algo importante, pero no me habló del cariño o de la amistad, sino del odio. No sé por qué aquel día me habló del odio. A lo largo de la vida, me advirtió, te encontrarás con personas que te odian, y no sabrás el motivo, siempre ocurre, sin tú quererlo se convertirán en personas enemigas, y escucha lo que te digo, nunca lo olvides, la mejor herramienta contra el enemigo no es la violencia, ni siquiera el odio, sino la indiferencia, la displicencia incluso, eso es, una vez un ángel en el principio del mundo se convirtió en demonio porque se sintió abrasado por la indiferencia de Dios, por su desdén. Sentí que mi padre hablaba sin mirarme y con la mirada perdida.

Atrapé para mi colección las palabras *displicencia* y *desdén*.

Mi padre seguía regalándome palabras nuevas. Le pregunté si él había sentido el odio de alguien, y me dijo, claro, es inevitable, eso me dijo, y añadió, ahora mismo hay quien se alegra de que esté aquí accidentado. No podía imaginarme que alguien fuera capaz de odiar a mi padre. Piensa, me dijo, que esos que un día llegarán a odiarte no lo harán por algo que tú hayas hecho, sino por lo que ellos no han sido capaces de hacer o de entender.

Practiqué el desdén con aquellos que arrojaban piedras contra mi timidez y me dedicaban insultos referidos a mis gafas o a la cicatriz en forma de herradura que lucía en la cabeza, por aquel accidente con los cristales que había sufrido a los cuatro años. No siempre atendí al consejo de mi padre y alguna vez no supe contenerme y respondí con violencia, pero el ejercicio de la indiferencia contra quienes pretendían ofenderme pasó a formar parte de mi carácter. No sé si algún ángel a mí alrededor llegó a convertirse en demonio, pero sí sé que, gracias a la práctica de aquel consejo paterno, nunca fui capaz de sentir rencor, al menos no como algo que me resultara reconocible. Él decía que nuestro porvenir estaba en marcha, que nos encaminábamos como tripulantes intrépidos de una carabela única hacia un mundo nuevo e imprevisible que ni siquiera tenía nombre, por lo cual habríamos de ser nosotros quienes nombráramos por primera vez esas cosas por descubrir. Tal como Ismael en busca de Moby Dick, le dije, y él afirmó, eso es, lo mismo que Ismael. *Intrépido* fue siempre una de mis palabras favoritas, una de esas palabras cuyo sonido ayuda a la comprensión de aquello que significan.

Un día vino al hospital a ver a mi padre un amigo suyo que era rentista de oficio y protestante de religión. A mi padre se lo había presentado

hacía tiempo el mayordomo del palacio azul. Se hicieron muy amigos y disfrutaban conversando en latín. Tenía la voz caliente y ahumada por tanto tabaco. Fumaba unos cigarros grandes y, según él, envueltos a mano. Descendía de un empresario francés de la siderurgia que había conseguido el título de conde. Él no había heredado aquel título, pero sí muchas casas y fincas que le permitían vivir de los arriendos, aunque también compraba y vendía obras de arte catalogadas y antigüedades valiosas. Primero había sido pastor protestante, después viajero ocioso en los trenes lujosos que recorrían Europa y ahora rentista y soltero. A mi padre le regaló un abrecartas de plata que llevaba la inscripción del Hotel Pera Palace de Estambul. En su afán de construir historias fabulosas en torno a los objetos, mi padre decía a todos que aquel abrecartas había pertenecido a la emperatriz Sisi, quien, según él, montaba a caballo al amanecer y dormía con sus perros y escribía poemas tristes. A mí el rentista me regaló el libro de *Las mil y una noches*, que tenía unas tapas duras y azules e ilustraciones extraordinarias. A mi padre le gustaba que su amigo el rentista le hablara de sus viajes en el tren de lujo. Los dos conversaban sobre aquellos viajes como si los dos los hubieran realizado juntos. Hablaban de bazares grandes como ciudades, de palacios iluminados por lámparas maravillosas, de las oraciones del islam sonando en los minaretes, de los perfumes imposibles y las dagas de plata y los broches de lapislázuli. Me gustó mucho la palabra *lapislázuli.* Viva el progreso y viva el trabajo, decía el rentista con la convicción y la solemnidad de un predicador, y añadía, no hay progreso que no esté sostenido por el trabajo. Lo dices tú, reía mi padre, que no has trabajado en tu vida.

Los protestantes son católicos resentidos, me había dicho un día el mayordomo del palacio azul del ingeniero belga mientras yo esperaba a mi padre. Creen, decía él, que el mundo está dividido entre los elegidos por Dios y los que no tienen remedio. Al principio había un solo ingeniero, pero luego vino su hermano, y los dos ingenieros belgas con sus familias vivían en el palacio. Sus esposas son más protestantes que ellos, continuó explicándome el mayordomo, y añadió, defienden la libre interpretación de la Biblia y tienen un buen lío montado con los pecados contra el Espíritu Santo, que es para ellos una especie de inspiración para que les vaya bien en la vida y en los negocios, en fin, que esa religión protestante, para no ser la verdadera, tiene demasiada complicación. Creo que ya dije

que el mayordomo había sido compañero de mi padre en el seminario y que lo habían expulsado por excederse en los afectos con una monja. Cada semana él visitaba a mi padre en el hospital, algunas veces acompañando al rentista.

A mi padre le gustaba mucho inventar historias.

Nunca sabía yo si él había leído en algún libro aquellas historias que me contaba o las había escuchado de boca de alguien o simplemente las inventaba sobre la marcha. A mí no me importaba. Con aquellas historias él construía para mí un mundo diferente, como si lo que ocurría a nuestro alrededor no fuera suficiente, no estuviera bien construido o no fuera digno de nosotros. Pero aquellas aventuras que tanto me habían hecho disfrutar se fueron desfigurando, fueron perdiendo fuerza año tras año, se desprendieron de la energía primera y de la emoción, y no sé cuándo ocurrió, pero un día dejé de creer en ellas, aunque las seguía escuchando sin hacer ningún reproche, sin emitir ruido alguno, con miedo a que algo se rompiera de forma definitiva. Temía tal vez que si él descubría mi falta de interés se le rompiera el ánimo, se le hiciera añicos su alma desgastada.

Una parte de mi padre permanecía oculta, tal vez esperando un milagro que la volviera luminosa, un viento benévolo que abriera las ventanas y lanzara esa parte oscura a la vida. Él nunca quiso dar cuenta de esa parcela importante que consumía su inteligencia y frenaba su voluntad. Aquella enfermedad invisible había sido como una piedra pesada atada a su cuello, y la vida para él suponía una lucha permanente por mantenerse a flote. Su alma tenía una pata de palo como aquella con la que golpeaba las tablas del ballenero *Pequod* el aturdido capitán Ahab.

El accidente y la hospitalización de mi padre, que duró hasta que comenzó un nuevo curso, me hicieron olvidar aquella sensación de abandono que había sentido al inicio de las vacaciones. Cuando salió del hospital, antes de que comenzara el nuevo curso, paseábamos juntos por el camino de la huerta. El médico le había aconsejado una hora de paseo diaria para combatir la atrofia de los músculos. Me preguntaba por los profesores del internado. Algunos habían sido compañeros suyos. Él sonreía, pero no me contaba nada de su época de alumno. Cuando le hablaba del anciano prefecto se reía mucho, porque también había sido su profesor. En aquellos paseos por el camino de las huertas me habló de Aristóteles y de Alejandro de Macedonia, que era uno de sus personajes históricos favoritos. Sabes que tú y yo ahora estamos siendo peripatéticos,

me preguntó, y levanté los hombros, y me explicó que aquella palabra aludía al que paseaba, que expresaba la discusión en marcha, es decir, reflexionar o conversar o discutir de los asuntos importantes mientras se camina, y me contó que así era como le gustaba a Aristóteles educar a sus alumnos, paseando con ellos, y que así era como le transmitió al joven Alejandro sus muchas sabidurías. *Peripatético* fue una de las palabras más especiales escritas en mi cuaderno, porque me recordaba aquellos paseos lentos junto a mi padre a la luz del cielo de agosto.

No sé en qué momento de mi infancia fui consciente de que las mujeres, o sea, las niñas, las madres, las hermanas, las alumnas de la escuela femenina, todas ellas, tenían un cuerpo que emitía mensajes, y que ese cuerpo, hecho de tantas curvas y abarrotado de tantos secretos, tenía poderes sobre mí y que tenía vida más allá de la vida. No sé cuándo ocurrió. Hasta ese momento el cuerpo de ellas era distinto al mío, pero ajeno a mí, ni sugerente ni fascinante, sin ningún incentivo especial que provocara en mí un deseo de acercarme a él o de conocerlo mejor. Pudiera ser que ese cambio, ese momento, tuviera lugar después de mi primer año de internado, en aquel verano de las fiestas del pueblo donde habíamos nacido mi abuela, mi madre y yo. Tal vez fue entonces cuando ese interés se despertó en mí de manera definitiva para no abandonarme nunca.

San Roque era un santo que curaba las pestes sin nombre y que tenía un perro, un bastón de peregrino y un sombrero.

La familia de mi madre, dispersa por diferentes lugares de la región, cumplía cada año con la tradición de asistir en aquel pueblo del monte a las fiestas de san Roque. Durante dos días el pueblo se llenaba de músicas antiguas y modernas, de procesiones de mantillas y cirios con andas para los santos y palio para el cura párroco, de banderas y banderines colgados de esquina a esquina y de corredor a corredor, de concursos al aire libre y de carreras de burros y de caballos, de corderos asados a la estaca y de gallos fritos y de pellejos de vino castellano que bebían los hombres hasta el desmayo. No faltaban los postres imposibles, brazos de gitana, frutas en almíbares y tartas de chocolate, y el panchón, que era un postre local, el más dulce del mundo, cocinado con migas de un pan de trigo y escanda amasado con manteca y azúcar en abundancia.

Había un barullo suave y una atmósfera de alegría sin término, corríamos por los maizales detrás de las varas de los voladores, atábamos ristras de botes a los rabos de los gatos y robábamos las peras de una mujer que era la más misteriosa y dulce del mundo y que era viuda tres veces a pesar de que sólo se había casado una vez. Ella, la viuda dulce, sentada en su silla de mimbre debajo del tilo y con un libro abierto en el regazo, se hacía la dormida. Era hermosa y me gustaba asomarme al muro para mirarla.

Desde que supe que mi padre había plantado un laurel detrás de la casa el mismo día de mi nacimiento, cada vez que visitaba el pueblo me acercaba al laurel para medirme con él. Ya era mucho más grande que yo y no abarcaba su tronco con las dos manos. Plantar un árbol al nacer un hijo era una costumbre de algunos pueblos africanos, una costumbre que nada tenía que ver con nosotros, pero mi padre lo había leído en un libro, porque él siempre lo leía todo, y le había gustado aquella costumbre, y a mí me provocaba emoción aquel hermanamiento que yo tenía con el laurel. Ese árbol, me decía mi padre, se ocupará siempre en juntar para ti el cielo y la tierra.

El baile era en la terraza de la posada.

El acordeonista tenía una voz rota y arrastrada que la posadera, que era una mujer de mundo, comparaba con la de los marineros que volvían a puerto después de haber sufrido un naufragio. Acompañaba al acordeonista un virtuoso de la batería que sonreía siempre, un joven con un flequillo que le tapaba los ojos. Al final de cada redoble sacudía la cabeza como si quisiera arrancársela del cuello y el flequillo se le alzaba como la cola de un pavo real. Las mujeres mayores se sentaban alrededor de la terraza, en las sillas que traían de su casa, tratando de identificar a los danzantes para aventurar sus intenciones y criticar su indumentaria, sus movimientos e incluso su procedencia. Los hombres andaban por el bar dando cuenta del vino de garnacha que brotaba de los pellejos. Los jóvenes bailaban agarrados y los niños tropezábamos unos con otros, aunque a veces ensayábamos algunos pasos con las primas de más edad.

Según avanzaba la noche las canciones se repetían, se abrían las bocas de sueño de las mujeres sentadas y a los hombres se les agotaban los gestos y se tambaleaban y suspendían sus brazos y sus palabras en el aire.

Al amanecer, los mozos rondaban las casas donde había mozas solteras para exigirles las raciones del panchón y renovar así las energías para

continuar la fiesta.

Aquel verano ni mi padre, convaleciente, ni mi madre, ocupada en cuidarlo, pudieron acudir a la fiesta de san Roque, así que fui yo el único que acompañó a mi abuela. Las fiestas de san Roque estaban llenas de primas y fue aquella vez cuando se despertó en mí la alerta sobre el poder de los cuerpos diferentes, sugerentes y llenos de curvas y de secretos. Bailé agarrado con una prima que tenía las mejillas encendidas, trenzas hasta la cintura y unos pechos más que incipientes que apretaba contra mí con la intención sin duda de sofocarme.

A la hora de dormir éramos tantos primos y primas que teníamos que ocupar varios el mismo colchón, unos a la cabecera y otros a los pies. Pero en un colchón diminuto, como de cuna, que estaba metido debajo de la mesa de la sala, me tocó dormir a mí, por designación arbitraria de la tía abuela que regentaba la casa, con la prima de las trenzas largas. Nos quedamos en ropa interior y nos cubrimos con una sábana. Se apretó contra mí y me preguntó si quería que jugáramos a tocarnos, y añadió, tú me tocas a mí donde quieras y yo te toco a ti donde me parezca. Le dije, vale, y sentí sus manos como una babosa caliente, y se alborotaron mis pensamientos de niño y se me hizo grande la nebulosa del sexo que ya flotaba desde hacía meses por mi cerebro.

La prima de las trenzas largas me pasó la mano por todo el cuerpo. Son caricias, me dijo. Yo hice lo mismo, y se pegó mucho a mí y me tomó la mano para guiármela hacia partes de su cuerpo más húmedas y más calientes, y era como si ella me acariciara a mí y también se acariciara a sí misma utilizando mi mano. Me gustaría que fuera de día para que me vieras bien, me dijo, y siguió explorando mi intimidad. Mañana te veré, le repliqué, pero me susurró que no era lo mismo. Sentía su cuerpo acalorado y ágil y acaricié con la mano que no parecía mía una mata de pelo rizoso allá donde ambas piernas le nacían juntas. Sus pechos se hicieron grandes sobre mi cara hasta sofocarme y sentí que algo me estaba creciendo, como si aquel fuego que desprendía me estuviera inflando, y entonces quiso que yo introdujera aquella parte de mi cuerpo crecida y nueva en el hueco más profundo y húmedo de su cuerpo, y me ordenó, ahora muévete, y me movía, y me decía, y tócame los pechos, y yo así lo hacía, y ella insistía, y no dejes de besarme en la boca, y eran muchas las cosas que tenía que hacer a la vez, y ella se estremecía y gemía, y le dije, van a oírnos, y escuchaba el zumbido de su cuerpo, el correr acelerado de

su sangre, y sentía su aliento que olía como el agua oxidada de las minas, y me seguía moviendo como si estuviera a punto de cruzar alguna frontera, hasta que ella se quedó inmóvil de pronto, con la respiración acelerada, y me dijo, déjalo, todavía no sirves. Eso me dijo. Le pregunté para qué no servía, y me dio la espalda y me dijo, vamos a dormir.

A la mañana siguiente su cuerpo no era tan grande y sus pechos habían disminuido y sus coletas atadas con lazos de organdí brillaban de una forma diferente. Llevaba un vestido blanco con amapolas rojas y calcetines de punto y zapatos blancos, porque era el día grande de la fiesta. Yo vestía un traje azul de chaqueta y pantalón corto, una camisa blanca con el cuello almidonado y una corbata también azul y con rayas blancas. Todos los niños llevábamos corbata y las niñas diademas o sombreros. En la procesión, los niños íbamos a un lado y las niñas a otro, pero ella, en la curva de la fuente, se acercó a mí y me dijo, supongo que no contarás a nadie lo de anoche, y sin mirarla a los ojos negué con la cabeza.

Recuerdo que al atardecer me subí al muro del caserón del tilo gigante y pasé mucho rato contemplando de lejos a la viuda dulce balanceándose, con los ojos cerrados y los brazos colgando, en su mecedora de mimbre. Al día siguiente, gracias a mi tío, hablaría con ella. Mi tío, el hermano de mi madre, era picador. Había entrado en la mina a los trece años para ayudar en aquella casa sin padre. Él era amigo de la viuda misteriosa y se ocupaba de prepararle la leña, de repararle el tejado después de las tormentas o de arreglarle el jardín. Ella a cambio le dejaba disponer de la madera de una mata de robles y hayas y de la hierba de una campa en el monte.

La viuda se balanceaba en una mecedora de mimbre debajo del tilo.

Tenía el pelo blanco y brillante, casi azul, y la mirada triste, pero era la mujer más enigmática que yo había visto jamás, porque no parecía una mujer de este mundo. Me preguntó si conocía el mar y le dije que sí y me explicó que ella había nacido en un pueblo de pescadores. Me preguntó si iba a algún colegio y le hablé del seminario, y quiso saber si estudiaba el griego. Algo, le dije, y me habló con emoción de las tragedias griegas que ella leía una y otra vez, me habló de Eurípides y de Aristófanes y de Sófocles, y le dije que sólo había leído la historia de Edipo, y concluyó con un resuello de pena, y comentó, aquí nadie sabe nada de tragedias griegas. Es viuda de tres hombres, me explicó mi tío, al primero, que era rico e

ilustrado y mucho mayor que ella se le paró el corazón ahí mismo, debajo del tilo, y el segundo se mató en la misma mina en la que yo trabajo, pero yo no había nacido, y el tercero era un miliciano que anduvo fugado en el monte hasta que consiguió pasar a Francia, allí participó en la guerra contra los alemanes y lo dieron por muerto, así que fue viuda tres veces, y tiene un hijo del segundo marido, que en realidad no fue marido, sino amante, un hijo que es arquitecto de estadios y de teatros y que viene a verla una vez al año, ella todos los inviernos me dice que en la primavera se irá a vivir al pueblo marinero en el que nació, pero siempre aplaza la decisión para el año siguiente.

Algunos años después intenté encontrarme de nuevo con aquel espacio donde habitaba la viuda dulce. La tapia estaba derruida y no había tilo, ni había casa. Sólo una selva de ortigas y un silencio estremecedor. Aquella mujer misteriosa y dulce vivió siempre en mi memoria con inquietud e insistencia. Su rostro, iluminado y triste, fue el rostro con el que imaginé a la iracunda sacerdotisa Medea que nunca se doblegaba, a la trágica y pasional Antígona, a la desgraciada Electra, a la despechada Fedra o a la troyana Casandra de los vaticinios baldíos. En todas ellas vería yo a aquella misteriosa y dulce mujer que se había casado una vez pero que había enviudado tres veces.

PARTE TERCERA

INTERNADO EN LA CIUDAD, UMBRALES Y LIRIOS

En los desvanes habitados por palomas cuyas alas tiemblan entre tinieblas y cristales veo la pureza de rostros que se forman en la lluvia y lágrimas sobre úlceras amarillas. Son los desvanes de la infancia. Estoy atravesando olvido.

ANTONIO GAMONEDA,
Arden las pérdidas

Hay cosas que no pueden ocurrir hasta el final de forma absoluta. Son demasiado grandes y magníficas para caber en un suceso. Sólo intentan ocurrir, palpan el sujeto de la realidad: ¿aguantará su peso? Enseguida retroceden temiendo perder su integridad en la definición de lo real.

BRUNO SCHULZ,
Sanatorio bajo la clepsidra

El día anterior a que mi padre me acompañara en el tren para formalizar el ingreso en el internado de la ciudad, el hombre de la acera de enfrente, el que recorría los pueblos leyendo los contadores del agua y que no tenía edad porque era joven y viejo al mismo tiempo, apareció colgado por el cuello de una vieja morera que había detrás de su casa. La vida de aquel hombre bueno había sido como una cárcel. No pudo soportar tanto sufrimiento. Mi padre me lo contó cuando íbamos en el tren. A él lo había informado el molinero aquella misma madrugada. El molinero lector le tenía mucha compasión al hombre de la acera de enfrente. Al molinero nadie lo contradecía cuando en el chigre mostraba públicamente su estima y su solidaridad con el lector de los contadores. Debido a mi cuerpo contrahecho, por mor de la despiadada poliomielitis, decía el molinero, sé bien lo que significa sentirse diferente, conozco sobradamente las miradas desconfiadas y desafiantes, así que no admitiré ni medio comentario adverso contra ese vecino sufrido y bueno que lleva a cuestas la pesada cruz de la incomprensión y el desprecio.

La nostalgia es una especie de fiebre repentina. Te brota dentro cuando te sumerges en las profundidades de la memoria para soplar el polvo de los recuerdos antiguos. Los recuerdos de la nostalgia son siempre tristes, porque si recuerdas lo bueno te estremece saber que aquello ya pasó, y si recuerdas lo malo no puedes evitar sentir de nuevo la angustia que tanto te afectó.

Pasé demasiados años de mi infancia y de mi juventud en un internado, así que muchos de los argumentos de mi memoria tienen sus fundamentos en aquel tiempo de asombros, aturdimientos y configuración de las buenas o malas maneras con las que después habría de enfrentarme al mundo.

La nostalgia de aquellos años en el internado tiene el ritmo de los pasos que avanzan apurados al encuentro de la sabiduría, y tiene el sonido de los timbres repentinos y de las palmas que reclaman el silencio y de los gritos de la piel que se rebela contra la ausencia triste de caricias, y tiene el brillo del cuero de los reclinatorios y de la cera goteando sobre el bronce de los candelabros, tiene el olor de la peste rancia de las meriendas de salchichón, tiene el sabor del ardor espeso de las lágrimas incontenibles

cayendo sobre los pupitres de las aulas sin salida, tiene el silencio de las sombras que a la noche trepan por la pared, y tiene, esa nostalgia, el color de las manos pálidas que te bendicen y de los ojos incendiados que te anuncian la perdición.

Mi padre se había esforzado en alejarme del mundo de las minas y de las fábricas y en avivar en mí el interés por los libros, por las letras y por las ciencias, el amor a las palabras, y esperaba que en mí se despertara la pasión por el estudio.

Terminado el primer curso en el internado de la montaña, pasé al internado de la ciudad.

Mi madre me compró en el comercio una maleta de fuelle y con ruedas y me bordó en toda la ropa el número 55, que era el número que a mí me habían asignado. Las camisas, los pijamas, la ropa interior, los pañuelos, todo llevaba bordado en rojo o en azul el número 55. Cuando mandábamos la ropa a la lavandería nos la devolvían planchada y colocada en unos casilleros como los que tienen los carteros para el correo postal. También mi madre le encargó al sastre para mí un traje a medida de color azul marino.

El internado en el que pasé varios años de mi vida tenía la condición de seminario y lo apellidaban metropolitano y estaba construido en lo alto de una colina y sobre un viejo cementerio. Mi padre, como alumno filósofo, había inaugurado el pabellón llamado del mediodía. En una de aquellas tumbas del cementerio destruido había sido enterrado mi abuelo paterno. Eso contaba mi padre. Ya dije que mi abuelo, quemados sus pulmones en el tormento de la silicosis, estaba ingresado en el hospital de la ciudad y allí había muerto el mismo día de los bombardeos de los rebeldes fascistas. El ataúd iba en un carro tirado por una mula, y detrás caminaba mi abuela con los huérfanos. Cuando llegaron a la colina del cementerio, el cielo se llenó de aviones rugiendo y comenzó el bombardeo. Un trozo de metralla le atravesó a mi padre el muslo derecho. Vivió siempre con aquella cicatriz en el cuerpo y en el alma.

En las primeras noches en aquel edificio grandioso, en el que convivíamos más de cuatrocientos seminaristas, tuve sueños extraños. Con ellos inauguré una nueva libreta para anotar los detalles singulares de todo cuanto soñaba.

Fue la libreta de los sueños.

En más de una ocasión el espíritu de mi abuelo irrumpía en mis sueños para interrogarme sobre asuntos cotidianos que yo estimada intrascendentes para que pudieran suscitar el interés de un muerto. Me preguntaba por mi ropa, por mis zapatos, por la maleta que tenía vacía en el armario y hasta por el cepillo de los dientes. No tenía rostro, sólo era una presencia, una voz. Una noche me preguntó por la herida de la pierna de mi padre. Al llegar a casa por Navidad le pedí que me la mostrara. Había tanto ruido en el cielo, me dijo, y tanto terror en la tierra que no sentí nada y fue una de mis hermanas, al ver la sangre brotar, quien advirtió a todos del accidente. También le pregunté a mi padre por la sepultura del abuelo, pero me explicó que los restos del abuelo se habían perdido, porque al construir el edificio del seminario y trasladar el cementerio a otro lugar muchas tumbas habían desaparecido. Éramos muy pobres y estábamos en guerra, me dijo, así que no hubo ni siquiera una lápida, sólo una cruz de madera. Entonces le hablé de los sueños en los que se me aparecía el abuelo preguntándome cosas. Me miró asombrado y me dijo, también a ti, eso me dijo, también a ti, y aquello no era una pregunta, sino un suspiro.

En unas obras para construir un campo de fútbol las excavadoras desenterraron muchos huesos y a mí se me ocurrió recoger y esconder unas falanges. Pronto empecé a imaginar que bien pudieran haber pertenecido a mi abuelo. Una noche soñé que los huesos salían del cajón para tocarme. Fue una sensación placentera. Entonces pensé que aquellos huesos me habían traído la suerte, y recordé lo que mi padre me había explicado sobre la superstición. Comencé a interesarme más por el estudio y mis calificaciones mejoraron de manera sobresaliente. De ser un niño ignorado y enclenque pasé a destacar en el deporte del fútbol hasta ser titular del equipo. Quise pensar que el mérito no era mío y que alguna fuerza secreta ejercía su influencia positiva sobre mi vida en todas sus circunstancias. Enterraría aquellas falanges, ya en el cuarto curso, en un huerto de hortensias en unos ejercicios espirituales que hicimos en un monasterio junto al mar. Aquel huerto parecía un sueño y lo busqué muchos años después y no conseguí localizarlo. Visité el monasterio y allí estaban los muros frente al mar, pero no había rastro alguno del huerto de las hortensias.

Aquella niña que conocí en el veraneo junto al mar después del segundo curso tenía los ojos del color de los lirios de agua, que eran unas flores que crecían junto al pozo de la huerta. Al sonreír se le ponían dos hoyuelos en las mejillas, cerca de la comisura de los labios, que la convertían en el ser más hermoso de la tierra.

Cuando ella abría mucho los ojos era como si amaneciera.

Olía bien.

Olía como las mañanas de los domingos cuando mi madre me acicalaba para la misa. Era hija del marido de una prima de mi madre.

Ella sabía nadar y se metía en el mar como si fuera su mar propio, el mar suyo de toda la vida. Su cuerpo absorbía toda la luz de las olas que se movían y su piel brillaba como si fuera de agua. Luego salía del mar sonriendo y chorreando como las sirenas de los cuentos. Yo no podía evitar los gritos por la sorpresa del agua fría y por el temor de ser arrastrado a las profundidades oscuras de aquel mar interminable. No sabía nadar y me daba vergüenza reconocerlo, pero ella lo adivinó y me prometió que me enseñaría a nadar y se me puso la cara encendida.

Las dos familias nos juntábamos después de los baños a comer sardinas asadas y calamares fritos en los merenderos que había en el barrio de los pescadores. También probamos la sepia a la plancha. En aquel barrio había mujeres descaradas y hombres sin afeitar. Ella tenía un nombre que no se correspondía con su belleza extrema y por eso le pedí permiso para llamarla de otra manera, y me preguntó si no me gustaba su nombre, y le confesé que no, y ella añadió, tampoco a mí me gusta, fue un descuido de mi padre, nunca se lo voy a perdonar. Le dije que la llamaría como a una flor, y ella preguntó, qué flor, y le respondí, el lirio, y me preguntó el motivo, y le dije que tenía los ojos del color de las flores de los lirios de agua, y ella sonrió y dijo que le gustaba mucho y añadió, sabes mucho de flores, y le dije que sólo sabía de las flores que crecían en el pueblo. Le confesé que a mí tampoco me gustaba el nombre que me habían puesto, pero que lo entendía, porque era el nombre de mi abuelo materno, el que había muerto de un disparo cuando la guerra, y le conté aquella historia. Un día que nos habíamos alejado de los demás, junto a un estanque en el que había patos gigantes y blancos, me preguntó si sabía por qué los novios se besaban en la boca, y le confesé, no lo sé, puede que sea para hacer un pacto. Ella exclamó, qué pacto, y le expliqué, un pacto o algo así, como el que hacían los caballeros antiguos cuando iban a luchar, ellos

se hacían un corte en la mano y juntaban las heridas para mezclar la sangre, y los novios también prometen estar siempre juntos y defenderse, los caballeros lo hacían con sangre y los novios lo hacen con saliva. Ella me preguntó, quieres que tú y yo mezclemos las salivas, y le dije, vale, y juntamos nuestros labios y nuestras bocas y nuestras salivas, y aquél fue el primer beso de amor de mi vida.

Yo aún llevaba pantalones cortos y ella un vestido de flores.

Mi cuerpo se estremeció como si lo hubiera sacudido una ventolera. Me quedé encerrado en aquellos ojos tan hermosos y tan azules como las flores de un lirio de agua. Aquel parque donde nos besamos era un cuadro luminoso en el que nosotros éramos trazos elementales, perfiles simples y ligeros, como los de las hojas, como los de los rayos de luz que atravesaban las ramas para clavarse en la tierra como cuchillos, como los de los patos que flotaban en el estanque verde. Nosotros éramos líneas pintadas y el beso fue el pincel que lo iluminó todo, el instrumento que puso música a los perfiles para juntarlos, fue el idioma recién inventado en el que aquel día luminoso pudimos entendernos.

Muy cerca del mar, en un piso muy antiguo con un patio interior que olía a animales muertos, vivía un hermano de mi padre. Era una persona extraña. Mi madre decía que era un sinvergüenza y mi padre que era un excéntrico. Fumaba grandes puros y llevaba sombrero de fieltro y hablaba con voz poderosa y parsimoniosamente, aunque aquel día que lo conocí tenía puesta la ropa de dormir. Siempre nos recibía con alborozo, una hospitalidad ruidosa, decía mi padre, y nos convidaba a mejillones de lata. El marisco de los pobres, decía él. Nos sentábamos en un tresillo de cretona que tenía perdido el azul de los estampados. Había paños de ganchillo amarillentos sobre los apoyabrazos y montones de periódicos apilados contra la pared. Parecía un hombre desprendido y propenso a la alegría. Tenía una mirada canalla y los ojos libertinos. Lo mismo les vendía a los enamorados sonetos de amor en versos alejandrinos que les rellenaba, por unos duros, instancias complejas a los vecinos para reclamaciones difíciles. También decoraba cafeterías y salas de fiesta. Con su sonrisa sarcástica nos decía, soy un as de oros, o tal vez de copas, pero por diferentes avatares de la vida terminé en otra baraja, así que soy una

carta perdida, una de esas cartas que se apartan antes de comenzar la partida.

Con el tiempo pensé que también mi padre, al igual que su hermano, era en cierta manera una carta que se había equivocado de baraja. Mi padre sentía por su hermano una devoción difícil de explicar. Él sabe muy bien cómo llevar el sombrero, comentaba mi padre con orgullo fraternal. Hijos de una familia muy pobre habían crecido con la soledad y la penuria de los arbustos en el desierto, con un padre muerto prematuramente y una madre dedicada en su anticipada viudez a la imposible multiplicación de los panes y los tazones de leche para la supervivencia de los cinco hijos. Al primer varón, que era mi padre, le había tocado derrochar toda su voluntad en unos estudios sin dirección. Nadie podía esperar nada de él y nunca supo en realidad cuál era el sentido de aquel fanatismo militante por unos estudios que le habían otorgado treinta y dos matrículas de honor y ningún título. Mi tío decía que nosotros descendíamos de los pueblos celtas, algo que mi padre le discutía, porque pensaba que más bien éramos una mezcla, con sangre de muchos pueblos, especialmente romanos y árabes, pero mi tío decía que no, que ni hablar, y se enfadaba mucho, y hablaba con entusiasmo del espíritu de los celtas, de sus ceremonias de comunión con la naturaleza, de su relación con los abedules y de su capacidad para la resistencia. Tu padre fue un niño con suerte, me dijo, porque tuvo un colegio para estudiar, los demás tuvimos que trabajar desde bien pronto, nos apañamos como pudimos. Su mujer era menuda y callada y las pocas palabras que pronunciaba tenían el sabor de la leche con azúcar. Ella sostenía a la familia limpiando portales. Mi tío y ella eran primos. Mi padre me contó que ella no sabía leer ni escribir, que había sido pastora en el monte desde niña, hasta que su padre la casó con mi tío. Fue un trato del que nadie supo nada, pero mi padre sospechaba que de aquel acuerdo había salido el dinero para comprar el piso donde vivían. En un libro muy grueso de contabilidad escribía mi tío extensos poemas sobre princesas malditas y náufragos desesperados. Los versos mediocres van al debe, decía él, y las genialidades las escribo en el haber.

Cuando fuimos a despedirnos, porque se terminaba ya el veraneo, me regaló un tintero y una pluma de ganso preparada por él mismo para escribir. Colecciona palabras, le explicó mi padre, satisfecho por aquella afición que yo tenía. Mi tío me acarició la cabeza y me dijo, tendrás un

vocabulario amplio y distinguido, y me preguntó, quieres que te regale una palabra. Le respondí que sí, y me dijo: *intrépido*, eso me dijo, y le advertí que esa palabra ya la tenía, y se rio y se quedó un instante pensativo y me dijo, *impertérrito*, y mi padre explicó, aquel a quien nadie intimida y a quien nada atemoriza, y dije, vale, y anoté la palabra nueva que me había regalado mi tío.

También solíamos visitar a un antiguo compañero de colegio de mi padre que regentaba un anticuario. Era un hombre barbudo y gigante. La tienda era amplia y luminosa, con ventanales que daban a un río. Era el río que atravesaba la playa. Cómo te va, le preguntó mi padre, y él respondió, ya ves, soñando cosas grandes y rodeado de cosas pequeñas, así me va, supongo que como a la mayoría, lo mejor ocurre los domingos, cuando cierro la tienda y me voy a pescar, allí frente al mar todo se ve de otra manera. En aquella tienda estaban acumulados todos los objetos del mundo. Había esferas de la tierra, faroles de barco, enormes lentes de aumento para ver las estrellas, armaduras de cuerpo entero, medallones de loza con la figura de los apóstoles, esculturas de mujeres sin brazos, carabelas en miniatura, cuadros oscuros, esqueletos de verdad, trabucos de los piratas, arpones de los balleneros, instrumentos de todas las músicas, cascos de romanos, libros gigantes atados con cadenas y muebles en los que se había tallado la historia de la humanidad. Había objetos de marfil, de cobre y de maderas preciosas. Yo no sabía hacia dónde mirar. Todos los objetos estaban mezclados, apilados, confundidos. Había vitrinas abarrotadas de cálices y de figuras de porcelana y estanterías con básculas de diferentes formas y tamaños. Había navetas del incienso colgadas del techo junto a las lámparas de lágrimas y relojes mudos con el péndulo herido. Yo preguntaba y ellos me explicaban. Aquel hombre barbudo y gigante me regaló una navaja diminuta con las cachas de nácar. Es con la que Newton peló la manzana que le hizo descubrir la fuerza de la gravedad, me aseguró, y soltó una sonora carcajada. Mientras yo seguía observando cada objeto fantástico, ellos hablaban. Lo hacían susurrando, como si no quisieran que yo los escuchara. Qué rara es la sonrisa de ese hombre, parece que la tiene pintada o pegada a la barba, le dije después a mi padre. Se rio y me acarició la cabeza, como lo hacía siempre, alborotándome el pelo, y me explicó, sonríe así por la dentadura postiza, un caballo le arrancó de una patada todos los dientes.

En el nuevo internado de la ciudad había algunos profesores seglares. Uno de ellos rozaba la demencia. Hablaba solo, gritaba palabras extrañas, se comía las tizas o encendía los cigarrillos al revés. A veces se le extraviaba la mirada y se quedaba inmóvil frente a la ventana que daba al patio, mientras nosotros guardábamos un silencio sepulcral. Luego agarraba su nuez de Adán, como si quisiera reventarla, y explotaba en una carcajada estridente que nos hacía temblar. Cuando fumaba se le abultaba la nuez. Chupaba los cigarros con el ansia de comer. Nos enseñaba las historias del mundo y cada vez que nos refería algún acontecimiento se encolerizaba exageradamente. Si hablaba de Julio César y de su guerra en las Galias calificaba de chapuza sus ataques por sorpresa o guerras relámpago, y nos decía que Julio César era un criminal que trataba a los nativos de las tierras ocupadas peor que a los perros y que los exterminaba como si fueran chinches. Y se iba poco a poco encendiendo en sus expresiones hasta perder el control, y entonces se le abultaba la nuez y se enfrentaba al propio Julio César, al que imaginaba allí mismo, junto a la pizarra, y lo increpaba, y le llamaba flojo, violador, rastrero, conspirador, depravado, sanguinario y traidor, y le decía que se alegraba de su muerte, que el puñal de Bruto era su puñal y que le hubiera gustado participar en el que había sido el magnicidio más justo de la historia. Si nos hablaba de Napoleón y su invasión de Rusia se reía a carcajadas del vanidoso y patético enano, como él calificaba al emperador francés, y nos detallaba sus errores de estrategia y de logística y su falta de sentido común, y nos explicaba cuán sobrevalorado estaba el talento de aquel hombre sin principios, y se dirigía a él, y hacía como que lo empujaba contra la puerta, y levantaba la mano para amenazarlo y lo llamaba mequetrefe, torpe, presuntuoso, putero y vago. Aquellas clases del profesor de Historia eran como funciones de teatro dramático y los personajes de los que hablaba no se me olvidaron jamás. A nosotros nos trataba como a figurantes de sus historias y nos ponía nombres, pero no siempre recordaba los nombres que nos ponía. A un niño al que él sentaba siempre cerca de su mesa lo llamaba Atila, porque solía sacar unos en los exámenes. Eres el rey de los unos, le decía. A otro al que se le caían los libros al suelo y siempre tropezaba con las sillas lo llamaba Bucéfalo, que era el nombre del caballo de Alejandro Magno. El rey de los macedonios, de los medios y de los persas, faraón de Egipto y jefe supremo de Grecia era su personaje favorito. Parecía que era al único personaje histórico al que admiraba, y

lloraba de pena cuando nos relataba su muerte prematura en Babilonia. A poco que os esforcéis, podéis quedaros con alguna cosa, solía repetirnos. Fue el día en el que nos habló del zar Nicolás II cuando todo terminó. Comenzó describiéndonos aquella Rusia zarista de campesinos pobres y analfabetos luchando inútilmente contra las enfermedades y el hambre, aquella extensa y gélida tierra de obreros explotados hasta la extenuación y la muerte y de soldados abandonados a su suerte, y nos refirió los lujos y la buena vida de toda la familia Romanov, y se enfrentó al zar Nicolás, lo lanzó con furia contra la ventana del patio y le llamó enclenque, anémico del alma, inútil e inclemente, y también se enfrentó a la zarina Alejandra, y nos decía, mirad a la prostituta, contemplad a la arpía, conserva por igual el orgullo y la indecencia a la hora de su muerte, y alargó el brazo como si en su mano hubiera una pistola y disparó contra los dos, zar y zarina, y perdió después el equilibrio hasta caer desmayado contra uno de los pupitres.

Lo llevaron en camilla y fue destituido por demente.

Estaba mediado el curso cuando llegó para sustituir al demente una señora alta y respetable con una voz suave y aterciopelada. No sabíamos si era monja o seglar, porque no vestía hábito, pero era teresiana señorita. Ella nos hablaba del lado amable de los personajes históricos y nos explicaba los acontecimientos como si acabaran de suceder y nosotros hubiéramos participado en ellos. Cuando nos equivocábamos en las respuestas se acercaba a nosotros y en lugar de castigarnos nos acariciaba la cabeza o los hombros, y en lugar de reproches nos ofrecía compasión y ánimo.

Había un profesor regordete y afable, de mejillas hinchadas y encendidas, que tenía muchos hijos y nos hablaba de ellos continuamente, tanto que los conocíamos como si fueran nuestros compañeros de pupitre. Nos explicaba las químicas de las reacciones sorprendentes y las físicas del universo. Hacía los experimentos sobre su mesa. Se ponía un mandilón blanco y nos pedía que nos acercáramos. Nos describía las leyes de la ebullición con frascos y retortas que sacaba de su cartera enorme y con mecheros de alcohol, y la dilatación de los líquidos con probetas de formas extrañas. Con él supimos lo que eran la cinemática, los movimientos pendulares, la licuefacción o la presión atmosférica. Cada día sacaba de su maleta raída cosas diferentes, jeringas de hospital, botellas de gaseosa, trozos de manguera, pinzas de la ropa, velas de iglesia,

agujas de tejer bufandas, termómetros de la fiebre o globos de fiesta. A veces se ponía gafas y guantes y nos pedía que nos alejáramos, porque se producían pequeñas explosiones.

Se llenaban a gran velocidad las páginas de mi libreta con palabras nuevas.

Tuve que hacer un trabajo sobre lentes esféricas y en la biblioteca abrí un libro de *Física General Aplicada*. La sorpresa fue grande al observar que en la primera página estaban los apellidos y el nombre de mi padre. El libro se lo había dedicado alguien en octubre del año 1945. La emoción no me dejaba ni pasar las páginas. El azar no tiene leyes, pero cuando te alcanza una coincidencia así sientes que una mano misteriosa te maneja la vida. Sentí un escalofrío. El bibliotecario había sido compañero de curso de mi padre. Llevaba unas gafas con los cristales muy gruesos, como culos de vasos, y el pelo largo y alborotado. Su aspecto era el de un hombre descuidado, desaliñado y carente, a pesar de la sotana, de cualquier aire clerical. Se alegró mucho por aquel descubrimiento, me recordó algunas anécdotas de cuando los dos, mi padre y él, eran estudiantes y me dijo, llévatelo, te pertenece. Tu padre, me confesó el bibliotecario, tenía una excepcional capacidad para aprenderlo todo y unas facultades extraordinarias, pero a él, como a otros como él, porque no era el único con talento, nadie le dijo qué hacer, cómo utilizar aquellas capacidades y tantos conocimientos. La mayoría, continuó explicándome, sabíamos cómo íbamos a terminar, él estaba dotado para otras cosas, pero no sabía para qué, y nadie se lo dijo. Había mucha tristeza en las palabras del guardián de los libros. Me dijo, supongo que es el destino de la mayoría, dejarse llevar, no sé si tú tendrás el talento de tu padre, puede que no, pero en todo caso no te dejes llevar. Quise disculpar a mi padre y le hablé de la enfermedad, de los ataques que sufría, pero él me interrumpió y me dijo, necedades, eso me dijo y lo repitió, necedades, se dejó llevar por los médicos, por los militares y por el amor, se conformó, podía haber deslumbrado al mundo, pero él mismo apagó sus luces, se dejó llevar. Parecía muy dolido. Éramos muy amigos, me confesó, y él también apagó esta amistad y alguna otra que tenía, y lo hizo para dejarse llevar y para no recordar lo que dejaba en el camino.

Dentro del libro encontré un recordatorio de muerte. Era de la hermana de mi padre que se había muerto con diecisiete años de una afección pulmonar. Cuando en el siguiente viaje a casa le enseñé a mi

padre el libro recuperado y el recordatorio de la muerte de su hermana lloró como un niño. La razón del llanto tenía que ver con la nostalgia de un tiempo irrecuperable y con el doloroso recuerdo de una pérdida. Tomó el libro y me dijo, me lo regaló el mejor de los maestros que tuve, un hombre sabio que esperaba mucho de mí. Después, entre lágrimas añadió, no le correspondí. Tomó luego el recordatorio de muerte de su hermana, lo besó y me dijo, yo era muy pequeño cuando murió. Me contó que varios años después de que su hermana muriera tuvieron que abrir la tumba para un traslado y que el cuerpo estaba intacto, que no se había corrompido. Un milagro, le dije, y él guardó silencio hasta sujetar los suspiros y me explicó, no, eso es lo que el cura quiso propagar entre la gente, a los curas les vienen bien todos los milagros, sé de lo que hablo, pero no fue un milagro. Eso me dijo, y me habló de la momificación espontánea y de la adipocira, que es la grasa que producen los cadáveres sepultados en terreno húmedo, y me explicó el proceso natural de la saponificación y de cómo los tejidos se convertían en jabón mediante la grasa. El cuerpo de mi hermana parecía de cera, me dijo. Aquel día aprendí palabras nuevas que anoté en mi cuaderno y pensé que tal vez todos los milagros tuvieran una explicación. También le comenté a mi padre lo que me había dicho el bibliotecario. Él apenas hablaba de los años del seminario. Compuso aquella sonrisa tan suya, a la vez irónica y triste, y dijo, siempre tuvo de mí una idea equivocada, me sobrevaloraba porque le explicaba lo que no entendía y lo ayudaba en los exámenes. Movió las manos con desdén para decirme, sin decirlo, que no se hablara más de aquello. Pero insistí y le pregunté por qué nunca quería hablar de aquel tiempo. No lo sé, me dijo, no recuerdo muchas cosas. Y por qué no, le pregunté, y él me explicó que tal vez no lo necesitaba, que sólo recordamos aquello que necesitamos para seguir viviendo.

Unos años después tuve durante unos meses un profesor de las filosofías de los razonamientos y las preguntas que había sido unos años párroco del pueblo donde había nacido mi padre. Se refería a mi padre con admiración y misterio. Él me habló del asunto del armonio que un día había aparecido en la iglesia de Santa Eulalia. También me entregó una hoja amarillenta escrita a tinta y con letra bastardilla y me aclaró que estaba entre los documentos de la rectoral con los expedientes de los niños recomendados para ingresar en el seminario. La firma, me dijo, es de quien era entonces el maestro. Entre otras cosas, decía, de aquel niño

de nueve años que habría de ser mi padre, que comprendía todas las cosas con una fuerza inusual, que era extremadamente preciso en sus razonamientos, que mostraba una ardiente curiosidad por los detalles de todas las historias, que disfrutaba observando los procesos de la naturaleza, especialmente los referidos a las flores y las plantas, y también que era ingenioso en sus respuestas, aunque nunca éstas se distanciaban del sentido común. Cuando se lo enseñé a mi padre un brillo triste le iluminó la cara y me dijo, si quieres guárdalo tú.

Poco recuerdo de la mayoría de los libros leídos por mi cuenta en aquellos años de bachillerato, ni los títulos ni los autores, y apenas algo de los argumentos, pero sí permanece en mí el recuerdo de las emociones que me provocaron y de un ansia lectora que habría de ser para siempre irrefrenable. Entrar en cada nuevo libro era traspasar un umbral y adentrarse en un mundo desconocido. El bibliotecario miraba las novelas que yo elegía y me decía, esta sí o esta no. De las que me desaconsejaba afirmaba, sensiblería barata, burda imitación, filisteísmo o propaganda inútil. De las que sí me recomendaba sólo comentaba, léete esta. Él fue quien me habló de la mariposa que todos llevamos dentro. La de cada uno es única, me dijo, tiene colores distintos y revolotea de forma diferente, algunos se mueren sin haberla sentido jamás, espero que tú sepas descubrirla a tiempo. Y qué pasará si no la encuentro, le pregunté, y me contestó, la encontrarás y lo sabrás cuando llegue el momento.

Un día sentiría el revoloteo de aquella mariposa, pero sería muchos años después.

El profesor del griego de Homero y del latín de Virgilio era cura, pero no lo parecía, porque siempre nos hablaba del amor y la hermosura de Afrodita, de las profecías de Apolo, de las aterradoras e injustas guerras de Ares, de las juergas de caza de Artemisa o de los caprichos de Hera. Su favorita era Atenea, la diosa de la sabiduría, y hablaba de ella como si la tuviera hospedada en su casa o como si él hubiera cursado sus estudios junto a ella en el Olimpo. Se emocionaba cuando nos relataba sus poderes, sus hazañas y sus bellezas, brillantes ojos de lechuza, hábil para construir los barcos, protectora de hombres y de bueyes, inventora del carro y la primera en la lucha. Así lo pregonaba. El día que explicó la

lección de las musas griegas comenzó haciendo una pregunta, alguien sabe algo de las musas, y levanté la mano sin querer, se me alzó el brazo solo en el aire como un resorte. De haberlo pensado antes no lo hubiera hecho, pero fue escuchar la palabra musas y acordarme de mi padre y de los candelabros de bronce que encendíamos en casa cuando se iba la luz, y se me fue la mano al cielo. Rápido la volví a bajar, agobiado por una repentina vergüenza, pero ya era tarde, el profesor me había visto, así que tuve que decirle el nombre de cada una de las nueve musas y lo que cada una representaba, desde Calíope, musa de la poesía, hasta Urania, musa de la astronomía, y el profesor, admirado, me preguntó, cómo sabes tú eso, y se lo expliqué, tres candelabros de bronce, nueve brazos, nueve musas, nueve velas, regalo de una tía de mi padre enfermera de guerra, y él pidió a la clase un aplauso para mí y un incendio repentino me abrasó la cara. Este profesor tenía en su despacho tres láminas sobre Atenea que reproducían obras de pintores célebres, así que pensábamos que aquel hombre bueno y sabio, que era cura y no lo parecía, estaba enamorado de Palas Atenea. Era rizoso y de baja estatura y nos enseñó a respetar y a admirar a los autores clásicos para siempre. Se estaba aprendiendo la *Ilíada* de memoria. Iba ya por el Canto Tercero, la vejez los había retirado del combate, sin embargo, eran consejeros valiosos, parecidos a las cigarras que, por el bosque, posadas sobre un árbol, emiten su voz de lirio. Cuando, años después, decidí abandonar el seminario y fui a despedirme de él le pregunté cómo iba la memorización del poema de Homero y me dijo, mal, va mal, todavía voy por el Canto Noveno.

La profesora de francés no era de Francia.

Al final del curso nos confesó que nunca había estado en Francia, pero sí en Bélgica, que era casi lo mismo. Nos traía una revista francesa ilustrada para que la tradujéramos. A cada uno le señalaba una noticia o el párrafo de un artículo. Por aquellas traducciones supimos de revoluciones y revueltas primaverales en ciudades lejanas. En una ocasión hablaron en aquella revista de las huelgas mineras de nuestros pueblos y del estado de excepción que había decretado el Caudillo Dictador. La profesora nos dijo que aquel número había sido secuestrado, pero sólo en su versión en castellano. Por ella supimos que se podían secuestrar periódicos y revistas. Le gustaba hablarnos de lo que significaban las dictaduras. Lo hacía susurrando. Nos explicaba con entusiasmo cómo era la vida en los países en los que no había dictadores. Con pena profunda y rabia contenida solía

decirnos, aquí lo que no está prohibido es obligatorio. Por ella y por aquella revista en francés nos enteramos de notables pérdidas ocurridas en el mundo, de muros que se alzaban para separar y de fronteras que se desplazaban, de estudiantes que se rebelaban, de guerras que nadie entendía, de tanques de acero, de primaveras desesperadas y de asesinatos célebres. Por ella supimos, sin necesidad de mostrarnos ningún mapa, que el mundo era mucho más grande de lo que pensábamos. Nos hablaba con entusiasmo, pero también con tristeza, de las revoluciones que nunca llegaron a ser revoluciones. Llevaba vestidos tan ceñidos y tan blancos, con las curvas tan vivas y tan dibujadas, que era inevitable imaginarla desnuda, así que aquella profesora de francés era como la urgente necesidad de los lunes y de los miércoles, pero también era como la enfermedad dulce y amarga de todas las noches de la semana. Fruncía la boca con alegre descaro y se mordisqueaba los dedos para escuchar y tenía los ojos tan grandes y brillantes que nos veía a todos al mismo tiempo, por fuera y por dentro. Con ella obtuve mi tercera matrícula de honor. La primera había sido en el latín de Virgilio y la segunda en los dibujos artísticos. Me quedaban veintinueve para alcanzar a mi padre.

En aquellos primeros años hubo otros muchos profesores de los que apenas recuerdo algún detalle.

El Jefe de Estudios era tan rubio y tan espiritual que, cuando se subía a la tarima de la clase, brillaba. Más que hablar le gustaba repartir sonrisas como si fueran cartas de la baraja. Se parecía a la estatua de la diosa Minerva que había a la entrada de la Biblioteca cuando la iluminaba el sol que atravesaba las celosías. Tenía una voz tan suave y tan de terciopelo que lo que decía no parecía verdad. Nos contaba las historias de la Biblia como si las hubiera escrito él mismo y nos explicaba los versos de Horacio o de Fray Luis de León como si hubieran sido inspirados por Dios. A mitad de curso desapareció y hasta el curso siguiente no supimos que había dejado el sacerdocio por una mujer. Tardamos un curso más en saber que la mujer que lo había enamorado había sido la profesora de francés. Algunos alardeaban de haberlos visto juntos, entretenidos uno en el otro, pero no era verdad. Fue una sorpresa grande para todos, y los prefectos se esforzaron, con charlas edificantes, en solventar cuanto antes

aquella crisis espiritual. No pudimos evitar las fabulaciones en aquel asunto y alimentamos en nuestra imaginación la sospecha de que, cuando el Jefe de Estudios nos hablaba con admiración desmedida y brillo en los ojos de la Virgen María, se estaba refiriendo a la profesora de francés, y que cuando recitaba con entusiasmo y pasión los versos de Fray Luis de León estaba dedicándoselos a ella.

Por aquel profesor enamorado supe sin querer que la Biblia no era verdad, que aquellos libros que teníamos por sagrados, por palabra de Dios, estaban llenos de engaños. Él no lo llamaba así, y nos hablaba de símbolos, metáforas, parábolas y otras artimañas para explicar lo inexplicable. Pero yo sentía que me habían engañado. Me desconcertó descubrir que aquellas historias del profeta metido dentro de una ballena, o de Noé y su diluvio universal, o de la pobre mujer de Lot convertida en sal no eran más que patrañas. Cómo alguien por mirar atrás podía ser castigado de aquella manera. Como si recordar fuera una inmoralidad. No entendía por qué existía el quinto mandamiento que exigía no matar y después, continuamente, se aludía al ojo por ojo. No comprendía por qué el diablo se llamaba Lucifer, que significaba, según el prefecto, el que lleva la luz. Las condenas de la iglesia contra aquellos que habían contradicho algunas descripciones bíblicas las descubriría unos años después. No entendía por qué el profeta Isaías hablaba de cómo ese Dios misericordioso se mostraba airado e indignado contra todos los pueblos de la tierra y anunciaba el tal Dios que los destruiría y los enviaría al matadero, y los muertos serían arrojados, y de sus cadáveres se levantaría el hedor, y los montes se disolverían por tanta sangre. Me sobrecogía tanta violencia, tanta ira por parte del Dios de la misericordia. También me asaltaban las dudas con algunos pasajes del Nuevo Testamento. Me preguntaba por qué Jesús se había equivocado anunciando el final del mundo. Lo anunció varias veces y, según él, ocurriría de pronto, antes de que pasara una generación, y ni siquiera tendrían tiempo de dar a luz las embarazadas, ni siquiera los que araran los campos podrían volver a casa, y el sol se oscurecería y la luna perdería el brillo, y las estrellas se irían cayendo como los erizos de las castañas cuando hace viento, y la tierra sufriría sacudidas y todo se llenaría de ángeles que vendrían a preparar los juicios. Cómo él, que era Dios, podía haberse equivocado tanto. Muchos lo creyeron, san Pablo entre ellos, que decía a sus discípulos cada vez que se reunían para cenar, esta cena puede que sea la última. Pasaron decenas

de generaciones y el sol alumbra y el mundo sigue rodando, así que fue todo un fracaso la profecía de Jesús. Si había fallado en eso, me preguntaba, por qué no podría equivocarse en otras muchas cosas que predijo.

Todo empezó a estar suspendido como una pompa de jabón.

Todo empezó a estrecharse como un papel de fumar.

Decía el prefecto que la fe era como el río Jordán, que llegaba para fertilizar el desierto de nuestro corazón y alborotarnos el alma de vegetaciones rigurosas y exuberantes. Él un día se enamoraría de la profesora de francés y perdería la fe para convertirse en poeta. Tal vez no perdió la fe, tal vez simplemente sustituyó el motivo de su ceguera. La sensación de la pérdida de la fe la vivía yo con terror. Me aterrorizaba la idea de no formar parte de un plan universal, me producía temblores y una profunda tristeza la certeza de mi finitud, de que nada hubiera más allá del último latido de mi corazón. Algo al menos, un suspiro, una huella, el rastro de una baba, una señal. Me resistía a aquella pérdida con uñas y dientes. Mi abuela me había dicho en una ocasión, hablándome de la desgracia de su temprana viudez, que a Dios había que rogarle siempre, aunque se te agotara la fe. Cómo es eso, le pregunté, y me respondió, a quién si no. Eso me dijo, a quién si no. Nos decían que la negación de la fe era un pecado mortal contra Dios, pero también nos decían que la fe era un don de Dios, una virtud que él regalaba graciosamente. No entendía que pudieran existir pecados contra Dios, pues los pecados siempre eran faltas contra las personas que estaban cerca, y no podía creer en los fuegos eternos, en los baños de azufre, en el infierno, porque, si todo lo había creado Dios, entonces él también habría creado el infierno y eso no era compatible con su bondad y su misericordia infinitas. Tenía, por tanto, una sensación de abandono, como si alguien que estaba muy por encima de mí hubiera decidido prescindir de mí, como si el que todo lo conoce hubiera resuelto ignorarme. En aquel mundo real de todos los días había perdido una referencia, pero ya Jesús de Nazaret había dicho que su reino no era de este mundo. El Dios poderoso del catecismo que había creado el mundo en seis días se había esfumado. Se nos decía que la vocación era la llamada de Dios. Me parecían palabras vacías, porque Dios no llamaba, Dios nunca decía nada. Había que pedir la fe, suplicar la vocación, siempre pedir y suplicar, como si hubiera que satisfacer el juego vanidoso del que todo lo puede, el ejercicio arbitrario e irreparable de su poder

contra los inútiles siervos implorantes. Si soy cristiano por la gracia de Dios, me decía, también puedo no serlo por el mismo motivo. Había un solo Dios, pero el Dios que le pidió a Abraham sacrificar a su hijo, o el que permitió que el bueno de Job soportara todas las penalidades, o el que convirtió en estatua de sal a la mujer de Lot por mirar atrás no se parecía al Dios que murió en la Cruz, porque aquél era soberbio como un rey y expresaba su poder con la venganza y la fuerza, y el Dios de la Cruz lloraba de dolor y era compasivo y humilde, un Dios vulnerable y amoroso, así que no podía tratarse del mismo Dios, aquel que destruía ciudades era áspero y severo, este que traía la paz era dulce en la palabra y en el gesto.

Mantenía en secreto mi creciente incredulidad.

Pensaba que al contarla se podría volver definitiva.

Me sentía abandonado, pero no quería vivir avergonzado por aquella ausencia en mí de la fe y de la vocación. Por otro lado, todo era para mí desconocido en aquel tiempo y me daba miedo enfrentarme a ello sin la pócima salvadora de la religión. Durante años me pregunté cómo podía existir alguien que no se veía, que no se manifestaba, alguien que se mantenía ajeno a todo, alguien que no respondía a ninguna llamada. Me preguntaba cómo y por qué algunos nos hablaban de aquel Dios invisible y mudo como si despacharan con él cada mañana. En todo caso, el Dios del que nos habían hablado en el internado de la montaña no me parecía el mismo Dios que nos presentaban en el internado de la ciudad. Aquél andaba más arriba de los montes y de las nubes, más arriba incluso de las estrellas. Era ceremonioso y fantasmal. El de ahora pateaba la tierra, una tierra en la que ocurrían desgracias y pobrezas. O tal vez nosotros ya no fuéramos los mismos, y allá en el reducto de las cuevas sagradas y de las voces excelsas se hubiera quedado una parte importante de nosotros. El Dios del primer internado vestía sotanas moradas y ribeteadas. El del nuevo internado iba desnudo y con las heridas al aire. En uno y otro lugar nos aseguraron que Dios andaba inmiscuyéndose en todo, determinando cada suceso, influyendo en todo lo que hacíamos y lo que éramos. Sin embargo, yo estaba convencido de que Dios nos había abandonado a nuestra suerte. El Dios que desde bien niños habíamos cultivado en nuestra imaginación desaforada iba cambiando a la vez que nosotros, tal vez porque todos los dioses lo sean a imagen y semejanza nuestra.

Hay sucesos que no tienen un lugar en el tiempo del recuerdo. No tienen causas ni consecuencias a la vista y están flotando en el caldo insustancial de la memoria. Son como vagones oxidados rodeados de hierbajos y apartados en vías muertas. Uno no sabe siquiera de qué tren formaron parte alguna vez.

Algún domingo por la tarde, por encargo de mi padre, me acercaba hasta una casa del otro extremo de la ciudad a visitar a una tía abuela. Era una enfermera soltera que desde el inicio de la guerra y hasta hacía unos años había trabajado en la Cruz Roja. Era hermana del padre de mi padre, aquel cuyos huesos reposaban bajo los cimientos del internado. Ella se alegraba de verme y me decía que me parecía a mi padre y me contaba historias de cuando él era pequeño. Tu padre era un niño especial, se daba cuenta de todo antes que nadie, me decía. También me contaba historias sangrientas de soldados moribundos y con las entrañas al aire, pero me las contaba con la ternura de las abuelas.

Aquella tía abuela enfermera de guerra era rubia como el sol y grande como el mar. Ella le había regalado a mi padre para su boda los candelabros de las nueve musas.

En aquella casa vivía un señor muy rico que era viudo y estaba inválido. Con él convivían mi tía, que hacía de enfermera particular, y otra mujer, de ojos amables y piel tostada, que hacía de sirvienta. Así que aquel hombre rico no tenía mujer, pero vivía con dos mujeres. A él lo llamaban señor, que si el señor esto, que si el señor lo otro, que si ya se ha dormido el señor. Me daban de merendar chocolate con churros. El señor estaba en un salón enorme donde había lámparas gigantes, un busto a tamaño natural del Caudillo Dictador y montañas de periódicos que llegaban hasta el techo y tapaban la luz de alguna ventana. No sé qué vamos a hacer, porque no los quiere tirar, se quejaba mi tía. Una vez el señor me dijo, así que estudias para ministro de Dios. No dije nada. Fue mi tía quien respondió. Él añadió, cuídate de las teorías de los diablos comunistas, se infiltran por todas partes, especialmente en los seminarios. Al hablar le temblaban los labios y se le agitaba la barbita blanca en forma de triángulo. Me regaló una pluma estilográfica. Con esta pluma se firmaron documentos importantes, me aseguró. Se parecía a la de mi

padre. Era mi segunda pluma extraordinaria. La primera, de pluma de ganso, me la había regalado el hermano de mi padre que vivía junto al mar. La tía me regalaba libros para llorar de una colección a la que estaba suscrita.

Mi tía y la otra mujer vivían en aquella casa con el señor desde el final de la guerra. Si él se muere, le pregunté a la tía, qué vais a hacer. Ella me explicó que el señor lo tenía todo previsto y firmado ante notario, les quedarían a las dos los mismos salarios que ahora recibían y podrían continuar viviendo en aquella casa de por vida en régimen de usufructo. Memoricé la palabra *usufructo* para anotarla en la libreta en cuanto llegara al colegio. Y la herencia, le pregunté. No tiene hijos ni sobrinos, me respondió la criada, así que lo donará todo al Benemérito Cuerpo de Mutilados de Guerra por la Patria.

La tía me hablaba mucho de mi padre mientras yo mojaba los churros en el chocolate. Le pregunté por qué mi padre no había vuelto al internado después de la enfermedad. En casa había escuchado que los médicos no le habían dejado volver, pero aquella explicación nunca me resultó creíble. La tía me dijo, él sólo conocía los libros, lo estudiaba todo, se aprendía todas las materias sin dejarse una coma, pero no conocía la vida, porque lo que viene en los libros sólo es un simulacro de la vida, así que, cuando salió del encierro y se enfrentó al mundo real, la vida lo atrapó y él no supo defenderse, se dejó llevar, o trató de huir, a veces es la misma cosa, y a los fugitivos nunca les va bien, él estuvo enfermo y puede que todavía lo esté, porque su cerebro trabajó mucho y no se alimentó bien, pero lo del desahucio de los psiquiatras fue una disculpa que se inventó para sí mismo. Mi padre se había dejado llevar. Me lo había dicho el bibliotecario y ahora me lo repetía la tía. Así que nunca dejé de preguntarme por la naturaleza de aquella fuerza a la que podías entregar tu vida, qué viento irresistible sería aquel que podía apagar tu voluntad y dirigir tu comportamiento. Ella sentía verdadero amor por mi padre. Hablaba de él con dolor, porque sabía que se estaba erosionando lentamente. Cambió de viaje, decía, y pocas veces miró atrás y siempre por encima del hombro.

Ella era una mujer sabia, porque había sido enfermera de guerra.

Continuó diciéndome, cuando terminó la guerra tu padre entró en un seminario, que entonces era una institución ambulante y sin recursos, él tenía nueve o diez años y en casa eran cinco niños y sin un padre que

trajera el jornal, pero tampoco en el seminario había mucho para comer, pasaban hambre, robaban nabos y remolachas en las huertas de los alrededores y se los comían crudos, y él no hacía otra cosa más que estudiar y estudiar, todo el día y parte de la noche estudiando, muchas veces a la luz del candil o de una vela por los cortes constantes de electricidad, yo le enviaba algún salchichón o alguna pieza de mortadela de las que le regalaban al señor, cuando llegaron a este seminario en el que tú estás ahora ya fue algo diferente, pero el daño en sus cerebros estaba hecho. Qué daño, tía, le preguntaba, y ella con mucha tristeza me respondía, estudiar tanto y comer tan poco tiene consecuencias, pero aquella enfermedad primera se transformó en otro sufrimiento peor, he visto a hombres que llegaban del frente con el cuerpo destrozado por la metralla y, sin embargo, conservaban en su ánimo los sueños de antes de la guerra, y he visto a otros que, con heridas leves, tenían el alma derrotada y oscura. Sin duda la tía enfermera de guerra estaba decepcionada con mi padre, a quien, sin embargo, quería como a un hijo. Ella había esperado mucho de él. Pero me sorprendía que hablara de mi padre como si ya no estuviera, y por eso le dije, tía, mi padre sigue aquí y está bien, y ella se sacudió la cabeza, como si despertara de un sueño, y me dijo, sí, sí, claro, perdóname, tienes razón, y me volvía a llenar la taza de chocolate. Pero al instante agregaba, ha sido una pena, porque siempre fue un hombre de fácil improvisación.

Mi padre me contaría después que aquella tía enfermera, bondadosa y enorme, había tenido un novio en la guerra, un novio miliciano que tuvo que huir a México al terminar la contienda. Durante muchos años recibió cartas de amor que aliviaron su soledad y sostuvieron su ánimo. Recurría a menudo a ellas, se alimentaba de ellas. Las había leído hasta memorizarlas, así que ya no las leía, las tocaba y las recitaba con los ojos cerrados. Mi padre me confesó que él mismo había escrito aquellas cartas y se las había enviado a la enfermera enamorada a razón de una carta cada tres meses. El envío lo realizaba mi padre por medio de un emigrado que había sido compañero suyo en el seminario y que vivía en Guanajuato dedicado al cultivo de la fresa. Las cartas que ella escribía a su amor imposible se las daba a la sirvienta de ojos amables para que las llevara al correo, pero la mujer, cómplice del engaño, se las entregaba a mi padre. Un día el amigo de Guanajuato falleció y entonces mi padre decidió que también el novio miliciano debía morir, así que encargó en la imprenta

una esquela mortuoria y se la hizo llegar a mi tía en un sobre orlado de negro y con los franqueos borrosos. En la esquela, completada con datos tanto ciertos como improvisados, aparecía en el apartado de allegados del finado, un único nombre, el de la enfermera de guerra, con el preámbulo, su apenada novia enamorada, y seguido del habitual, les ruega una oración por su alma. La tía lloró la pérdida y enmarcó la esquela junto al retrato que conservaba del joven miliciano.

Una noche de viento me sentí febril.

Estaba en casa, porque era el tiempo vacacional de Semana Santa. Me ardía la frente. Me palpé el vientre y sentí la piel incendiada. Exploré mi cuerpo con ambas manos. Había silbidos y ruidos y golpes contra los cristales. Me estremecía con cada sonido y temblaba. Me acaricié la entrepierna y el sexo y todo crecía, el viento crecía, la cama crecía, y mi cuerpo también crecía sobremanera, y moví las manos en una caricia enloquecida, como si quisiera destruir aquello que había llegado de lejos, que no me pertenecía, y el fuego era tan poderoso que el mundo entero se incendiaba. Una rama de la higuera golpeaba la ventana al ritmo de mis caricias hasta que se produjo el estrépito de los cristales. El temblor se hizo convulsión y me quedé vacío y llegó la calma, una especie de derrota o rendición, y comenzó a empaparme el sudor, como si estuviera lloviendo sobre mí, como si mi piel, sucia, fuera ceniza mojada, y tuve por primera vez la sensación de que la infancia se había marchado con el viento por el hueco abierto en la ventana, una especie de epifanía, una sensación íntima de que yo ya era otro, de que mi cuerpo se había modificado.

Mi madre entró apurada en la habitación y me gritó, qué haces ahí parado, no ves que se ha roto el cristal, límpialo todo y busca una tabla para tapar ese agujero.

Había sido como un viento oscuro que llegaba hasta mí por primera vez. Salí al corredor y busqué en los tejados de los hórreos, en las hojas gigantes de la higuera, en el cielo sucio abarrotado de coágulos que se desplomaban y en la hilera de los cuervos que graznaban alineados sobre los cables de la luz, pero el viento oscuro ya había pasado y había dejado en el aire y en mis manos y en todas las cosas su huella blanca, la señal invisible de un sentimiento nuevo.

Aquel cristal que el viento oscuro rompió en mil pedazos tardó en repararse. Aquel descubrimiento se convirtió en costumbre y, cada vez que el ansia de aquel misterioso placer me arrebataba el pensamiento, me embargaba un sentimiento de culpa que me obligaba a la confesión, porque el miedo a la condenación eterna era más poderoso que la vergüenza de reconocer ante el confesor los tocamientos impuros y los malos pensamientos.

La memoria tiene sótanos escondidos donde huele a polvo de desván.

Supongo que la peste de la nostalgia se irá, como se van todas las pestes. O tal vez no, tal vez forme parte esencial de la existencia. La memoria tiene círculos cuadrados y rendiciones que son como victorias, y alborotos de pánico durante el tránsito entre dos trincheras, y en la nostalgia hay un ganar y un perder la guerra al mismo tiempo. En la memoria hay lunas menguantes que lloran, eternidades de tiempos sin besos, niños incapaces de envejecer, mentiras alargadas que surgen de un instante de piedad, sonido de palabras rozadas por la muerte, el tiempo que se muere de tristeza o el olor de las uñas sucias y de las cocinas pobres en las casas invisibles de los que fueron desahuciados por la vida.

Pienso que a veces escribo para no recordar cómo se reza.

Una tarde de domingo salí del internado con la intención de visitar a la tía enfermera, pero al pasar junto a la estación decidí subirme a un tren y acercarme a ver el mar. La brisa era fresca y salada y sentía que me cuarteaba los labios. Las gaviotas lanzaban sus gritos dolientes contra la espuma del acantilado. Un barco de carga se hundía lentamente a lo lejos en el abismo del horizonte. Allí estaba yo frente a la Naturaleza, ignorado por ella, incapaz de comprender su crueldad, su fuerza, su belleza, y sintiéndome avergonzado por mi insignificancia, emocionado por la incapacidad de comprender aquel misterio. Pero a la vez podía sentir que de alguna forma me alcanzaba la fuerza del mar. Aquella luz cayendo azul y fría del cielo sobre el mar y volviendo a ascender húmeda y blanda me recordó al baile de las luciérnagas. La brisa expandía el verde sobre las aguas y el acantilado se abría y se cerraba como una boca sucia.

Una mujer, vestida de negro y sentada junto a una espinera que crecía entre las rocas, contemplaba el mar. Pude ver su rostro blanquísimo, como recién creado. Sostenía un ramo de flores blancas en el regazo. Eran rosas y crisantemos. Con movimientos lentos y serenos se levantó y arrojó las flores al mar. Se santiguó, movió los labios, volvió a santiguarse y se

fue. Ni siquiera reparó en mí cuando pasó cerca, entregada como iba a algún pensamiento que sin duda ocupaba su vida. Aquella mujer fue la más antigua y la más blanca que yo he visto jamás. No sé por qué me vino entonces a la memoria aquella viuda dulce que en el pueblo de mi nacimiento se balanceaba en la mecedora de mimbre debajo del tilo. Ambas mujeres me parecieron irreales, y anduvieron en ocasiones y durante años transitando por mis sueños y alimentando en mí fantasías inéditas. Puedo verlas aún, una con sus ojos cerrados y un libro abierto en el regazo, y la otra frente al mar y junto al espino, con su piel recién creada y su ramo de flores. La viuda dulce me había confesado su intención de volver algún día a vivir junto al mar. No tenía sentido, pero durante toda mi vida me obligué a pensar que la viuda de las tragedias griegas y la que arrojó las flores al mar eran la misma mujer. Nunca conseguiría desprenderme de la imagen misteriosa de aquella mujer sentada en su sillón de mimbre. Me acerqué al faro, que parecía la sombra de un pájaro derrotado. Un hombre, que debía de ser el farero, me preguntó si me había perdido, y le dije que no, que había venido a ver el mar. Pues hala, me dijo, ya lo has visto, así que vuélvete por donde viniste que éste no es lugar para que un muchacho ande solo. Todavía no terminé de ver el mar, le repliqué, y él me miró en silencio y luego dijo, vamos, te digo que te vayas, y me espantó como si yo fuera una gallina.

La timidez me encogía.

Era una actitud enfermiza que me impedía levantar la mano y abrir la boca para decir que no. Tenía la sensación de estar viviendo detrás de un muro de cristal que me impedía avanzar, pero todo cuanto yo hacía era claro y comprensible para los demás y eso me avergonzaba. Padecía una introversión temerosa que me predisponía hacia la ensoñación. A menudo soñaba que en un arrebato de valentía conseguía saltar el muro y acceder por fin a una infancia diferente.

Además de tímido era cobarde.

Cuando veía que los valientes se subían a lo alto de las pilastras de la luz o a la rama última de los cerezos me entraba la cobardía, o cuando en el mar veía a los niños alejarse hasta más allá del romper de las olas yo retrocedía y me temblaban las piernas sólo de pensar que el mar pudiera

devorarme. Tengo miedo de ser un cobarde, le dije a mi padre, y le confesé los motivos. Él me explicó la diferencia entre la prudencia y la cobardía, pero no logró convencerme, porque a mí me hubiera gustado tener el coraje de hacerlo todo, de saltar sin miedo por lugares escarpados, como hacía el niño culpable y hacían otros, de entrar en los rincones oscuros, de coger con las manos y sin estremecerme los sapos y las culebras, como hacía el niño que coleccionaba huevos, pero no era capaz. El juego colectivo del fútbol habría de ayudarme a compartir sentimientos y palabras, y el teatro habría de ser definitivo para ahuyentar aquella terrible enfermedad del carácter. El teatro y la convivencia necesaria para la competición deportiva fueron curas efectivas para el mal de la timidez, pero especialmente el teatro. El fútbol habría de ser más importante para mí en los dos últimos cursos del bachillerato. Con el balón entre los pies me sentía el príncipe del patio y del campo y de la vida. Con los éxitos del fútbol se despertó en mí una fiebre vanidosa que me empujaba con frecuencia al lucimiento imbécil, tanto de palabra como de obra. Pero esto, como digo, ocurriría años después. El teatro sí fue, ya desde el tercer curso, una medicina eficaz contra la enfermedad de la timidez. Llegaría incluso, en quinto curso, a ser protagonista en una obra medieval del teatro francés. Nunca supe por qué el director me eligió a mí entre otros muchos. Tal vez por recomendación de la profesora de francés. Tenía que fingirme enfermo y loco y gritar para evitar el pago de las facturas y también tenía que balar como las ovejas para engañar al juez. Para el papel de mi esposa la profesora propuso a una sobrina suya que era dos años mayor que yo y tenía ojos azules y dientes de ratón y hablaba acariciando con una voz amortiguada y rota. Nos aplaudieron mucho y la niña de los dientes de ratón me abrazó y me besó muchas veces cuando acabó la representación y todos me felicitaron y las mejillas no se me incendiaron como otras veces y no me temblaron las rodillas y supe entonces que empezaba a curarme de aquella terrible enfermedad de la cobardía y el apocamiento.

Leyendo escuchaba voces que hablaban por mí.

Un poeta importante vino a vernos al internado. La profesora de francés me eligió para que leyera un poema propio. Pasé mucha vergüenza. Cuando leí mi poema, el poeta sonrió y me acarició la cabeza con sus manos grandes y me dijo: bien. Eso me dijo, bien. Creo que fue él quien aquel día nos explicó que la palabra no había sido lo primero, que

antes del verbo estaban las emociones, y que la poesía debía poner la palabra al servicio de la emoción. Fue como si, con aquella imposición de manos del maestro, la cabeza se me llenara de historias para contar, así que se intensificó en mí la fiebre de la escritura y se fueron acumulando las libretas.

Unos meses después del encuentro con el maestro poeta, mi padre leyó aquel poema mío sin que yo lo pretendiera. Horroroso, sentenció, los adjetivos no son lazos de colores, tienen una función, primero hay que sentir, luego pensar y finalmente escribir. Eso me dijo mi padre, y añadió, así debe ocurrir. A los pocos días me regaló un libro de poemas de José Hierro, que había sido aquel maestro que me había acariciado la cabeza. Leí aquel libro muchas veces y entendí lo que mi padre quiso decirme y rompí aquellos primeros versos míos y tardé mucho tiempo en atreverme a escribir otro poema. Rompí incluso aquellos versos que tenía escondidos en el hueco del viejo manzanal.

Sin darme cuenta, me quedé sin Dios.

Era parecido a mí, hecho a mi semejanza, con palabras mías en su boca omnipotente y acabó desvaneciéndose como una pompa de jabón. Yo me preguntaba una y otra vez cómo podía existir alguien invisible, alguien que se alejaba siempre, que se mantenía ajeno a todo, alguien que jamás respondía a las preguntas. Creo que fue en la Semana Santa del curso cuarto cuando se inició una pérdida de Dios que algunos años después habría de ser definitiva.

No me gustaba la Semana Santa.

Mi abuela colgaba trapos morados sobre los cuadros. En los bares no se podía encender la televisión. Todos los niños asistíamos a los oficios. Los oficios de Semana Santa se celebraban en el viejo templo del pueblo que estaba más alto y era cabeza parroquial. Las niñas esparcían flores en el pórtico cuando salía el párroco bajo el palio con su salmodia estridente para iniciar la procesión. Las mujeres, vestidas de negro y con mantilla en la cabeza y un cirio en las manos, entonaban canciones histéricas. Los hombres fumaban a escondidas y agachaban la cabeza. Se agitaban los estandartes y las cruces y la figura del Cristo, arrodillado y con la cruz a la

espalda, oscilaba en un vaivén imposible por la diferente estatura de los costaleros.

En las escenificaciones del cura en el templo, mal iluminado y con las imágenes cubiertas con trapos morados, reverberaba el misterio. Además de la imagen del Cristo Salvador había otras, como la de san Antonio, que era fraile y portugués y se ocupaba de preparar los noviazgos, como la de san Pelayo, que era un mártir gallego al que el rey moro había despedazado arrojando después sus restos al río, como la de santa Lucía, que era patrona de los pobres, de los ciegos y de los niños enfermos, o como la de Nuestra Señora del Rosario, que era la Virgen Madre propiamente dicha, porque todas las vírgenes eran una sola virgen, Madre de Jesús, pero ésta llevaba un rosario en la mano y decía el cura que nos protegía contra los terremotos, que eran desgracias que ocurrían cuando temblaba la tierra.

El momento en el que el cura se tumbaba boca abajo sobre las frías piedras del suelo para hacerse el muerto me provocaba escalofríos. La imaginación encantada nos hacía presentir una vida encorajinada en las imágenes tapadas con los trapos morados. Olía a incienso, que era el olor de los lugares a los que no se podía llegar. Aquel año fui uno de los doce elegidos para representar a los apóstoles en el lavatorio de los pies del Jueves Santo. Unos éramos niños y otros adultos, pero todos varones. Entre los niños también estaban el que cargaba con todas las culpas, el hijo del sastre y el que quería ser cantante. Tú harás de Judas, le había dicho el cura al culpable riéndose a carcajadas, como si hubiera tenido una ocurrencia graciosa. El cura, inclinado en genuflexión, nos lavaba los pies. En realidad sólo un pie, el derecho, porque se trataba de una representación ceremonial, como un teatro en memoria del acto de humildad que había tenido Jesús con sus discípulos lavándoles los pies antes de la cena que habría de ser la última. El cura, para evitar sorpresas durante la ablución, nos había obligado a pasar por la sacristía antes del oficio para comprobar que traíamos los pies limpios.

Ablución fue una palabra más para mi colección.

Los oficios del Viernes Santo eran los más crueles y extraños. El cura vestía de rojo, porque era el color de la sangre. A la hora en que moría Jesús, al comienzo de la tarde, se apagaban las luces y las velas y se quitaban los manteles del altar y se cubría el crucifico con un paño morado. Entonces el cura se tiraba al suelo bocabajo y todo lo largo que

era, como si estuviera agonizando, y había un silencio aterrador. A todos nos unía algo en aquel silencio oscuro que no tenía nombre, algo que nos hacía olvidarnos de lo que cada uno éramos para ser uno solo, uno que se sentaba y se levantaba y se arrodillaba, uno que rezaba y que esperaba, un ser único hecho de todos que se asombraba y cumplía con la tradición.

Después se leía la historia de la Pasión, y el cura hacía de Jesús y mi padre de cronista y el molinero lector hacía de los demás personajes. Ese día no había misa, porque se había muerto Dios, y el cura recorría el templo con la cruz tapada y según avanzaba la iba destapando poco a poco, y mi padre tocaba el armonio y cantaba, *mirad el árbol de la cruz donde estuvo clavada la salvación del mundo*, y todos respondíamos, venid a adorarlo, y así hasta que se daba toda la vuelta y el crucifico quedaba por completo descubierto y, uno a uno, íbamos besando la cruz. Mi padre entonaba entonces el *Miserere*, que era un cántico en latín de dolor y de pena, plagado de lamentos y de suspiros, y que yo había cantado con el coro del internado de la montaña.

La mujer beata y otras mujeres muy piadosas, arrodilladas en sus reclinatorios, dejaban que les brotaran las lágrimas, y era como si se fuera a terminar el mundo o como si al mundo se le hubieran agotado las esperanzas, y no era para menos, porque habían asesinado a Dios.

En aquellos oficios oscuros no sabría decir si se respiraba resentimiento, esperanza o zozobra, porque Dios había muerto y había resucitado, pero nuestros pecados lo habían condenado a la cruz, y aquél era para mí un misterio, otro misterio más, porque Dios no podía morir, así que aquella simulación no dejaba de ser una treta para engañarnos y despertar en nosotros la compasión y el miedo.

No sé en qué momento de la vida te preguntas por primera vez por qué sigues viviendo, por qué te despiertas cada mañana para cumplir la secuencia de todo aquello que esperan de ti. No sé en qué momento decides que todo es soportable, que incluso algo puede mejorar. La esperanza de encontrar algo nuevo cada día tal vez sea el motivo principal de la vida desde que tenemos uso de razón. Las cosas nuevas dejaban pronto de serlo, pero la necesidad seguía presente. No sé en qué momento dejé de sentir el miedo como algo físico, aquel miedo a subir por las noches al desván, el miedo a que mi padre de pronto dejara de respirar, el miedo a encaramarme en la última rama del cerezo o a subir a lo alto de la pilastra de la luz, el miedo a tener miedo, que es el más duradero y terrible

de los miedos. No recuerdo cuándo fue mi último ataque de pánico. No sé en qué momento, dentro de mí, ocurrieron algunas cosas por primera o por última vez.

PARTE CUARTA

LUNA, SECRETOS Y PUNTO FINAL

La certeza dejaría paso a la duda, la extravagancia a la sobriedad, el impresionismo a la opinión fundamentada. La contestación extrema a la subversión interior.

MIGUEL TORGA,
La creación del mundo

Sólo hay que conocer el trasfondo, saber de él, descubrir el origen de nuestro malestar. Hay que asomarse a esas aguas profundas sin agitarlas. Es entonces cuando surge. No aparece por sí solo, exige esfuerzo. No es una inmovilidad agradable, pero sólo en ella se encuentra la salud, sólo ella nos lleva a ver la verdad.

HEIMITO VON DODERER,
Los demonios

Mi padre era solidario y positivo, aunque ahora me asalta la duda de si no seríamos todos para él como personajes de una obra de teatro que reescribía una y otra vez, una obra que él disfrutaba poniendo en escena cada uno de los días de su vida. Vivía con entusiasmo y dedicación, como si siempre hubiera un estreno a la vista, y nos exigía mucho. Tal vez demasiado. Poco a poco el tiempo de la reflexión, de la generosidad y de la afección con todo el mundo fue dejando paso a un resentimiento contra sí mismo, sutil, pero de trágicas consecuencias. A medida que pasaron los años se evidenciaba en él el contraste en su estado de ánimo, y tan pronto se dejaba arrebatar por el entusiasmo y la ensoñación como se hundía en un ensimismamiento triste que lo alejaba del mundo. Poseía la nada frecuente facultad de dotar de sentimiento y de emoción a todas las cosas que lo rodeaban, y así una vieja silla con la tapicería descalabrada podía transformarse en el trono de Ricardo Corazón de León, y un libro arruinado encontrado junto al contenedor de la basura podía convertirse en las Tablas de la Ley que Dios le había entregado a Moisés, y el gallinero de los palos y los alambres bien podía ser la prisión celestial de todos los seres elementales reencarnados en gallinas, y las nuevas madreñas de abedul eran máquinas para luchar contra la depresión que te hacían volar sobre la humedad y el barro, y la romana con la que se pesaban las mezclas del picadillo en las matanzas no era otra cosa que la balanza de la Justicia Universal. Cuando terminó el cofre tallado para las fotografías se lo entregó a mi madre con un ceremonial que él aseguraba idéntico al utilizado por el rey Salomón para depositar en el templo el Arca de la Alianza.

Al tonto entrañable y oficial del pueblo, consentido y querido por todos, aquel que disfrutaba lanzando los sapos al aire, le gustaba coleccionar todo cuando hallaba por los caminos. Antes de recoger las prendas que atropaba escupía en las manos y se las frotaba como si quisiera sacar fuego de ellas. Un día se acercó a mi padre para enseñarle una moneda que había encontrado cavando en el huerto. Eran cinco céntimos de cobre de Amadeo de Saboya, que había sido un rey inestable que tuvo que renunciar al trono. Mi padre limpió la moneda y la dejó reluciente, luego le hizo un agujero diminuto con un clavo, la prendió de

un cordón de cuero, se la puso al tonto en el cuello y le explicó que aquello que él acababa de descubrir bajo la tierra no era otra cosa que el amuleto que el gran emperador Alejandro Magno había llevado siempre encima cuando conquistaba el mundo y que ahora a él lo iba a proteger contra todas las burlas, y al tonto se le quedaron los ojos húmedos y perplejos y nunca se separó de aquella moneda. No es justo, me decía mi padre, que lo llamemos tonto, porque distingue bien el desprecio de la ternura, y siente vergüenza y sabe ser agradecido. Por qué nació así, le pregunté, y me explicó, nadie elige cómo nacer, él no es egoísta, nunca lo es, pero es más propenso que los demás a sentir miedo y por eso necesita más protección y cariño.

Aquellos objetos que mi padre señalaba con su emoción solemne se convertían en una realidad diferente. Los miraba con la urgencia nerviosa del asombro y en sus ojos brillaba la felicidad del descubrimiento. Él tocaba aquella cosa, la miraba por dentro y se fundía el misterio.

Anhelaba toparse con algún milagro que nos cambiara la vida, y con esa esperanza vivía cada día.

Mi madre, con una sola mirada, enfriaba el ardor imaginativo de mi padre. Después de uno de aquellos episodios de convulsiones que le dejaban el cuerpo magullado y el ánimo abatido, él le dijo a mi madre, siempre me ocurre esto cuando hay mucha humedad, y ella comentó, cierto, y él añadió, deberíamos irnos a vivir a las tierras de la meseta o al sur, y mi madre, con los brazos en jarras, protestó y le dijo, ellos vienen aquí en muchedumbre a buscar trabajo y tú quieres ocupar allí el lugar que ellos dejan, eres muy listo, pero a veces piensas al revés.

Un gesto frecuente de mi padre era el de apretarse la cabeza con ambas manos. Después de los ataques sufría durante días fuertes dolores de cabeza, pero no quería acudir a los médicos. Decía que ellos le habían arruinado la vida.

Fue un día de verano, después de mi segundo curso en el internado, cuando mi madre le sugirió, siempre podemos emigrar a Bélgica o a Francia, como hizo mi hermana o como hicieron los hijos del carpintero, son muchos los que lo hacen, además tú conoces la lengua francesa y eso debe de ser una ventaja. Mi padre la miró con aquellos ojos inquietos de gato joven que lo veían todo y le dijo, esas tierras están más al norte, así que allí la humedad es todavía mayor que la de aquí. Se levantó y anunció, voy a segar unas banastas de pación para los animales. Entonces mi madre

le dedicó una mirada encendida y lanzó contra él una sarta de reproches, que si no cobraba suficiente por las clases particulares, que si no había querido presentarse a las pruebas libres que se habían convocado para cubrir plazas de maestro, que si ya estaba harta de sus fantasías, que por qué no iba a los médicos si tanto le dolía la cabeza, y rompió a llorar desconsoladamente y, entre lágrimas, le confesó, vas a ser padre otra vez, eso le dijo, y a mí, que jugaba con mi hermano en el corredor con los vaqueros y los indios, me empezaron a temblar los dientes, como si el aire se hubiera enfriado de pronto. Mi padre dijo, qué, y ella, sin dejar de respirar, se llevó las manos a la tripa y apostilló, igual esta vez viene la niña. Él la abrazó y le dijo, seguro que vendrá la niña y será tan guapa y tan maravillosa como tú y le pondremos tu nombre.

Cada escena recuperada de aquel tiempo me revela algo sustancial de mí mismo, un sentido de mi vida que había permanecido oculto, influyendo tal vez en mi carácter, pero sin mostrarse, y la resurrección de esas imágenes con sus palabras, la recuperación de ese sentido oculto, añade coherencia y singularidad a mi vida.

Recuerdo el día que encontré a mi padre llorando.

Al sentirme, trató de ocultar su llanto. Estaba sentado en la mesa en la que impartía las clases y tenía frente a él el gran diccionario de latín, las manos sobre el libro abierto y la frente inclinada. No lloraba como los niños ni como las mujeres en los entierros. Lloraba distinto, sin mover la cara, sólo dejando que brotaran las lágrimas. Era un llanto silencioso y recogido que mostraba una gran tristeza. Lloraba como si no fuera él quien lo hiciera, sino uno como él que estuviera allí a su lado para acompañarlo. Temblé, sudé y tuve mucho miedo. Sufrí, una vez más, lo que mi profesora universitaria describiría años después como ataque de pánico. Era como si ante mí se abriera la tierra dispuesta para tragarme. Lo había visto llorar cuando la muerte de su madre, a la que tanto había querido, pero este llanto era diferente. Ocurrió mucho antes de que yo le llevara el libro de Física que le había pertenecido y el recordatorio de la muerte de su hermana. Se me partió el corazón y, aunque no supe el motivo, me sentí muy culpable. Al verme disimuló y pasó las hojas del libro, como si estuviera buscando alguna palabra. Fui hacia él y le puse la mano, que no dejaba de temblar, en el hombro. Él me abrazó con fuerza y pude sentir su conmoción. Luego me miró en silencio y no reconocí aquella mirada. Tenía un brillo de piedra mojada, un frío temblor. Él

nunca me había mirado así y nunca nadie, salvo él mismo, me volvió a mirar de aquella manera.

Sería un año después, en el corredor, cuando volvería a mirarme con aquel brillo de lágrimas. Él estaba frente al pequeño espejo que había colgado en la pared del corredor. Allí se afeitaba siempre, en verano y en invierno. Estaba quieto, paralizado frente a su propia imagen, como si estuviera mirándose por dentro. Me había explicado que los espejos podían ser buenos amigos si se los miraba sin exigencias. Los copos de nieve caían tranquilos y grandes como trapos. Me dijo que el día que había abandonado el seminario para no volver jamás también nevaba. Creo que eso fue lo que confundió a los médicos, me dijo, y añadió, la nieve confunde mucho. No sentí decepción al verlo llorar, sólo desconcierto. Las lágrimas sobre el recordatorio mortuorio de la hermana habrían de ser de igual naturaleza que aquellas que humedecieron el diccionario de latín o las que brillaron en el espejo del corredor el día de la nieve. Y todas ellas eran diferentes a las lágrimas por la muerte de mi abuela.

Cada llorar tiene su expresión y su naturaleza.

Mi padre sufría de vez en cuando problemas de identidad, porque sentía que el azar lo había empujado a una vida equivocada. O tal vez intuía que no todo era culpa del azar, ya que él también había tomado decisiones. Había estudiado mucho y durante muchos años y, sin embargo, debía levantarse cada día antes de que amaneciera y subirse a la bicicleta, y más tarde a la moto, para acudir a la mina a lavar el carbón, y para palear aquel carbón de nada le servían sus conocimientos, de nada sus treinta y dos matrículas de honor.

No tengo derecho a estar triste, porque está tu madre y estáis vosotros, pero a veces no lo puedo evitar, me confesó el día que lloró frente al espejo. No me explicó nada más, y se secó los ojos con la toalla que tenía terciada al hombro, y me comentó, un padre no debiera llorar delante de su hijo, y después añadió, y ahora vamos a hacer el muñeco de nieve más importante del mundo. Lo hicimos bajo la vieja higuera, junto a la corra de piedra que él había construido en lugar de la exedra.

Mi padre conseguía sobrevivir al fracaso una y otra vez perdonándose a sí mismo por haber sido tan pusilánime en lo referido a su vocación. Él era un tuerto en el país de los ciegos, pero nunca supo reconocer su

defecto y tampoco nunca quiso admitir que eso tendría efectos secundarios.

Cuando lloró sobre el diccionario de latín me confesó que algún día pensaba escribir una disertación sobre las antropologías, que eran las ciencias que estudiaban las rarezas, las distracciones y las costumbres de los pueblos, así me lo explicaba él, y en ese libro, que pensaba escribir algún día, hablaría del fuego, de la rueda, del pan y de la cama, que según él eran los inventos más importantes de la humanidad. Por supuesto no podrían faltar las menciones a la imprenta, la pólvora y la brújula, que tanto habían influido en el discurrir del mundo, y analizaría cómo las culturas de los pueblos se habían ido conformando en torno a los inventos. Y no se olvidaba mi padre del invento de la cerilla, que le permitió al hombre llevar el fuego en el morral. No obstante él afirmaba que los mejores inventos estaban aún por llegar. Yo tendría que haber sido antropólogo, decía, porque los antropólogos viajan a los países remotos, y descubren tribus que habitan en las altas cumbres y en las selvas inmensas y en los desiertos sin término, y son capaces de entender cualquier manera de pensar y de vivir.

El único viaje importante que había realizado había sido a los Pirineos de Huesca, cuando hiciera la milicia en el ejército como alférez en el botiquín de los Cazadores de Montaña. Nunca más había salido de la región, salvo alguna excursión, cuando compró la moto, a las provincias limítrofes. Sin embargo, quien hablara con él de las geografías o de los mapas, de las expediciones o de los viajes podía fácilmente pensar que era un viajero infatigable que había recorrido varias veces el mundo, porque hablaba de la Patagonia como si hubiera cazado pumas en la Pampa o pescado truchas en el río Colorado, y hablaba de los Montes Urales y de las taigas siberianas como si a él allí se le hubieran congelado las lágrimas, y refería las características religiosas del río Ganges como si se hubiera purificado en sus aguas turbias, y describía con asombrosa familiaridad y sin escatimar detalles las capillas de la Iglesia del Santo Sepulcro o los olivos de Getsemaní. Cuando en el verano volvían quienes habían emigrado a Bélgica, Francia o Suiza conversaba con ellos con plena naturalidad sobre la Torre del Reloj de Berna, el Atomium de Bruselas o los puentes del Sena, como si no fueran lugares ilusorios soñados en las enciclopedias, sino imágenes reales de la memoria. Relataba las victorias del macedonio Alejandro en cada una de las ciudades persas tal que si a él

se le hubieran encomendado las crónicas de aquella guerra, y recitaba cada lugar como si fueran los pueblos por los que transitaba cada día en su bicicleta camino de los lavaderos del carbón, Dardanelos de la gran frontera, Lámpsaco de rendición benigna, Gránico de las masacres, Éfeso de los sátrapas cobardes, Mileto del asedio interminable, Caria de la reina Ada, Fasélide guardiana de la espada de Aquiles, Tarso de la salud perdida, Miriandro de las rocas vivas, Isos de la gran batalla, Damasco de los tesoros del rey Darío, Sidón gobernada por un jardinero, Gaza de los filisteos o Tiro de los hombres ricos. Aprendí aquellos nombres que él repetía a menudo como una oración necesaria y, si ahora puedo repetirlos, es porque los anoté en mi cuaderno al lado de la descripción de las nueve musas.

Mi padre a veces se transformaba, como si una niebla espesa lo atrapara y sólo consiguiera salir de ella siendo otro hombre diferente y preguntándose a sí mismo, quién soy, y también preguntándole al mundo, dónde estamos, y se transformaba en médico y repartía consejos a los que se quejaban, y se convertía en policía para reprender a los que incumplían la ley, y se hacía pasar por cura para repartir bendiciones o perdonar a los que pecaban, como si la humedad de aquella niebla que a veces lo cubría le hubiera humedecido el cerebro. Cuando yo presenciaba aquellas transformaciones me encerraba en mí mismo y me encogía como un caracol, porque me avergonzaba de aquel padre transformado.

Hay que hacer algo, decía él, porque nos hemos perdido. Y ése era su grito de guerra, la señal para hacer efectivo el cambio. De pronto lo veía palpándole el cuerpo a una mujer que decía sufrir fuertes dolores de espalda, y le levantaba la camisa y ponía el oído en el pecho de la mujer y le pedía que contuviera la respiración o que expulsara el aire, y le tocaba los muslos, y le decía que sufría irregularidades óseas y que tenía los huesos porosos, y le escribía en un papel el tratamiento, y ella le decía, gracias, doctor, cuánto le debo, y él decía, por Dios, nada me debe, cuídese y cumpla con el tratamiento. Yo me quería morir de la vergüenza y él me tomaba de la mano y me explicaba, todos los males de los seres humanos se reducen a uno, el miedo, y todos los remedios también se concentran en uno solo, la confianza. Yo solía decirle que por qué hacía aquello si él no era médico, y él se encogía de hombros, y entonces yo recordaba aquellas treinta y dos matrículas de honor que él había conseguido. Con los años supe que aquélla era su forma de resistir, de

transformar la realidad para enfrentarse con algún argumento al vacío tan grande que sentía.

Hay que hacer algo, dijo al ver cómo dos hombres se insultaban y se peleaban por un asiento en el tren. Íbamos a nuestras vacaciones junto al mar. Él se levantó y no supe cómo lo hizo, pero se identificó ante ellos como policía, les pidió que se pusieran de rodillas y con los brazos detrás de la cabeza, los registró y les tomó las carteras para ver su documentación. Mi madre me decía, no mires, haz como si no lo conociéramos, y yo inclinaba avergonzado la cabeza, aunque no podía evitar mirar aquella escena increíble de reojo. Hasta sentía alivio en el estrépito de los túneles al desvanecerse por un instante en la sombra aquella realidad incómoda. Cuando el tren se detuvo escoltó a los camorristas y se los entregó al jefe de estación y le comentó, están acusados de alterar el orden público, ocúpese de avisar a la comisaría para que vengan a buscarlos. Mi madre se enfadó con él y le recriminó, has vuelto a hacerlo, y le preguntó casi llorando, por qué lo haces, por qué nos haces pasar estas vergüenzas, y él sonreía satisfecho, porque estaba convencido de que había hecho el bien, y respondía, resolví un problema y evité que alguno de aquellos dos terminara herido.

El mundo está muy disperso, me explicaba, y necesita concreción. No lo entendía entonces, porque era un niño sin experiencia y él, sin embargo, había conseguido treinta y dos matrículas de honor.

Los dos estábamos en la playa, con nuestros bañadores de color azul recién estrenados. Construíamos un castillo en la arena con torres, almenas y pasadizos secretos. De pronto sentimos gritos y tumulto de gente. Nos acercamos. Mi padre lanzó la señal, hay que hacer algo, y a mí me entraron ganas de retroceder. Apartó a la gente diciendo, por favor, permítanme, soy sacerdote. Un señor de mediana edad estaba tumbado sobre la arena. Una mujer lloraba arrodillada a su lado. Dos socorristas repetían apenados, no pudimos hacer nada. Mi padre se acercó a la mujer y le susurró algo al oído, ella suspendió el llanto, lo miró, se santiguó y se incorporó. Mi padre se arrodilló y cerró los ojos del muerto. Le hizo la señal de la cruz en la frente y en los párpados y en la boca y en las manos y no dejaba de murmurar una oración en latín, así que todos creyeron que era sacerdote y algunos se santiguaron, y la mujer no dejaba de suspirar, pero contenía sus gritos para no interrumpir el rezo, *quis apud te propitiatio est, et propter legem tuam, sustinui te, Domine, sustinuit anima*

mea in verbo eius, speravit anima mea in Domino. Fue un hombre bueno, padre, murmuró la mujer, y mi padre le dio la bendición, la acompañó en el sentimiento y nos fuimos hacia el castillo de arena, pero no continuamos con aquella distracción, porque mi padre aseguró que sería una falta de respeto.

Una vez más mi padre se había transformado.

En la prensa del día siguiente se publicaría que el ahogado era esquilador de ovejas y había venido a veranear con su familia desde un pueblo castellano, así que yo había visto morir a un esquilador de ovejas. También apuntaban las crónicas del suceso que el ahogado había sido cristianamente despedido de este mundo por un sacerdote que, ocasionalmente, se encontraba en la playa.

Mi padre era viento que iba y venía, era una ola gigante que se extendía, era nieve que caía y lo llenaba todo y moría, era luna que alumbraba para reventar la tierra, era niebla para ocultar o luz que ponía al mundo en evidencia. Era todo, un ser especial que había conseguido treinta y dos reconocimientos *cum laude*, y yo apretaba su mano orgulloso y convencido de que con él podía llegar a cualquier parte, pero necesitaba vencer mi timidez, superar aquella vergüenza.

Para que yo me subiera por primera vez a un barco se hizo pasar por periodista. En un pequeño barco de pesca recién pintado un hombre frotaba un trapo sobre unos faroles de bronce. Mi padre lo llamó capitán, habló con él y le enseñó el periódico que llevaba. El hombre asintió, subimos al barco y soltó los amarres del bolardo. El viaje fue breve, sólo una vuelta sin alejarse demasiado del puerto. Mi padre le hacía preguntas al capitán y anotaba las respuestas en una pequeña libreta. Yo agarraba con fuerza y emoción la barandilla de la popa sin despegar los ojos de la estela espumosa. El golpeteo asmático del motor me parecía música celestial. Cómo lo hiciste, le pregunté a mi padre, y él me confesó, le prometí una entrevista. Intenté protestar y decirle que había mentido, pero él no me dejó terminar y me explicó, lo importante es que él fue feliz pensando que su historia se publicaría y tú disfrutaste de tu primer viaje en barco y aprendiste muchas palabras nuevas. Todo eran beneficios.

Años después se modificaría aquel grito de guerra, aquella señal, hay que hacer algo, por otro grito distinto, no hay nada que hacer, y él, sin que apenas nos diéramos cuenta, se transformaría definitivamente en otro muy diferente, saldría de sí mismo para no regresar jamás. Perdió la firmeza,

porque el árbol que había sido se doblegó hasta quedar extendido en la tierra, y perdió armonía, y hasta perdió el equilibrio.

Las mentiras de mi padre no eran aprietos indignos, ni siquiera inversiones a largo plazo de su carácter, sino versos inofensivos que se le desprendían de un poema equivocado, relámpagos dispersos en un cielo encapotado por el fracaso. Tu madre, me decía, arranca cada día una hoja del almanaque de san Antonio y yo añado una muesca más en el calendario que llevo dentro, y ya sé que no entiendes lo que te digo, pero escríbelo en tu libreta y algún día lo entenderás. Así lo hice. Para mi madre el tiempo transcurría a un ritmo invariable y benévolo. Para mi padre cada día era como un puñal que alguien le lanzara desde el futuro y que él intentaba esquivar a base de aplazamientos encubiertos y de indulgencias falsas. Los dos pensaban entonces que el tiempo que les quedaba era infinito. A mi madre el correr de los días le producía una serena esperanza, a mi padre vértigo. Mi padre vivía alargando desesperadamente el presente, trastornado por deseos que no se atrevía a nombrar y que nunca estaría dispuesto a reconocer.

Unas vacaciones de Navidad entré al corredor a pedirle ayuda en la traducción de una frase en latín y lo sorprendí haciéndole al espejo unas muecas de rabia inconcebible. Conservo aquella imagen como el inicio de su deterioro. Su expresión era tan violenta que me asusté. Cuando me vio intentó disimular y me dijo, da igual cuánto te desfigures, el espejo siempre consigue reconocerte. Mi padre pasó su vida intentando pagar una deuda que, sin embargo, nunca reconoció. Los intereses eran las horas, los días, el paso de la vida. En el rédito estaban los reconocimientos, los triunfos cotidianos, los abrazos de gratitud. El capital era un espacio cada vez más reducido, primero el pueblo o la mina, la casa o la escuela, después la botella o el fondo del vaso. Demasiada deuda para tan poco espacio. En cada trago crecía la deuda. El descontento y la insatisfacción roían su interior como esas gotas de lluvia que el poeta Lucrecio decía que después de mucho tiempo de caer y caer terminan socavando la roca. Atrapado en una rutina construida año tras año, forzaba su imaginación para inventar experiencias en un intento tal vez desesperado por añadir singularidad a una vida que él suponía condenada a la mediocridad. Se había dejado llevar. Lo había dicho su compañero el bibliotecario. Lo había dicho su tía la enfermera de guerra. Lo sabía mi madre, aunque no lo dijera. Y lo había dicho él, sin decirlo,

durante toda su vida al cerrar los ojos para no sentirse deslumbrado por la luz cegadora de un porvenir imposible. Pero su ceguera había sido voluntaria. Muchas cosas lo habían empujado hacia delante, le habían regalado el impulso, pero él había presentido siempre el abismo y el vértigo, y se había sujetado al presente, su bendito presente, a base de clases de latín, ensayos teatrales, unas piezas tocadas en el armonio, la organización de excursiones y festejos, discursos grandilocuentes, muestras desesperadas de superioridad inútil, alivios que disfrazaban una deslealtad inconfesable consigo mismo.

Aquellas musas amigas íntimas de mi padre se habían quedado dormidas para siempre en el desván.

En una de aquellas conversaciones con el tendero que yo pude escuchar desde el corredor, le comentó a su amigo, cuando arrojo las paladas de carbón a la cinta de los lavaderos no dejo de imaginar una tumba, mi propia tumba, que yo mismo voy llenando de tierra. No te me pongas dramático, le replicó el tendero, digamos que tú mismo te metiste en la celda y cerraste con llave los barrotes, vale que te sientas encerrado, pero no creo que hayas tirado la llave. Mi padre hablaba de tumbas y el tendero de cárceles, y yo hacía anotaciones en mi libreta y pensaba en lo mucho que se parecían las historias de los libros a las vidas de la gente. No hay paraísos, ni en el cielo ni en la tierra, afirmó el tendero, y mi padre añadió, en eso vas a tener razón. Mi padre me había confesado que únicamente tenía un amigo verdadero, el tendero, pues sólo con él sentía el verdadero placer de la conversación.

La vida se arrastraba lenta como un caracol.

Los mayores se ocupaban de arreglar el mundo. Lo hacían con herramientas o con las manos. Segaban la hierba, sacrificaban animales, reparaban los tejados, podaban los árboles, sembraban los huertos, preparaban las comidas, limpiaban los caminos, lavaban la ropa, enterraban a los muertos, cortaban la leña, construían gallineros o arrancaban el carbón de las minas. Los hombres sudaban y, a veces, blasfemaban o escupían juramentos, y las mujeres advertían a voces y cada día de lo mucho que quedaba por arreglar.

Una mañana de julio, antes de que nos fuéramos unos días junto al mar, el maestro gallego vino hasta nuestra casa para anunciar que se iba. Las autoridades educativas lo trasladaban a su tierra, a un pueblo cercano al suyo de nacimiento. Para asombro de todos, vino a despedirse. No puedo irme sin ofrecerte una disculpa, le dijo a mi padre, quien le preguntó sorprendido, a qué viene esto, y entonces el maestro, lloriqueando quejoso, le confesó, envidiaba tu sabiduría y no soportaba que la gente y, sobre todo los niños, te prefirieran a ti, que ni siquiera eras un maestro reglamentario, así que, por no reconocer tus cualidades, mi vida en este pueblo estuvo llena de equivocaciones y de mezquindades, y quiero decirte que ahora lo siento y no quisiera irme sin que me disculparas. Mi padre le puso la mano en el hombro y le dijo, fui vanidoso ante ti y disfruté haciéndote de menos sin motivo, así que acepto tus disculpas y te ofrezco las mías. Los dos se abrazaron y mi madre se santiguó y a mí me salió una sonrisa temblorosa de satisfacción. Me voy con una amarga sensación de fracaso, confesó el maestro, y parecía a punto de llorar. Entonces mi padre le dijo: espera, quiero regalarte algo. El maestro había cumplido los cuarenta y se había dejado la barba. Era una barba rojiza con pinceladas blancas. Es para ocultar unos granos alérgicos, nos dijo. Con la barba sus ojos parecían más pequeños y con el arrepentimiento su voz se había vuelto apacible. La mujer del maestro era la persona más silenciosa del pueblo. No lavaba en el lavadero para no tener que conversar. Lo hacía en un remanso del río, junto al molino del hombre que leía sin parar. Ni siquiera en la misa se la escuchaba rezar. Sólo movía los labios. Tenía media docena de hijos, todos de piernas delgadas y de ojos azules como el firmamento. Se parecían a ella. Sólo el último era un varón. La hija mayor era de mi edad y era mucho más tímida que yo, así que apenas había intercambiado con ella cuatro palabras. El maestro le apuntó a mi padre en un papel la dirección de su nuevo destino y con una sonrisa insegura le dijo, si un día pasas cerca no dejes de visitarme. Mi padre le entregó al maestro un diccionario etimológico que a él le habían regalado los ingenieros belgas y en la primera página le escribió una dedicatoria. Mi madre le regaló a la mujer del maestro unos tapetes de ganchillo y ella la besó emocionada y dijo, gracias, y aquélla fue la primera y la última palabra que le escuché decir a la mujer del maestro.

Cuando se fueron, mi padre me comentó, en lo que se refiere a entender a la gente siempre llegamos tarde, y añadió, ya te expliqué lo que

es la sabiduría, pues eso, llegar a entender a los otros, entenderlos a todos sin excepción ninguna, eso es la sabiduría.

Después del maestro gallego, hubo varios maestros y fue mejorando la enseñanza en la escuela. Fuimos muchos, niñas y niños, los que marchamos a internados de monjas, curas o frailes, y los que quedaron empezaron pronto a trabajar de ayudantes en la mina o de aprendices de algún oficio. Mi padre impartió algunas clases de latín antes de abandonar la enseñanza definitivamente. Sus explicaciones eran cada vez más incomprensibles e inciertas y su imagen de hombre sabio se fue desvaneciendo en una nube de incertidumbre. Lo que para él había sido una pasión irresistible de juventud se convirtió en una carga pesada, así que un día le dijo a mi madre, lo dejo, y ella no respondió, pues hacía tiempo que sabía lo que pasaba. Sin embargo, a la noche, con una ternura inmensa, le comentó, puedes ocuparte del huerto y probar a sembrar cosas nuevas y tal vez quieras ahora construir unas conejeras y ese gallinero moderno que tienes dibujado en las libretas. Al ver que mi padre se hundía aún más en su tristeza le acarició la cabeza y le dijo, nos dedicaremos más a los niños y podrás escribir ese libro sobre los inventos. Ya ni él se acordaba de aquel proyecto viejo de escribir el ensayo de las antropologías, pues lo había sustituido hacía tiempo por la composición de los versos de la guerra, los llamaba de esa manera, así que las palabras dulces de mi madre lo hundieron aún más en la derrota.

A la mañana siguiente vinieron a buscarlo para la organización de las fiestas nuevas, que pasaron a ser patronales, y eso le distrajo la pesadumbre. Ideó juegos de destreza, carreras de sacos y de bicicletas y concursos de preguntas para los niños, estableció premios honoríficos para los mayores más sobresalientes, contrató orquestas de música viva, invitó a feriantes de atracciones peligrosas y trajo tómbolas de la suerte a gritos, se hizo con voladores de ruido y con fuegos de júbilo y artificio para hacer espléndida la noche, hizo que colgaran en la plaza de los bailes adornos extravagantes y banderines del mundo y convenció al cura para que la misa grande del santo fuera concelebrada y tocada con gaita y tambor y al aire libre, frente a la capilla del palacio. El dueño de la mina le había encargado al hombre que tallaba la madera una imagen de un san

Cristóbal de túnica verde y aureola dorada con un niño asustado al hombro. Mi padre y algunos otros recaudaron donativos y trofeos de cada uno de los negocios de la comarca. Eran las primeras fiestas al amparo del nuevo santo y del nuevo templo. Los del pueblo alto, parroquial por derecho, se reían de nuestra iglesia, porque no tenía campanas, ni sacristía, ni pila bautismal, y porque tendríamos que seguir enterrando en su cementerio a nuestros muertos. Qué se puede esperar de un pueblo en el que no suenan las campanas y en el que no hay un sitio para los muertos, nos decían. Pero las nuevas fiestas del pueblo sin cementerio habrían de ser las más concurridas y celebradas del valle. Fueron dos días de borracheras desaforadas, comilonas insólitas y jolgorio sin término. En las casas se elaboraron sopas contundentes, potes sobrenaturales, menestras de todas las verduras, recentales al horno, conejos al ajillo y postres de dioses. Con aquellas fiestas recién inventadas muchos nos subimos por primera vez a las cadenas delirantes del tiovivo, disparamos por primera vez perdigones de matar a los patos de plástico, apostamos por primera vez a las rifas de la suerte, participamos por primera vez en una carrera de sacos con premio o contemplamos por primera vez el júbilo florido de los fuegos de colores en el aire. Había una tómbola que sorteaba muñecas que parecían vivas y tenía unos altavoces gigantes en los que sonaban pasodobles taurinos y corridos mexicanos. También por primera vez vimos a un árabe. Era un hombre oscuro y con turbante. Llegó vendiendo pirulís de menta y enormes cayados de caramelo de todos los colores. Traía un tenderete plegado al hombro que armaba en un instante. Alrededor de las golosinas excéntricas del árabe siempre había una nube de moscas. También llevaba globos de colores atados con bramante. Si el hilo se te soltaba de la mano el globo se elevaba hasta el cielo para no volver. Vino una banda municipal. Habíamos visto gaiteros y tamborileros, pero nunca una banda de música con sus uniformes azules y sus botones dorados, con sus bombos gigantes, sus platillos chispeantes y sus trompetas plateadas.

Así que fueron aquéllas unas fiestas bautismales.

Mi padre volvió a planificar incesantemente actividades extraordinarias en una obstinación sin propósito que prolongaba el engaño y lo mantenía en la ilusión de sentirse diferente. Tal vez su conciencia había dejado de girar, como si su vida se hubiera detenido en un monólogo definitivo y triste.

Cuando el tendero cerraba su comercio al anochecer, si la noche estaba caliente, se acercaba hasta el banco de la higuera a conversar con mi padre. Hablaban sobre la vida, se contaban anécdotas del servicio militar y planificaban viajes que en el fondo sabían que no iban a realizar jamás. Hurgo en la memoria intentando rescatar algunos diálogos y no siempre mi esfuerzo se ve compensado con una digna literalidad. A veces me llegan sólo retazos y debo completar las frases agarrándome al contexto.

Algún día lo venderé todo y me iré a un lugar donde el sol me seque los huesos, aseguró el tendero, y agregó, tú también puedes marcharte. Mi padre le apuntó, no tengo nada para vender, ni siquiera una casa. Pero tienes talento y eres una persona instruida, le corrigió el tendero, y eso es un gran capital. No lo será tanto, protestó mi padre, cuando me levanto a las cinco de la mañana para ir a palear carbón, sabes que no soy ambicioso, y aquí estamos bien, al fin y al cabo no hay tanta diferencia entre unos lugares y otros, la habrá cuando los visitas, pero no cuando vives en ellos de continuo, aquí llueve demasiado y se te humedecen los huesos, pero en otros lugares el exceso de sol te trastorna la cabeza. El tendero protestó y le dijo, qué me estás diciendo, no creo nada de lo que dices, a mí puedes hablarme claro, que soy tu amigo, tú siempre me dijiste que la humedad te perjudicaba y que no te importaría irte a vivir a lugares cálidos. Parecía enfadado e insistió, vamos, a mí me puedes decir la verdad. Mi padre dudó y escarbaba con un palo en el suelo. La vida le había ajustado algunas veces las cuentas arrebatándolo de la ensoñación y devolviéndolo a la rutinaria realidad de un trabajo físico poco considerado y mal remunerado. Lavaba carbón. Entre sus treinta y dos matrículas de honor no había ninguna que acreditara pericia para aquella tarea ingrata. Mi padre alzó la cabeza, miró al tendero y le dijo, cuando termino el turno y me miro en el espejo de la casa de baños, negro como un tizón y con los ojos rojos del polvo, me entran ganas de romper el espejo y llorar, cada día me miro y cada día siento ganas de llorar. El tendero le pasó la mano por el hombro y le dijo, tienes que hacer algo, eso le dijo y yo pude oírlo desde el corredor, amigo, tienes que hacer algo. Aquellas palabras de mi padre me parecieron un gruñido sordo, un hablar respirando. Pude ver sus venas azules e hinchadas al lado de las cejas y tuve miedo de que le volvieran los ataques.

Había tal desolación en sus palabras que me aparté para llorar.

Me gustaba escuchar desde el corredor las conversaciones entre mi padre y el tendero rojo que no creía en Dios. Ellos no sabían que yo escuchaba.

Otro día el tendero prendió su pipa y le preguntó a mi padre, sabes por qué me gusta hablar contigo. No esperó la respuesta y agregó, porque escuchándote se me ocurren cosas en las que no había pensado nunca. Las volutas de humo se alborotaban sobre la frente del tendero. Yo ya había anotado la palabra *voluta* en mi libreta. Mi padre nunca fumó, porque decía que a mi abuelo lo habían matado el polvo del carbón y el humo del tabaco. A menudo se contaban anécdotas del servicio militar. El tendero había servido en una provincia africana. Allí conocí lo poco que vale la vida, le dijo a mi padre y añadió, contemplé la miseria y conviví con la concupiscencia y el crimen, las muchachas se te ofrecían por un trozo de pan y los hombres se apuñalaban por una mala palabra, una noche me emborraché tanto que estuve a punto de perder la vida, no por el alcohol que bebí, que debió de ser mucho, sino por la gente con la que terminé mezclándome, me robaron todo, el dinero, los zapatos, el reloj, y como no volví a tiempo al cuartel estuve dos semanas arrestado.

El tendero era alto y desgarbado y fumaba en pipa y nunca se quitaba el mandilón azul, ni siquiera para conversar con mi padre. Era socialista en secreto y ateo sin explicación. Tú eres algo poeta, le dijo el tendero a mi padre, y continuó, a mí me gustan la poesía, la naturaleza, el silencio, los pensamientos profundos y todo eso, pero entre tanto comprar y vender, entre tanta mercancía resulta muy difícil atender a la poesía, si algún día lo vendo todo y me voy a otro lugar igual me vuelvo poeta. Alguna ventaja ya tienes, le dijo mi padre, porque todos los grandes poetas también fueron socialistas y ateos, como tú. Se rieron a carcajadas. Nunca hablaban de otros, sólo de ellos mismos, a pesar de que el tendero sabía todo de todos, sin querer se enteraba de cuanto ocurría en el pueblo, en la calle y dentro de cada casa, porque en el comercio tanto se comentaba lo que había sucedido como lo que estaba por suceder. El tendero era un hombre optimista y solía concluir las charlas con mi padre con frases alentadoras. Tal vez la vida nos tenga reservada alguna maravilla imprevista, decía, y añadía, quizá mañana el tirano se muera de repente. Lo de la muerte del tirano lo soñaba muchas veces. En fin, decía mi padre, y se despedían.

El día que vimos en el televisor a los tres americanos llegando a la luna lucía el sol y era lunes. El lunes es el día de la luna, pero aquel día era lunes por casualidad. El aire estaba manchado con el polvo de la hierba seca, porque andaba más que mediado el mes de julio y era el tiempo de curar la hierba y guardarla en los pajares para el invierno. Pero aquel día las tareas se aceleraron, porque todos querían presenciar el prodigioso acontecimiento. En realidad aquellos tres hombres habían llegado a la luna casi a las cuatro de la madrugada, mi padre lo había escuchado por la radio, pero vimos la llegada en la televisión a la tarde siguiente. Se tiraron unos cables y el televisor del bar se sacó a la bolera, y la gente se acomodó en sillas y bancos, o en el suelo, todos alineados y en silencio en un momento que parecía de inédita consagración, como cuando contemplábamos los prodigios del hombre de la barbilla poderosa o escuchábamos las romanzas extraordinarias en el violín del anarquista. Sobre el televisor se compuso un tenderete con una colcha oscura para evitar los reflejos en la pantalla durante aquel programa extraordinario. Hubo una algarabía de gallinas bajo el improvisado tendal y alguien dijo que en un momento como aquél las gallinas deberían estar recluidas en sus gallineros para evitar las distracciones.

A las mujeres les movía las piernas el desasosiego de la novedad y no dejaban de alisarse el mandil sobre las rodillas, y los hombres contenían el bostezo de la incertidumbre y daban por suspendida la partida de la tarde, tal vez incluso la de la noche, y los niños emitíamos chillidos de nervios sin querer, y entre los viejos había división de pareceres, unos sostenían la boina en la mano respetando aquel tiempo sagrado de solemnidad, y otros sonreían incrédulos y denunciaban en voz baja la ingenuidad del pueblo ante aquella circunstancia de evidente imposibilidad.

Tendrás que anotar en tu libreta la palabra *luna*, me dijo mi padre. Él no sabía que aquella libreta ya estaba llena y que tenía interrumpida la colección de las palabras hasta comprar una libreta nueva. *Luna* no es una palabra nueva, le dije, y me respondió: ahora sí que lo es, la luna de antes nada tiene que ver con esta luna de ahora a la que puede subirse la gente. Noté a mi padre muy raro, como si aquella tarde de espera colectiva lo estuviera desquiciando.

El presentador era un joven con flequillo que al hablar movía las manos y la cabeza desmesuradamente. Alguien habló de aterrizar y mi padre, que durante la espera había bebido algunos vasos de vino, se levantó y quiso

explicarles a todos que aquello no era un aterrizaje, sino un alunizaje, y los reprendió por no atender al sentido verdadero de las palabras, pero hubo silbidos de protesta, y una voz gritó, cállate ya, y otra dijo, vete a dormir la mona, y mi padre se sentó, y en aquel momento en que un hombre posaba el pie en la luna, otro hombre al que yo había admirado tanto y al que quería con toda mi alma se me antojó un ser derrotado, aturdido, perdido en el espacio, como un astronauta al que le hubieran arrancado el traje. Observé que él vacilaba entre maldecirlos a todos a gritos o soportar en silencio la humillación. Mientras un hombre ponía los pies en la luna, otro hombre, que había sido luminaria de mi vida, mordía el polvo amargo de la tierra. Una desalentadora premonición me oprimió el centro del pecho hasta cortarme la respiración.

Se me partió el corazón.

Me dolieron los gestos despectivos y las miradas hostiles hacia el hombre que había sido respetado y admirado. Tal vez también envidiado. Hubo murmullos sombríos. Por primera vez en mi vida sentí el irresistible deseo de proteger a quien siempre me había protegido. Observé sus ojos grandes, apacibles y tristes y pensé que aquel viaje inútil a la luna lo había envejecido diez años en un instante. Aquella visión de mi padre flotando en el desconcierto, trémulo bajo la luz radiante de la tarde de julio, con la voz del locutor al fondo certificando lo inconcebible, habría de acompañarme siempre como una dolencia crónica.

Vete con tus amigos, me ordenó, y así lo hice. Y se escuchaba la voz emocionada del locutor, el hombre deposita por primera vez su pie en la luna y se pierde, no en la noche de los tiempos, ni mucho menos, sino en la gran luz de estos tiempos que comienzan.

El turista ató el burro a una rama del tilo y sacó la libreta y el lápiz para añadir a su lista de viajes futuros la nueva luna de los astronautas. El molinero lector se le acercó y le preguntó, cómo ves esto de la luna, y él elevó los ojos al cielo y con la voz enclenque, como de enfermo de malas fiebres, contestó, mi vida transcurre lánguida en este pueblo de gente necia y se consume en una triste espera. Te preguntaba por el asunto de la luna, le aclaró el molinero. Y él continuó diciendo, una vida, como te digo, sin ningún provecho, sin invenciones ni proyectos, sin nada que hacer ni que mejorar. Te noto desanimado, le dijo el molinero lector. Él descolgó la mirada del cielo y sonrió y comentó, será el preludio de algún viaje inesperado. Al sastre de los retales le gustaban las bromas y las frases

con segundas intenciones, así que le dijo al turista, tus viajes exigen más preparación que estos otros viajes espaciales, y el turista lo miró algo confundido y le respondió, cualquier día me cambio la profesión de turista por la de explorador. El sastre y el molinero se rieron juntos y el sastre dijo, a cualquier cosa llamas tú profesión. Es este afán de ver mundo, que no me lo puedo aguantar, confesó el turista, y el molinero le replicó, pues no sé qué haces aquí con tu libreta y tu burro paseando arriba y abajo como un sonámbulo. Perdió la ocasión cuando le dieron la vuelta en Buenos Aires, remató el sastre de los retales. El turista tragó saliva, movió la nuez y sentenció, para mí tengo, sastre de mierda, que tú me quieres tocar los huevos.

El niño culpable le explicaba al hijo del sastre que cuando fuera rico montaría en la luna el puesto de caramelos, pipas y golosinas más grande del universo. Y eso por qué, le preguntó extrañado el hijo del sastre, y el culpable respondió, porque me da la gana, porque seré rico y los ricos hacen lo que les da la gana y sin dar explicaciones a nadie, a ver si te enteras.

El capitán de los rojos bebía de una botella y, entre trago y trago, escupía sus amenazas y proclamaba, le meteremos bien apretada la dinamita por el culo al tirano, y todos se reían, y él más se animaba con sus ocurrencias, y decía, si hace falta reventaremos esa luna de mierda que ya ni es luna ni es nada. El capitán tenía los ojos borrosos y en su voz había emoción y había resaca y le brillaba en los gestos el rencor de la mala suerte.

El caminero estaba sentado junto a su esposa. Hoy voy a hacer una excepción y, si te parece bien, le dijo ella, voy a tomarme una copita de anís. Él no dijo nada, y ella se levantó y entró en el chigre. El caminero no era muy religioso, pero creía en la reencarnación y confesaba que le gustaría mucho reencarnarse en un animal. Así se lo decía al entibador, que estaba sentado a su lado. Y en qué animal has pensado, le preguntó, y el caminero le contestó, en un águila real, son majestuosas, no se meten con nadie, pero nadie las molesta, y vuelan hasta donde quieren, son criaturas libres. Pues yo, si pudiera elegir, dijo el entibador que bailaba tangos, me gustaría ser argentina, una mujer argentina con los ojos negros, las piernas largas y las caderas amplias, eso me gustaría ser. El caminero no atendió a la ocurrencia del entibador y agachó resignado la cabeza y comentó, de momento me conformaría con ser arriero de los caminos.

El tonto andaba a orillas del río buscando sapos para el martirio de todos los días, ajeno al singular acontecimiento.

La mujer beata, que tenía el rostro lúcido, como de porcelana antigua, había convocado a las mujeres más piadosas al rosario de los misterios gozosos, porque era lunes y a los lunes y a los sábados les correspondían los misterios gozosos, primero el ángel le da la noticia de su milagroso embarazo a María, después ésta se va sorprendida y compungida a contárselo a una prima, y a los nueve meses se produce el parto inmaculado, sin dolores ni sangre, y el ángel vuelve para avisar de aquel nacimiento a los pastores para que la familia tenga alguna visita, pues eran forasteros en aquella tierra, y algunos años después andaban por Jerusalén para presentar al niño en el templo, como era de precepto, y un hombre llamado Simeón, que era profeta o poeta, asustó a la familia con predicciones de un futuro de inciertas contradicciones, y terminan los misterios con el niño perdido en el tumulto de la ciudad y encontrado al poco en el templo asombrando a los ancianos con su pico de oro. Así lo explicaba la beata a las mujeres que la siguieron, y una de ellas le preguntó qué tenía que ver todo aquello con la circunstancia de que unos hombres llegaran a la luna, y ella le explicó, la luna es como la Virgen María que nos alumbra en la oscuridad.

Hay una larga distancia entre lo que sucede y el recuerdo que tienes de ello, porque cada vez que ha sido recordado ha sido reconstruido, agrandado o disminuido, fortalecido o empequeñecido, cargado de adornos extraordinarios o desvestido, aunque si, finalmente, queda registrado en la memoria es porque nos pertenece.

Cuando el locutor comentaba los primeros pasos del astronauta sobre el polvo de la luna llegó con sus dos garrotes el viejo que arrastraba los pies, y preguntó por el motivo de aquella aplicación colectiva. El molinero lector le explicó que un hombre estaba pisando la luna y él, visiblemente perplejo, no por la noticia sino por nuestra descarada y patética ingenuidad, nos aclaró, tened por seguro que os traerá la desgracia esa caja de los demonios. Lo imposible es demasiado grande, parecía decirnos apoyado en la baranda del puente cuando nos veía rebuscando tesoros bajo las piedras del río. Aquella tarde de julio en la bolera de las novedades también lo imposible nos parecía gigante.

Al anochecer, mientras retiraban las sillas de la bolera y recogían el televisor y los cables, apareció la luna rodando por el cordal. Las agujas

del reloj de Dios se estarán volviendo locas, sentenció el molinero, y el sastre le comentó, anda que si se incomoda y se suelta a rodar monte abajo, y soltó una sonora carcajada que hizo reír a todos.

El niño culpable nos anunció, cuando sea rico y tenga novia le regalaré una luna como esa atada con lazos, y el hijo del sastre lo empujó riendo y le dijo, a ti nadie te va a querer, aunque seas rico.

El molinero le anunció a mi padre, creo que voy a escribir una novela de ciencia ficción, voy a poner a este pueblo a vivir en la luna, con casas y todo, con la bolera y el lavadero, y con las fuentes y las vegas del maíz, y con las cuestas de subir al monte, y tanto peso va a provocar que la luna se tambalee, va a hacer que se acerque más, y entonces todo cambiará, cambiará la duración de las horas y de los días, y cambiarán las mareas. No le veo la emoción, dijo mi padre sin ganas. El molinero continuó con sus fantasías, con tanto peso encima se acercará mucho más a la tierra y parecerá que rueda como una pelota gigante por la raya del monte aplastando los castañeros. Mi padre tenía la mirada perdida y no escuchaba al molinero, así que le dije, vámonos, y él apuró el último trago y dejó el vaso sobre el alféizar de la ventana y me pasó el brazo por el hombro y me confirmó, sí, avisa a tu madre y a tus hermanos y vámonos, y añadió, hace una luna maravillosa esta noche, es todo intencionado, está así para que volvamos a creer en ella. Me emocionaron aquellas palabras tristes de mi padre, porque percibía en ellas el deseo de que las cosas volvieran a ser como antes.

El cielo se apagaba, pero conservaba su limpieza, y el tilo se hinchaba de pájaros. No saben nada, me dijo, y no quieren saber, porque no saben que no saben nada. Como quien ofrece una limosna a un mendigo le comenté, ni siquiera saben lo de tus treinta y dos matrículas de honor, ellos se lo pierden, y él sonrió y me acarició la cabeza y me explicó, la vida, hijo, está llena de cabos sueltos. Quedó pensativo y luego sentenció, me da igual lo de la luna. Un escalofrío de inquietud me recorrió el cuerpo. Quise acompañarlo en su tristeza y le dije, a mí también. A pesar de todo, mi padre llevaba la cabeza levantada y el cuerpo erguido, como si la certeza de su derrota lo hubiera enderezado. A su lado caminaba mi hermano jugando con un palo y la pequeña iba de la mano de mi madre. De pronto mi padre nos anunció, vamos al comercio a comernos un helado enorme cada uno, los más grandes que haya, porque hay que celebrar que nosotros no necesitamos ir a la luna. De pronto fue como si

el cuerpo de mi padre no pesara, como si nada se hubiera desgarrado, y mi madre sonrió, y pensé que también podían celebrarse las tristezas.

Le pregunté a mi padre, estás bien, eso le pregunté, era la primera vez que le preguntaba a mi padre si estaba bien, me di cuenta de que nunca antes se lo había preguntado, y sentí que con aquella pregunta me despedía definitivamente de la infancia, y volví a repetir la pregunta, estás bien, y su cuerpo seguía liviano cuando me respondió, maravillosamente. Eso me respondió.

Hoy Dios no estará nada contento, dijo el tendero amigo de mi padre mientras nos llenaba de vainilla los cucuruchos, y mi padre le replicó, pero si tú no crees en Dios. Él sonrió y comentó, es un decir. Por qué Dios no va a estar contento, preguntó mi madre, y el tendero explicó, porque se le está desmontando el viejo relato del mundo, ya no se sabrá dónde queda el cielo y dónde el infierno. Si tú tampoco crees en el infierno, dijo mi padre, y los dos se rieron, y el tendero dijo, invito yo a los helados y también me voy a tomar uno, pero de chocolate. Hacía un tiempo que los helados se vendían en el comercio y que ya no venía por el pueblo el heladero de la moto que traía en un cajón los helados de corte.

Saboreábamos aquella golosina helada con un placer extravagante y con el respeto y la devoción con la que recibíamos la hostia de comulgar.

Así que un hombre pisó la luna, dijo el tendero lamiendo después el chocolate, y mi padre respondió, y plantó una bandera que al no haber aire en la luna no se movía y parecía de madera. El tendero se rio y comentó, pues a una bandera que no ondee al viento no se le puede llamar bandera, en el próximo viaje habrá que llevar un poco de aire a la luna. Todos, hasta la pequeña, nos reíamos a carcajadas mientras el helado nos goteaba por las comisuras de los labios. Las carcajadas del tendero eran claras y rotundas, pero las de mi padre eran carcajadas flojas y tristes, porque no se había olvidado de la humillación pública que había sufrido mientras un hombre paseaba por la luna.

Terminamos los helados y regresamos a casa, y tuve la sensación de que iniciaba un camino que sin duda me llevaría hasta el mundo de los mayores. Todo se quedaba quieto y yo me movía hacia alguna parte que no conseguía identificar. Ya en casa, después de acostar a los pequeños, mi

madre preparó unos tazones de leche caliente y puso sobre el mármol de la mesa un bizcocho que había horneado por la mañana. Es una noche ideal para desvelar secretos, dijo mi padre, y lo miramos sorprendidos. Empieza tú, me animó, y me miró con aquellos ojos tristes y brillantes que conseguían hipnotizarme. Guardé silencio mucho rato y al fin dije, confieso que no sé si creo o no creo en Dios. Eso dije y mi madre se santiguó y murmuró, Virgen Santa, pero si estás en un seminario. Mi padre esbozó una sonrisa leve y le apuntó a mi madre, ahora te toca a ti. Mi madre hizo un aspaviento y sentenció, yo no tengo secretos. Guardamos silencio y mojamos el bizcocho en la leche caliente, y mi madre al fin habló para decir, todos los meses guardo un poco de dinero de la paga en un bote. Mi padre alargó su mano y apretó la mano que mi madre tenía apoyada sobre la mesa y le dijo, pues tendrás ya un buen capital. Ella sonrió y protestó, qué va, es muy poco lo que puedo guardar. Entonces miramos a mi padre y él carraspeó y nos dijo, me toca a mí, y añadió: robé aquella ternera que comimos en nuestra boda, la saqué de una pradera del monte en la que había un buen rebaño. Eso ya lo sabía, confirmó mi madre ligeramente enfadada, y preguntó, eso es todo. También sustraje el órgano de la iglesia de la ciudad para llevarlo a la iglesia del pueblo. Mi madre protestó, no estás contando secretos. Y mi padre continuó, y los tres libros que tengo, encuadernados en piel, sobre la historia de los papas, se los quité al obispo de su biblioteca antes de que me desahuciaran. Los dos lo miramos asombrados y él levantó los hombros y explicó, algo tenía que llevarme de recuerdo después de once años allí encerrado, el obispo ni siquiera los echó de menos. Y se quedó muy triste y arrugó los labios y las cejas, como si algo le hubiera provocado un fuerte dolor, como si estuvieran a punto de volverle los ataques. Ah, por cierto, comentó mi padre, yo sí creo en Dios, pero pienso que se ha olvidado de nosotros, creo que no le importamos nada. Mi madre le preguntó si había bebido y él confirmó, lo propio de un día tan singular. Ésos son todos tus secretos, preguntó mi madre, y él respondió, sí, y ella añadió, bien, pues ahora cuéntanos un secreto de verdad y no toda esa monserga que ya sabíamos. Él no dijo nada, pero se levantó, paseó cabizbajo por la cocina, nos miró, hizo una mueca como si estuviera sujetando lágrimas y nos desveló por fin un auténtico secreto.

Aquel amigo suyo rentista que había sido pastor protestante y viajero en trenes de lujo le había ofrecido a mi padre un trabajo de secretario

personal para que abandonara la mina. Ganaría como secretario tres veces más que lavando carbón y el derecho a usar de manera gratuita una de las muchas viviendas de las que disponía aquel hombre rico. De esto hace tres años y dije que no, concluyó mi padre. Mi madre guardó silencio y luego se dirigió a mí y me dijo, tu padre, ahí donde lo ves, tiene mucho miedo a los cambios. Luego se levantó, recogió los tazones vacíos, limpió la mesa y miró a mi padre con descaro y con rabia y le dijo, no consigo entender toda esa cobardía que llevas dentro. Después añadió, me voy a la cama, y salió. Hubo un silencio angustioso, un silencio que parecía existir por primera vez.

No entendí por qué mi padre aquella noche sintió la necesidad de desvelar secretos. Me anunció, voy a leer un rato antes de ir a la cama. Pero yo le propuse, quiero que me cuentes otra vez lo de las nueve musas, y él preguntó, y eso por qué, y le respondí, no lo sé, me gustaba que me lo contaras y quisiera que todo fuera como antes. Fue al pasillo y tomó los candelabros y los puso sobre la mesa de mármol, y comenzó su explicación. Y mi padre, por un momento, volvió a ser aquel hombre sabio que había merecido treinta y dos matrículas de honor.

Aquella noche de los secretos me regaló la libreta de sus poemas.

Era una libreta de aquellas que utilizaban los tenderos para las contabilidades de los haberes y de los débitos. *Treinta y dos poemas de guerra*, decía en impecable letra inglesa en la primera página. Tantos como matrículas de honor, me dijo. La guardaba con llave en un cajón de la mesa de la salita donde él escribía o leía o reparaba los aparatos eléctricos. Me la entregó con la mirada lánguida de los derrotados y me dijo, quiero que los leas y que después destruyas la libreta. Por qué son de guerra estos versos, le pregunté, y él me respondió no son de la guerra de los cañones y los soldados, son de una guerra interior librada durante muchos años. Eran versos con rima. De la guerra de quién, le pregunté, y él me respondió, de la mía, de la de aquí dentro, y se tocaba la cabeza. Léelos una vez, me sugirió, o todas las veces que quieras, pero después los quemas.

No los quemé todavía, porque los sigo leyendo y lo seguiré haciendo hasta que los entienda. Por respeto hacia él y a su deseo de destruirlos no voy a reproducir ninguno de sus poemas, uno por cada una de las tristes matrículas de honor enrolladas con un cordel y olvidadas en la parte más oscura del desván. Cada matrícula de honor conseguida fue como subir a

la luna, me dijo, y añadió, como treinta y dos banderas clavadas en el suelo desierto de la luna, no hubo vientos que las agitaran, ni brazos que las izaran, una conquista inútil.

Mi padre había pasado de contar relatos fantásticos con la pasión y el arte de los trovadores a describir la realidad con tanto cinismo amargo que la deformaba, y cuanto más la adornaba o la exageraba más patéticas nos resultaban sus explicaciones. Se perdía en largas y absurdas descripciones de algo que todos sabíamos que no era cierto, que nunca había ocurrido. Parecía haberse instalado en una mentira permanente. Mi madre lo miraba con lástima, como quien observa cómo se hunde lentamente una barca en el mar. A veces, ella me decía, tu padre está perdido, eso me decía, está perdido, y había mucha tristeza en aquella afirmación clarividente de mi madre.

Aquella misma noche en la que me entregó los poemas, a las tres de la madrugada, sufrió uno de sus ataques. Fue leve y duró dos o tres minutos. Mi madre no llamó a nadie, sólo a mí. La cara de mi padre quedó desencajada y pálida, el labio inferior inflamado y colgando ensangrentado, el pelo revuelto, la espuma hecha pasta en torno a la barbilla y los ojos en blanco. Cuando todo pasó, mi madre se fue a llorar a la cocina. No debería ni probarlo, me dijo, no debería probar ni una gota de alcohol, lo acabará matando. Sentí que todo se tambaleaba. Mi madre abrió los brazos y me dijo, ven aquí, eso me dijo, ven aquí, y me apretó contra ella como si yo fuera a partir para un viaje largo, como si se estuviera despidiendo de mí.

Por encima del pueblo, en la ladera sureste, donde empezaban los castañeros, había una fuente. Me gustaba subir y sentarme a contemplar el puñado de casas y cuadras que se apiñaban a mis pies. Los tejados tenían tonos rojizos diferentes. Humeaban las chimeneas, porque las cocinas de carbón siempre estaban encendidas, aunque fuera verano. En el centro del pueblo se juntaban tres arroyos que bajaban de las vaguadas del noreste, del este y del oeste. El cielo estaba completamente azul. El sol andaba en lo más alto encharcando de luz los tejados y dibujando alguna sombra en el barro endurecido. La gente iba y venía, entraba y salía, se paraban a decirse algo, arrancaban malas hierbas, tendían la ropa en los corredores,

barrían las antojanas. Olía al humo del carbón y al vapor de los guisos del mediodía, al polvo de la hierba de los pajares, al cucho fresco de las vacas indolentes, a la sidra dulce de los lagares domésticos. Olía a septiembre.

El tendero amigo de mi padre recebaba su pipa apoyado en el quicio de la puerta del comercio. Su hija colocaba el escaparate. En unos días ella se marcharía de nuevo a la ciudad para concluir sus estudios de Magisterio. El tendero le dijo algo y ella negó con la cabeza. Llegó al comercio mi amigo el hijo del carnicero. Al tendero le crecía en los pulmones un cáncer que habría de matarlo un año después, justo cuando su hija obtuviera el diploma de maestra. Pero aquel día nada sabía él, ni sabíamos nadie, de ningún cáncer, y él inhalaba satisfecho el humo de su pipa. A veces su hija lo regañaba, porque tenía ataques de tos sin tregua. Después del diagnóstico, el tendero se desplomaría en unas semanas como una planta sin riego.

Frente al comercio estaba la oficina de la mina del monte, en el bajo de un edificio historiado de dos plantas con balcones de hierro forjado. El oficinista levantó la mano para saludar al tendero y éste le respondió alzando su pipa. El oficinista decía que los rojos creían en los cuentos de hadas y que los anarquistas creían directamente en las hadas. Eres un bocazas, le decían tanto el sastre como el tendero, y él se reía y les aclaraba, soy vuestro amigo porque sois inofensivos y sé que algún día acabaréis desengañados, sé que algún día descubriréis que no existen las hadas. El oficinista caminó hacia el callejón donde tenía el pequeño almacén de bebidas para que su mujer se entretuviera vendiendo gaseosas y sifones.

Mi madre tendía la ropa en el corredor.

No podía escucharla, pero seguro que estaría canturreando. Atendió la llamada de la vecina de enfrente, la que me había quemado con el aceite, que sacudía una alfombra en su balcón. Algo le dijo a mi madre y después terció la alfombra sacudida en la baranda y se apoyó para hablar con su marido que ponía las gomas a unas madreñas. Sus pechos enormes se quedaron colgando como campanas. El entibador tenía en una mano el martillo, en la otra la madreña y en la boca unas puntas taconeras.

Mi padre gesticulaba sentado en la carbonera junto al hombre que caminaba con un par de bastones rudimentarios por el tormento de los reúmas. La noche anterior yo había sorprendido a mi padre sentado en el corredor mirando a la higuera sin verla. Le pregunté en qué pensaba y no

se movió, no parpadeó, sólo me respondió, en nada, y le repliqué, cómo se puede hacer eso, y él me precisó, pues así, tal como hago yo ahora, no pensando en nada.

Tal vez no pensar en nada era pensarlo todo a la vez.

Mi madre nos llamó a cenar y tuve que tomarlo del brazo y casi empujarlo hacia la cocina. La pequeña jugaba con unos muñecos en el suelo del pasillo. Mi padre tropezó con ella sin verla y sin detenerse a mirarla. Sólo palpó la pared. Mi madre lo miró con resignación y yo pensé con nostalgia que él antes lo sabía todo. Por las mañanas parecía recuperarse.

Hay un tiempo en que los porvenires son una multitud que se aleja, como árboles que el tren va dejando atrás, imposibles ya, desvanecidos, ahora son algo frente a mí y en un instante ya no son nada, y al final el tren se detiene en una estación destartalada y vacía sin que un solo porvenir haya sobrevivido. Habían sido muchos los porvenires desplegados a lo largo del camino y ni uno solo había sobrevivido. Por las mañanas mi padre se despertaba con la ilusión de que algún porvenir quedaba todavía vivo.

Desde la fuente lo contemplaba allí abajo, gesticulándole al hombre de los dos bastones alguna verdad recién inventada. A última hora de la tarde del día anterior, mientras limpiábamos la cuadra de las vacas, le comenté a mi padre, estoy pensando en dejar el seminario, tal vez lo haga cuando termine este curso. Él quedó en silencio, se humedeció los labios con la lengua y me dijo, en fin, es difícil acertar. Eso me dijo, y añadió, por eso conviene que uno desee alguna vez cambiar de vida, es normal desear en algún momento ser otra persona diferente, así que acertar es importante. Cuando mi padre hablaba de aquella manera parecía elevarse por encima de las cosas corrientes, de la pala y el cucho, del pesebre con la hierba, de las vacas, del callejón de barro, parecía ascender rodeado de una niebla beatífica y triste, y la cuadra o el lugar donde estuviera se convertía en un altar consagrado sobre el que flotaba para alejarse. Su papel como personaje significativo había llegado a su fin y su prestigio y su influencia se habían diluido como una galleta en el café.

Aquel día, los mineros no habían acudido a los pozos, porque en la víspera la mina se había tragado a dos trabajadores. Las emanaciones de monóxido de carbono producidas en el momento en el que se cambiaba la tubería de aire comprimido en el crucero de la galería general provocaron

la muerte de los dos obreros e hirieron gravemente a otros cinco. Cuando la mina se cobraba una vida no se trabajaba. Los mineros engrasaban las bicicletas, cabruñaban las guadañas o reparaban los gallineros. Por la tarde acudirían todos a despedir a los muertos. Cuando la mina hablaba en su idioma trágico nadie bromeaba, todos se respetaban en silencio.

El turista no paseaba con su burro y su libreta. Aquel día de luto había trabajo extraordinario en su taller de bicicletas.

El hombre que tallaba la madera trabajaba junto al hórreo en el que tenía el taller. Esculpía trastos de adornar y herramientas de cocina con madera de árboles frutales. El tendero le había encargado una pipa de cerezo con la hoz y el martillo esculpidos en la cazoleta. El cáncer, del que nadie sabía nada aquel día, impediría que la estrenara. El tallista se la entregaría a la hija y ella se la pondría a su padre entre las manos antes de sellar el ataúd.

El cura bajó por el callejón de las huertas y entró en la iglesia. Su sotana brillaba de vieja como el ala de una golondrina. Mi padre me había contado que al cura le habían concedido el traslado que desde hacía tiempo tenía solicitado. No puedo soportar a la gente, le confesó a mi padre. Cuando empieza a estorbarnos la gente, algo anda mal por dentro, le contestó mi padre, y él dijo, ya nada tiene sentido, pero no hay vuelta atrás. Lo trasladarían a la catedral y el arzobispo lo nombraría canónigo de gracia con la ocupación de archivero. Como canónigo llevarás una sotana nueva, tu falta de fe se vestirá de otra manera, le había dicho mi padre bromeando, y él le había respondido, vete a la mierda, eres un resentido.

A la entrada del pueblo, sentado en el poyo de piedra, se liaba un cigarro el hombre que predecía la lluvia. Tenía a su lado una vara enramada de avellano para espantar a los tábanos y a las moscas. Seguía siendo el alcalde pedáneo, pero ya no repartía el correo, porque habían nombrado un cartero oficial con una moto y un uniforme gris que repartía todos los días laborables. Llegó el viejo taxista apoyado en su bastón, le dijo algo y se sentó a su lado.

El tonto buscaba sapos a la orilla del río para colocarlos en su pequeña lanzadera de tablas. Cerca de él picoteaban el agua unos patos salvajes.

El capitán de los rojos estaba sentado en la bolera, cerca del tilo. Bebía. Siempre bebía. Su hermana le decía, el alcohol te matará, y él le respondía: qué va, antes acabará conmigo el enano tirano hijo de puta.

Siempre había contado, cuando estaba muy borracho, que poseía un arsenal de armas escondido en alguna parte para utilizarlas cuando llegara el momento. Nadie lo creía. Casi nadie. Cuatro meses después de aquel mediodía en el que yo contemplaba el pueblo desde la fuente, doce guardias armados asaltaron el pajar, alborotaron la hierba, levantaron las tablas, reventaron los pesebres y al fin dieron con el armamento escondido. Se llevaron al capitán esposado y todos en el pueblo pensaron que el autor del chivatazo había sido su cuñado el falangista. El capitán, en aquella ocasión, no gritaría maldiciones ni blasfemias. Sólo murmuraría una canción, *arriba los pobres del mundo, en pie los esclavos sin pan, alcémonos todos al grito, viva la Internacional*. Ofreció sus manos para que lo esposaran y, con la cabeza agachada y sin dejar de murmurar aquella canción, se dejó empujar dentro del furgón, mientras su hermana lloraba a gritos y suplicaba clemencia. Fallecería en la cárcel dos años después con el hígado destrozado y esperando un juicio. El falangista y la hermana del capitán continuaron casados, pero dicen que ella no volvió a dirigirle la palabra y que cuando necesitaban decirse algo lo hacían por señas.

El molino, más acá de la bolera, estaba activo.

Las libélulas del cuerpo azul y las alas transparentes brillaban alborotadas sobre las aguas del socaz.

Se escuchaban los ruidos de los engranajes y de las muelas.

El molinero entraba y salía con cestos al hombro. Estoy preocupado por tu padre, me había dicho, ya no se interesa por los libros, y le confirmé, no se interesa por nada.

Una bandada de patos silvestres levantó el vuelo desde el remanso de la presa y dejó sobre los alisos una nube de brillos metálicos.

La mujer del carnicero, con su risa menuda de cascabel, arrojaba calderos de agua al suelo ensangrentado donde acababan de sacrificar un cordero. Su hijo llegó de la tienda con una escoba nueva de mimbre y se puso a barrer el agua y los restos de sangre.

La beata cortaba unas rosas blancas en el rosal que cubría el pequeño porche de su casa. Decía ella que aquel rosal tenía más de sesenta años y que aquellas rosas blancas simbolizaban la pureza y la inocencia, y que ella las cultivaba para ofrecérselas a la Virgen Madre de Dios. La beata seguía aspirando a que un día se le apareciera la Virgen. Tenía cada vez la piel más transparente, como si ya fuera inminente su ascensión a los cielos.

Había mujeres lavando en el lavadero y unas vacas bebían en los abrevaderos que había junto a la tapia del palacio. El toro se movía impaciente en espera de alguna compañera. El hijo del guarda forestal llegó con su vaca del ramal para dejarla a merced del ímpetu reproductivo del semental. Los viejos estaban sentados en las piedras que había junto al muro del palacio. Secaban sus huesos al sol y hablaban, seguramente, del accidente minero del día anterior y de todos los accidentes que habían presenciado o sufrido en sus largas vidas como trabajadores de las minas.

Varios niños, entre ellos mi hermano, jugaban a las chapas en una larga senda de tiza que habían dibujado en la carretera, frente al bar del taxista jubilado. Tuvieron que apartarse porque llegó pitando la camioneta de las dos de la tarde. Detrás de la camioneta apareció el carro del alfarero, con su capota blanca, como la de las carretas de los pioneros de *Bonanza*.

Desconocía la importancia de cada una de las cosas que contemplaba.

En unos días volvería al internado de la ciudad. Habría asignaturas nuevas, algún profesor diferente, comenzaría el campeonato de fútbol en el que ya jugaría como cadete, ensayaríamos una nueva obra de teatro y continuaríamos con la lectura minuciosa y pausada de la *Ilíada* y con la traducción de los versos de Horacio, y se irían multiplicando mis libretas, las de las palabras nuevas, las de los sueños y las de las dudas.

En cada vida había muchas historias y ninguna tenía principio ni tenía final, eran historias de antes, pero también había historias presentes, y algunas eran historias de futuro, éstas eran las más incompletas, porque el futuro era mucho más grande y complejo que lo que uno se podía imaginar, así que el pueblo, apiñado junto al agua de las fuentes generosas y de los arroyos que se juntaban, encogido bajo el sol y el humo, era un hervidero de historias que se exponían o se ocultaban, que iban y que venían, que se arrugaban o se estiraban.

Aquel día, sentado en el lugar de la fuente que había por encima del pueblo, sentí dentro de mí el revoloteo de la mariposa de la que me había hablado una vez el bibliotecario. Fue sólo un ligero revoloteo, un respingo, un escalofrío, la sensación efímera de que todo aquello que estaba ante mí tenía sentido. Tardaría unos años aún en reconocer completamente aquella mariposa que llevaba dentro.

La mujer que tenía seis hijos los llamó uno a uno desde el balcón gritando sus nombres para anunciarles la hora de la comida. No parecía una letanía, sino un grito unánime, por eso llamó incluso a los dos que

estaban en el orfanato. La llamada acostumbrada se había convertido en un lamento, una proclamación desesperada de su viudez temprana y desgraciada.

Rebuznó el burro del turista y ladraron algunos perros.

Se escuchó el gruñido de la portilla de hierro del palacio.

Una ardilla de pelambre rojiza y revuelta me observó con sigilo desde la rama de un roble sosteniendo una bellota entre las uñas. Me hubiera gustado acariciarla, tenerla junto a mí sin que se asustara. Mi padre me había dicho una vez que dejaría de ser niño cuando no sintiera el deseo de dispararle a una ardilla con el tirachinas. Sonreí por aquel recuerdo y la ardilla se esfumó.

Los cables de la luz estaban abarrotados de golondrinas.

Volaban en círculo sobre el pueblo preparando el viaje de vuelta. Habían llegado en grandes bandadas en el mes de marzo, habían construido sus nidos en aleros, balcones, muros derruidos o pajares, y ahora regresarían juntas a tierras africanas, cruzando el desierto, donde las esperaba abundante alimento. El hombre que predecía la lluvia nos había dicho que no tardaría en llover, porque las golondrinas andaban tocando con sus alas en la tierra. Golondrina en bajo vuelo, anuncia lluvia en el cielo, nos aseguró, y también nos anunció con tristeza que su hija y su yerno emigraban a Suiza. Ellos son como las golondrinas, nos dijo, pero no van a volver en primavera.

Aquel tiempo en el que se terminó mi infancia, los días dejaron de ser luminosos u oscuros, y ya no había buenos o malos, y las cosas no eran fáciles o imposibles, y mi padre no era un ser superior que lo sabía todo a pesar de sus treinta y dos matrículas de honor, aunque tampoco había fracasado como padre. Casi nada era lo que parecía, y demasiadas cosas ocurrían para mantenerlas en secreto, y algunas palabras tomaron significados nuevos sin abandonar los que ya tenían, y comenzaron a llegarme ideas diferentes sobre el futuro, y entendí por fin aquel refrán que tanto había repetido mi abuela, cada cosa son dos cosas.

Unas semanas después de que el hombre llegara a la luna habíamos subido al puerto a ver a nuestras dos vacas. Pastaban en los montes comunales desde el mes de mayo y de vez en cuando nos acercábamos a

visitarlas. Nos separamos para buscarlas. Mi padre caminó hacia el inicio del arroyo que cruzaba las praderas, mi madre buscó por detrás de las cabañas de los pastores y yo me subí a uno de los cerros que se levantaban hacia el sur. Allí encaramado, con las praderas a mis pies y la cordillera a mi espalda, tuve una extraña sensación de desprendimiento, como si a partir de entonces todo fuera a ocurrir de otra manera.

Los candelabros de las nueve musas no alumbrarían nunca más de la misma forma.

Nada sería igual, la sombra de la higuera gigante, el desván de los miedos o los veranos luminosos junto al mar.

Los trenes de las latas de sardinas no volverían a circular.

Había un resplandor sordo que no parecía llegar del cielo, tampoco de las rocas blancas de la cordillera. Sentí un deseo insoportable de volar, de alzarme por encima de aquellas praderas inmensas pobladas de cientos de vacas y de caballos pastando apaciblemente y ajenos al rodar del mundo, un ansia irrefrenable de huir de aquella nostalgia que me encogía el corazón.

Un movimiento oscuro en mi interior me anunciaba que ya nada sería lo mismo.

Sentí la voz de mi padre a lo lejos llamando a las vacas por sus nombres. Gritó varias veces. De pronto vi a las dos vacas separarse de un rebaño que pastaba al oeste, primero al paso, después al trote. Corrían hacia mi padre en busca de la recompensa, unas bolas de sal que él sacaba del morral. Luego gritó mi nombre y bajé del cerro y corrí por la pradera en busca de mi bola de sal abriendo los brazos como si fueran alas.

La última noche de aquellas vacaciones fui en busca de las luciérnagas. La danza de las luciérnagas era una danza en ruinas, un baile desordenado que había perdido el equilibrio. No había orden ni compostura, pequeñas luces que alumbraban un camino de regreso por el que apenas se transitaba, un camino tan ruinoso como las danzas que lo señalaban. Aquellas luciérnagas no tenían luz suficiente para alumbrarme ningún futuro, a pesar de que el futuro estaba a la vuelta de la esquina.

Llegó el día de regresar al internado.

Mi madre me llenó la mochila de bocadillos.

Mi padre colocó la maleta en el portabultos de la moto y dijo, sube, y me acercó a la estación del tren. Volvió a repetirme el consejo de siempre, obsérvalo todo, no pierdas ni un solo detalle. Hablaba sin mirarme y gesticulando, y me habló de la importancia de los amigos, y me aconsejó que tendiera siempre la mano a los compañeros. Parecía que estuviera recitando alguno de sus poemas de guerra, porque había mucha emoción en lo que me decía, aunque también había mordacidad. En sus momentos de lucidez, cada vez más esporádicos, no podía evitar el resentimiento contra sí mismo y contra un mundo a cuya conformación él pensaba que no había contribuido en nada, así que a la vez que se acrecentaba su sarcasmo se hacía más evidente su amargura.

Me abrazó con fuerza, me besó y subí al tren.

Busqué un asiento, bajé la ventanilla y me asomé para continuar despidiéndome. Él levantó la mano y la agitó por encima de su cabeza y me sonrió. El tren se puso en marcha y entonces observé cómo él se retorcía sobre sí mismo en un gesto de dolor repentino e insoportable hasta perder el equilibrio. Cayó al suelo y su cuerpo comenzó a temblar y a convulsionarse. Saqué medio cuerpo por la ventanilla y grité con fuerza, lo llamé varias veces inútilmente. A lo lejos pude ver cómo él seguía atormentado por aquellos movimientos violentos y cómo se acercaba corriendo hacia él el jefe de estación. Me hundí en el asiento y no pude sujetar el llanto y dos mujeres sentadas frente a mí se acercaron para consolarme. Entre lágrimas pude explicarles lo que había pasado e intentaron calmarme.

El tren atravesaba puentes de hierro, penetraba en los túneles con estruendo y no abandonaba el río, que cambiaba de color en cada vuelta, y los manzanales estaban repletos de fruta, porque era septiembre, y había casas dispersas y encaramadas por la ladera del monte. Todo lo veía deformado y borroso porque mis ojos estaban llenos de lágrimas. Las mujeres me hacían preguntas y yo sólo afirmaba o negaba con la cabeza y ponía de nuevo la frente en el cristal.

Algo se movía en mi estómago hasta provocarme náuseas. Temblaba y no podía sujetar las lágrimas.

Tenía catorce años y había dejado a mi padre tirado en el andén.

Sentía que todo se derramaba, las historias se derramaban, y también los recuerdos, como la cera caliente por los brazos de los candelabros, y mi padre se había derramado, mi infancia se derramaba, como si la vida

fuera agua. Todo se quebraba, una piedra había golpeado el espejo y ningún reflejo era nítido, ninguna imagen aparecía lúcida, reconocible, despejada.

El primer recuerdo de la infancia había sido aquella cortina detrás de la que, escondido y desconfiado, había observado el secuestro consentido de mi abuela. El último iba a ser el cuerpo de mi padre tirado como un despojo en el andén.

Una y otra vez se me empañaban las gafas, así que las guardé en la mochila. Aquel vagón, que siempre me había parecido inmenso, se encogía y se comprimía alrededor de mi cuello. Las mujeres no dejaban de consolarme, pero no las escuchaba. Yo no dejaba de hacerme preguntas, y cada pregunta era una angustia nueva, y no sé si hablaba o sólo pensaba. Por qué él me había hecho creer que era el hombre más sabio de la tierra y ahora se dejaba caer sobre el andén sólo por levantar la mano para decirme adiós. Por qué él me alejaba de su lado para enviarme a un lugar en el que me sentía solo y desorientado. Por qué no había descubierto para mí palabras nuevas que me aliviaran la angustia. Por qué no había inventado una máquina del tiempo que me permitiera volver atrás o una lámpara maravillosa que lo liberara del trabajo sucio y desagradecido en el lavadero del carbón. Por qué no había desenrollado sus treinta y dos matrículas de honor y había empapelado con ellas el pueblo para que todos le admiraran y reconocieran su sabiduría. Por qué se conformaba tocando canciones insulsas en un armonio rudimentario en una iglesia que ni siquiera parecía una iglesia, pues no tenía pórtico ni cementerio ni campanas, en lugar de ocupar su talento en componer la sinfonía más importante del mundo.

Está delirando, dijo una de las mujeres, y la otra replicó, no, sólo está muy asustado.

Al llegar a la estación las dos mujeres quisieron ocuparse de mí, pero les dije que no se preocuparan, que allí mismo vivía una tía de mi padre que había sido enfermera de guerra y que acudiría a ella para comunicarle lo que había pasado. Mi tía me abrazó y me consoló y se sentó junto al teléfono con la intención de conseguir una conferencia telefónica con el pueblo. La cocinera de piel tostada se apresuró a prepararme un chocolate y unos churros. El dueño de la casa hacía unos meses que había fallecido y por eso el salón parecía diferente. Ya no había rastro de los montones de periódicos, había menos sillones y por los ventanales entraba

una luz espléndida. Después de muchos intentos mi tía consiguió que mi abuela acudiera al teléfono del bar del hombre que había sido taxista. Pude hablar con mi abuela y me rogó que estuviera tranquilo, que a mi padre lo habían ingresado en el hospital y que mi madre estaba con él y que por fin ahora podrían hacerle pruebas para descubrir la causa de los dolores de cabeza y las convulsiones. Él nunca había querido acudir a los especialistas, pero ahora estaba en sus manos. También la tía contactó con el hospital y dejó un número para que mi madre llamara. Cuando hablé con mi madre lloramos los dos. Ella había estado tranquila con respecto a mí, porque no sabía que yo había visto caer a mi padre en el andén, así que cuando se lo conté le entró mucha pena y lloró desconsoladamente. Después de tomar el chocolate y los churros, mi tía llamó a un taxi y me acompañó hasta el seminario, que estaba en lo más alto de la ciudad. En el coche ella me tomó una mano y dejé que me la acariciara.

Según avanzábamos sentía que no me acercaba a un lugar, sino que huía de algo.

De nuevo me rondaron las señales del pánico.

A mi padre le hicieron muchas pruebas y ninguna concluyente. Le recetaron varios fármacos y le prohibieron probar el alcohol. Un día de las vacaciones de Navidad de aquel año encontré a mi padre tirado en el corredor con el rostro deformado y los labios llenos de espuma. Mi madre estaba en la huerta recogiendo las últimas verduras. Él tenía los brazos con heridas de los golpes contra la pared y contra los barrotes. A su lado había una botella de vino vacía. Me incliné y lo atraje hacia mí. Sus ojos habían crecido mucho, como si miraran a la vez adentro y afuera, y me dijo, no pasa nada, eso me dijo, no pasa nada, y añadió, me dio el ataque y me tropecé. Fue como si su cerebro se hubiera convertido en ceniza. En aquel momento singular se habían quemado para siempre sus treinta y dos matrículas de honor. Tú estás bien, me preguntó, y no pude sujetar las lágrimas al contemplar a aquel ser transformado. Un día, de pronto, te encuentras completamente solo, me confesó, y sientes que ya no hay nada que hacer. Estamos nosotros, le dije sollozando, y él me respondió, pero yo ya no estoy. Su cara estaba pálida como el mármol. Sus ojos buscaron los míos, tal vez para que yo entendiera que él no quería que las cosas ocurrieran de aquella manera. Me asustaron su palidez y su ausencia de parpadeo. Todo él me asustaba, porque sentía que se había marchado. Le agarré la mano y se la apreté para que entendiera que le agradecía todo lo

que me había entregado y para que sintiera que estaba con él. Le limpié la espuma de la boca y lo ayudé a incorporarse. Escondí la botella para que no la viera mi madre. Aquellos médicos de la cabeza me jodieron la vida, me dijo, y soltó una carcajada triste.

No es cierto que la vida sea un círculo, la vida es una línea recta con estaciones imprevistas y con un final imposible de imaginar.

Mi padre fue, durante muchos años, presidente de una república de sueños maravillosos y ocurrencias extravagantes. Tomaba decisiones imposibles e intentaba hacer del presente una aventura interminable. Un día, la realidad le daría un golpe de estado en toda regla, pero ninguno de aquellos sueños se perdió. Unos se quedaron en el territorio de la poesía, otros fueron fantasía e incluso leyenda o se quedaron dormidos con las musas en el desván, y algunos anduvieron mendigando un trozo de realidad a la sombra de esas palabras fortaleza que aspiran a dar sentido a la vida. Aumentó su sordera entre los ruidos del mundo y su mirada dejó de ser penetrante. Una palpitación inquietante inflaba sus venas, en los brazos, en las manos, en las sienes, en la frente, y los ataques de antes, las convulsiones violentas, se convirtieron en una insoportable agitación interior.

Un día dejó de alegrarse de verme volver y se me partió el corazón.

Mi padre murió a consecuencia de un tumor cerebral que le detectaron poco más de un año después de aquel primer ingreso en el hospital. No recibimos una explicación convincente de por qué el tumor no se había detectado en alguna de las pruebas que le hicieron después del ataque en la estación. Nos dijeron que el tumor estaba muy escondido y hablaron de carcinoma primario de plexo coroideo, de ventrículos llenos de líquido cefalorraquídeo, de glándula pineal, de hipófisis y de otras palabras nuevas que ya no quise anotar en mi libreta, porque en ella ya había sido escrito el punto y final. Hubo una cirugía, pero fallida debido a la virulencia que había alcanzado el tumor. La tía enfermera de guerra fue quien se acercó al internado para darme la noticia. Ella me acompañó a casa en el tren para asistir al funeral. Aquel tumor había estado creciendo en su cerebro durante muchos años. Eso me dijo ella. No lloré. Era como si se estuviera cumpliendo algo que tiempo atrás hubiera sido previsto. Según avanzaba el tren observaba todo con atención, tal como él me había aconsejado siempre. Allí estaban las enormes paredes de caliza, los ímpetus del río, el musgo exageradamente vivo, los árboles flotando en el

aire, como colgados del cielo, las casas desperdigadas, el puente colgante, el castillete de hierro sucio con sus ruedas gigantes, todo parecía decirme que el mundo seguía rodando en la misma dirección.

Mientras contemplaba a mi padre, extendido y pálido en el ataúd, pensé que ninguna palabra nueva tendría ya sentido sin él. Ni en el tanatorio ni en el cementerio mi abuela dejó de llorar. Me acerqué a ella y la tomé del brazo, y me dijo, tu padre me quiso mucho más que yo a él, y eso no estuvo bien, no, no estuvo bien. Luego, cuando ya salíamos del cementerio, me aconsejó, no hagas como él y estudia algo que te sirva para ser feliz. No existen esos estudios, abuela, le repliqué, y ella me miró extrañada e hizo un gesto de desconfianza y murmuró, cómo no van a existir.

El pasado me sale al encuentro y lo dejo llegar.

Queda el viento caliente del sur que agita con rabia los castañeros. Es el viento que trastorna a la gente y que agrieta la tierra. Las castañas se pudren en el suelo. Quedan el lavadero sin ropa y sin ruido y los aleros sin carámbanos y vestidos de canalones de plástico. Queda un tilo agonizando junto a la fuente sin corazón, y quedan las higueras de los troncos ulcerosos, y algunos pajares sin polvo y sin algarabías de niños triscando la hierba al salir de la escuela. Son pajares sin alma y sin hierba. No quedan niños ni queda escuela ni quedan boleras. Quedan algunos soldados que una vez fueron a la guerra, cuando apenas les había brotado la barba. Ya han cumplido los cien años y, sin embargo, aún recuerdan los nombres de los que murieron.

La pérdida y el duelo forman parte del paisaje presente.

Queda el aroma de los humos de las leñas verdes que curan las matanzas a medias en las barandas oscuras de hollín. Apenas quedan dos o tres cocinas de leña. Hay rincones sin uso en los que se solidifica el tiempo, espacios que se han convertido en manchas. Los bordes de los edificios se han desdibujado, la poderosa presencia de los hórreos está disminuida y ha desaparecido la morera gigante donde se producía el milagro de las crisálidas.

El ánimo de la reparación parece haberse desvanecido.

No quedan luciérnagas que alumbren el camino de la huerta, ni golondrinas para respetar, ni murciélagos a los que poner cigarros encendidos en la boca. Hace muchos años que no hay cine, ni sala de fiestas, ni comercios de ultramarinos, ni boleras de los milagros, y a la iglesia que nunca fue antigua se le caen la cal y las cruces y las fiestas de guardar. La higuera centenaria murió una noche ventosa y fría de invierno. La corra de piedra que había construido mi padre quedó vacía y sin sentido y un día la tiraron para construir una fuente artificial de la que no bebe nadie.

Los viejos se fueron con los pulmones negros y los huesos descompuestos.

Los jóvenes marcharon para ser viejos en otra parte.

Apenas queda nadie.

Las casas son ahora mucho más pequeñas. Lo grande se ha vuelto pequeño y lo pequeño se perdió definitivamente en el barro.

Dicen los neurólogos que los recuerdos no son estáticos, que cada vez que uno los evoca se producen modificaciones neuronales y que, en consecuencia, algo muchas veces recordado puede terminar siendo falso, y que, por contra, algo imaginado repetidamente a lo largo de la vida puede ser calificado por el cerebro como recuerdo.

Los recuerdos no son idénticos a la realidad. Necesitan pegamentos, soldaduras, colas de contacto para parecerse a la verdad.